Valera

ESTUDIOS CRITICOS

SOBRE

LITERATURA

2

PQ6573
E8
v.2

V162 &

010490



1080019050

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

ESTUDIOS CRÍTICOS.

Núm. Clas 860.9
Núm. Autor V162e
Núm. Adq. 10490
Procedencia —6—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó 6/9

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTUDIOS CRÍTICOS

SOBRE

LITERATURA,

POLÍTICA Y COSTUMBRES

DE NUESTROS DIAS,

POR

DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

—

TOMO II.

—

MADRID.
1864
LIBRERÍA DE A. DURÁN,
Carrera de San Gerónimo, 2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

10490 - 46758

PQ6573
E8
V.2



Madrid, 1864.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 2.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

QUÉ HA SIDO,

QUÉ ES,

Y QUÉ DEBE SER EL ARTE EN EL SIGLO XIX.

Muchos años há que existe en esta córte el Ateneo, sin que haya decaido aún de la importancia y brillantez que supieron darle sus fundadores y sus más antiguos socios. Si en otra época adoctrinaron á la juventud desde sus cátedras hombres como Donoso Cortés, Pacheco, Pastor Diaz y Gonzalo Moron, hoy siguen hablando en ellas oradores como Alcalá Galiano, y aparecen otros nuevos, que prueban que no decaen en España el estro y la inspiracion elocuentes, y que los estudios científicos y literarios, léjos de desmerecer, comparados con los de aquel período de renacimiento y de florecencia que tanto se ensalza, han adelantado muchísimo. Ni tampoco por el ingenio, ni por la espontaneidad, ni por la imaginacion, es inferior, á

010490

nuestro modo de ver, la nueva generacion de hombres doctos que dan lustre á España á la que le precedió, y cuyos individuos han alcanzado alta nombradía.

Además de las cátedras públicas que abre todos los años el Ateneo, el Ateneo abre asimismo otro palenque, donde compiten muchos de sus entendidos socios por la palma del saber, de la erudicion y del juicio y discernimiento en cuestiones, ora de moral y política, ora de literatura, ora de ciencias naturales.

El Ateneo se divide en tres secciones, y cada una de ellas se reune un dia en la semana á discurrir sobre un tema dado, que más tiene de dubitativo ó disyuntivo que de afirmativo, puesto que la afirmacion ha de nacer de la discusion misma, para la cual ofrece el tema ancho campo. A veces esta gran latitud del tema es una falta, pero falta difícil de evitar, donde los oradores se muestran por lo comun más deseosos de dilatarse y explayarse por todas las regiones de la historia, de la política y de la filosofía, que de circunscribirse á un punto singular y preciso para dilucidarle convenientemente.

En la seccion de literatura, de cuyas conferencias más recientes vamos á dar aquí una somera é incompleta noticia, se incurre á menudo en la falta que hemos dicho. El último tema que allí se ha discutido, y que sirve de epígrafe á este escrito, es una prueba evidente de aquella verdad.

Para dilucidarle bien y para abarcarle por todos sus lados se necesita desenvolver una teoría completísima de la filosofía del arte ó de la estética, lo cual implica

y trae consigo, si no la exposicion, la indicacion de una filosofía primera, y exige además muchos conocimientos especiales en poética, música, arquitectura, pintura y escultura, y en la historia de estas artes, con no pocas nociones sobre las vicisitudes políticas y sociales de los pueblos todos: porque estas vicisitudes influyen en el modo de ser y en las condiciones de las bellas artes, las cuales son la manifestacion de las costumbres y creencias de cada momento de la vida de la humanidad, hermoseada é iluminada por la idea que, vaga y confusa aún en la mente humana antes de realizarse en la ciencia y en las instituciones, asoma y despunta en el arte de un modo profético é instintivo.

Inmenso cúmulo de doctrina, gran fuerza comprensiva y generalizadora en el entendimiento, portentosa lozanía de imaginacion y no menor facundia se han menester para tratar en un discurso el tema propuesto, sin faltar á la claridad, y comprendiéndole todo y no perdiéndose en vagas generalidades, ni humillándose y humillando el asunto con pormenores mezquinos. Mas á pesar de tan notables dificultades, el tema ha sido tratado por algunos oradores, ya que no por completo, con habilidad suma y con bastante elevacion.

Las diferentes escuelas crítico-literarias, por medio de muy dignos representantes, se han combatido con todo género de argumentos y de razones, y se han mostrado asimismo las diversas filosofías del arte que contienden hoy por ganar el dominio de la opinion,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desde Hegel hasta Gioberti, y desde los que creen aún con Aristóteles en que el arte es una imitacion de la bella naturaleza, hasta los más idealistas y espiritualistas despreciadores de los preceptos antiguos y del culto de la forma.

Imposible seria condensar en un artículo de periódico todas las opiniones y todas las teorías que expusieron y sostuvieron los muchos oradores que en la discusion tomaron parte, y entre los cuales recordamos á los Sres. Canalejas, Fabié, Marichalar, Fernandez Jimenez, Mata, Rayon, Vergara, Dacarrete y Valera. El mismo Sr. Alcalá Galiano, á pesar de su prodigiosa memoria, de su claro entendimiento y de su envidiable facilidad y maestría de palabra, no pudo resumir el debate, haciéndose cargo de cada uno de los discursos, sino limitándose á tomar de ellos las sentencias que le parecieron más acertadas, tratando de conciliarlas y armonizarlas, y formando de todas, no un cuerpo de doctrina, que no cabe en un discurso improvisado, pero sí el conjunto metódico de lo más discreto que se puede decir en contestacion al tema ó pregunta de *¿qué es el arte, qué ha sido, y qué debe ser en nuestro siglo*?

Siguiendo nosotros rápidamente al Sr. Galiano, trataremos de resumir aquí sus ideas capitales sobre este punto.

El arte no es meramente la imitacion de la bella naturaleza. Para imitar la bella naturaleza es menester saber distinguirla de la fea. Hay, pues, en nosotros un criterio artístico que precede á la imitacion y aun á

la observacion; hay en nosotros un ideal de hermosura que nos sirve de norma y de guia para conocer la hermosura real y reproducirla en nuestras obras, purificándola y limpiándola de sus imperfecciones y lunares. El arte no es, por lo tanto, la imitacion de la naturaleza, sino la creacion de la hermosura y la manifestacion de la idea que tenemos de ella en el alma, revistiendo esta idea de una forma sensible. Al revestir la idea de esta forma es indispensable muy á menudo la imitacion, y esta necesidad engañó sin duda á Aristóteles. La poesía, la escultura y la pintura imitan siempre algo. La hermosura que estas artes crean se determina é individualiza de suerte que tiene que imitar para ello un tipo natural conocido. Pero la música y la arquitectura, que expresan la beldad de un modo más vago, pueden crearla, en el espacio la una por medio de líneas, y en el tiempo la otra por medio de sonidos, sin tener precisamente que imitar ó copiar cosa alguna existente en el mundo, y cuya idea haya nacido en nosotros por medio de las sensaciones. Este privilegio tienen la música y la arquitectura sobre las demás artes, y por este privilegio pueden ser calificadas y llamadas artes primogenias en el órden dialéctico, cuando no en el órden cronológico.

Definido el arte de esta manera, se sigue que tiene en sí mismo un fin elevado, que es la creacion y manifestacion de la hermosura. El fin moral, el propósito científico ó filosófico que el artista se propone á veces al realizar una obra, debe ser considerado como cosa secundaria. De otra suerte el artista se expone mucho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

á dejar de serlo y á convertirse en un mal filósofo. La facultad de que se vale el hombre para enseñar es el entendimiento. La facultad principal del artista es la imaginacion, la cual pudo ser maestra y señora entre los pueblos infantes y primitivos, pero cedió ya el imperio á la razon y al recto juicio, que, sometiendo á método rigoroso las ciencias, las excluyen y apartan del poder de la poesía. Todo lo que se sabe ya científicamente es prosáico. La poesía didáctica es absurda en nuestra edad. El *Manual de Agricultura* de Roret enseña más que las *Geórgicas*; las sencillas *cartas* del napolitano Galuppi dan más conocimientos filosóficos á quien las lee, que todos los nebulosos y filosóficos poemas que se han escrito y que pueden escribirse.

Esto no obsta para que aún se pueda decir en ocasiones: *Dictæ per carmina sortes et vitæ mostrata via est.* Lo que se ignora es más de lo que se sabe, y es seguro que siempre lo seguirá siendo. Queda, pues, un infinito espacio abierto á la imaginacion del poeta, por donde esta puede volar y donde puede soñar, no sólo bellas mentiras, sino profundas verdades, adivinadas con instinto milagroso y no con crítica, ni con discurso, ni con meditaciones.

El arte, pues, tiene un porvenir inmortal, y ni siquiera puede recelarse que le dé muerte la ciencia. La teología ha definido todos los dogmas, las demás ciencias han metodizado y reducido á sistema los otros conocimientos humanos; pero más allá de estos conocimientos está lo ignorado y lo inexplorado, donde campea la imaginacion libre y exenta de todo yugo.

Tiene además el arte otro terreno no menos feraz, otro terreno que no se agostará nunca, y en el cual la ciencia misma se somete á la poesía y es su asunto adecuado. Hablamos del sentimiento. Así como un poeta siente y habla de las flores sin ser botánico, y de las estrellas sin ser astrónomo, y de la razon humana sin ser metafísico, y de Dios sin ser teólogo, así puede sentir y hablar de filosofía sin filosofar en verso, sino con el sentimiento y con la imaginacion puramente.

Pero el sentimiento y los fantasmas que la imaginacion crea, han menester para manifestarse y vivir con vida propia, inmortal é independiente del alma y de la vida del poeta, que se expresen y encarnen en una forma. La forma, ó dígase la expresion es, por lo tanto, el requisito esencial del arte. Puede bien concebirse un hombre incapaz de pintar un cuadro, de hacer un verso y de esculpir un busto, y capaz, sin embargo, de sentir en su corazon las más nobles y hondas pasiones, y de amar la belleza, y aún de crearla místicamente, y de unirse á ella, y de percibirla con percepcion íntima y espiritual allá en el fondo de su sér: mas si este hombre no acierta á expresar sus sentimientos ni á revestir de una forma adecuada las creaciones de su fantasía, este hombre no podrá llamarse artista. La calidad esencial del arte, reside, por consiguiente, en la forma.

Esta fué una de las verdades de la teoría del arte, que el Sr. Galiano defendió con más ingenio y con más fuerza persuasiva, por lo mismo que en el dia hay una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

escuela pseudo-espiritualista que presume de despreciar la forma, y de poner todo el mérito y valor de las artes, y singularmente del de la poesía, en lo que llama el pensamiento y el sentimiento, como si ambos no estuvieran unidos estrechamente á la forma, ó como si pudieran desprenderse de ella y concebirse y trasmitirse de un modo espiritual y meramente intelectivo.

Sobre la duracion y perpetuidad del arte dió tambien el Sr. Galiano cuantas seguridades pudo y supo contra aquellos que imaginan que la ciencia ha de acabar al fin con él; porque el Sr. Galiano demostró que no sólo existirá siempre ese infinito inexplorado, donde la imaginacion vive y se encumbra, y pasiones, y ensueños, y sentimientos que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar, sino que demostró asimismo que siendo las facultades humanas que sirven para el arte, muy otras de las que sirven para la ciencia, y siendo todas ellas esencialísimas de nuestro sér, no ha de recelarse que se amengüen las unas al compás que crezcan las otras, sino que sin detrimento de ninguna de ellas, han de crecer todas y han de desenvolverse y medrar con el progreso, aumento y desarrollo de toda virtud y de toda energía del humano linaje.

Verdad es que la escultura de lo porvenir no creará un tipo más perfecto de hermosura varonil que el Apolo de Belvedere, ni una mujer más hermosa que la Vénus de Milo; ni tal vez la arquitectura imaginará nada más bello que el Partenon, ni nada más sublime que una catedral gótica; ni tal vez invente la pintura un rostro más divino que el de las vírgenes de Rafael:

pero en la música y en la poesía lírica, donde se cifran y compendian todas las celestes aspiraciones de la humanidad, caben sin duda progreso y mejora, conforme nuestras almas se vayan levantando á superiores esferas, y descubriendo más vastos y dilatados horizontes por donde tender la mirada y por donde enderezar la voluntad, sedientas ambas de lo infinito.

La poesía lírica y la música son las artes predilectas de la edad presente. Nunca hubo músicos ni poetas líricos tan grandes como los de ahora. En cuanto á los músicos, es tan evidente esta verdad, que es inútil demostrarla. En cuanto á los poetas, den de ella testimonio Byron, Moore, Shelley, Tenison, Wordsworth y tantos otros, en Inglaterra; Lamartine, Víctor-Hugo, Musset y Béranger en Francia; en España, Espronceda, Quintana y Zorrilla; Schiller, Goethe, Platen, Geibel y Heine en Alemania; y en Italia, Manzoni, Parini, Monti, Leopardi y Foscolo, los cuales se adelantan en la forma y en la idea á la mayor parte de los poetas líricos que hubo en los siglos pasados, en sus respectivos países.

Es indudable que si la humanidad llegase á un estado de espiritualismo ó misticismo tan puro y etéreo que comprendiese sin forma los pensamientos y sentimientos, ó bien á un estado científico tan perfecto que los tuviese ordenados y clasificados lógicamente, deduciendo con método rigoroso todas las consecuencias de sus ideas, encadenándolas todas y encerrándolas luego en una altamente comprensiva y sintética, y aplicando y ajustando sus pasiones á la vida práctica,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con tan sábia moral y con tan utilitario tino, que todas ellas concurriesen al bien general y al individual juntamente, el arte acabaria; el arte no tendria razon de ser; pero como tal extremo de perfeccion es imposible, tambien lo es el aniquilamiento del arte. Este cambiará de formas y de manera, pero no acabará nunca, mientras que la humanidad no acabe.

El poeta de lo presente y de lo venidero no enseñará las ciencias y la moral, como los *gnómicos* de Grecia; ni como Hesiodo, la religion; ni la física, como Arato, Empédocles y Lucrecio; ni como Virgilio, la agricultura; pero con natural é instintivo vaticinio marcará la senda de las futuras generaciones, y hará lucir el ideal del género humano, presentándole en sus cánticos á los pueblos. El poeta y el músico, y en general el artista de ahora y de los tiempos venideros, satisfarán asimismo ó procurarán satisfacer otras necesidades inherentes á todo sér humano, y que no podrán jamás ser satisfechas ni por el bienestar material más cumplido, ni por la ciencia más inconcusa, comprensiva y maravillosa; las necesidades del corazon y de la fantasía, que serian más exigentes y poderosas si las del entendimiento y las de los sentidos llegasen á lograr toda satisfaccion y hartura, ó pudiesen aquietarse, merced á una educacion más eficaz que la de ahora.

La crítica, precediendo en todo artista á la inspiracion, es tal vez el único obstáculo sério que puede ofrecerse á la perpetuidad del arte en épocas de una civilizacion muy adelantada. La crítica, precediendo á la inspiracion, parece harto natural en la edad reflexiva de los pueblos, y la crítica entonces parece asimismo que ha de ser un estorbo insuperable para que logre el ingenio dar á sus obras la espontaneidad y la frescura que les dió cuando instintivamente y con una inspiracion ciega y divina las creaba. Pero esta inspiracion inconsciente es de esperar que siempre exista y viva en la idea germinal del poeta ó del artista, la cual ha de venir de lo infinito inexplorado; en la forma, en la manera de la expresion, precederá á la inspiracion la crítica; mas esto, léjos de ser un mal, será un bien. Todos los grandes poetas, todos los grandes artistas han sido siempre grandes críticos de lo exterior, de la forma: sólo en el fondo misterioso, que en la forma se oculta, se han dejado arrebatar del estro y de una iluminacion súbita y de una revelacion misteriosa, cuyo significado no entendian, y que los críticos de edades posteriores han desentrañado y explicado.

Cervantes no sabia que D. Quijote era lo ideal y que Sancho era lo real, y si lo hubiera sabido, no hubiera compuesto el más admirable de todos los libros de entretenimiento; hubiera compuesto una alegoría pálida y pedantesca; pero Cervantes sabia y trabajaba con pleno discernimiento crítico de la forma y los pormenores todos de su obra. Virgilio pesó y analizó y criticó sin duda cada uno de los exámetros de sus églogas y de sus poemas, y comprendió con el entendimiento los caractéres de sus personajes y los sentimientos que expresan; sólo la parte divina, la inspiracion profética, fué superior á su juicio. Lo propio puede decirse de Dante, de Shakspeare, de Calderon, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

aun de los poetas de nuestros dias, en cuyas obras, cuando duren y pasen á la posteridad con el sello evidente de su mérito, hallarán los críticos claras verdades hoy tan desconocidas para nosotros, como el nacimiento del Redentor y el novísimo movimiento civilizador de Europa, avasallando y domando la tierra, para los coetáneos de Virgilio, y como las constelaciones del hemisferio austral para los de Dante, y como el descubrimiento del Nuevo Mundo para los de Séneca el Trágico.

El arte, por lo tanto, tendrá siempre una mision elevadísima y vivirá sin confundirse ni perderse en la ciencia; vivirá creando la hermosura y soñando y adivinando en el no explorado infinito las futuras verdades, ó las hermosas ilusiones que han de servir á los hombres de guia ó de consuelo.

La música y la poesía lírica son, por cierto, las dos formas artísticas más propias de nuestra edad; pero esto no excluye que sigan tambien manifestándose las otras formas. Hasta la misma poesía épica, si bien considerada de cierto modo es imposible en el dia, á no ser como trabajo de taracea, de erudicion y de puro remedo, todavía es posible y puede ser grande, comprendida del modo conveniente á nuestra civilizacion. Otro tanto debe afirmarse, aún con más fundamento, del arte dramático.

Las demás artes distan mucho de morir; antes renacen en nuestro siglo y vuelven á ser lo que en el pasado no fuéron. La pintura en Bélgica y en Francia vale hoy tanto como en los mejores tiempos; en Alemania

vale más; en España despierta de un largo sueño, y promete acercarse un poco á su glorioso antiguo estado; sólo en Italia se halla en decadencia. La escultura no ha florecido nunca como en nuestro siglo desde los buenos tiempos de Grecia y de Roma; díganlo Canova, Thorwalsen, Teneranni y Pradier; y si la arquitectura ha perdido toda originalidad y se limita á reproducir lo pasado, la música, en cambio, crea un universo de armonías, y con el número y los sonidos se diria que encierra lo infinito dentro del tiempo.

Estas y otras razones se alegaron durante la larga discusion que hubo en el Ateneo sobre los destinos del arte, prometiéndoselos felices é inmortales algunos oradores, y singularmente el Sr. Galiano, que hizo el resúmen.

El extracto informe y ligero que damos de él nosotros es sólo un pálido y desordenado trasunto de la discusion de la seccion de literatura, de la cual, con otro vagar y reposo, acaso hubiéramos acertado á dar una noticia menos confusa y más satisfactoria.

(El Contemporáneo.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RECEPCION

DEL SR. D. PEDRO DE MADRAZO

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El domingo 13 se verificó este acto solemne con gran concurso de personas distinguidas por su saber, y de aficionados á las ciencias y á la literatura. Nosotros, que nos contamos entre estos últimos, asistimos tambien á la recepcion y á la lectura que hizo el Sr. Madrazo de su elocuente discurso. Conociamos y estimabamos al Sr. Madrazo, como poeta; de su grande erudicion habiamos oido hacer mil encomios, y de la novedad de sus ideas y de la originalidad de su estilo como prosista, habia llegado á nosotros, si no las muestras, la fama.

Así es que esperabamos mucho del discurso de recepcion, en el cual se esmeran todos, y en el cual suponiamos que el Sr. Madrazo habia tambien de esmerarse. Nuestras esperanzas, en efecto, no salieron

vanas. El discurso, que pronto se divulgará publicado en la *Gaceta*, es excelente, así por la elegancia y brillantez de la palabra, como por la vigorosa energía del entendimiento, que en tan breve espacio ha sabido resumir y compendiar tantos hechos y tantas ideas, y ordenarlos de suerte que formen un todo armónico, que concurran á un solo fin, y que sean como trono, sobre el cual se levante y descuelle la idea capital y más trascendente del autor.

El discurso parece una historia de nuestra civilizacion, trazada á grandes rasgos; una filosofía de nuestra historia expuesta de un modo poético, con más galas de estilo y pompa de lenguaje, que método dialéctico. El órden del discurso, por lo mismo que el discurso abraza tanto, no puede ser precisamente el órden de la prosa didáctica; pero el autor, aunque se desbordan sus ideas con exuberancia, acierta á coordinarlas, más que como académico, como un egregio poeta que da claridad y tersura á los cantares, aún en medio de sus más líricos arrebatos. Fué parte tambien en que nos pareciese tan pronunciado el lirismo del Sr. Madrazo, su entusiasta manera de leer el discurso, casi con ritmo y entonacion de poesía, y con voz sonora y simpática, que le prestaban singularísimo encanto.

De todos modos, el discurso del Sr. Madrazo es una obra notable, y no se ha de extrañar que, siendo tan pocas las que por desgracia se publican en el dia, nosotros nos ocupemos y demos de esta una breve noticia, exponiendo nuestro juicio y diverso parecer so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre un punto muy importante, en que sentimos no estar de acuerdo con el nuevo académico.

Este se propone investigar *el norte señalado por la Providencia á la sociedad española y las leyes peculiares de su desarrollo*, y cuenta como los más esenciales y distintivos elementos de nuestro carácter, el *celo religioso, la fe monárquica y un profundo sentimiento de independencia y libertad*. Unidos estos tres elementos en concertada proporcion, han engendrado toda la grandeza de nuestra historia patria; pero, cuando uno de ellos prevalece y se magnifica á expensas de los otros, es causa de decadencia y aun de ruina: el celo religioso se convierte en supersticion y fanatismo; en servilismo la fe monárquica; en espíritu de rebelion y de anarquía, en odio infundado á los extraños, y en rudo afan de aislamiento, el noble sentimiento de libertad y de independencia.

Es imposible seguir al Sr. Madrazo en la rápida, nutrida y concisa enumeracion de los grandes hechos de nuestros mayores, donde descubre la inspiracion y el impulso poderoso de los tres sentimientos enunciados. El amor á la libertad y á la independencia resplandece en nuestra lucha secular con los romanos y cartagineses, y con los moros, y queda escrito con fuego y sangre en los *épicos suicidios* de Numancia, Astapa y Sagunto, en la lucha de siete siglos contra el islamismo, en la gloriosa y tenaz peregrinacion de Covadonga á Granada, y, aún recientemente, en la heróica resistencia que España opuso al coloso del siglo. El celo religioso brilla tambien en todos los actos de esta ilustre nacion, desde sus primeros cristianos, que deseosos del martirio y despreciadores de la muerte, jamás se ocultaron en criptas ni catacumbas, hasta los valientes soldados y sufridos misioneros, que con la persuasion y la espada difundieron por toda la redondez de la tierra la luz del Evangelio y la civilizacion de Europa, iluminando con ellas, no sólo las más apartadas y bárbaras regiones del remoto Oriente, sino un inmenso y nuevo mundo, antes desconocido. De la fe monárquica de los españoles dan por último testimonio toda su historia, su literatura y su poesía, en la cual llega ya la lealtad y la devocion á los reyes, hasta el extremo censurable de no retroceder ante el crímen. El rey manda matar, y el perfecto caballero mata, como si fuera un *bravo*, ó como si el rey pudiera trocar lo malo en bueno, y borrar del decálogo alguno de los mandamientos divinos.

Es menester convenir en que están admirablemente demostradas y descritas, en el discurso del Sr. Madrazo, todas estas calidades de nuestro gran sér como pueblo. En lo que no convenimos con el Sr. Madrazo, en lo que somos mucho menos severos moralistas, en lo que no podemos hacer coro á sus patrióticas alabanzas, es en *la evidente ineptitud* que tiene el pueblo español, en sentir del Sr. Madrazo, para lo que él llama *las artes del deleite*. Para nosotros, prescindiendo ahora de si realmente hay esa ineptitud en el pueblo español, ó no la hay, es la ineptitud misma una falta lastimosa que debiera remediarse, y no una excelencia en la que tengamos que cifrar nuestro orgullo. No

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creemos, con el nuevo académico, que *en todas las naciones, así en el mundo antiguo como en el moderno, la excesiva perfeccion de la forma consagrada al deleite coincide siempre con la depresion del sentido moral.* No creemos que la bondad esté reñida con la hermosura, ni el valor con la cortesanía, ni la elegancia con la virtud, ni los más delicados refinamientos artísticos con el santo amor de la patria. No creemos que la aparicion de elegantes poetas, de diestros escultores, de pintores, arquitectos y músicos hábiles, sea signo ominoso de la corrupcion y caida de los imperios. No somos tan misántropos, como el Sr. Madrazo. No vemos, como él, ese antagonismo entre la civilizacion y la cultura. No queremos persuadirnos de que convenga ser zafios para ser honrados. Parece imposible que el Sr. Madrazo, que es tan culto, tan atildado, tan correcto en cuanto hace, en cuanto escribe y hasta en su misma persona, sea quien sostiene tan singular opinion.

«Despréndese del estudio de la clásica antigüedad, dice el Sr. Madrazo, un hecho altamente significativo y que debe servirnos de *escarmiento* siempre que una alucinacion peligrosa nos haga deplorar que no hayan producido las dinastías españolas Augustos y Médicis, ni el arte español Praxiteles y Parrasios, Poggios y Aretinos. En los tiempos en que más levantada aparece la humana dignidad, revisten las creaciones de la inteligencia, si es lícito expresarlo así, una especie de sequedad sobrenatural y sublime, y no se muestra émula risueña y seductora de la naturaleza hasta que

los corazones y los entendimientos se prostituyen.»

Hay en el párrafo que acabamos de trascribir, una série de heregías artísticas, á las cuales, por lo mismo que las predica con toda la mágia de la elocuencia un hombre de talento, aunque inclinado á la paradoja, es muy del caso poner algun correctivo.

En primer lugar, es justo que consideremos que aunque la eflorescencia de las artes haya alguna vez coincidido con la inmediata corrupcion y caida de un imperio y con la pérdida ó maleamiento de una civilizacion, no por eso se ha de tener aquel fenómeno histórico por causa ni por signo siquiera de estos últimos. Un imperio, una nacionalidad, una civilizacion suelen no producir sus grandes poetas y sus perfectos artistas, hasta que llegan á su completo crecimiento y desarrollo; y si mueren despues de haberlos producido, no es culpa de los artistas ni de los poetas, sino del destino, ó dígase mejor, de las leyes providenciales de la historia, que no habian señalado más larga vida á aquel pueblo, nacion ó raza. Arboles hay que dan el fruto y mueren luego, sin que el fructificar se tenga en ellos por causa ni por signo de corrupcion y de muerte, sino de plenitud y perfecto término de su adelanto. El sér viviente que da la seda, la da al morir, encerrándose en ella como en una mortaja, de donde no sale sino para dejar la semilla y morir de nuevo.

Por dicha, en la historia de la humanidad no acontece por lo comun lo que en la historia de los séres orgánicos que hemos citado: antes bien, el refinamiento

en las artes y en los modales, la época de la mayor elegancia y de la más elevada cultura, suele preceder, con siglos de intervalo, á la época de postracion, corrupcion y caida.

En Grecia tiene lugar esta edad elegante, artística y literaria, desde la guerra médica en la que Esquilo peleó, hasta la conquista del Asia por Alejandro; y verdaderamente que no puede citarse este período como período de decadencia de aquella gran civilizacion, sino como el de su mayor desarrollo y difusion por el mundo. La cultura griega, las bellas artes consagradas al deleite, la poesía épica, lírica y dramática, todo decae despues conforme van decayendo la civilizacion, el valor y el poder político de Grecia. No crecen la cultura y el buen gusto y la elegancia verdadera, conforme la corrupcion va creciendo: antes bien, todo desmaya al mismo paso.

En Roma las artes y las letras son más bien un remedo que un fruto natural y propio; pero aún así, las artes y las letras florecen en Roma, si no en los mejores aunque más rudos tiempos de la república, en una edad lejana aún de la corrupcion y caida. Los primeros poetas trágicos y cómicos son contemporáneos de los Scipiones; en Virgilio y en Horacio sobrevive aún el nobilísimo espíritu de la recien vencida república. Si despues Roma decae como poder político, las letras y las artes no por eso prosperan más, ni se hacen más perfectas en la forma, sino que preceden y anuncian con su corrupcion y con su barbarie, que hasta en la lengua se nota, el desquiciamiento y ruina del coloso romano.

En los pueblos modernos de Europa, de una civilizacion más segura por entrar en ella el cristianismo como elemento y como base, sucede á menudo todo lo contrario de lo que el Sr. Madrazo supone. El desarrollo de las ciencias y las artes, la aparicion de una gran literatura y la elegancia de las costumbres suelen preceder y ser como signo y anuncio de la futura grandeza política. Desde Luis XIV hasta el dia, ora con esta, ora con estotra forma de gobierno, Francia prepondera en el mundo civilizado. Al portentoso poderío del imperio británico precedió tambien una gran literatura, refinada y elegante.

Por otra parte, esa sequedad sobrenatural y sublime del arte, de que habla el Sr. Madrazo, no se muestra siempre en las épocas en que está más alta la dignidad humana. No era muy alta la dignidad humana, ni eran muy buenas las atroces y viciosísimas costumbres que reprendian los profetas judíos, modelos de esa sequedad sobrenatural y sublime. ¡Qué mayor corrupcion é inmoralidad, qué estado más anárquico y espantoso, qué costumbres más perversas que las de Italia, cuando escribió Dante su divino poema, donde tambien resplandece esa sequedad sobrehumana! Pues qué, la corrupcion, aunque se dore y revista en ocasiones de las más brillantes galas, ¿no suele ir unida con más frecuencia á la grosería y á la barbarie?

Hasta la propia molicie y el lujo y lo exquisito, peregrino y alambicado de los deleites, que no parece sino que debieran ser forzosos compañeros de una excesiva cultura, acompañan y afean más las costumbres

de los pueblos semi-bárbaros, que las costumbres de los pueblos cultos y artísticos, donde el deleite sensual se olvida y menosprecia por el deleite del alma, y cuando no se olvida, al menos se limpia, se encubre ó se hermosea. Crea el Sr. Madrazo que la moza de Otahiti se vestia su grosera túnica de algodon, y se adornaba de cuentas de vidrio y de chinitas y de conchas del mar, con más vicioso propósito que se viste de sedas y encajes, y se corona de diamantes y esmeraldas, primorosamente engastados, la *lionne* más peligrosa y coqueta de nuestros dias. No dude que la *timorodea* de la otahitiana y el tango de la negra son más lascivos y muelles que las polkas y hasta que el *cancan* de la parisiense. No imagine que la depravacion de Roma, en tiempo de los Césares, era efecto de la cultura, de la filosofía, de las artes y de la literatura, sino que era á pesar de todas estas cosas. Repetimos que el lujo, la molicie, el refinamiento y los caprichos más extraños del hastío voluptuoso se dan y se han dado más comunmente entre los bárbaros y aún entre los salvajes, que entre los pueblos cultos. A ningun rey de la Europa culta, por tirano que haya sido, se le pudo jamás ocurrir lo que al buen rey Asuero se le ocurria y aún tenia por costumbre y estatuto de su reino, donde no habia poetas, ni Praxiteles, ni Parrasios, que sepamos. Y era lo que se le ocurria, que las más lindas muchachas de todos sus dominios se le habian de presentar sucesivamente, prévia una preparacion de doce meses, durante los cuales se habian ellas de estar encerradas, lavándose, sahumándose, embalsamándose,

perfumándose, acicalándose y hermoseándose, de suerte que la imaginacion más discreta y más lasciva de ahora no acierta á comprender ni á ponderar.

Persuádase el Sr. Madrazo de que para esta clase de sutilezas voluptuosas y de invenciones lascivas no se há menester gran cultura ni gran primor artístico: antes se ven estas cosas y se conciertan mejor con las costumbres bárbaras y groseras. ¡Cuántos ejemplos no podriamos citarle en prueba de lo dicho (si lo consintiera el corto espacio que podemos ocupar en este periódico) de aquellos buenos tiempos de la *sequedad sobrenatural y sublime*, en que se pintaban y se esculpian imágenes de nuestro Redentor que parecian deformes cadáveres, llenos de sangre y de llagas, y en que el arte no competia aún con la bella naturaleza, sino que superaba y se adelantaba, no ya á lo natural, sino á todo lo ideal que podemos concebir hoy en punto á feo! Baste recordar al Sr. Madrazo que no eran muy artísticos los siglos x y xi de la era cristiana, ni que eran muy cultos; mas, aunque feroces, no dejaron de ser horriblemente corrompidos.

No entramos aquí, porque seria menester escribir un discurso de no menores dimensiones que el discurso del Sr. Madrazo, en la averiguacion de si los españoles padecen ó no de la *evidente ineptitud* que este les atribuye.

No queremos decir si somos tan foscos y graves como el Sr. Madrazo supone, ó si somos más risueños y alegres. Sólo decimos que, en todo caso, la *evidente ineptitud* es una falta, y no un mérito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una gitana arrebujada en una manta vieja excita peores y más bestiales instintos en un hombre ordinario, que las tres Vénus de Milo, de Médicis y del Capitolio, en una persona culta. Cualquiera mujer elegante y jóven de ahora podrá tener una mala tentacion al ver pasar por la calle á un buen mozo vestido, y hasta con gaban y bufanda: mas para que tenga esa mala tentacion delante del Apolo de Belvedere, y para que no sienta en toda su pureza la limpia y serena admiracion de la ideal hermosura humana, será menester que esté poseida de todos los demonios, ó que la domine el más brutal y grosero temperamento.

El Sr. Madrazo condena en nombre de la religion cristiana el naturalismo, la representacion de la hermosura. El Sr. Madrazo ha tomado en sentido muy lato que la carne es uno de los tres enemigos del alma. Su pudor se asemeja un tanto al de aquella beata que estaba afligidísima porque tenia que aparecer desnuda el dia del juicio final.

¿Cómo hemos de negar nosotros la concupiscencia de la carne contra el espíritu? Pero tampoco nos podrá negar el Sr. Madrazo la del espíritu contra la carne, que es la suya. ¿De dónde ha sacado ese ultra-espiritualismo y ese amor á la fealdad física, ó por lo menos ese aborrecimiento á la hermosura del cuerpo, que supone en nuestra religion? Pues qué, ¿Nuestro Señor resucitó acaso con un cuerpo feo, ó resucitó con un cuerpo hermoso? ¿Y no subió con él al cielo, y no le hizo participante de su divinidad y de su gloria? ¿Nuestros cuerpos, no han de resucitar tambien adornados, si lo

merecemos, de peregrina hermosura? ¿El vicio es acaso la belleza, y la fealdad es acaso la virtud? ¿Ha de volver el arte, para que sea cristiano y no pagano, á la *sublime sequedad* de los pintores bizantinos?

El discurso del Sr. Madrazo tiene esta tendencia. No exageramos lo que dice; solamente lo interpretamos para hacerlo resaltar y con el objeto de impugnarlo, haciendo ver sus consecuencias extremas.

Cierto espíritu mojigato se ha difundido por toda España de algun tiempo acá, y ha turbado los más claros ingenios. No se extrañe, pues, que tratemos de combatirle hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas. Sólo nos queda aún un deber que cumplir; el de pedir perdon al público, y al mismo elegante, culto y erudito autor criticado, de la ligereza y desórden con que hemos hecho esta crítica; pero ni la premura del tiempo, porque en los periódicos diarios deben aparecer inmediatamente estos juicios, ni la forzosa precision de no extenderse demasiado, han consentido otra cosa.

(El Contemporáneo.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ORIENTALES.

COLECCION DE POESÍAS TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ARÁBIGO EN VERSO CASTELLANO, POR D. PEDRO LABITTE RICARD, CATEDRÁTICO SUSTITUTO DE LENGUA ÁRABE EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

Ya sea por nuestra proverbial pereza, ya por la falta de estímulo, lo cierto es que el estudio de la lengua del Yemen, así como el de todas las lenguas orientales, ha sido hasta ahora muy descuidado en España. Imposible parece que un idioma, en el cual se han escrito tantos documentos importantes al conocimiento de nuestra historia, y tantos libros de poesía y de filosofía, gloria de nuestro suelo, donde nacieron sus autores, haya sido tan generalmente ignorado. Apenas si en el largo catálogo de nuestros innumerables literatos se cuentan algunos célebres arabistas. Los pocos que se cuentan no alcanzan una reputacion tan bien asentada, que escritores como Dozy y otros orientalistas extranjeros no nos hagan dudar un poco de su saber.

Bien es verdad que esta clase de estudios arábigos tiene la peculiar calidad de estar más sujeta á opiniones que otras clases de estudios. Los profanos, los que no sabemos una palabra de árabe, no podemos menos de pasmarnos de la inseguridad y de las cuestiones de los que saben, ó dicen que saben dicho idioma. A veces llegan las cuestiones á tal extremo, y son tales los sendos cargos de ignorancia que los arabistas se dirigen, que siente el profano cierta inclinacion á dudar, no sólo de la ciencia arábiga, sino hasta del idioma de los árabes, tomándole, como ahora se dice, por un *mytho*. Hemos visto, por ejemplo, disputar á dos famosos catedráticos, durante muchos meses, y escribir folletos y disertaciones, sobre si, en un pasaje de veinte ó treinta líneas, contenido en un libro árabe, se describe la batalla de Ourique ó la batalla del Guadalete. Cada uno de los contrincantes, cansados ambos de disputar, se ha quedado en sus trece. No creemos que haya arte, ni ciencia, ni disciplina, por oscura y opinable que sea, que dé ocasion á una polémica por el estilo. Es como si dos maestros de latin disputasen y escribiesen largos tratados sobre un pasaje de Cornelio Nepote, donde sostuviese el uno que se contaba la vida de Hamilcar y el otro de Milciades.

En otras lenguas semíticas aparece que reina la misma incertidumbre. Un sábio en la hebráica nos ha sostenido que en los primeros capítulos de la Biblia (texto hebreo) no se mienta el Edén. Hemos aprendido los caractéres hebráicos; hemos leido y releido los primeros capítulos del Génesis, y hemos hallado la palabra

Eden. No sabemos si dar crédito al sábio ó á nuestros ojos.

En suma, en las cuestiones sobre las lenguas semíticas hay aún mucho de tenebroso é incierto, al menos en España. No se ha de extrañar, por lo tanto, que digan unos que proviene del árabe nuestra poesía popular, nuestro romancero, y que sostengan otros, por el contrario, que en árabe no hubo jamás nada parecido á nuestros romances, y que la poesía arábiga, en vez de ser popular, tiene todos los caractéres de culta, erudita y artificiosa. Algunos añaden que los romances moriscos primitivos, que nuestros antiguos autores fingen traducidos del árabe, son originales, y que si en árabe hay algun romance, es traducido ó imitado del habla de Castilla.

Entre tantas contradicciones, el profano no sabe á qué atenerse, y se limita á aguardar con paciencia que las tinieblas se disipen. A ello va contribuyendo en gran manera el impulso dado á este linaje de estudios por el erudito y discreto orientalista D. Pascual Gayangos.

En varias universidades y colegios de España tenemos ya catedráticos de árabe, de los cuales se ha de creer que saben dicho idioma. Empiezan asimismo á darse á la estampa libros que ilustran nuestra historia y nuestras artes y ciencias, los cuales se deben al conocimiento de un idioma tan difícil y tan rico, que hay quien asegure que cuenta doce millones de vocablos; mil palabras para decir camello, segun lo que el camello está haciendo cuando se le nombra, y otras mil para

decir espada, segun tambien lo que con la espada se hace; cosa que verdaderamente pone grima y quita la gana de engolfarse en semejante *mare magnum*. Mas á pesar de todo, repetimos que en España van floreciendo estos estudios, y que dan claro y honroso testimonio de ello las obras del mencionado Gayangos, algunos trabajos del Sr. Estébanez Calderon, y las más recientes publicaciones de los Sres. Simonet, Malo de Molina y D. Emilio Lafuente.

Casi todos ó todos estos trabajos son, no obstante, sobre historia política ó sobre inscripciones. Sobre la filosofía de los árabes, que tanto floreció en España y cuyo conocimiento importa en alto grado á la historia de la filosofia de la Edad Media, poco ó nada se ha escrito ó dicho entre nosotros, salvo las lecciones que empezó á dar en el Ateneo el Sr. Moreno Nieto. Y sobre la poesía, apenas si conocemos por Casiri la vida y el nombre de algunos poetas árabes españoles, y algunas poesías por las traducciones que Conde inserta en su *Historia*.

Se publicó tambien en Paris, por los años de 1833, una coleccion de poesías árabes, persas y turcas, traducidas por el conde de Noroña, mas no directamente del original, sino, á lo que afirman las personas entendidas en el asunto, de la lengua inglesa. Precede á esta traduccion del conde de Noroña, una del *Discurso sobre la poesía de los orientales*, del célebre W. Jones.

El conde de Noroña no inserta en su coleccion una sola obrilla de los muchos poetas que en España ha habido: y el discurso que traduce de W. Jones es suma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mente conciso y no da la menor noticia de la poesía nacional de la España mahometana. Sólo contiene vagos elogios de la poesía arábiga primitiva, que, segun parece, vale más que la posterior al islam. Cita W. Jones la coleccion llamada *Moallacat* ó poemas suspensos, de los cuales se conservan siete. Eran estos poemas los que salian premiados en un certámen que se celebraba anualmente en un sitio llamado Okhadh, y se decian suspensos y tambien dorados, porque se escribian con letras de oro sobre seda de Persia, y eran suspendidos, para eterna memoria, á la entrada del antiguo y famoso templo de la Caaba, en la Meca. Tambien habla W. Jones del *Hamasa* y de otras colecciones.

Pero quienes han dado á conocer mejor en Europa la poesía de los árabes, han sido, á nuestro entender, los alemanes, cuya lengua por ser tan flexible se presta á traducir de cualquiera otra con la mayor fidelidad y conservando el espíritu poético, y cuyo afan de investigacion y amor y constancia en el trabajo los hacen capaces de profundizar cualquier asunto literario ó científico en que se ocupan.

Entre los orientalistas alemanes que se han empleado en dar á conocer la poesía arábiga, merece sin duda el primer lugar Rückert, traductor del *Hamasa* ó *Valentía*, cantos épicos-líricos, en la mayor parte anteriores á Mahoma, que reunió el erudito Abu Temmam, en la primera mitad del siglo IX. Tambien tradujo lindamente en aleman y publicó Rückert, en 1844, en la ciudad de Stuttgardt, las *Makamas* de Hariri, que son como leyendas poéticas.

En España, entre tanto, donde, segun aseguran los doctos, ha habido muchos y muy excelentes poetas árabes, apenas si hasta el Sr. Ricard ha habido quien traduzca un solo poema arábigo del original al castellano. No es de admirar, pues, que nos llame la atencion esta novedad, y que consagremos al opúsculo del señor Ricard un artículo. Su traduccion, como él mismo dice en el breve prólogo que le ha puesto, está hecha sobre la antología de poesías árabes que Kosegarten ha recopilado al fin de su *Chrestomathia arabica*. Consta la coleccion de cuarenta y nueve composiciones, y no parece que sea ni una sola de ellas de autor nacido en España.

Los profanos nos quedamos aún con el deseo de conocer por sus obras á los egregios poetas árabes que florecieron en España, y singularmente en Córdoba, en tiempo de los califas. Los profanos tenemos que dar crédito al no menos egregio poeta cordobés, duque de Rivas, cuando nos dice que Jusef-Aben-Harun era un Homero, y cuando nos habla con tantos encomios de Alhasan, de Albuker, de Obada y de la hermosísima Lobna. ¿Es posible que se hayan perdido todas las obras de todos estos señores, ó que los orientalistas no quieran darnos una leve muestra de su mérito, traduciendo un poquito?

Verdad es que, segun el Sr. Ricard, que en esto no conviene, como de costumbre, con otros arabistas españoles, y más bien conviene con Dozy, la poesía arábiga es de una *naturaleza erudita y aristocrática*, esto es, que no puede haber dado orígen á nuestra poesía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

popular. El Sr. Ricard añade, para ponderar los obstáculos, *que se oponen á una version fiel é inteligible de los versos árabes, que el culteranismo, considerado como un defecto en nuestra poesía*, es en la de los árabes una excelencia, una virtud, *su mejor adorno. Los primores de la poesía árabe*, prosigue, *son á veces tan superiores al alcance del público, que con frecuencia necesitan los mismos autores escribir un comentario á su poesía, comentario indispensable para su inteligencia.* Curiosa virtud y diabólico adorno de poetas y de poesía son estos de los árabes, si hemos de fiarnos del Sr. Ricard. Ni *La Alejandra* de Licofron, ni *Las Soledades* de Góngora, valdrian nada entre ellos. Por fortuna el Sr. Ricard ha sabido despojar sus traducciones de esa virtud de la oscuridad. Todas ellas se entienden sin comentarios, y bien se puede afirmar que algunas son muy lindas.

Las hay sentenciosas, llenas de moralidad y de filosofía, sobre la templanza, sobre la modestia, sobre la paciencia y sobre la mansedumbre. A pesar del fin didáctico de estas composiciones, la abundancia y la riqueza de las imágenes les prestan cierto lirismo. Otras son descriptivas, pero el poeta, al contemplar y describir el objeto, y movido por las impresiones que de él recibe, evoca sus más íntimos sentimientos y los pinta con notable viveza de expresion. De este género son la poesía *sobre el arrullo de las tórtolas silvestres*, que guarda en sí la melancolía más profunda; la composicion sobre la primavera, rica de un sentimiento voluptuoso, verdaderamente oriental, y otras varias

sobre el aire, el murmullo del agua, las ramas de los árboles, el nenufar, el narciso, la rosa, la violeta, el jazmin, el arrayan, el azahar, la flor del almendro, la flor del granado, y otras flores.

Contiene tambien la coleccion algunas poesías amorosas y en loor del vino, al que suelen ser muy aficionados los poetas musulmanes, á pesar de la prohibicion del Koran. Por desgracia, estos versos al vino tienen, por lo comun, para nosotros, europeos y cristianos, el mismo inconveniente que la segunda Egloga de Virgilio y que los versos de Hafiz y de otros poetas persas. El copero hace generalmente el papel del Batilo de Anacreonte, del Ganimedes de Júpiter y del Antinóo de Adriano.

Tales son, en brevísimo resúmen, las poesías árabes que ha traducido el Sr. Ricard. No copiamos aquí ninguna, porque nos parece difícil la eleccion, y no estaria bien dar como muestra la que valiese menos. Por otra parte, nosotros entendemos que de estas cosas, bellas, sí, pero exóticas, no se puede juzgar por un pequeño fragmento; es menester conocer toda una obra y penetrarse del espíritu, y de la forma de poetizar tan peregrina y tan diferente de la de los pueblos de Europa.

Recomendamos, pues, á los curiosos que compren y lean el opúsculo del Sr. Ricard, que está de venta en todas las librerías. Es menester animar al Sr. Ricard, á ver si se decide á traducir las obras de algun buen poeta arábigo-hispano. Seria de desear, si esto hiciese, que al lado de su traduccion en verso, nos diera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otra traduccion literal en prosa, como hizo el Sr. Castillo y Ayensa, con Safo, Tirteo y Anacreonte. Así comprenderíamos mejor, los que no sabemos la lengua arábiga, la manera de la expresion, los giros y las frases del poeta que el Sr. Ricard traduzca, lo cual es de la mayor importancia para poder juzgar sobre una poesía extranjera. En la traduccion en verso puede haber bellezas que sean del traductor, y asimismo no pocos defectos de prosaismo y ripios, ó palabras inútiles, que al autor no deben atribuirse.

CUENTOS Y FÁBULAS

DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. TOMOS I Y II.

La atencion del público, harto embargada por la política, se fija ahora menos que nunca en las obras de nuestros ingenios, los cuales, ofendidos del injusto desden con que se les trata, dan poca muestra de sí y ocasion á que se sostenga que nuestra literatura está en una decadencia grandísima. Para los que así discurren, viviendo aún los escritores más ilustres que á principios de este reinado empezaron á florecer, no parece sino que la literatura ha de producir cada año, no sólo nuevas obras, sino tambien nuevos autores, so pena de que se la crea muerta ó decaida. Para los que así discurren, García Gutierrez, Zorrilla, Vega y tantos otros, que viven aún, que escriben, y que no han llegado á la vejez, han de considerarse como autores de otra época literaria, y no de la presente. Pero nosotros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenemos muy diverso modo de discurrir, y no acertamos á marcar épocas diferentes en tan corto tiempo. Para nosotros, no ya García Gutierrez, que es jóven aún, y que debe, en la madurez y complemento de facultades á que ha llegado, prometer más sazonados frutos de su ingenio que los de su juventud, sino Breton de los Herreros y Hartzenbusch, son tan de nuestra edad como el año de 1837, y el duque de Rivas es tan de ahora, como de hace veinte ó treinta años. Dígalo su romance del *Romancero de la guerra de Africa*. Acaso no haya otro que le supere entre cuantos el duque escribió en la que se supone buena época por excelencia.

¿Por qué Vega, por ejemplo, ha de ser un autor de esa otra época á la que se atribuyen todas las glorias, y no ha de serlo de la nuestra ó de una época por venir, cuando salga á luz el *César*, que será sin duda la más pefecta y acabada obra de su vida? A Roca de Togores, á Pastor Diaz y á otros varios que ganaron mucha fama y que brillaron y florecieron en ese período que tanto se pondera para denigrar el presente, ¿se les ha agostado acaso la imaginacion y se les ha apagado el fuego del alma, ó escriben, por el contrario, tan bien como antes escribieron, ó mejor, porque al entusiasmo y á la riqueza de la fantasía juntan el saber y la plenitud del juicio y las lecciones de la experiencia? ¿Quién sabe qué obra maestra podrá producir aún cada uno de estos que aventaje y eclipse á cuanto ya escribieron antes? Por este lado no hay, pues, motivo para asegurar que decae la literatura. Ni le habria tampoco, aunque

no apareciesen, como algunos suponen, nuevos ingenios, dignos de reemplazar á los de aquel período: mas á nuestro modo de ver, aparecen, por fortuna, no inferiores ingenios. Si no resplandecen tanto, es porque ó no han llegado aún á su zénit; ó porque pasó ya el natural fervor del público al ver que resucitaba ó renacia, con la libertad, á principios de este reinado, la desmayada literatura; ó porque ahora hay más gente que sepa y que escriba, y se hace, por lo mismo, más difícil conseguir el aplauso y sobresalir entre la turba de escritores.

Nada de esto es síntoma de decadencia: más bien lo es de progreso. La abundancia de escritores puede con todo ocasionar la corrupcion, si la crítica no lo remedia. La mala yerba puede ahogar ó consumir el trigo. Los libros malos y vulgares pueden distraer la atencion del público y hasta disgustarle, hartarle y apartarle de leer los buenos libros.

Para evitar este mal, que ya empieza á hacerse sentir, convendria que se diesen á conocer y que se encomiasen las producciones de mérito que salieran á luz; convendria que la prensa periódica no se mostrase tan indiferente sobre esto, y que consagrase á la bibliografía y á la crítica una parte de sus columnas con más esmero y detencion que lo ha hecho hasta ahora: lo cual nos mueve á emplear nuestras débiles fuerzas en un fin tan útil, esperando, para bien de las letras, que haya muchos que sigan el mismo camino y que se nos adelanten en él. Para ello, aunque se necesiten buen gusto y algunas *humanidades*, como en otro

1064 90
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo se decia, son aún más indispensables la imparcialidad, y sobre todo el desechar ese tono hiperbólico y apasionado que hoy se emplea, y del que resultan censuras y alabanzas igualmente desmedidas y absurdas.

Con este propósito de moderacion y de imparcialidad, aunque no con la doctrina que seria menester, vamos á dar noticia en nuestro periódico de los más recientes trabajos literarios, y tratamos de darla hoy del que lleva por título el que sirve de epígrafe á este escrito.

El nombre del autor de *Los Amantes de Teruel* y de *Doña Mencía* (indudablemente los dos mejores dramas trágicos de nuestra literatura moderna, si no se hubiese escrito el *Don Alvaro*), recomienda ya por sí sola la coleccion de obrillas que queremos recomendar al público, y hace más fácil nuestra tarea. No es el señor Hartzenbusch de esos poetas meramente inspirados, que producen, como por un instinto divino, una obra llena de hermosura, y que luego escriben mal y vulgarmente, cuando la inspiracion los abandona. En el Sr. Hartzenbusch la inspiracion y la reflexion, el juicio y el estro, van siempre unidos y concurren al buen éxito de todos sus trabajos. La inspiracion eleva á veces al Sr. Hartzenbusch á una altura extraordinaria, como acontece en los dos dramas citados: pero cuando la inspiracion no es tan viva, ni tan sublime, el juicio y la discrecion no dejan al poeta, y evitan que se pierda en extravagancias, ó que caiga en lo vulgar y poco digno. Hay, por consiguiente, en las obras del señor Hartzenbusch algunas que sobresalen entre todas, pero ninguna que no merezca estar con las mejores, ni que desdiga de ellas por completo. Hasta en el más ligero juguete, debido á la pluma del Sr. Hartzenbusch, se ve en cierto modo al autor de *Doña Mencía*. El primor, el entendimiento, el gusto exquisito, y el corazon del Sr. Hartzenbusch, están en cada una de sus obras.

En estas de que vamos á hablar se da testimonio y prueba evidente de lo que decimos.

Los cuentos, ó populares, ó de invencion del señor Hartzenbusch, están narrados con una gracia y una naturalidad admirables, y no destruye la candidez y la frescura del estilo la intencion moral ó filosófica que en cada uno de ellos sabe el autor ocultar discretamente.

La hermosura por castigo es, sin duda el más original y fantástico de todos estos cuentos. El pensamiento de dar la vista á un sér hermosísimo para que se admire de cuanto hay de hermoso en el universo, sin que pueda hasta el fin de sus dias verse y admirarse á sí propio, es de suma novedad y extrañeza. La idea de que lo vea todo en el espejo, menos su propia imágen, está en algunos cuentos alemanes; pero en el cuento español no es esta idea sino una consecuencia de otra más grande y original. El que este sér, que ni se ve ni se conoce, sea una bellísima princesa; el que su desgracia nazca de la admiracion que inspira, y que no puede compartir, y del tormento de la curiosidad; el que logre verse hácia el fin de sus años en todos los sucesi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vos estados de su existencia, que se van rápidamente presentando en un espejo, y el que todos ignorasen el misterio de que la princesa se desconocia, son circunstancias que dan al cuento un carácter prodigioso y simbólico, que excita la imaginacion y que mueve el entendimiento á perderse en ensueños poéticos. Los tan celebrados cuentos de Hoffman no tienen más atractivo que este cuento, el cual está contado además con aquella mágia de estilo con que cuentan Andersen y Musaus, y con que logran hacer *estéticamente* verosímil lo que en realidad no lo es ni puede serlo.

El Sr. Hartzenbusch ha mezclado en otros cuentos, como en el de *La Novia de oro*, con la propia inspiracion y con las creaciones de su fantasía, lo imaginado en época remota por el pueblo y conservado por la tradicion. La musa popular, aquella diosa que, como dice el antiquísimo poeta Hesiodo, no muere nunca, sino que vive y vuela siempre sobre la elocuente boca de los pueblos, ha concurrido tambien con el arte y el propio ingenio del poeta á dar más amenidad á su libro. *La Novia de oro* es probablemente una conseja ó cuento vulgar. La idea de la novia pequeñita, ligera, aérea casi, que se convierte en oro en cuanto la toman á cuestas sus amantes y los aplasta á todos con su peso, es un *decir*, es un cuento del vulgo, admirablemente referido por el Sr. Hartzenbusch en lenguaje del siglo xv.

La Reina sin nombre es tambien un cuento muy ingenioso y el más largo de la coleccion. Tiene toda la traza de una novela histórica, y, sin embargo, nada hay de histórico en el hecho mismo, que da asunto á la no-

vela. Lo histórico está en la pintura exactísima de la condicion social de los españoles y de los visigodos, de sus usos y costumbres, de sus pensamientos y sentimientos en tiempo de los reyes Chindasvinto y Recesvinto; en la cual pintura se descubre la paciencia y el saber del erudito y del historiador, dichosamente unidos con la inventiva del novelista y del poeta. La causa de la ley que funde al cabo las razas de los vencedores y de los vencidos, de los godos y de los españoles romanos, está poéticamente ideada. El interés particular que inspiran los personajes supuestos de la novela, está enlazado magistralmente con el más general interés que inspira un hecho histórico de tanta trascendencia. *La Reina sin nombre* es más que cuento; es una linda novela histórica, es un *Ivanhoe* en miniatura. Así infundiese en algun Thierry español el deseo de escribir la historia de la dominacion visigótica en España, y de explicar cómo al fin se mezclaron y asimilaron las razas diferentes que vivian en la Península, empezando á formar, aún antes de la venida de los árabes, una sola nacion.

Miriam la trasquilada nos parece la obrilla más perfecta por el estilo que hay en toda la coleccion. Es una leyenda bíblica, donde la expresion, la majestad y la sencillez de los libros santos están imitados tan bien, cuanto es posible á un hombre imitarlos. Si pudiéramos prescindir del espíritu superior que falta y tiene que faltar en esta obrilla de mera invencion humana, nos pareceria un fragmento arrancado del libro de Josué.

Los demás cuentos en prosa son tambien de muy apa-

cible lectura, aunque no tan buenos como los ya celebrados. El que menos nos agrada es *La Locura contagiosa*. Será, si se quiere, una tradicion; pero es una tradicion que tiene algo de pueril. Es falso suponer, por tonta que supongamos á la hermanastra de Cervantes, que le tuviese ella muy sériamente por loco cuando estaba escribiendo el *Quijote*. Pues qué, ¿no habia de comprender que cuando él se encerraba y escribia, y se reia escribiendo, era porque componia alguna novela, poema ó sátira festiva?

Las fábulas que dan tambien título á esta coleccion y forman parte de ella, aunque menos importante que los cuentos, son en número de cincuenta. Pocas son las imitadas ó traducidas del francés ó del aleman; las más son originales; pero aunque tengan este mérito, se ha de confesar que no se igualan en otros á las de Samaniego, con ser imitadas las más de ellas de Esopo, de Fedro, de Lafontaine, de Gay y de otros fabulistas. Las mismas cien fábulas, publicadas ya en diversa ocasion por el Sr. Hartzenbusch, son muy superiores á las que ahora publica. Todas ellas, sin embargo, están lindamente versificadas y escritas en un lenguaje natural y castizo; pero debemos repetir que no llegan ó llegan rara vez á recordar aquella viveza descriptiva de las de Samaniego, ó aquella agudeza verdaderamente ática de las de Iriarte, las cuales es más que probable que queden siempre como el más bello modelo castellano de este género de literatura. En lo que nos parece, con todo, que se adelanta á veces á aquellos clásicos el señor Hartzenbusch, es en la profundidad de la moraleja, en la concision con que está expresada, y en la más honda impresion que hace en el ánimo de los lectores. Nuestro siglo es más sério y reflexivo que el siglo pasado.

El Sr. Hartzenbusch há incluido además, en la coleccion de que hablamos, una comedia de niños ó para niños. La comedia está dividida en dos actos, y tiene por título *El niño desobediente*. En esta obrilla prueba el Sr. Hartzenbusch su ingenio y disposicion para este género de literatura, tan poco y tan inhábilmente cultivado en España; género, por cierto, más difícil y más importante de lo que el vulgo cree, y que en otras naciones ha producido y produce frutos ricos y deleitosos y hasta libros clásicos, que han logrado y logran fama imperecedera, como el *Gulliver* de Swift, los *Cuentos* de Perrault, los de Andersen, los varios *Robinsones*, uno de ellos tan admirablemente traducido por el ya citado Iriarte, y otras novelas é historias de la misma laya, que suelen leer los hombres con no menos gusto que los niños, y que aficiona á estos desde pequeñuelos á la lectura y los lleva á formar una biblioteca infantil; pues bien se puede afirmar que un niño aficionado en Francia á esta clase de libros, halla bastantes para formar una biblioteca de un par de cientos de volúmenes. En España no leen los grandes, con que menos leerán los niños; de lo contrario, nos atreveriamos á aconsejar al Sr. Hartzenbusch, ya que nos parece el más á propósito para llevar á cabo esta empresa, que escribiese y publicase en castellano una coleccion de cuentos como los de Andersen.

Incluye, por último, el Sr. Hartzenbusch en su coleccion setenta anécdotas y rasgos históricos, sacados de un manuscrito del siglo pasado, y que nos parecen muy entretenidos y curiosos.

Esperamos que el público haga justicia á esta nueva publicacion, cuya amenidad hemos encarecido como se debe.

La edicion no tiene estampas ni viñetas y dista bastante de aquel primor con que estos librillos suelen imprimirse en Francia, Alemania é Inglaterra; pero no es muy mala para lo que aquí generalmente se hace en el dia.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ANTIGUOS ESPAÑOLES, QUE ESCRIBIERON EN LENGUA LATINA Y ÁRABE DESDE LA DOMINACION ROMANA HASTA EL SIGLO XIV DE NUESTRA ERA. PUBLÍCASE BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS GARCÍA SANZ, ETC.

La grande y patriótica empresa que acomete el señor Sanz, y de cuya utilidad é importancia no puede menos de concebirse una idea muy alta con sólo leer el epígrafe que antecede, es una de aquellas que há menester más del favor del público para que tenga dichoso término. Los gastos serán considerables y la fatiga mucha para que pueda hacerse y sufrirse sin esperanza de remuneracion. Nosotros, pues, en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, nos creemos en el deber de persuadir á nuestros lectores de la excelencia de la nueva publicacion, y de inclinarlos á que á ella se suscriban. Por amor á la patria, cuando no por amor á la ciencia, debieran hacerlo. La biblioteca del Sr. Sanz será el complemento, ó mejor dicho, el antecedente ó prefacio de la que publica el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, y ambas formarán juntas un hermoso mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Incluye, por último, el Sr. Hartzenbusch en su coleccion setenta anécdotas y rasgos históricos, sacados de un manuscrito del siglo pasado, y que nos parecen muy entretenidos y curiosos.

Esperamos que el público haga justicia á esta nueva publicacion, cuya amenidad hemos encarecido como se debe.

La edicion no tiene estampas ni viñetas y dista bastante de aquel primor con que estos librillos suelen imprimirse en Francia, Alemania é Inglaterra; pero no es muy mala para lo que aquí generalmente se hace en el dia.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ANTIGUOS ESPAÑOLES, QUE ESCRIBIERON EN LENGUA LATINA Y ÁRABE DESDE LA DOMINACION ROMANA HASTA EL SIGLO XIV DE NUESTRA ERA. PUBLÍCASE BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS GARCÍA SANZ, ETC.

La grande y patriótica empresa que acomete el señor Sanz, y de cuya utilidad é importancia no puede menos de concebirse una idea muy alta con sólo leer el epígrafe que antecede, es una de aquellas que há menester más del favor del público para que tenga dichoso término. Los gastos serán considerables y la fatiga mucha para que pueda hacerse y sufrirse sin esperanza de remuneracion. Nosotros, pues, en cuanto alcancen nuestras débiles fuerzas, nos creemos en el deber de persuadir á nuestros lectores de la excelencia de la nueva publicacion, y de inclinarlos á que á ella se suscriban. Por amor á la patria, cuando no por amor á la ciencia, debieran hacerlo. La biblioteca del Sr. Sanz será el complemento, ó mejor dicho, el antecedente ó prefacio de la que publica el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, y ambas formarán juntas un hermoso mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

numento levantado al ingenio y al saber de los españoles de todas las edades.

Pocas naciones, como dice muy bien el Sr. Sanz, pueden jactarse de contar tan claros escritores entre sus hijos, desde los primeros tiempos de la historia. Al través de vicisitudes, conquistas, dominaciones y cambios, la antorcha de la ciencia y el fuego de la inspiracion han iluminado y han ardido siempre en este país privilegiado. Pero la incuria de los españoles de estos últimos tiempos y la malevolencia de los extranjeros han concurrido á nublar nuestras glorias científicas, y han hecho que las olvidemos ó tengamos en poco.

De nuestra literatura se ha escrito mucho; poco ó nada de nuestra ciencia: y de aquí ha nacido el menosprecio de los extranjeros, que han calificado á España de la Beocia de Europa, considerando sólo como una excepcion de nuestra rudeza, como al Píndaro de este pueblo anti-literario, á Calderon ó á Cervantes.

Ya en el siglo XVI, decia Scalígero, que habia algunos doctos en Portugal; pero que en España no habia casi ninguno. Montesquieu decia que en España no se habia escrito más que un libro bueno que era el que se burlaba de los otros, aludiendo al *Quijote*. Y M. Guizot ha escrito recientemente, que bien se puede hacer la *Historia de la civilizacion*, sin contar para nada con España, como nacion ociosa é inútil que no ha intervenido en ella.

Nuestra carencia de laboriosidad y nuestra falta de espíritu filosófico pasan ya por axiomas en boca de propios y extraños. No se contentan muchos con afirmar que estamos atrasados ahora, sino que sostienen que lo hemos estado siempre con respecto á las demás naciones. Si se les cita á algun sábio, á algun filósofo, á algun erudito español, á un Vives, á un Lulio, á un Servet, á un Foxo Morcillo, se rien como si fueran estos unos locos extravagantes y unos escritores pesados y de gusto detestable. Quizás tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sábios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sábios no son de despreciar. Quizás tendrá que venir á España algun docto aleman á defender, contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes. ¿Qué habria en esto de nuevo, cuando el Sr. Bohl de Faber sostuvo, treinta ó cuarenta años há, una polémica con los literatos españoles de entonces, para demostrarles que Calderon era un buen poeta?

Afortunadamente el amor al estudio renace entre nosotros, y despierta en algunos corazones el celo por la gloria científica española. Sólo es ya de desear que este celo no sea inútil del todo, porque el público, harto indiferente en España á las cuestiones de este género, no le secunde y no le haga eficaz con su favor y aplauso.

El Sr. Sanz va á publicar los autores españoles anteriores al siglo XIV; va á consagrar su vida y sus capitales á esta empresa patriótica y literaria. ¿Será posible que recibamos con frialdad y con indiferencia la obra del Sr. Sanz?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su biblioteca constará de tres partes.

La primera contendrá los autores que florecieron bajo la dominacion romana, á saber: Séneca, Lucano, Columela, Pomponio Mela, Quintiliano, Marcial, Marco Aurelio, Floro, Silo Itálico y otros.

La segunda contendrá los autores del período gótico y de la edad media que escribieron en latin, como los poetas Aquilino Juvenco, Aurelio Prudencio y Draconcio, el historiador Paulo Orosio, y los polígrafos San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Julian, San Ildefonso y San Eulogio.

En estas dos primeras partes acompañará el texto original á la esmerada y correcta traduccion que se está haciendo de los escritores referidos.

De suponer es que publique tambien el Sr. Sanz el texto griego de los doce libros Τῶν εἰς ἑαυτόν del emperador Antonino, ya que coloca á este grande repúblico y filósofo entre los españoles, que tal vez no debiera, pues si bien era de familia española, discípulo é hijo adoptivo de Adriano, nació en Roma, en el monte Celio.

Seria asimismo de desear que el Sr. Sanz buscase quien tradujera en verso los cantos de Prudencio, poeta cristiano tan sublime, que Villemain no duda en ponerle por cima de cuantos líricos florecieron desde la venida de Cristo hasta el Dante, y del cual no sabemos que haya una sola composicion traducida en castellano, habiendo tantas de Horacio y de otros poetas gentiles.

La tercera parte de la Biblioteca contendrá los escri-

tores árabes españoles, esto es, la traduccion castellana, encomendada á nuestros mejores orientalistas, pero sin el texto arábigo. Figurarán entre estos autores, la poetisa Wallada, el gran filósofo Averroes, y el famoso médico y botánico Ibn Beithar de Málaga.

Convendria que el Sr. Sanz, que menciona hasta doce autores árabes-españoles, cuyas obras piensa incluir, en parte, en su coleccion, no olvidase otros de no menor nota, como, por ejemplo, el ilustre matemático y astrónomo Omaiya-ben-Abd-el-Aziz ben Abi'l Salt el andaluz, Abd-Alah ben Malik de Jaen, poeta y gramático, y otros muchos, de cuyas obras nos podia dar alguna corta muestra traducida.

La filosofía arábiga, principalmente la española, tuvo una influencia grandísima en la filosofía escolástica, cuya historia no se puede comprender ni escribir bien y completamente sin un prévio conocimiento de los filósofos árabes. Así es, que en el extranjero empieza á darse á este estudio suma importancia. No hace aún dos años, que el elegante escritor Ernesto Renan publicó en Francia un libro sobre *Averroes y el Averroismo*. En el nuevo *Diccionario de las ciencias filosóficas*, publicado tambien en Francia, se dan algunas noticias y se hacen grandes elogios de varios filósofos árabes españoles. Sólo en España miramos con sobrada indiferencia estas cosas.

El Sr. Sanz se olvida ó si no se olvida no mienta á algunos de estos filósofos, y no se atreve á incluirlos en la coleccion, temeroso, sin duda, de la indiferencia del público, y hasta del disgusto que acaso le causaria, pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

metiendo hacer aún más voluminosa la biblioteca. Así es que nada dice ni nada promete publicar de Abu-beer-Mohamed-ben-Jahya-Ibn-Babja, conocido y citado por los escolásticos con el nombre de Avempace. Fué este sábio natural de Zaragoza y maestro de Averroes. Comentó á Aristóteles y compuso varias obras originales, siendo la más famosa la que lleva por título *Del régimen del solitario*. Su doctrina ejerció notable influjo en la escuela de Alberto el Grande.

Pero la omision que no tiene disculpa, ya que se trata de formar una biblioteca de escritores españoles anteriores al siglo XIV, es la de los filósofos y poetas judíos, muy superiores, acaso, á los árabes. La razon que da el Sr. Sanz de que no *hace mencion de los rabinos españoles, tanto por la índole especial de su literatura, cuanto porque puede suplir hasta cierto punto esta omision la aplaudida obra, titulada* ESTUDIOS SOBRE LOS JUDIOS DE ESPAÑA, *por el Sr. D. José Amador de los Rios*, no tiene valor ni fundamento. Ni las obras de los judíos son especiales de su secta y nacion hasta el extremo de no tener interés para los demás hombres, ni la erudita historia del Sr. Amador de los Rios basta, ni con mucho, á hacernos estimar y comprender el gran movimiento científico y filosófico de los judíos españoles en la edad media. Todo otro mérito, menos este, le concedemos á la obra del Sr. Amador de los Rios, obra escrita con buen gusto literario, con profundo saber histórico, mas con espíritu filosófico muy escaso.

Ni de la doctrina de Ibn-Gabirol ó Avicebron, autor de *El manantial de la vida*, panteista profundo, digno

antecesor de Spinosa, ni de Judá Haleví de Toledo, poeta comparado por Heine con el mismo Homero, y filósofo comentado y traducido y encomiado recientemente en Alemania, cuyos versos se cantan en las sinagogas y han sido traducidos por Daumer en aleman, y cuyo libro del *Kuzari* está lleno de la más profunda filosofía; ni de Maimonides, ni de sus disputas con los *motecalemin*, ni de su emanantismo, ni de su racionalismo, ni de la cábala, ni de otras invenciones y caractéres de la filosofía judáica, nos da cuenta satisfactoria el Sr. Amador de los Rios. El asunto principal de su libro no era este tampoco, y nosotros no culpamos al Sr. Amador de los Rios de su descuido; sólo consignamos que su obra no puede dar á conocer la importancia de los filósofos rabinos.

Creemos, pues, que el Sr. Sanz debe pensar en llenar este vacío que se nota en el prospecto de su biblioteca.

Muchos autores judíos están traducidos en latin, como Maimonides; algunos lo están en castellano, como Jehuda Levita (Kuzari), que publicó en Amsterdam en 1663 el *hachan* Jacob Avendaña; y otros, como Benjamin de Tudela, están traducidos en francés y en inglés, y son citados y conocidos en todos los países, menos tal vez entre nosotros.

Como la biblioteca del Sr. Sanz debe ser selecta, y no puede ser de otra suerte (si se fuesen, por ejemplo, á publicar en ella las obras completas de Averroes, no cabrian en doce tomos del tamaño de los de Rivadeneyra), son muy de recomendar el tino en la eleccion de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO
010490

lo que se publique, la erudicion en las vidas que se escriban de los autores, y un conocimiento profundo en la exposicion y juicio que ha de hacerse por fuerza de las doctrinas y opiniones de cada uno de ellos.

¿Quién sabe si más tarde, animados por el buen éxito de la empresa del Sr. Sanz, llevarán á cabo los señores D. Ramon de Campoamor y D. Gumersindo Laverde Ruiz la de publicar otra biblioteca que complete y termine la de Rivadeneyra y la de Sanz, y en la cual se coleccionen las obras escogidas de nuestros sábios y filósofos posteriores al siglo XIV? ¿Quién sabe si Lulio, Vives, Suarez, Soto, Foxo Morcillo, Huarte, Varcárcel y tantos otros varones doctísimos volverán á ser populares en España? Para ello, más que publicar todas sus obras, convendria dar de ellas lo más selecto traducido en castellano, hacer una buena clasificacion de las escuelas filosóficas que en España han florecido, y escribir el extracto y la crítica del sistema de cada autor, á la cabeza de lo que de sus obras se traduzca y se dé nuevamente á la estampa.

De todos modos es en extremo plausible y hace muy grande honor á nuestra cultura el que el Sr. Sanz haya empezado ya á realizar su gigantesco proyecto, y el que los señores Campoamor y Laverde piensen en acometer y llevar á cabo otro no menos importante y difícil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SOBRE EL DISCURSO ACERCA DEL DRAMA RELIGIOSO ESPAÑOL, ANTES Y DESPUES DE LOPE DE VEGA, ESCRITO POR D. MANUEL CAÑETE, INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC.

I.

Los ánimos están en el dia tan preocupados con la política, y la política se mezcla tanto con la religion, que no hay asunto alguno científico, artístico ó literario, en el cual no se haga intervenir más de lo justo la religion y la política. Los pensamientos y sentimientos de los hombres, así como las creaciones artísticas, científicas y literarias que de ellos nacen, están sin duda íntimamente entrelazados; pero esta idea es llevada hoy por muchos al último extremo, dando oca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo que se publique, la erudicion en las vidas que se escriban de los autores, y un conocimiento profundo en la exposicion y juicio que ha de hacerse por fuerza de las doctrinas y opiniones de cada uno de ellos.

¿Quién sabe si más tarde, animados por el buen éxito de la empresa del Sr. Sanz, llevarán á cabo los señores D. Ramon de Campoamor y D. Gumersindo Laverde Ruiz la de publicar otra biblioteca que complete y termine la de Rivadeneyra y la de Sanz, y en la cual se coleccionen las obras escogidas de nuestros sábios y filósofos posteriores al siglo XIV? ¿Quién sabe si Lulio, Vives, Suarez, Soto, Foxo Morcillo, Huarte, Varcárcel y tantos otros varones doctísimos volverán á ser populares en España? Para ello, más que publicar todas sus obras, convendria dar de ellas lo más selecto traducido en castellano, hacer una buena clasificacion de las escuelas filosóficas que en España han florecido, y escribir el extracto y la crítica del sistema de cada autor, á la cabeza de lo que de sus obras se traduzca y se dé nuevamente á la estampa.

De todos modos es en extremo plausible y hace muy grande honor á nuestra cultura el que el Sr. Sanz haya empezado ya á realizar su gigantesco proyecto, y el que los señores Campoamor y Laverde piensen en acometer y llevar á cabo otro no menos importante y difícil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SOBRE EL DISCURSO ACERCA DEL DRAMA RELIGIOSO ESPAÑOL, ANTES Y DESPUES DE LOPE DE VEGA, ESCRITO POR D. MANUEL CAÑETE, INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC.

I.

Los ánimos están en el dia tan preocupados con la política, y la política se mezcla tanto con la religion, que no hay asunto alguno científico, artístico ó literario, en el cual no se haga intervenir más de lo justo la religion y la política. Los pensamientos y sentimientos de los hombres, así como las creaciones artísticas, científicas y literarias que de ellos nacen, están sin duda íntimamente entrelazados; pero esta idea es llevada hoy por muchos al último extremo, dando oca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sion á no pocas discusiones inútiles, llenas de acritud y de inconcebible intolerancia.

Tiempo há que, hallándose quien escribe este artículo en una reunion de amigos, oyó censurar á cierto sujeto por haber abandonado á su novia, y oyó asimismo á uno de los concurrentes, que era de estos que llaman ahora neo-católicos, justificar el abandono, diciendo que la novia habia leido las comedias de Moratin, y que todo buen cristiano y buen patriota debe abandonar á su novia, por mucho que la ame, si averigua que ha leido obras tan perversas.

Tenemos, pues, que, segun este santo varon, son tan perversas y endemoniadas las obras de Moratin, que la mujer que las lea debe poner en fuga á su futuro.

El erudito y elegante discurso del Sr. Cañete, leido el domingo último en la real Academia Española, es como el complemento de esta doctrina. En él no se trata de probar solamente que es un crítico infeliz, que no sabe estimar la belleza y la inspiracion de la alta poesía, que carece de entendimiento de hermosura, que es, en una palabra, un mal estético, como se dice ahora, el que no gusta de los dramas *á lo divino*, que escribian nuestros poetas del siglo XVII. Si se tratase de probar esto y nada más que esto, casi estaríamos conformes con el Sr. Cañete. En nuestros dramas *á lo divino* hay por cierto cosas divinas, en medio de los mayores absurdos y de los disparates más atroces. Pero el Sr. Cañete propende á demostrar que es un impío ó por lo menos un hereje quien no se admira de los tales dramas, y esto no se puede dejar pasar sin hacer algunas observaciones.

Cada dia se va estrechando más el círculo dentro del cual puede, segun cierta escuela, vivir un hombre honrado sin apartarse de la religion católica, y es menester ensanchar este círculo á fin de que no nos ahoguen. Ya para muchos, el ser liberales y católicos era incompatible; ahora es tambien incompatible ó punto menos que incompatible con el catolicismo el no pasmarse y encantarse de los *Autos sacramentales*, de los *Misterios* y de las comedias de falsos milagros y de vida de santos, por indecorosas y desatinadas que sean. Es muy récia y muy insufrible esta adicion de artículos al credo, por personas que no tienen ni remotamente la facultad de aumentarle; y conviene poner las cosas en su punto, si no queremos pasar por todo lo que á cualquiera se le antoje, sopena de ser tenidos por ateos, volterianos, racionalistas ó protestantes.

Claro está que el Sr. Cañete, que es persona de muchísimo entendimiento, no habia de decir terminantemente que es poco religioso, ó que no es religioso quien desdeña ó menosprecia los dramas *á lo divino* del siglo XVII; pero en el progreso de todo su razonamiento se ve marcada esta propension, y aún bastante desembozada la idea en algunos pasajes. ¿A qué venia, si no, esa exclamacion, que fué tan aplaudida, de que *por desgracia, son ahora tantos los que tienen fe en la duda y no creen en la fe?* Es evidente que esta fe en la duda y esta carencia de fe son, segun el Sr. Cañete, los principales motivos de que no gusten los dramas *devotos*.

Nuestro objeto, pues, al escribir este artículo es demostrar que puede cualquiera tener por absurdos, ri-

dículos, y hasta bárbaros, muchos de esos dramas, sin dejar de ser muy buen católico. Podrá el que menosprecie estos dramas ser considerado como persona de mal gusto y de cortos alcances crítico-literarios, pero no como impío. Nosotros queremos reducir la cuestion á sus verdaderos límites, y que sea sólo literaria é histórica, y no religiosa tambien. Nosotros, por último, queremos hacer ver que en los dramas religiosos del siglo XVII hay, al lado del elemento verdaderamente religioso, otros elementos deletéreos, á saber: la corrupcion espantosa de las costumbres, la perversion de la moral, el gusto depravado, el ciego y cruel fanatismo y la negra misantropía, que estaban ya consumiendo las entrañas de nuestra sociedad, y que fuéron los síntomas, si no la causa, de la ruina de nuestro poder y de nuestra importancia en el mundo.

Entiéndase que al afirmar esto no rebajamos, no tocamos siquiera la justa fama de algunos sublimes poetas que escribieron de estos dramas religiosos. Ellos no podian ser superiores á su siglo. Una cosa es la moral, la religion y la santidad que puede haber en una obra de entretenimiento; y otra cosa su mérito, como creacion de la fantasía. Pocos son los que niegan, por ejemplo, la belleza de las odas de Horacio, pero nadie se empeñará en que la oda *Ad anum subantem*, y otras por el mismo órden, no reflejen la inmensa corrupcion de aquella edad. Todos reconocen que Virgilio es un altísimo poeta, pero nadie le justificará de haber escrito la égloga II, ni querrá hallar en ella algun misterio profético y religioso como en la IV.

En nuestro sentir, hay un error histórico muy trascendental, del cual proviene la alucinacion del señor Cañete. Consiste este error en la importancia que se da hoy á la mal hecha division de todo el arte, en cristiano y pagano, en ortodoxo y heterodoxo. Si pudieran marcarse con toda su pureza estos dos artes distintos, si la religion católica influyera directa y constante, y hasta únicamente en la creacion del uno, purificándole, y las falsas religiones ó el racionalismo influyesen del mismo modo en la creacion del otro, pervirtiéndole más y más, es evidente que todo lo que fuese arte cristiano seria más bello, más sublime que lo que fuese arte pagano, y que toda comedia *á lo divino* valdria más, poética, moral y religiosamente que las comedias *á lo humano*, por buenas que fueran. Por desgracia, no se puede hacer esta distincion, y todos los raciocinios que sobre ella se funden, están mal fundados.

Es innegable que la poesía, así como el teatro, que es una clase ó género de poesía, tuvo en un principio cierto carácter sacerdotal y sagrado entre los pueblos primitivos. La poesía de la India, cuyos más antiguos cantos se guardan en los Vedas, y la de Grecia, aunque de ella no conservemos ningun monumento ante-homérico con verdadera autenticidad, se puede suponer que fuéron religiosas en su orígen. Los poetas anteriores á Homero, venidos de Tracia y de Tesalia, introdujeron en las otras regiones de Grecia el culto de ciertas divinidades que llamaban musas, pronunciaron oráculos, porque eran adivinos y sacerdotes á par que poetas,

y concurrieron poderosamente á formar todo el sistema religioso, la teogonía, los misterios divinos y la moral de aquel pueblo, que no tuvo revelacion sobrenatural como los judíos, y despues los cristianos. Se puede decir, por consiguiente, que los poetas fuéron los profetas, los apóstoles, los legisladores y los civilizadores del pueblo griego. Zeethos y Anfion, inventores de la música, son como dos grandes santos de la religion pagana. En Mantó, en Fimonoe y en las diez Sibilas, la religion y el arte poética están tambien mezcladas. Museo, Orfeo, Eumolpo y Lino, son asimismo personas casi celestiales, maestros y directores de los héroes y lumbreras de la humanidad.

Es evidente que este despertar de la civilizacion entre los griegos no puede equipararse al renacimiento de la civilizacion en la moderna Europa. En la edad media, época bárbara con relacion á la época en que apareció y se divulgó el cristianismo, y época al mismo tiempo iluminada por esta santa religion, no podian los poetas religiosos tener la autoridad que tuvieron en las antiguas edades. Gracias á que no pervirtiesen la moral y desfigurasen la religion de una manera indigna. Menester fué todo el ingenio de Dante para producir un poema religioso que no desmereciese de la elevada y divina ciencia sobre la cual pretendia estar fundado.

La diferencia entre el orígen de la poesía moderna y el de la antigua está patente. En lo antiguo nació del Santuario; estaba confundida con el Santuario, en su orígen: la poesia y la religion eran una misma cosa, aunque más tarde se separaran.

En los siglos medios acontece lo contrario; si no la poesía, porque la poesía en su acepcion más lata, es inseparable de la religion verdadera, el arte de la poesía, y en particular el del teatro, entraron en el Santuario, despues de no corta y tenaz resistencia, porque venian á él como un resábio del paganismo.

San Gregorio Nacianceno, San Basilio el Magno, San Apolinar de Laodicea compusieron tragedias; y algunos historiadores, incluso el Sr. Schack, citado á menudo por el Sr. Cañete, se empeñan en ver en la liturgia, en las funciones de iglesia, en los coros alternados y en los diálogos entre el sacerdote y el acólito durante la misa, cierto gérmen de las futuras representaciones teatrales, como si pretendiesen equiparar con las Dionisiacas estas sagradas ceremonias. Nosotros, empero, no podemos conformarnos con semejante opinion. Todo lo que es diálogo, pompa, coro alternado, representacion en suma, no se sigue que sea comedia, ó tragedia, ó funcion de teatro, y aún nos parece algo irreverente buscar tales semejanzas, llevados del afan de hacer que hasta el teatro nazca de la Iglesia. La Iglesia, por el contrario, desde sus primeros tiempos hasta nuestros dias, desde Tertuliano hasta el abate Bautain, ha reprobado altamente las representaciones escénicas. El que se canonicen en cierto modo, haciéndolas *á lo divino*, no las ha salvado del anatema de los más severos doctores, Pontífices y Santos Padres; antes bien las ha hecho más odiosas, como si á la inmoralidad uniesen de esta suerte la profanacion y el sacrilegio. Cuando á San Agustin le dijeron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que el teatro se habia hecho cristiano y que podia aceptarle, se limitó á replicar: *¿ Con que el diablo se ha hecho cristiano?* El gran Papa Inocencio III condenó y prohibió las representaciones que se hacian en las iglesias, porque *in conspectu populi decus faciunt clericale vilescere*. Mariana recuerda con horror aquel caso del comediante que hacia de Cristo, y que estaba amancebado con la comedianta que hacia de Magdalena. Seria cuento de nunca acabar el ir citando sentencias de no menor peso contrarias al teatro y á las comedias *á lo divino*. No es sólo el calvinista Sismondi quien las ha condenado.

Para formar un juicio imparcial sobre las comedias *á lo divino* del siglo XVII, importa, en nuestro sentir, tener una idea menos elevada del teatro. El teatro, sobre todo en los tiempos cristianos, no es una escuela de moral y de religion, como suponen algunos; no es una pública academia de virtudes, que anda en competencia con el púlpito. El teatro es una diversion que fácilmente degenera en voluptuosa ó provocante á los vicios, y que ya nos podemos contentar con que se mantenga dentro de los límites de la moralidad y del decoro.

En cuanto á su orígen, el teatro es pagano y no cristiano; y por su naturaleza, el teatro, más que ninguna otra creacion literaria, tiene que ceder á las preocupaciones del vulgo para quien el poeta escribe y cuyas pasiones halaga, aparentando y quizás creyendo que le corrige y le perfecciona. El teatro suele ser, y tiene que ser casi siempre, no el dechado, sino el espejo de la sociedad de una época y de una nacion. El

grande ingenio de los autores dramáticos suele limitarse á comprender esa sociedad y á pintarla, ora en ridículo, ora por manera ideal y encumbrada, sublimando y hermoseando sus defectos, sus preocupaciones, y hasta sus perversos y depravados instintos: asi es que, por lo comun, la moral ó la religion no sirve sino de pretexto para sancionar ó justificar luego estas cosas, mezclándose con ellas por medio de atrevimientos extraños.

La sociedad española del siglo XVII era una sociedad profundamente corrompida y fanática á la par, y estos dos elementos, casi siempre juntos en la sociedad, pasaron tambien unidos á las representaciones teatrales. Por esto el Sr. Schack, que se maravilla del ingenio de nuestros poetas, y que no puede menos de ensalzarlos, censura harto claramente el pensamiento y la tendencia de sus comedias espirituales, y lamenta que, cuando el teatro habia llegado entre nosotros al más alto punto de perfeccion, se atreviesen nuestros autores á presentar en las comedias espirituales *las indecencias más groseras, pintadas con la mayor crudeza de colorido, justificándolo todo con que en el desenlace triunfe la fe y los pecadores se arrepientan y se salven.*

Cuenta que no es esto decir que no salve el arrepentimiento, ni poner límites á la infinita bondad de Dios, ni dudar de que su misericordia es bastante á limpiar nuestra alma de los más espantosos crímenes, y á salvarla y á llevársela á gozar de la gloria eterna. Esto es decir sólo que los tales argumentos suelen ser

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

inmoralísimos en el teatro, mucho más inmorales que el de *La Dama de las Camelias;* y que la persistencia de los autores dramáticos del siglo xvii en traerlos á las tablas, y el aplauso con que el público los recibia, muestran la corrupcion de entonces, superior á la de ahora; así como el placer con que se presenciaban, aunque fingidos, el asesinato, el robo, el incesto y las mayores infamias; y la facilidad con que al parecer se alcanzaba el perdon de Dios, despues de tantas iniquidades, y se iba el pecador al cielo, con tal de que tuviese devocion á la cruz y se arrepintiera.*

Crea el Sr. Cañete que el Sr. Schack, á cuyo testimonio apela varias veces, no aprueba como él, sino que reprueba como nosotros, esa tendencia del teatro místico español, impregnado de un peligroso molinosismo. El mundo es un abreviado infierno, la carne es flaca y además está corrompida y dada á todos los diablos: no hay, pues, sino dejarla ir y no cuidarse de ella, como cosa perdida, que ya Dios querrá venir en nuestra ayuda en la hora de la muerte. Esta suele ser la doctrina moral de nuestros dramas religiosos. Casi todos son, por lo tanto, moralmente malos, aunque literariamente haya entre ellos algunas obras maravillosas de poesía. ¿En qué se opone lo uno á lo otro? El poema de Lucrecio encierra páginas bellísimas, y no se dirá que es moralmente bueno. El *Cándido*, de Voltaire, es una joya literaria, y moral y religiosamente considerado, es una abominacion.

Mucho nos queda aún que decir sobre este asunto importantísimo. El discurso del Sr. Cañete está escri-

to con singular habilidad y discrecion, y merece ser refutado con todo esmero, separando lo que en nuestro sentir hay en él de falsedad y de verdad, y aceptando lo último cuando lo primero se rechace. Debemos tambien elevarnos, si esto nos es posible, á ciertas trascendentales consideraciones que no puede menos de sugerir el asunto en que nos hemos empeñado.

II.

Si quisiéramos esforzar más nuestro argumento y demostrar con mayor claridad que las representaciones teatrales tienen más de orígen pagano que de orígen católico, y que la Iglesia, léjos de favorecerlas, no siempre las toleró, sino que las condenó muchas veces, nos seria fácil lucir erudicion de segunda mano, y acumular cita sobre cita, tomándolas del *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, de Pellicer; de las *Conversaciones de Lauriso Tragiense, pastor árcade, sobre los vicios y defectos del teatro moderno*, etc.; de la introduccion misma á la historia de nuestro teatro, de Schak, en la cual explica este autor con mucho juicio y saber *el orígen del drama en la moderna Europa*; y de otras obras no menos conocidas y divulgadas, á las cuales remitimos á los lectores curiosos. Para no pecar de prolijos, bástenos repetir por ahora que el teatro no pudo purificarse jamás de los resábios paganos, y que nunca ha sido más moral, más decente y más circunspecto que en el dia. Es injusto, es apasionado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

lo que dice el Sr. Cañete de la inmoralidad é infamia del teatro de ahora, relativamente al de otros siglos. ¿En qué siglo hubo mayor moralidad en el teatro? ¿Fué quizás cuando en la córte de Leon X y en presencia de este pontífice, se representaban las comedias de Machiavelli? ¿Fué quizás en la anárquica edad media, cuando los concilios y los Papas condenaban á los mismos histriones y juglares, *per debachationes obscœnas gesticulationum suarum*? Cuando reyes, princesas y canónigos, escribian tan indecentes novelas, como las de Bocaccio, Luis XI y la reina de Navarra, ¿cree el Sr. Cañete que el teatro seria más honesto y delicado? ¿Lo seria en el imperio de Oriente, donde, siendo muy cristianos y muy devotos, se divertian los griegos en ver desnuda sobre las tablas á Teodora, la que despues fué emperatriz y mujer de Justiniano, hacer cosas que en ninguna lengua viva pueden referirse, y que Gibbon mismo deja veladas en la oscuridad de la lengua griega, sin atreverse á traducir el lascivo y desvergonzado pasaje de Procopio? ¿Qué *Manon Lescaut*, qué *Marion de Lorme*, ni qué *Dama de las Camelias* equivale, en las historias ó dramas fingidos, al drama verdadero de esta mujer, que fué emperatriz despues de hacer tales cosas? Crea el Sr. Cañete que en todos los siglos, en todas las edades y en todos los países, podemos hallar un fango más inmundo que *el fango en que nace y se revuelca el drama realista francés, apoteósis de toda prostitucion.*

El mismo Sr. Cañete reconoce en varios lugares de su discurso las *depravadas costumbres* que hubo en España en épocas anteriores á la presente. ¿Cómo, pues, no habia de trascender esa depravacion á la literatura dramática y reflejarse en ella? En los mismos versos que de nuestros primeros dramáticos cita el Sr. Cañete, se descubren á cada paso las huellas de esas costumbres depravadas. ¿Quién, por ejemplo, disculparia hoy á un malhechor y á un amancebado, asegurando que habia cometido estas faltas para que *su nombre no perdiese*, como si se tuviera por sandio y para poco al que no las cometia? ¿Qué poeta, tratando del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, habia de introducir hoy, en su poema, chiste tan grosero como el de hacer decir á su marido que no estaba seguro de si su hijo era suyo ó del cura? Seria cuento de nunca acabar el ir trayendo ejemplos por el estilo, y así nos limitarémos á poner aquí uno de Gil Vicente, en que lo divino y lo humano se mezcla de una manera por demás escandalosa, aunque no se ha de negar que con muchísima gracia, pues al cabo Gil Vicente era un poeta egregio.

Un clérigo se confiesa á otro, y dice:

Padre, digo á Dios mi culpa
que amo á una doncella,
tan graciosa y tan bella,
que su gracia me disculpa
aunque me muero por ella.

La muchacha querida, desdeña aún al clérigo, y él está fuera de sí. El confesor, en vez de decirle que se arrepienta y no ame á las muchachas, le aconseja que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

persista y no se queje, que no se ganó Zamora en una hora, que él está tambien enamorado de otra moza muy arisca, y que no por eso pierde la esperanza.

Vos pensareis que amores
son como buñuelos entiendo;
no más que friendo y comiendo;
pues no se cogen las flores
sino espinas sufriendo.

No contento el confesor con dar tan sábios consejos, quita á su hijo espiritual todos los escrúpulos de conciencia que tenia; le dice que no merece penitencia por ser enamorado, y que los que no lo son, sí la merecen; que Dios mismo nos manda amar á la mujer y abandonarlo todo por ella; y que esto no debe entenderse de la mujer propia, sino de cualquier otra mujer que nos parezca bien, porque, cuando Dios lo mandó, Eva aún no estaba casada. Sin embargo, el confesor, que era un hombre de buen gusto, hace en este caso una distincion muy importante, afirmando que, si bien Dios nos manda hacer todos estos extremos por la mujer,

Entiéndese por la hermosa,
y no por cualquier tiñosa.

Hecha la distincion, el padre de almas absuelve al penitente, exclamando:

Sobre vos pongo la mano,
como dice el Evangelio:
haced cuenta que sois sano.

Pero dejemos ya los orígenes de nuestro teatro, y pasemos á la época de su mayor auge y perfeccion, al siglo XVII.

«Dos son las principales causas, dice el Sr. Cañete, de la falta de imparcialidad con que críticos y preceptistas han juzgado en absoluto el drama español, y muy particularmente el místico y religioso. Una, su índole popular, contraria á los cánones de la antigüedad clásica dominantes en la escuela de que ellos salian, y el demasiado apego al principio de imitacion, para quien sólo era dable realizar bellezas siguiendo las huellas de Grecia y Roma. Otra, cierto espíritu filosófico adverso al catolicismo, que en el siglo pasado se infiltró, digámoslo así, hasta en muchos escritores católicos, y para el cual la belleza de nuestros dramas religiosos, es una belleza salvaje tocada de un fanatismo brutal.»

Sobre la primera causa convenimos casi con el señor Cañete, aunque nos importa hacer algunas aclaraciones. La poética pseudo-clásica del siglo pasado, es indudable que, encerrada en sus mezquinas reglas, basadas sólo en el empirismo y en el sentido comun, y sin elevarse á ninguna alta idea filosófica que determinase la condicion esencial del arte, era incapaz de comprender la maravillosa hermosura de nuestro teatro del siglo XVII; pero ese empirismo y ese sentido comun de las reglas, si de nada servian para hacer la crítica positiva, si no daban luz para descubrir la sublime inspiracion de nuestros grandes autores, eran bastantes á poner en claro todas las faltas, todos los errores, todos los lunares que la corrupcion del buen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gusto y de las costumbres habia puesto en sus obras.

Así es que la mayor parte de las censuras, por acerbas que sean, hechas por los clásicos galicistas contra nuestro teatro, quedan en pié y son incontrastables, á pesar de los esfuerzos de los estéticos del dia. Lo que estos pueden hacer y hacen es mostrar la belleza pasmosa en que abunda nuestro antiguo teatro, belleza que no acertaban á ver los preceptistas á la Moratin, y que compensa con usura los defectos más enormes. Por cierto que ninguno de esos preceptistas notó jamás en Calderon «aquella inspiracion santa que reunia, segun dice Schack, todos los objetos visibles de este mundo, los más grandes y los más pequeños, los animados y los inanimados, los próximos y los remotos, y viendo y celebrando en la naturaleza el trasunto y la sombra de un espíritu más alto, formaba de todo un ramillete de flores, en cuyas perlas de rocío se reflejaba, como en un espejo, la eterna hermosura de lo que está más allá». Pero, los defectos notados por los preceptistas ¿los niega Schack? No; antes conviene en ellos, á pesar de todo su entusiasmo. Y lo más singular es, que los defectos suelen ser tales, á veces, que ponen en contradiccion y se diria que pugnan por destruir las casi simultáneas alabanzas. Poco despues de pintarnos Schack á Calderon como á un poeta que lo comprende todo, que encierra en sus dramas el universo visible y el invisible, añade que sus personajes y el movimiento escénico de sus comedias se resentian no pocas veces de la etiqueta de la córte, «y en vez de una representacion comprensiva de la humanidad en su variedad

infinita, el poeta nos daba *á menudo* sólo la pintura de *una pequeñísima* parte de ella, á saber: de las personas entre quienes vivia y para quienes escribia.» Tenemos, pues, que el mismo poeta que, en un párrafo, comprende en su poesía á toda la creacion y al Creador además, aunque sólo en reflejo, en otro párrafo, no comprende *á menudo* sino á las damas y galanes de la córte del Buen Retiro, con sus discreteos y con su estilo archi-culto. De este estilo no deja tampoco de hacer el Sr. Schack una censura tan severa como la que hacia Moratin, citándonos algunos de los *trios* que sirvieron de modelo al famoso de *El gran cerco de Viena*.

Pero la crítica novísima, más profunda que la del siglo pasado, no ha encontrado sólo bellezas en Calderon; tambien ha encontrado faltas que no se notaban ó que se disimulaban en otro tiempo. La fama de originalidad y la portentosa apoteosis que hicieron de Calderon los Schlegel, han decaido mucho en Alemania, cuando se han conocido y estudiado allí nuestros otros dramáticos. El Sr. Schack hace prodigios de ingenio para demostrar que es casi un mérito el haber tomado muchísimo de otros poetas; pero, á pesar de toda la elocuencia del Sr. Schack, nosotros no nos convencemos. Calderon habrá mejorado infinito, habrá llevado al último extremo de perfeccion las obras de que se ha servido; pero, ¿no seria más glorioso para él que fuesen completamente suyas las referidas obras? Segun el Sr. Schack, Calderon tomó *La Dama duende* de otra comedia antigua, y su *Encanto sin encanto*, de *Amar*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por señas, de Tirso; en *La devocion de la cruz* se descubre, en el todo de la accion y en muchas singularidades, que es una imitacion de *El esclavo del demonio* de Mira de Mescua; en *El Mágico prodigioso* hay muchas reminiscencias y copias de *El Ermitaño galan*, del último autor citado; en *El mayor mónstruo los celos* hay mucho tomado de *La prudencia en la mujer* y de *La vida de Herodes*, de Tirso; la idea de *El secreto á voces* parece del mismo Tirso en *Amar por arte mayor*; y hay muchas analogías entre *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y *La rueda de la fortuna*, de Mescua, y entre *Los cabellos de Absalon* y *La venganza de Tamar*, de Tirso; *Peor está que estaba* es, por último, escena por escena, de otra comedia de Luis Alvarez. Estas y otras observaciones prueban, al menos, que Calderon repetia, mejorándolos quizás, los argumentos, los caractéres, y hasta las situaciones de otros dramas.

El Sr. Schack trata á Calderon con amor y quiere explicar y hasta canonizar sus defectos, mas no por eso deja de mostrarlos. Uno, gravísimo en nuestro sentir, y que no nos atrevemos á achacar á nuestro poeta tan resueltamente como se le atribuye el crítico aleman, es la falta de caractéres, la ausencia de personas vivas en sus dramas. Calderon, segun el Sr. Schack, procura personificar ciertas pasiones, ciertos *poderes espirituales*, de donde resulta que la *individualidad* de sus héroes desaparece, y que suelen ser meras alegorías. Tambien supone el Sr. Schack que las ideas ó nociones de la *fe*, del *amor*, del *honor* y de la *lealtad*,

tales como las entendian los españoles del tiempo de Cárlos II el Hechizado, estaban siempre con *incansable predileccion* en las obras de nuestro poeta, haciéndolas como el eco unas de otras, y prestándoles cierta monotonía muy distante de la infinita variedad de las comedias de Lope. Confiesa asimismo el Sr. Schack que Calderon, á pesar de aquella santa inspiracion que lo abarcaba todo, carecia de sentido histórico, no comprendia sino las cosas de su época; y confiesa y se lamenta, en fin, de que cansan á veces las finuras, los perennes discreteos, y las pomposas, simétricas y poco naturales expresiones de los galanes y de las damas, lo cual sólo se interrumpe con los chistes de los graciosos, que no lo son tanto en Calderon, como en Tirso de Molina y en otros poetas dramáticos de segundo y de tercer órden.

No es, empero, nuestro propósito rebajar el mérito verdadero de Calderon ni de ninguno de nuestros antiguos dramáticos. Somos tan entusiastas de ellos como el Sr. Cañete; nos parece, como á él, una lástima y una vergüenza que la traduccion *inédita* de la obra de Schack, debida al ilustrado escritor D. Eduardo Mier, no esté publicada por falta de un editor; y creemos asimismo, que nuestro teatro antiguo, religioso y no religioso, debe ser estudiado con detencion y juzgado en España con arreglo á la más filosófica, íntima y levantada crítica moderna.

En todo esto convenimos con el Sr. Cañete. En lo que no convenimos es en la limpieza y ortodoxa hermosura de nuestras comedias místicas, que sólo pue-

de negar un espíritu anti-católico; lo que no vemos es *el resplandor de esas santas virtudes* que ve ó se complace en ver el Sr. Cañete. Nosotros, por el contrario, descubrimos en el siglo XVII, y en nuestro país, una profunda perversion de la moral cristiana, que iba á reflejarse en la literatura dramática, y que lucia más aún en lo místico, empañando y afeando la fe de nuestros mayores, y convirtiéndola en supersticion y fanatismo; exagerando á veces los sentimientos más nobles, y trocándolos en vicios y manías feroces, ó extravagantes al menos. ¿Quién ha de negar que entonces habia tambien virtudes y nobleza de alma, y que se reflejaban en la literatura, como las hay y se reflejan ahora? Pero lo cierto es que la corrupcion, y la perversion y los vicios, eran entonces mucho mayores, y, teniéndose menos conciencia de ellos, se confundian más fácilmente con las virtudes.

La idea del honor, llevada hasta la ferocidad, no sólo ocasionaba duelos y pendencias, *cara á cara y con razon*, sino venganzas traidoras y abominables asesinatos; la idea de la lealtad y del respeto á los reyes, llevada al último extremo, engendraba un servilismo monstruoso; hacia de la voluntad del rey la medida de lo justo y de lo injusto, é impulsaba á un caballero á matar á su hermano porque el rey se lo mandaba, y al poeta á celebrar como hazaña heróica semejante barbárie; la idea del amor á la mujer acababa por perderse en los tiquis-miquis escolásticos y en los conceptos y formas silogísticas, y ya en las comedias de nuestro gran dramático, en las comedias de Calderon, apenas

se descubre un asomo de ternura; la idea, por último, de la fe, se convertia en una atroz enemistad contra judíos, herejes y gentiles, y en un deseo vehemente de matarlos ó de quemarlos vivos.

Entre tanto, otros vicios que no podian sentar plaza de virtudes, se miraban entonces con la más singular indulgencia. La estafa, el hurto y la falsía, pasan por una travesura ingeniosa en *La Villana de Vallecas*, donde un caballero muy principal roba á otro, maleta, joyas, dinero y nombre, sin que el poeta lo repruebe, ni el caballero pierda el honor, en otros puntos tan vidrioso; los más de los galanes de las comedias andan siempre por los garitos, y á menudo suelen llamarse fulleros; las hermanas se pelean, se maltratan y se aborrecen de todo corazon, y las hijas se burlan del padre, que suele ser un vejete ridículo. Esto, en lo cómico.

En lo trágico, sueñan los poetas, los autores de comedias y los novelistas de entonces, crímenes casi inverosímiles de puro repugnantes y bestiales, y los refieren como cosa corriente, usual y diaria. Doña María de Zayas y Sotomayor, cuenta en una de sus novelas, que una de sus heroínas va á parir á un corralon para dejar allí el niño y que se le coman los cerdos, y que otra está amancebada con un negro feísimo, á quien consume y mata con su lascivia, y todo esto y más lo cuenta de broma y sin *hacerse cruces*. En el *Quijote* de Avellaneda, hay una historia de un señor flamenco, que trae de huésped á su casa á un caballero español. La mujer del anfitrion acababa de parir, pero estaba muy her-

mosa en el lecho; el español la ve, se apasiona de ella, y aquella noche la viola. ¿A qué autor se le ocurriria en nuestro siglo bestialidad tan asquerosa y estupenda? No es menos bestial el cuento de la monja que últimamente ha puesto en verso Zorrilla, poetizándole y suavizándole y haciéndole posible en esta edad más púdica, más decente y más honrada: pero en el cuento original, la monja se huye con el galan, muy segura y sabedora de lo que hacia, y, con pleno conocimiento del pecado, hurta, si no recordamos mal, algunas alhajas del convento; vive en francachelas y en orgías con su amante; gastan todo el dinero que llevaban, y la monja se prostituye á toda la ciudad de Lisboa, para mantenerse ella con lujo, y mantener los vicios de su amante, convertido en rufian inmundo. La Vírgen, entre tanto, toma la forma de aquella desvergonzada, y hace su papel en el convento, á fin de que no la echen de menos. Imposible parece que estas abominaciones sean tenidas por algunos como hijas del verdadero espíritu católico, como inspiraciones santas, como fantasías, éxtasis, y divinos ensueños con que la musa cristiana regala á sus bienaventurados favoritos.

III.

Seria prolijo hacer aquí una pintura de la córte de Felipe IV y de Cárlos II, y demostrar la mayor inmoralidad de entonces. Las historias, las relaciones de aquella época y toda clase de documentos nos dan claro testimonio de ella. Esta inmoralidad se retrata de

una manera vivísima en la literatura, segun hemos probado ya con algunos ejemplos. El mismo Schack, á quien así como el Sr. Cañete, hemos de seguir citando á menudo, conviene con nosotros. Hablando este autor de la licencia de Tirso, dice expresamente que en nada difiere más el siglo XVII de nuestro siglo, que en punto á moralidad. «Es indudable, añade, que los contempo»ráneos del poeta jamás se escandalizaron de sus obras; »el autor mismo pertenecia á una órden monástica muy »estrecha; para todas las obras que se daban á la es»tampa habia una severa censura, siempre ejercida por »sacerdotes, y nosotros leemos con *asombro* en un per»miso que va al frente de las obras de Tirso de Molina, »*que en ellas nada se contiene que ofenda á las buenas «costumbres y que no sirva de excelente ejemplo para »la juventud.*»

Lope fué quizás más libre aún que Tirso, y no se espantaba de sacar á la escena y de pintar, con los más fuertes colores, vicios atroces é infames: en *La Reina Juana de Nápoles* nos describe toda la crueldad y toda la lujuria posibles en la más desenfrenada mujer; en *El anzuelo de Fenisa* y en *El arenal de Sevilla*, figuran las cortesanas como heroinas, y tratadas con bastante menos severidad que en los modernos dramas franceses de Augier, Feuillet y Dumas; en *El Rufian Castrucho* y en *El Caballero de Olmedo* se retratan con la mayor verdad las Celestinas; y el adulterio y el incesto dan asunto tambien á algunos dramas de Lope. La opinion de este poeta sobre la córte, expresada por él en una carta particular, viene en favor de nuestro aserto. Lo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mosa en el lecho; el español la ve, se apasiona de ella, y aquella noche la viola. ¿A qué autor se le ocurriria en nuestro siglo bestialidad tan asquerosa y estupenda? No es menos bestial el cuento de la monja que últimamente ha puesto en verso Zorrilla, poetizándole y suavizándole y haciéndole posible en esta edad más púdica, más decente y más honrada: pero en el cuento original, la monja se huye con el galan, muy segura y sabedora de lo que hacia, y, con pleno conocimiento del pecado, hurta, si no recordamos mal, algunas alhajas del convento; vive en francachelas y en orgías con su amante; gastan todo el dinero que llevaban, y la monja se prostituye á toda la ciudad de Lisboa, para mantenerse ella con lujo, y mantener los vicios de su amante, convertido en rufian inmundo. La Vírgen, entre tanto, toma la forma de aquella desvergonzada, y hace su papel en el convento, á fin de que no la echen de menos. Imposible parece que estas abominaciones sean tenidas por algunos como hijas del verdadero espíritu católico, como inspiraciones santas, como fantasías, éxtasis, y divinos ensueños con que la musa cristiana regala á sus bienaventurados favoritos.

III.

Seria prolijo hacer aquí una pintura de la córte de Felipe IV y de Cárlos II, y demostrar la mayor inmoralidad de entonces. Las historias, las relaciones de aquella época y toda clase de documentos nos dan claro testimonio de ella. Esta inmoralidad se retrata de

una manera vivísima en la literatura, segun hemos probado ya con algunos ejemplos. El mismo Schack, á quien así como el Sr. Cañete, hemos de seguir citando á menudo, conviene con nosotros. Hablando este autor de la licencia de Tirso, dice expresamente que en nada difiere más el siglo XVII de nuestro siglo, que en punto á moralidad. «Es indudable, añade, que los contempo»ráneos del poeta jamás se escandalizaron de sus obras; »el autor mismo pertenecia á una órden monástica muy »estrecha; para todas las obras que se daban á la es»tampa habia una severa censura, siempre ejercida por »sacerdotes, y nosotros leemos con *asombro* en un per»miso que va al frente de las obras de Tirso de Molina, »*que en ellas nada se contiene que ofenda á las buenas «costumbres y que no sirva de excelente ejemplo para »la juventud.*»

Lope fué quizás más libre aún que Tirso, y no se espantaba de sacar á la escena y de pintar, con los más fuertes colores, vicios atroces é infames: en *La Reina Juana de Nápoles* nos describe toda la crueldad y toda la lujuria posibles en la más desenfrenada mujer; en *El anzuelo de Fenisa* y en *El arenal de Sevilla*, figuran las cortesanas como heroinas, y tratadas con bastante menos severidad que en los modernos dramas franceses de Augier, Feuillet y Dumas; en *El Rufian Castrucho* y en *El Caballero de Olmedo* se retratan con la mayor verdad las Celestinas; y el adulterio y el incesto dan asunto tambien á algunos dramas de Lope. La opinion de este poeta sobre la córte, expresada por él en una carta particular, viene en favor de nuestro aserto. Lo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pe la llama *Océano de perdidos y desvanecidos*, lleno de *rameras, hambres, hidalguías, poder absoluto y sin p disoluto y otras sabandijas.*

Con tal público, con tal opinion del público, y creyéndole además necio, *el vulgo es necio*, etc., no es extraño que los poetas se atreviesen á todo. Calderon llegó á poner en escena un hijo que abofetea á su padre. Si alguien se ofendia, á veces, no era por virtud, sino por orgullo, como cuando silbaron una comedia de Rojas, porque puso en ella á un *caballero*, que casándose halló violada de otro amor á su mujer, ó cuando quizás le dieron muerte alevosa porque satirizó en otra comedia á unos caballeros.

Pero hablemos ya del drama religioso, que segun el Sr. Cañete produjo obras maestras del más esmerado artificio; obras que despliegan *á la vista, aún del más abatido y lacerado, horizontes de esperanza y de consuelo.* Schack dice: «Muchas de las vidas de San»tos puestas en escena, carecen de unidad de accion, »y muestran en su rudeza una abigarrada confusion »de todo linaje de elementos, de lo religioso y de lo »profano, de lo literal y de lo alegórico, de lo grave y »de lo burlesco, hasta el último punto. Allí hay sutile»zas teológicas y discusiones escolásticas al lado de »profanas escenas de amor: allí salen á las tablas el »niño Jesus y la Vírgen María, y ángeles y diablos, y »santos y figuras simbólicas, mezclados con reyes, es»tudiantes y graciosos, que incurren en mil anacro»nismos é impropiedades. Se diria que todo lo invero»símil y todo lo incongruente se salva y perdona con la

»fe. Pero lo que más se extraña es el grosero materia»lismo con que se entiende la religion y se trata de »ella en estos dramas. La trascendencia de lo *supra»sensible* es en ellos completamente aniquilada, y sólo »queda la exterior apariencia. Estos dramas están lle»nos de visiones y milagrerías desde el principio hasta »el fin; pero en balde se busca en ellos verdadera »piedad, elevacion del alma y profundidad en la pin»tura de las cosas espirituales.»

Esto dice el Sr. Schack antes de examinar una por una las principales comedias *divinas* de Lope de Vega, á quien llama *divino* en las comedias profanas, y á quien tacha mil veces de desatinado y de absurdo en las *divinas*.

El Cardenal de Belén es una monstruosidad, donde figuran y salen á desvariar San Gerónimo, San Gregorio Nacianceno, San Dámaso, San Agustin, el emperador Juliano el Apóstata, los tres reyes Magos, el arcángel San Rafael, el diablo, un leon, un burro, y España y Roma y el mundo entero personificados.

San Nicolás de Tolentino es aún más desatinada comedia. El Padre Eterno aparece allí, sentado en su tribunal, en conversacion con la Justicia y la Misericordia: un hermanuco persigue graciosamente al diablo, que sale acompañado de leones, serpientes y otras bestias; y el santo baja del cielo, entra en el purgatorio como en su casa, y se lleva las almas de sus padres. Combinadas con todo esto, hay escenas de soldados é intrigas de amor nada edificantes.

El animal profeta es más parecido á un cuento de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

las *Mil y una noches* que á la vida de un santo. Una cierva profetiza á Julian que dará muerte á sus padres, y la profecía se cumple con un fatalismo más ciego que el pagano. Julian hace despues penitencia de este crímen involuntario, y de otros que no lo son, y probablemente se va al cielo.

En *La fianza satisfecha* es menester confesar que las extravagancias, segun las propias palabras de Schack, citadas por el Sr. Cañete, «están compensadas con »rasgos de la más atrevida poesía, y debemos rendir »homenaje al genio del poeta hasta en sus propios ex»travíos.»

En *El niño inocente de la Guardia*, tampoco negarémos que hay verdadera hermosura y cierta inspiracion religiosa; pero, como dice Schack, este drama «hace una impresion penosa, merced al fanático abor»recimiento que respira en cada uno de sus versos con»tra los que pertenecen á otra religion.»

Mira de Mescua es más extravagante aún que Lope en sus comedias divinas, y como carece de las altas calidades que el Fénix de los Ingenios poseia, no es posible perdonarle los sacrilegios é indecorosos desatinos de *El hermitaño galan*, de *El esclavo del demonio*, de *El negro del mejor amo* y de otras creaciones por el estilo, en que los misterios de nuestra santa religion hacen las veces de mitología y de tramoya en farsas para divertir al vulgo ignorante. Mira de Mescua estaba, sin embargo, dotado de una fecunda inventiva, y prestó en estas comedias, argumentos y situaciones que, tratados más tarde y con más arte por

Calderon, Tirso y Moreto, dieron orígen á las mejores comedias á lo divino de que el teatro español puede gloriarse.

Como en este artículo no nos es posible extendernos cuanto el asunto requiere, sino pasar muy ligeramente sobre todo, nos vemos obligados á menudo á apuntar opiniones é ideas que tal vez seria conveniente desenvolver y aclarar; pero ya llegará ocasion en que podamos hacerlo, sobre todo si, como es de desear, adquiere la Direccion de Instruccion pública la obra de Schack traducida, y la da á la estampa, como un monumento elevado á las glorias españolas. Para entonces prometemos hacer un análisis detenido del trabajo del sábio aleman, comparar sus opiniones con las de los críticos españoles y con las de otros críticos alemanes, como Schmidt y ambos Schlegel, y dar tambien la nuestra, procurando, por lo mismo que es tan humilde, autorizarla y realzarla con razones.

Siguiendo ahora en nuestras ligeras observaciones al discurso del Sr. Cañete, que, si bien es obra de un sujeto muy entendido, todavía peca, y no puede menos de pecar, merced á su índole y á su indispensable concision, de no hacer, como nuestro artículo, sino apuntar ideas sin desenvolverlas ni explicarlas cuanto conviene, dirémos que Tirso de Molina es, en nuestro sentir, el más gran poeta dramático que ha habido en España despues de Lope de Vega. Este último es creador, y Tirso discípulo é imitador suyo; pero Tirso perfecciona, y hermosea, y pule lo que el primero inventa. Tirso, pues, poniendo á un lado á Lope, es más

cómico, más trágico, más conocedor del corazon humano, más chistoso, más profundo, más inventor de caractéres y de enredos, más religioso en lo divino, más elevado y sábio en lo histórico, más poeta, en suma, que Calderon, que Rojas y que Moreto. Dificilmente podrá presentar ninguna literatura extranjera, salvo Shakspeare, nada que deba ni remotamente compararse con Tirso de Molina.

Palabras y plumas, *Quien calla otorga*, *La celosa de sí misma*, *Amar por señas* y *El vergonzoso en Palacio*, no tienen rivales fuera de España, sino en *Mucho ruido para nada* y en alguna otra comedia del gran dramático inglés; y *Marta la Piadosa* vale más que las imitaciones frias de Molière y de Moratin. Pero, como Schack dice muy bien, lo que pasma verdaderamente es ver el ingenio de nuestro poeta, que en las susodichas comedias parece «una mariposa que revo»lotea entre las flores, levantarse hasta las nubes, se»mejante á un águila; al ameno y burlon Tirso trans»formarse en el cantor de los héroes y celebrar con »tono inspirado las altas hazañas del noble pueblo es»pañol, y su estilo burlon adquirir la más enérgica »fuerza con el impulso de los pensamientos sublimes. »Algunas de sus obras de este género pueden ser con»sideradas como epopeyas dramáticas.» *La prudencia en la mujer*, *Las hazañas de los Pizarros*, *Escarmientos para el cuerdo* y otros dramas históricos merecen las mayores alabanzas del crítico tantas veces citado. Pero, ¿cree el Sr. Cañete que se aprueban por esto la inmoralidad y las malas tendencias religiosas de dichos dramas? *La venganza de Tamar* es, segun Schack, un drama magistral, un drama donde la musa trágica española se ha elevado á la mayor altura, donde los caractéres son admirables, y donde lo terrible y lo patético llegan á lo sumo de la poesía; pero es un drama que nadie sufriria hoy en la escena sin horror y sin repugnancia.

En los dramas verdaderamente *á lo divino* de este gran poeta se notan la misma licencia y mayor perversion y relajacion de costumbres. Hasta los títulos encierran á veces peligrosísimas sentencias que pueden corromper á la juventud, como, por ejemplo, *Quien no cae no se levanta*. Se diria al leer este título que importa cometer las mismas ó semejantes maldades que las de la heroina Margarita, para que Dios preste á quien las cometa más especial favor, haga muchos milagros para separarle del mal camino, y casi á pesar suyo se le lleve al cielo. El asunto de *La Condesa bandolera* da motivo á las mismas reflexiones. Esta señora condesa hace las mayores insolencias y comete los más atroces delitos hasta que un ángel la convierte por medio de un milagro.

No así, por fortuna *El condenado por desconfiado*. Nada quisiéramos decir en elogio de este drama, porque es poco todo lo que se diga para encarecer su mérito poético, y porque despues del exámen crítico que hizo de él el Sr. Duran, es difícil añadir algo ni bueno ni nuevo. Lo único que dirémos y confesarémos es que, á pesar de lo peligroso del asunto y de lo atrevido de las escenas y de los caractéres, este drama está escri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

to con tanto saber y conciencia, que casi no ofenden los vicios espantosos que en él se pintan, y se comprende el que se salve Enrico y el ermitaño se condene. Este último es un egoista desconfiado que hace penitencia movido de un interés y de un deseo de salvacion eterna, lleno de monstruoso amor propio y falto de amor de Dios, y de santa y verdadera caridad. Enrico, mientras tanto, tiene un noble corazon, en medio de sus grandes maldades, y algunas virtudes en medio de sus mayores vicios. La idea de Víctor Hugo en *Lucrecia de Borgia* y en *El rey se divierte*, parece tomada de este drama. Triboulet el bufon y la envenenadora duquesa de Ferrara se ganan nuestras simpatías por el amor que tienen á sus hijos, amor que hasta cierto punto nos hace perdonar los otros crímenes. Pero aunque Dios los perdone tambien, porque es infinita su misericordia, la sociedad, la *vindicta pública*, permítasenos emplear esta palabra, no puede dejarlos impunes. Se resiste á las ideas modernas, más sociales, menos anárquicas que las ideas que reinaban en España en el siglo XVII, el que alguien se sobreponga á la sociedad y quede libre de castigo por severa que sea su penitencia. Así como la sociedad castiga, una vez conocido el delito, así tiene que castigar tambien el poeta á sus héroes malvados, con un castigo independiente de la voluntad de quien le recibe. La muerte ejemplar de Enrico en un patíbulo afrentoso, es por consiguiente ejemplar, y más ejemplar y más patética, si se atiende á que se vuelve á Dios, no por milagros ni signos exteriores, sino por efecto de la propia virtud que aún conservaba en el alma, por su amor filial y por la ternura que las lágrimas de su anciano padre infunden en su pecho.

En moralidad, pues, así como tambien en mérito poético, sobrepuja *El condenado por desconfiado* á las obras modernas que hemos citado antes, en las cuales hay un castigo providencial, por donde el sentimiento de la justicia queda satisfecho; pero falta el arrepentimiento y el perdon divino que satisfacen además el sentimiento religioso, la idea que nos hace considerar el mal como un accidente que ha de resolverse en el bien, término y fin de todas las cosas creadas.

Si todos los dramas *á lo divino* fuesen como *El condenado por desconfiado*, no hubiéramos hecho la menor observacion al discurso del señor académico, salvo en aquella parte en que injuria tan sin razon á la edad presente, y á las cosas de la edad presente, las cuales son, á pesar de todo, consideradas en conjunto y con excepciones rarísimas, bastante mejores que las cosas de cualquiera otra edad pasada, por buena que se imagine.

De la maravillosa y poética figura de D. Juan Tenorio y de su carácter, trazado con mano firme y maestra por Tirso de Molina, y levantado por él sobre las tablas del teatro español para que sirviese de jamás bien imitado modelo á poetas de todas las naciones, ¿qué hemos de decir nosotros que no esté ya dicho? Byron en Inglaterra, en Francia Moliére y Tomás Corneille, en Alemania Hoffmann, en Rusia Puschkin, y en estas mismas, así como en otras naciones, otra infinidad de

novelistas y de autores dramáticos, han hecho su héroe de D. Juan; pero todos son muy pequeños en comparacion de la gigantesca figura creada por la fantasía popular de los españoles y encerrada con toda su grandeza dentro del estrecho cuadro de un drama, por nuestro fraile mercenario. Quien más ha decaido en la imitacion de D. Juan, como en sus demás imitaciones del teatro español, ha sido Moliére. Moliére ha convertido en un petimetre cualquiera aquella gigantesca figura.

Todo esto se puede decir, y mil alabanzas más que no decimos por carecer de elocuencia, en elogio de *El burlador de Sevilla*; pero el Sr. Cañete nos ha de perdonar si no confesamos la moralidad de este drama, ni los cristianos efectos que ha producido en el mundo.

Ya, cuando tengamos tiempo, hablarémos de Calderon, deteniéndonos más en el exámen de sus dramas *á lo divino*.

OBSERVACIONES SOBRE EL DRAMA TITULADO BALTASAR, DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS COMEZ DE AVELLANEDA.

Si bien casi todos los periódicos de esta capital han encomiado el drama de la Sra. Avellaneda titulado *Baltasar*, y si bien el público ha hecho la debida justicia á su ilustre autora llamándola á la escena y prodigándole repetidos y unánimes aplausos, todavía entiende el que suscribe este artículo (sin contradecir en lo sustancial la opinion ya manifestada por el público y por varios escritores acerca de este drama), que no es inútil el que vuelva la crítica á ocuparse de él, tratando de poner en su punto su verdadero mérito, y de dar razon de su calidad é importancia. Algunos de los artículos que sobre dicho drama se han escrito, debieran tenerse por muy razonados é imparciales; pero acontece en España que á par de la crítica que en los periódicos se publica, se hace otra crítica de palabra, tan vehemente y continua, que por este y otros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

novelistas y de autores dramáticos, han hecho su héroe de D. Juan; pero todos son muy pequeños en comparacion de la gigantesca figura creada por la fantasía popular de los españoles y encerrada con toda su grandeza dentro del estrecho cuadro de un drama, por nuestro fraile mercenario. Quien más ha decaido en la imitacion de D. Juan, como en sus demás imitaciones del teatro español, ha sido Moliére. Moliére ha convertido en un petimetre cualquiera aquella gigantesca figura.

Todo esto se puede decir, y mil alabanzas más que no decimos por carecer de elocuencia, en elogio de *El burlador de Sevilla*; pero el Sr. Cañete nos ha de perdonar si no confesamos la moralidad de este drama, ni los cristianos efectos que ha producido en el mundo.

Ya, cuando tengamos tiempo, hablarémos de Calderon, deteniéndonos más en el exámen de sus dramas *á lo divino*.

OBSERVACIONES SOBRE EL DRAMA TITULADO BALTASAR, DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS COMEZ DE AVELLANEDA.

Si bien casi todos los periódicos de esta capital han encomiado el drama de la Sra. Avellaneda titulado *Baltasar*, y si bien el público ha hecho la debida justicia á su ilustre autora llamándola á la escena y prodigándole repetidos y unánimes aplausos, todavía entiende el que suscribe este artículo (sin contradecir en lo sustancial la opinion ya manifestada por el público y por varios escritores acerca de este drama), que no es inútil el que vuelva la crítica á ocuparse de él, tratando de poner en su punto su verdadero mérito, y de dar razon de su calidad é importancia. Algunos de los artículos que sobre dicho drama se han escrito, debieran tenerse por muy razonados é imparciales; pero acontece en España que á par de la crítica que en los periódicos se publica, se hace otra crítica de palabra, tan vehemente y continua, que por este y otros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

motivos, infunde dudas en los ánimos sobre la imparcialidad y exactitud de la crítica escrita, y contribuye más que esta á formar, con el trascurso del tiempo, nueva opinion pública, á menudo desfavorable al autor de la obra criticada. En un principio se suele ceder al entusiasmo y á la sorpresa que inspira lo que es nuevo y hermoso; y lo que es hermoso y nuevo se encomia y aplaude; pero despues, cuando pasa este entusiasmo, suele condenarse, ó lo que es peor, suele menospreciarse y olvidarse completamente lo mismo que antes se ha aplaudido. Por eso quisiéramos nosotros, que ya hemos oido hablar del drama de la señora Avellaneda menos favorablemente de lo que en los periódicos se ha hablado, marcar el verdadero término medio en que la opinion sobre esta obra debiera fundarse. Así quedaria marcado tambien hasta qué extremo se han de atribuir á malevolencia y á envidia las censuras que se hacen de palabra, y hasta qué extremo puede sospecharse que los elogios de los periódicos, por lo mismo que son en no pocas ocasiones exorbitantes é infundados, vengan á serlo en la ocasion presente, y nazcan de la galantería y amistad de los críticos, y no de su buen juicio.

No cabe duda, sin embargo, en que á algunos parecerá impertinente, y hasta odiosa tarea, la que emprendemos, pues aplaudido el drama por el público, y ensalzado sin contradiccion en los periódicos, acaso se diga que, al señalar nosotros algunas faltas en él, y aun al defenderle de las censuras ocultas é infundadas, vamos á rebajar y á denigrar el mérito de la autora, y

á sacar á luz esas ocultas censuras sin refutarlas como se debe, tal vez por incapacidad, tal vez con una intencion aviesa. Mas el recelo y la intranquilidad de conciencia que esto nos causa, se desvanece al considerar que el análisis detenido de una obra cualquiera, aun cuando sea para buscar en ella algunas faltas y hacerlas patentes, no perjudica en realidad á la obra. De las malas no es menester afanarse para desentrañar los defectos. Estos son tan claros, que se ven sin exámen, y están asimismo tan bajos, que la crítica no debe descender hasta ellos. El crítico, por consiguiente, no puede menos de reconocer cierto valer é importancia en la produccion que critica, aun cuando la censure. La célebre fabulilla de Iriarte es un chiste ingenioso que nada prueba en contra de esta asercion, antes bien la corrobora; porque si los sábios se ocupaban de aquellos objetos, en apariencia tan ruines, era porque en ellos habia mucho que estudiar y que aprender, y porque eran tambien maravillosas obras de arte, que daban testimonio del artífice portentoso que las habia creado.

Se debe asimismo tener presente que la crítica de una produccion literaria no se ha de escribir con la intencion de favorecer ó perjudicar al autor, sino con el más elevado propósito de dilucidar los puntos oscuros de la filosofía del arte, y de fijar la verdad entre las opuestas doctrinas que separan á los literatos en varias parcialidades. Para que una obra se preste á este fin es necesario que pueda servir de tipo, de modelo ó de ejemplo; por donde al ocuparnos del drama *Balta-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sar de la señora Avellaneda, ya implícitamente le contamos en el número de estas obras.

En el *Baltasar* hay, en nuestro entender, no sólo aquel acierto dichoso que cautiva la atencion del vulgo, y le conmueve ó distrae; no sólo aquellos primores y delicadezas que proceden de la completa inteligencia del arte, de la práctica y buen tino con que el arte se ejerce, y del magistral conocimiento y dominio del idioma, sino que hay tambien elevada y legítima hermosura, en cuya creacion y manifestacion no caben ya procedimientos ni reglas. Por estar dotado de esta hermosura el drama de *Baltasar*, nos parece á nosotros digno de la crítica, la cual debe emplearse en el exámen de esta hermosura, mostrando el modo de ser y las circunstancias que la determinan y constituyen, y señalando las manchas y lunares que la turban y empañan.

El vulgo siente y percibe por instinto la hermosura; pero la percibe y la siente como una cosa misteriosa é inefable, de la cual no llega á darse razon. Por donde acontece que colectivamente se admira de lo hermoso: mas cuando cada persona de por sí se aplica al oficio de crítico de la misma composicion de que se ha admirado, suele atribuir esta admiracion á muy distinta causa, ó da por fundamento de ella méritos indignos é insuficientes, ya apreciando sólo lo que llaman los franceses *savoir-faire*, ya levantándose, á lo más, si tiene alguna tintura de las reglas, á la consideracion y ponderacion de los primores que nacen de su observancia y empleo.

Concurre asimismo á que se juzguen desacertadamente las obras literarias, la errada opinion, ahora muy válida, y singularmente cuando se trata de teatro, de que todo drama ó poema ha de tener un fin ú objeto que caiga fuera del arte mismo; lo cual vale tanto como decir que el teatro debe ponerse al servicio de la metafísica, de la moral, de la política ó de otra disciplina cualquiera. Los que esto sostienen, no consideran que la poesía, ya lírica, ya épica, ya dramática, tiene en sí un fin noble y elevadísimo, cual es la creacion y manifestacion de la hermosura revestida por medio de la palabra y del ritmo de una forma sensible. Subordinar á otro fin la poesía, es degradarla en vez de levantarla. No es esto negar que pueda expresar el poeta sus sentimientos y creencias en todo género de obras. En todas ellas, aun en las menos sujetivas, pone el poeta el sello de la propia personalidad, y muestra sus ideas é inclinaciones, haciéndolas valer y estimar en más con el adorno de su elocuencia y el fuego de su entusiasmo. Pero esto debe ser ó aparecer como fatal. Si esto se hiciese de propósito, el drama seria alegato ó disertacion, y no drama; el poeta, abogado ó sofista, y no poeta. El único fin que se proponga, repetimos, que ha de ser la creacion de la hermosura. Creada esta, y sublimada hasta cierta altura y excelencia, se confunde é identifica con la bondad y con la verdad, que son sus hermanas, y reconocen un mismo orígen, siendo entonces el poeta más que el sábio, porque el sábio halla y el poeta crea.

La hermosura ideal se ocasiona, sin embargo, en la poesía de la imitacion de lo existente. No es este arte co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo la música y la arquitectura, que se adelantan á él en cuanto para crear la hermosura no han menester de la imitacion, produciéndola toda fantástica, ya en el espacio por medio de líneas, ya en el tiempo por medio de sonidos. La poesía en cambio les lleva grandes ventajas, porque las palabras abarcan con claridad y precision todo pensamiento distinto; y el número y la concertada armonía de las palabras, expresan á veces los pensamientos vagos é inefables por tan alta manera como la música los expresa. Pero la poesía, como hemos dicho, tiene que tomar por objeto lo existente ó lo que ya ha existido en la historia; y al revestirlo y mostrarlo, produce la hermosura, siendo ocasion, si no causa de ella, lo que toma de la realidad de las cosas. El poeta, por consiguiente, debe elegir asunto; este puede ser filosófico, histórico ó religioso; y el poeta, antes de servirse de él como poeta, debe comprenderle y apreciarle como filósofo, porque no produciria con él la hermosura, si antes no le comprendiese en toda su verdad y magnitud. Así es, que si del asunto que elige el poeta, sobre todo cuando el asunto es noble y grande, dimana naturalmente una leccion moral, religiosa ó política, con mayor brillo y viveza se desprenderá de él esa leccion, cuando el poeta le revista y presente con toda la sublimidad y todo el encanto de su ingenio y de su arte.— Lo cual se verifica cumplidamente en el drama de la señora Avellaneda.—En él se pone en escena, valiéndonos aquí de las propias palabras de la poetisa en su elocuente dedicatoria, «la caida del imperio »babilónico, señalada por celeste prodigio; y *esta caida*

»fué más que el hundimiento de un trono; fué un gran »suceso providencial de más alta trascendencia que »otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los »profetas, era el escogido para romper las cadenas del »pueblo de Dios, para levantarle nuevo templo, aquel »templo en que resonó la divina palabra del Mesías. Con »Baltasar, y como él, la copa del festin en las manos y »la hiel de la impotencia en el alma, se hundió una ci»vilizacion gastada y corrompida, que entre las púr»puras de la orgullosa reina del Eufrates parecia haber »soñado en la fusion de las razas por medio de la pros»titucion; celebrando, segun la enérgica expresion de »un escritor moderno, con una páscua de libertinaje »su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civi»lizacion anunciando otra ruina más grande, más pro»funda, más trascendental: la del mundo antiguo, la »de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya »en los oidos de Daniel al término de las setenta se»manas, por entre cuyas sombras columbraba los cre»púsculos del dia eterno de la verdad.» De esta suerte ha comprendido la autora el asunto histórico que ha elegido, y el gran pensamiento religioso que encierra en sí. Veamos ahora cómo ha sabido darle vida, animacion y realce, y poner en él la hermosura y sublimidad de la poesía sobre la sublimidad y la hermosura que ya en sí tiene.

Se acusa á la señora Avellaneda de que ha tomado mucho del *Sardanápalo* de Byron para su *Baltasar*; pero bien examinada esta acusacion, carece de razonable fundamento. Hay, sin duda, semejanza entre ambos

dramas; pero esta semejanza no es otra que la existente entre los hechos históricos que les dan asunto, y aún así, no es tan grande, como vulgarmente se cree.

Sardanápalo, último rey de la monarquía asiria, cae al impulso de dos de sus sátrapas rebeldes, y cae por medios naturalísimos. La guerra civil entre los sátrapas y el rey dura algunos años con varia fortuna, mostrándose este, así en la adversa como en la próspera, magnánimo y entendido capitan, hasta que al cabo sucumbe y termina su vida con heroicidad, si bárbara, sublime, quemándose vivo en su propio alcázar con sus innumerables tesoros, y las mujeres que por amor le siguen voluntariamente. Diodoro de Sicilia refiere los hechos como van aquí referidos, y de ellos se vale el poeta inglés para argumento de su tragedia, cambiando sólo, á fin de guardar la unidad de tiempo, la duracion de la guerra civil, y haciendo triunfar en un dia á los rebeldes.

En la caida de Sardanápalo, así como en todos los demás acontecimientos humanos, no puede menos de reconocer el hombre piadoso la universal providencia con que atiende Dios á las criaturas; pero no aquella providencia especialísima, que, sacando el curso de los sucesos fuera de su cauce natural y moviéndolos y encaminándolos con insólito movimiento y en direccion extraña, sin sujetarlos á las leyes, órden y compás que de ordinario siguen, les da el carácter de milagrosos y sobrenaturales. Así es que en el drama de Byron no se excusa, á pesar de los esfuerzos que hace para ello el poeta, la incuria é imprevision del rey, que tan fácilmente se deja sorprender y vencer. Mas en el *Baltasar* de la Avellaneda están disculpados la sorpresa y el vencimiento, ya que Dios mismo, por singular disposicion de su sabiduría, hace que los soldados de Ciro entren en Babilonia y derriben el trono de Baltasar la noche misma en que la mano misteriosa escribe la sentencia sobre el muro.

Todos los comentadores del libro de Daniel, incluso el benedictino Calmet, convienen en que la catástrofe fué aquella noche; y los historiadores profanos, y singularmente Xenofonte, que en su Ciropedia describe con toda detencion la toma de Babilonia, concuerdan en lo propio. La señora Avellaneda no ha tenido, por lo tanto necesidad alguna de trastornar el órden cronológico de los sucesos, aunque pudiera haberlo hecho como lo hizo Byron, para acelerar la catástrofe y dar mayor rapidez á la accion de su drama.

Xenofonte, historiador gentil, que no podia comprender la proteccion que Dios dispensaba á Ciro, y que trata de presentar á este príncipe como un perfecto y acabadísimo dechado del héroe y del repúblico, busca modo de motivar naturalmente su conquista de Babilonia; mas al propio tiempo, no puede menos de motejar de imprevision y de abandono al rey babilónico, á quien no designa con nombre alguno. Segun este historiador ó novelista, Ciro hacia tiempo que tenia sitiada aquella grande y populosa ciudad; pero confiados los moradores de ella en la fortaleza de los muros, y en las muchas provisiones y pertrechos bélicos que tenian, y no queriendo aventurarse con los enemigos en batalla cam-

pal, permanecian encerrados dentro de sus murallas, tal vez esperando que algun ejército de distantes satrapías viniese á libertarlos y á vencer al de Ciro. Ocurrió en esto la famosa fiesta y convite, de que tambien habla el escritor profano, y como Ciro entendiese lo que iba á acontecer, y hubiese averiguado asimismo que era fácil separar el curso del Eufrates, y dejar sin reparo un lado de la ciudad, que por contar con la natural defensa del rio, no estaba guarecido como el resto, puso aquella misma noche por obra el apartar al rio de su cauce, y entró en la ciudad cuando estaban desapercibidos los que debieran custodiarla, y hasta los que debieran velar en las atalayas, ébrios ó entregados á los placeres. Acudió, sin embargo, Baltasar á la defensa, y pereció combatiendo. Pero si la señora Avellaneda hubiera seguido en todo la version de Xenofonte, ni hubiera estado de acuerdo con el sagrado texto, ni la profecía milagrosa lo hubiera sido tanto, ni el providencial castigo de la soberbia babilónica, y el sobrenatural cumplimiento de los escondidos designios del Eterno, hubieran resplandecido como en la narracion bíblica, y en la tragedia que la sigue, resplandecen á maravilla. Así quedan tambien á salvo el valor y la prudencia del rey Baltasar, que en balde luchaba contra los divinos decretos. En la catástrofe que termina la tragedia de Sardanápalo, todo, como ya hemos dicho, se verifica por medios naturales: en la que termina la de Baltasar obra el Señor prodigios espantables. El héroe de la última tragedia es y debe ser, por este solo motivo, más grande que el de Byron. Al de

Byron le vencen los hombres sólo; al de la Avellaneda Dios y los hombres, y estos no aparecen sino como meros instrumentos de la justicia divina.

Entre los caractéres de Sardanápalo y de Baltasar, media la misma distancia que entre los lances de su historia. Ambos son por cierto descreidos y blasfemos, mas en lo demás bien diferentes. Sardanápalo es un elegante libertino; sano, robusto y jóven de cuerpo y alma; amable y jovial, y por ningun estilo misántropo, ni mucho menos menospreciador del género humano. Artista, poeta y pagano voluptuoso hasta la médula de los huesos, quiere que la vida y el mundo sean un magnífico festin, un espectáculo solemne, un bello drama, en el cual conviene hacer bien su papel aun cuando no sea más que por amor al arte, y para concurrir á la general armonía y consonancia de las cosas. Ni los placeres le cansan, ni el dolor le perturba, ni el peligro le conmueve: con la misma dulzura sonrie al amor que á la muerte; con la misma serenidad y petulancia va al festin que á la pelea; y con el mismo deleite artístico, con la misma elegancia aristocrática, y con la misma coquetería de *dandy* asirio, empuña el abanico ó la espada, se ciñe el yelmo ó la guirnalda de rosas. Es un Lovelace sin hiel, rey de Nínive; un personaje seductor, el más alegre, ameno y de *buen tono* que ha imaginado Byron. Las ladies y señoritas inglesas, cuando leen este drama, suelen enamorarse del héroe, y envidian la suerte de Myrrha hasta para quemarse vivas con él.

Baltasar, por el contrario, aborrece y desprecia á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

humanidad; el mundo y la vida le cansan, y no halla placer que no le fastidie, ni mujer digna de su amor, ni hombre, no ya digno de su amistad, pero ni siquiera de su cólera. Con un alma llena de deseos levantados y de aspiraciones infinitas, no halla cosa creada ni increada que pueda satisfacerle y contentarle, ni centro donde se repose su herido corazon, fatigado y ansioso de sosiego. Baltasar es un ateista mistico; es el alma apasionada del poeta Leopardi que se ha transformado en rey de Babilonia: es la negacion completa de todo bien fuera del bien supremo; de todo amor á los hombres fuera del amor de Dios; de la dignidad humana cuando no se acata la divina, y de la felicidad en esta vida cuando no se cuenta con la otra. Pocas veces se ha puesto en escena, y se ha desenvuelto con igual maestría, carácter tan alto, extraordinario y bien sostenido.

La tendencia de ambos dramas es aún más opuesta que los caractéres de sus protagonistas. Byron hace la apoteosis de la naturaleza humana como á despecho de Dios. Sin su auxilio, y hasta desafiándole, son los hombres magnánimos y dichosos. Sardanápalo triunfa, se goza y resplandece en el trono, en el tálamo y en la pira. Como soberano tiene leales, desinteresados, celosos é inteligentes ministros, devotos, aunque no bajos servidores suyos, y amantes de la patria: como esposo, una consorte fiel, cariñosa y llena de virtudes; y como amante, una amiga, la más enamorada y bella. Su esclava Myrrha siente por él una pasion sublime; está dotada de clarísimo ingenio, de un corazon heróico y de singular hermosura. Quizás por un anacronismo dichoso avalora el poeta el amor de Myrrha con una delicadeza de sentimientos más cristianos que gentílicos. Para amar al rey tiene Myrrha que vencer su pudor de vírgen, su orgullo de griega, su repugnancia por un bárbaro, y su despecho de verse esclava. Por último, vencido Sardanápalo por los sátrapas rebeldes, aún tiene el placer de salvar á su mujer y á sus hijos, y de satisfacer su vanidad aniquilando con él los inmensos tesoros que sus mayores habian reunido, y dándose en lujoso y sorprendente espectáculo á las futuras generaciones. Hay en toda esta historia, y sobre todo en el espíritu con que la presenta lord Byron, un horrible y titánico desprecio de la Providencia divina.

Lo contrario se nota en la tragedia de la eminente y cristiana poetisa, y son tan vivos y acendrados sus sentimientos católicos, que si en algo se extrema, es en que esos sentimientos la llevan, á nuestro modo de ver, á tocar un tanto en lo que ahora se llama neo-catolicismo. Ya se entiende que no hablamos del neo-catolicismo de los que con artificio grosero aplican torcidamente la religion á la política á fin de medrar con ambas. Hablamos del neo-catolicismo filosófico y desinteresado, del que exagerando por misantropía la creencia en la decaida y flaca condicion del género humano y en su incapacidad de elevarse á la virtud sin el auxilio divino, no ve ni reconoce nada respetable, ni noble, ni bello en las sociedades ó en los individuos que no están iluminados por la luz de la revelacion. En este sentido, no sólo hay mucho de católico,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sino tambien algo de neo-católico en el drama de Baltasar. A ninguna persona de carácter noble, nada que merezca estimacion y respeto ve el rey en torno suyo. Hasta la hermosa y casta hebrea de quien por un momento se enamora, y hasta el jóven que llega á despertar su ira y á presentarse á su imaginacion como un digno rival, le engañan y le dan aparente motivo para que los tenga por tan viles como á los demás. Sólo la madre de Baltasar es una excepcion de la regla, y merece ser excluida del anatema de reprobacion que Baltasar lanza con justicia sobre sus súbditos y sobre el mundo entero. Mas para la doctrina que la Sra. Avellaneda trata de defender, ó que impremeditadamente defiende (pues la Sra. Avellaneda es demasiado poeta para ponerse de propósito deliberado á defender doctrinas en su drama), el rey Baltasar es una contradiccion; el rey Baltasar, dado el supuesto de la mezquindad y miseria de cuantos le rodean, tiene razon de despreciarlos, y es, por lo restante, un nobilísimo personaje. La grandeza de los cielos, la hermosura y la gala de los campos, y la pompa y el espectáculo soberbio de la civilizacion babilónica, no podian subsanar en la mente del rey la vileza de los hombres; y no hallando en su alma, ciega y sin fe, modo de justificar la Providencia que tan viles los mantenia, debió fatalmente negar la Providencia. Por eso el rey Baltasar se fastidia y aborrece: por eso no hay resorte que levante su alma. ¡Cuánto se asombra, cuánto se regocija al encontrar una mujer que no se le rinde, un hombre que se le opone! Son dos objetos raros, únicos,

que casi imagina que no pertenecen al mundo real, que teme se le desvanezcan entre las manos como vaporosos engendros de su anhelante fantasia. Inmensa debió ser la degradacion de entonces, cuando pudo eclipsar á los ojos del rey la virtud de su madre y las hazañas de los héroes de los tiempos pasados. Y sin embargo, la autora motiva, y hasta cierto punto justifica el carácter y la condicion de Baltasar, el cual, desde que sale á la escena se muestra profundamente hastiado y despreciador de los hombres; carácter y condicion que jamás se desmienten, y que son más grandes que el carácter de Sardanápalo, elegante *mauvais sujet* y sectario de una filosofia risueña y amablemente egoista.

Pero la grandeza moral del rey de Babilonia, resalta, no sólo á expensas de la humanidad en general, sino á expensas tambien de los otros personajes del drama, los cuales, ó son claramente ruines como Rabsares, Neregel y demás sátrapas y magos, ó están ligeramente trazados como Nitocris, ó no se presentan bajo buen aspecto á los ojos del rey hasta el cuarto acto, esto es, cuando ya animados de una inspiracion soberana vienen á anunciarle su perdicion y ruina. Elda sólo se muestra desde luego noble y digna á los ojos del rey; mas no tiene la suficiente resolucion para confesarle su amor á otro hombre que es su esposo, y le engaña diciéndole que es su hermano.

Por lo demás, sólo los judíos valen algo como carácter; y como los babilonios no valen nada, no parece sino que los judíos, si valen algo, es sobrenaturalmente y no por naturaleza. Así se destaca sobre el fondo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

oscuro del cuadro la figura gigantesca y simbólica del rey desesperado, que representa toda una civilizacion que se va á hundir para siempre, y todo un mundo sin virtud y sin creencias, que se desprecia y se maldice. No se debe censurar por lo tanto qne algunos personajes del drama no sean tan bellos como pudieran ser. Como para que sirva de disculpa parece, por otra parte, que de propósito presenta la Sra. Avellaneda á Ruben y á Elda extremadamente jóvenes, y á Joaquin muy anciano. En cuanto al carácter de Daniel, más elogio que censura merece la Sra. Avellaneda por no haberle desenvuelto. Daniel no debia aparecer en el drama como una figura distintamente trazada; esto hubiera sido una profanacion. Daniel es la voz del Altísimo y el intérprete sobrenatural de sus justos decretos.

Réstame, por último, decir del carácter del rey Baltasar, que no es anacrónico, como algunos suponen, asegurando que sólo es propio de nuestra moderna civilizacion más compleja y refinada. Lara, Manfredo y Fausto no han tenido que servir de modelo á Baltasar. El inspirado autor del *Eclesiastés* parece que le pinta y describe.—«Examiné, exclama, cuanto hay bajo el sol, y en ninguna parte hallé más que vanidad; y ví que cuanto más saber se adquiere, más crece la indignacion. Entonces quise gozar, edifiqué soberbios palacios, planté viñas y huertos, formé estanques de agua, tuve siervas y criadas y ganados mayores, y rebaños de ovejas, y oro y plata, y cantores y cantoras, y toneles de vino; y nada me negué de lo que deseaban

mis ojos, pero ví que todo era vanidad. Busqué tambien la sabiduría, y conocí que el sábio y el ignorante acaban del mismo modo. ¿De qué sirve, pues, al hombre tanto afan, si sus dias están llenos de dolores y padecimientos? Más feliz es el muerto que el vivo, y más todavía el que no ha nacido ni probado los males que nos afligen.»

Por lo tocante á la accion del drama, es indudable que la autora ha sabido darle la debida unidad, dificilísima de hallar en este asunto. Para llenar cuatro actos no eran bastantes la cena y el prodigio de la sentencia escrita sobre el muro, y sin embargo, con la caida de un imperio colosal, que se desploma inesperada y repentinamente para que se cumpla esa sentencia, nada podia ponerse en relacion que no desdijese ó apareciese mezquino. Así es que los amores de Elda y Ruben, la prision y libertad de Joaquin, la súbita pasion del rey, y la resistencia de la sobrina de Daniel, no pueden ser ni son más que incidentes, enlazados con diestro artificio, y que contribuyen todos á la manifestacion y desenvolvimiento del carácter de Baltasar, en el cual desenvolvimiento está la unidad, así como la accion en su lucha con la Providencia. Baltasar la niega al principio, la desafia luego, y al cabo, vencido por ella, la reconoce y proclama. Daniel termina el poema profetizando la venida del Salvador de los hombres.

Esta indispensable economía de la accion es tambien causa de que los demás caractéres parezcan pálidos junto al carácter de Baltasar. Dios y Baltasar son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

los personajes esenciales del drama; los otros son personajes episódicos.

Lo mucho que hasta aquí nos hemos dilatado, y el recelo de convertir en libro este artículo, no consienten que hablemos de las bellas situaciones en que abunda el drama de la Sra. doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, y de los sonoros y elegantes versos, y del estilo enérgico y conciso, y del castizo lenguaje con que ha sabido escribirle. Terminarémos, pues, diciendo, ya que hemos comparado este drama con el *Sardanápalo* de Byron, que nuestra poetisa, sin imitarle, ha podido crear una obra de no muy inferior belleza, con la ventaja de ser moral y religiosa, mientras la del poeta inglés es inmoral é impía. Sólo sentimos que la señora Avellaneda persista en su propósito de no volver á escribir para el teatro, al cual ha dado, en el *Baltasar*, una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática, tan decaida ahora, aunque más floreciente en nuestra patria, que en otras naciones de Europa.

Abril de 1858.

(*El Diario Español.*)

DE LA MORALIDAD EN EL TEATRO.

I.

Capitalis Eteocles, vel potius Euripides, qui id unum, quod omnium sceleratissimum fuerat, exceperit.

(CICER., *de Off.*)

Hoy, lector mio, no pienso darte noticias. Mi artículo va á ser completamente doctrinal. ¿Es menester que yo conteste á las acusaciones de *El Descontentadizo*, haciendo ver que el teatro no es ni puede ser, en nuestra edad y en sentido exacto, escuela de costumbres.

Es indudable que en el teatro no deben ofenderse la moral ni el decoro públicos. En este sentido el teatro es y debe ser siempre tan escuela de costumbres como un paseo, un casino ó una tertulia, donde me parece

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los personajes esenciales del drama; los otros son personajes episódicos.

Lo mucho que hasta aquí nos hemos dilatado, y el recelo de convertir en libro este artículo, no consienten que hablemos de las bellas situaciones en que abunda el drama de la Sra. doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, y de los sonoros y elegantes versos, y del estilo enérgico y conciso, y del castizo lenguaje con que ha sabido escribirle. Terminarémos, pues, diciendo, ya que hemos comparado este drama con el *Sardanápalo* de Byron, que nuestra poetisa, sin imitarle, ha podido crear una obra de no muy inferior belleza, con la ventaja de ser moral y religiosa, mientras la del poeta inglés es inmoral é impía. Sólo sentimos que la señora Avellaneda persista en su propósito de no volver á escribir para el teatro, al cual ha dado, en el *Baltasar*, una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática, tan decaida ahora, aunque más floreciente en nuestra patria, que en otras naciones de Europa.

Abril de 1858.

(*El Diario Español.*)

DE LA MORALIDAD EN EL TEATRO.

I.

Capitalis Eteocles, vel potius Euripides, qui id unum, quod omnium sceleratissimum fuerat, exceperit.

(CICER., *de Off.*)

Hoy, lector mio, no pienso darte noticias. Mi artículo va á ser completamente doctrinal. ¿Es menester que yo conteste á las acusaciones de *El Descontentadizo*, haciendo ver que el teatro no es ni puede ser, en nuestra edad y en sentido exacto, escuela de costumbres.

Es indudable que en el teatro no deben ofenderse la moral ni el decoro públicos. En este sentido el teatro es y debe ser siempre tan escuela de costumbres como un paseo, un casino ó una tertulia, donde me parece

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tampoco es justo ni conveniente faltar á la honestidad, á la decencia ó á la buena crianza. Hasta las tabernas debieran ser escuela de costumbres, en este sentido.

No es esto lo que yo niego, ni Dios lo permita; lo que yo niego es que la escena sea una cátedra de moral que le quite al púlpito ó que comparta con él, en las sociedades católicas, el magisterio de las obligaciones y de las virtudes. Esto es absurdo, aunque Boileau y Moratin lo sustenten. A esto se debe contestar lo que se cuenta que San Agustin contestó á los Moratines de su tiempo, que pretendian que fuese una *leccion moral* cada comedia: *¡Hola, con que el diablo se ha hecho cristiano!*

El teatro, en efecto, tanto por su origen gentílico cuanto por la extremada licencia que á menudo ha reinado en él, léjos de ser considerado cómo escuela de moral, ha sido condenado, como invencion del mismo demonio, por muchos teólogos, Santos Padres y Concilios, los cuales, no sólo no han creido que llegase á ser, un dia, favorable á las buenas costumbres, sino que ha dudado de que pudiera dejar de serles nocivo, pues no cabe reforma ni enmienda en *el reino de Lucifer, en el templo de Vénus y en la sentina de los vicios* que así le llaman.

Yo á pesar de todo, ora sea porque tengo la manga más ancha que aquellos doctos y piadosos varones, ora porque los miramientos, delicadezas y mayor cultura de este siglo han puesto algun freno á la licencia, no condeno el teatro por vicioso y hasta le miro como un

honesto recreo, al menos en España, y exceptuando alguna que otra representacion algo viva. Y digo *al menos en España*, porque lo que es en Francia y singularmente en Paris, tengo yo ciertas dudas y no pocos escrúpulos sobre la honestidad y decencia de las representaciones teatrales del *Palais Royal, de la Gaité, des Bouffes parisiens* y de otros teatrillos; escuelas de moral donde no quisiera yo que cursase mi novia, tomando por norma de su conducta las sentencias que salen de boca de Grassot, é imitando en sus modales el recato y la modestia de la señorita Rigolboche, cuando baila el *cancan*

Hasta nuestros mismos bailes, y los franceses de la alta escuela que se ejecutan en el teatro Real, aunque no se niegue que son bonitos, no puede afirmarse que encierren moralidad alguna, á no ser que se tenga por moralidad echar las piernas por alto, menear las caderas y salir las mujeres medio desnudas *coram populo*.

¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?

Así es que si el teatro ha de pasar por escuela de buenas costumbres, como pretende *El Descontentadizo*, ó deben los bailes dejar de ser parte en las representaciones, ó deben imitar los gobiernos al rey de Nápoles, Fernando II, el cual dispuso que todas las bailarinas de su reino llevasen calzoncillos verdes hasta las rodillas, por donde más parecian ranas que mujeres, añadiéndose á esto que sólo las bailarinas feas y

desechadas querian bailar con aquel aparato *prophyláctico*; asi es que, en nadie, durante el largo reinado de aquel soberano pudibundo, se despertó en las Dos Sicilias, la menor idea *non sancta* de resultas de ver un baile en el teatro.

Pero se me dirá que no se trata de bailes, sino de comedias y tragedias. Vamos, pues, á hablar de estas composiciones.

¿Es necesario que cada una de ellas tenga un fin moral? No; esto es lo que niego. El arte tiene en sí mismo su fin, que es la creacion de la belleza. ¿Conviene y hasta es necesario que las comedias y las tragedias no ofendan la moral? Esto lo concedo y aún lo pido con Santo Tomás de Aquino, Mariana y tantos otros autores eminentes que con más autoridad lo han dicho antes que yo lo dijera.

El fin del arte es la creacion de la belleza. El instrumento de que para esta creacion se vale, es la imaginacion, á la cual se unen sin duda el recto juicio y el sentimiento moral, pero como auxiliares.

El fin de la ciencia es la investigacion de la verdad, y si bien la imaginacion puede adivinarla, y el sentimiento presentirla y hasta afirmarla con la fe, sólo el entendimiento la halla y la demuestra, y la divulga despues de hallada, principalmente en este siglo, más incrédulo, más rebelde á toda autoridad y menos entusiasta que los pasados.

Establecida esta diferencia entre la ciencia y el arte, y conviniendo en que la poesía dramática es arte y no ciencia, no sé cómo pueda pretender *El Descontentadi-*

zo que una comedia ó una tragedia ha de llevar necesariamente un fin moral, esto es, ha de propender á demostrar una tésis, como si fuera una disertacion, un tratado ó una homilía.

Claro está que la belleza, la verdad y la bondad están unidas en Dios, y que, acercándonos mucho como artistas á la belleza perfecta, ó como sábios á la verdad cumplida, ó como varones justos y virtuosos á la bondad pura y sin tacha, nos acercamos á Dios que es centro de todas las cosas excelentes. De esta suerte, siendo sábios perfectos, forzosamente tenemos que ser virtuosos y hasta hermosos y artistas, porque nada hay más hermoso que la virtud y la ciencia; y siendo virtuosos y santos, lo somos todo; y siendo artistas en grado superior, tenemos tambien que ser buenos y sábios. Por eso, así como Quintiliano dijo que el orador debia ser *vir bonus*, Strabon dijo que el poeta debia ser ἀνὴρ ἀγαθός. La sabiduría, la belleza y la verdad, cuando se elevan hasta acercarse á lo perfecto, coinciden y se confunden. Pero los hombres, ya sean poetas dramáticos, ya no, suelen no llegar nunca á ese punto sublime de coincidencia: y, si deben aspirar á él, buscando la virtud en sus acciones y la verdad en sus estudios científicos, en el arte sólo deben aspirar á él, buscando la hermosura.

No es esto decir que el que sea sábio á más de poeta, tenga que olvidar su ciencia para escribir un drama. Al contrario, la misma ciencia es un elemento de poesía. Esto es decir que se puede ser buen poeta sin ser sábio y sin querer enseñar nada, y que no pocos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siendo más que medianos poetas, por la absurda manía de filosofar y de adoctrinar á la gente en dramas y novelas, han ensartado las más vulgares perogrulladas y se han hecho insufribles.

Hay además otra dificultad grandísima en esto de la moral de las comedias, á saber, cuál ha de ser esta moral. Moratin creia, sin duda, que sus comedias eran morales, y sin embargo, yo conozco á un neocatólico (¿quién no le conoce en Madrid?) que asegura que romperia su proyectado casamiento con la doncella más hermosa del mundo y más de él querida, si averiguase que esta doncella habia leido las abominables comedias de Moratin. Por el contrario, este neocatólico sostiene que nada hay más moral ni más santo que *El condenado por desconfiado*, de Tirso, *El San Franco de Sena*, de Moreto, y *La devocion de la Cruz*, de Calderon; y yo he oido decir á muchas personas y he leido en algunos libros, que para el vulgo, que no entiende de cuestiones teológicas, de gracia y de libre albedrío, son perniciosísimas las tales comedias, de las cuales, en otro tiempo, no pocos deducian acaso que, en teniendo devocion á la Santa Cruz ó confianza en la misericordia divina, ya podian cometer los mayores crímenes y hacer todo linaje de insolencias á mansalva.

En suma, si bien los principios de la moral son indudables para todos, no lo son las consecuencias que los poetas dramáticos sacan de ellos y las aplicaciones que hacen, de donde resulta que unos crean moral al poeta que otros creen inmoralísimo. A Esquilo le creyó

tan impío y tan inmoral el pueblo de Aténas, que le hubiera condenado á muerte, si no hubiese él combatido tan valerosamente en Maraton; pero aún así no se libertó de la cólera celeste, y fué aplastado por una tortuga que el águila de Júpiter le arrojó sobre la calva. A Aristófanes, por el contrario, el pueblo ateniense le creia muy moral y piadoso, y nosotros le condenamos, aunque no sea más que por haber contribuido con *Las Nubes* á la muerte de Sócrates.

Hay, por último, otra dificultad para que las comedias sean morales en las sentencias, y es la de no decirlas el poeta, sino sus personajes; de modo que si el personaje es malo, dice sentencias malas, y el poeta queda libre de responsabilidad, á no ser con él tan severos como Ciceron con Eurípides. Acontece igualmente que cuando el poeta presume de sentencioso, y perdónenme Menandro y Publio Siro, suele poner en boca de sus personajes discursos impertinentes é inverosímiles en la accion. Séame testigo Alfieri, cuyos tiranos, puestos como hoja de perejil por sus víctimas, me inspiran más compasion que ellas, haciéndome dudar de su tiranía y convirtiéndomela en ejemplar mansedumbre.

Mucho más podria yo decir en contestacion á *El Descontentadizo*, pero este artículo, aún sin añadir nada, es ya sobradamente largo y cócora para *El Cócora*.

Sólo añadiré, para probar que el sentido comun ó vulgar está en esta cuestion de mi parte, que nadie, cuando va al teatro dice *voy á tomar una leccion de*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

moral, voy á corregirme, voy á aprender tal ó cual cosa, sino *voy á distraerme ó divertirme un rato*, y en verdad que no diria esto, sino lo otro, si creyese que el teatro era sériamente una escuela de costumbres y no una agradable diversion, más ó menos honesta.

II.

Su exterior grave, sus discursos austeros, son vanidad é hipocresía. No hay diferencia entre estos hombres y las cortesanas, y, si hay diferencia, es en el modo de persuadir. El fin es el mismo: medrar á costa agena.

(ALCIFRON.)

Si no supiera yo que las palabras que anteceden las pone el sofista en boca de Thais, que se queja de Euthidemo, porque la abandona y se va con los filósofos, creeria que se trataba de una buena moza contemporánea, quejosa de alguien que la ha abandonado por seguir la *mística bribónica* que ahora priva.

Yo creo á piés juntos, que hay en la época presente más recato, más honestidad y más decoro que en las pasadas; pero creo tambien, y tengo, ó por resábios de la antigua corrupcion, ó por síntomas ominosos de alguna decadencia moral de que estamos amenazados, esa jactancia de virtud, esa fingida rigidez, y esa propension á escandalizarse y á tachar de inmoral hasta lo más inocente, que muestran muchos en el dia.

Estos nuevos predicadores, aparentan ser muy pudibundos, y claman de contínuo contra la deshonestidad.

Son como Simon fariseo, que rechazaba de su lado (en público se entiende) á María Magdalena, y maldecia de Cristo, porque consentia que aquella mujer se le acercase.

Voy á hablar, en este artículo, de la comedia de Feuillet, titulada *Redencion*; pero debo advertir que, al mentar á Simon fariseo, no quiero decir que á él se parezcan los que han escrito contra la comedia mencionada. Muchos presumen de severos moralistas por seguir la moda y los preceptos de los jefes de la escuela, que son los verdaderos culpados de hipocresía. No pretendo tampoco que la Magdalena de la comedia se parezca en nada á la santa, ni mucho menos que la palabra *Redencion*, que da título á la comedia, esté tomada por Feuillet en un sentido místico (en este caso seria un sacrilegio), sino en un sentido vulgar y profano. Sabido es que se dice *redencion de un censo, redencion de cautivos*, etc., y que no es consecuencia precisa que, al hablar de *redencion*, se entienda siempre la del alma cautiva del pecho, que se libra de él por medio de la gracia y de la penitencia, y gana el reino de los cielos.

Si le ganó ó no le ganó la Magdalena de la comedia, es negocio sobre el cual el poeta no ha dado su parecer, y ha hecho perfectamente. Con todo, si Magdalena, desde el punto en que termina el drama hasta la hora de la muerte, vivió arrepentida de sus pasadas culpas, no sé que se opongan, ni las tablas de la ley ni las leyes *de las doce tablas*, á que podamos creer piadosamente que Dios habrá perdonado á aquella pecadora, y que no la habrá condenado sin *redencion* á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los profundos infiernos. No por esto canonizarémos á Magdalena como á santa Thais, y á otras de su gremio, las cuales hicieron durísima y ejemplar penitencia. De Magdalena no consta que la hiciese. No va Octavio Feuillet tan léjos como los autores de nuestra famosa *Baltasara*, la cual, despues de asombrar al mundo todo con sus galanteos y liviandades, hasta el punto de irse á Tierra-Santa á ser la manceba ó *entretenue* del temido emperador de los turcos, se hizo ermitaña, y murió como una santa, notándose en la hora de su muerte mil señales de ello, v. gr. el que tocasen por sí solas las campanas.

Bien sé que los que piensan que vivimos en una época de corrupcion, y que los tiempos antiguos eran mejores, me dirán que *La Baltasara* es una comedia moral, mientras que *Redencion* es inmoralísima; que en *La Baltasara* se hace penitencia, y que en *Redencion* no se hace; pero ya hemos dicho que Octavio Feuillet no quiso dar por santa á su Magdalena. Octavio Feuillet no quiso pintar ni pintó á una sierva de Dios, sino á una mujer tierna y sinceramente enamorada de un hombre. En cuanto á la moralidad, bien pueden creer los casuistas del teatro, que no está tanto en el espectáculo, cuanto en el ánimo del espectador, que la deduce á su manera. Véase sino la moralidad que dedujeron de *La Baltasara* las cortesanas del siglo XVII:

Pero, amigas, amemos y vivamos
Mientras la edad por mozas nos declara;
Que despues querrá el cielo que seamos
Lo mismo que ayer fué la Baltasara.

Para el autor ó para la autora de los cuatro versos citados, *La Baltasara* era la verdadera *Bribona afortunadísima*, que debe servir de ejemplo. Se divierte en la tierra mientras es jóven, y acaba por irse al cielo, aunque prévio el arrepentimiento, y no como una de las *deux soeurs de charité* de Béranger, *gratis et amore*. Pero repetimos que Octavio Feuillet no entra en estas honduras ultra-mundanas, ni decide sobre la salvacion ó condenacion eterna de su heroina. Ningun santo, ni santa, ni ángel hace un milagro ó dos para que Magdalena se convierta. Su conversion es más incompleta, pero es más espontánea y tiene más mérito que las de muchas comedias antiguas, que no citamos por no cansar. Citarémos sólo la historia que refiere Avellaneda en su *Quijote*, de la cual sacó Zorrilla la de *Margarita la tornera*. La monja, no contenta de huir del cláustro con un galan, gasta con él en francachelas cuanto dinero tenian ambos, y apela al arbitrio de venderse á todos los libertinos de la ciudad de Lisboa. Mientras ejerce la monja un oficio tan infame, la Vírgen Santísima está haciendo por ella de tornera, y ocultando su fuga del convento. Esto lo escribió en el siglo XVII un sacerdote, lo imprimió con todas las licencias necesarias, y nadie se atrevió á decir que fuese inmoral; pero hoy se alborotan los santos de nuevo cuño porque escribe Octavio Feuillet su *Redencion*. Debo advertir que, al hacer esta cita, no pretendo yo limitar, dentro de las reglas de mi pobre y mezquino entendimiento, la inmensidad de la divina misericordia, que puede mostrarse eficaz y redentora con otros

pecados aún más atroces que los de la tornera: lo que quiero hacer ver es la indecorosa grosería y la poquísima aprension de aquella edad, en que *inocentemente* se hacia tal sacrilegio con la Reina de los ángeles, dándole papel (¡y qué papel!) en un cuento absurdo. Ahora sucede otra cosa; ahora hemos caido en el extremo contrario, y *Redencion* es sacrílega sólo porque se llama *Redencion*.

Examinemos las demás acusaciones.

El Cócora no me podrá negar que Feuillet es un excelente escritor dramático, y que se distingue y adelanta á la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos de la misma profesion, justamente por la calidad opuesta á la que en él censura el articulista de *La Correspondencia*; esto es, por cierta elevacion y delicadeza de sentimientos. *El Cócora* ó un íntimo amigo suyo, ha traducido ó arreglado á nuestro teatro *Le village*, enamorado sin duda de esa calidad que yo atribuyo á su autor, á quien debe estimar tanto cuanto yo le estimo. ¿Por qué, pues, se dejó llevar tan de ligero, por qué creyó que el que tuvo corazon y entendimiento para escribir *Le village* habia de carecer de *moral*, de *decencia* y de *sentido comun* al escribir *Redencion*, y por qué calificó al que, siguiendo sus huellas, tradujese *Redencion* al castellano, de *pedazo de alcornoque*, como *La Correspondencia* le llama algo rudamente?

En *Redencion*, segun *La Correspondencia*, peca Octavio Feuillet contra el sentido comun: mas no es nuestro propósito contestar á esta acusacion. Baste decir

que el autor de *Le village* y del *Roman d'un jeune homme pauvre* tiene muy acreditado, no sólo su sentido comun, sino su poco comun sentido de lo verdadero y de lo bello. Pasemos, pues, á lo moral y á lo decente, que es de lo que hoy nos incumbe tratar.

¿En qué consiste la falta de decencia de *Redencion*? ¿Consiste en que sale á la escena una cortesana? Entonces, señor *Cócora*, dé usted gracias á Dios de que Epicarmo, Menandro y Filemon, en suma, todo el teatro cómico griego se haya perdido. Pegue fuego por indecentes á Terencio y á Plauto. Queme en la misma hoguera *La Celestina* y otras muchas comedias de nuestros mejores ingenios. Y si esto no satisface su pudor, abrase tambien á Horacio, Cátulo, Tibulo, Propercio y demás profanos, cuyas Glyceras, Cintias, Lesbias, etc., eran otras tantas cortesanas. Conviértase V. en un abate Gaume y haga auto de fe de toda la docta y clásica antigüedad greco-romana. Hasta el mismo Platon (¿quién pudiera imaginarlo?) anduvo siempre perdido por aquellas pícaras mujeres y profesó particular cariño á una llamada Archeanassa, á quien, todavía, cuando ya vieja ella, le componia Platon madrigales, diciendo que *en las arrugas de su cara hacia su nido el amor punzante*.

V. me dirá que toda esta gente no tenia temor ni conocimiento de Dios y que por eso era tan desvergonzada y levantisca: pero yo le citaré poetas de la edad media quo no se recataban más. ¿Se contenta V. con Juan Ruiz, Arcipreste de Hita? No quiero injuriar su buena memoria, ni acusarle de malas costumbres; su-

pongo que su amistad con la famosa señora Trota-conventos es una ficcion poética; pero es una ficcion que no resplandece por lo honesto. Al lado de semejante ficcion, todo lo que haya fingido ó fingiere Octavio Feuillet será siempre una niñería. No hablo del Aretino, ni de Bocaccio, ni de Chaucer, ni de Luis XI, ni de Macchiaveli, ni de Ariosto, al lado de los cuales es el Arcipreste la misma honestidad personificada. Las comedias de Macchiaveli se representaban sin embargo en presencia de Leon X. ¿No se podrá representar en Madrid *Redencion*, sin que nuestro pudor se ofenda? Es cierto que el decoro, las costumbres recatadas y la decencia han mejorado mucho con la civilizacion; pero tambien es cierto, y lo probaré en el artículo siguiente, porque ya basta por hoy, que la comedia de Feuillet está en armonía con esos adelantamientos morales, y que los clamores que contra su inmoralidad se han alzado son muy parecidos á los de nuestra apreciable cofrade *La Regeneracion*, al ver la Vénus de Gisbert, en la Exposicion de Bellas Artes.

III.

Sitque civitas hæc anathema et omnia quæ in ea sunt... sola Rahab meretrix vivat... etc.
(JOSUÉ.)

Creo que despues de lo dicho en el artículo anterior, estarán convencidos mis lectores, de que, si *Redencion* fuese indecente, lo seria mucho menos que infinitas

obras de los *buenos tiempos antiguos*. Lope de Vega, por ejemplo, compuso *El caballero de Olmedo*, *El rufian Castrucho*, *El anzuelo de Fenisa*, y otras comedias en las cuales hacen de heroinas las cortesanas y las zurcidoras de voluntades, y en las cuales hay escenas indecentísimas. Cosas hay en la *Celestina*, en algunas novelas de Cervantes, en no pocas de D.ª María de Zayas, en el teatro de Tirso, y hasta en el mismo por excelencia católico Calderon, que no se atreve á decir ahora en el teatro ningun autor, por desalmado que sea. El público no las consentiria, aunque él se atreviese.

Pero yo afirmo más; yo afirmo que la comedia de Feuillet, titulada *Redencion*, no sólo tiene una decencia relativa, esto es, que es decente con respecto á una indecencia mayor, sino que en absoluto, si lo absoluto cabe en estas cosas, es en todo decente. Cítenme, si no, los censores las palabras obscenas, los equívocos torpes, las pinturas lascivas y repugnantes que hay en la mencionada comedia. Pintar á una cortesana, y decir con todo el decoro posible, que cambia de amantes y que los arruina, no me parece que sea cosa para taparse los oidos. Las historias sagradas y profanas están llenas de narraciones por el estilo, y hasta en el salon más atildado, más severo y más púdico, se puede decir, v. gr., que la comedianta tal ha arruinado á tal banquero ó á tal duque. Verdad es que, si hay señoritas en el salon, esto se dirá *sotto voce*, ó no se dirá, para que las señoritas no *abran los ojos*, pero tambien es verdad que las madres, que son tan cuida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dosas como deben serlo de la inocencia de sus hijas, no las llevan al teatro, sino cuando se da una comedia muy inocente. Inocente decimos, y no sólo decente. Puede haber una obra que no falte á la decencia y sí á la inocencia. Hay obras decentísimas que no deben leer ni oir las señoritas, que no deben leer ni oir, ni aún los jovencitos bien educados, para que no pierdan la santa ignorancia, si la tienen, y para que no se despierten en ellos ciertos deseos, si es que la sangre y la ruindad de nuestra decaida y pecadora naturaleza no los han despertado antes, sin auxilios literarios. Y digo para que no se despierten en los jóvenes ciertos deseos, por ocasion, no por causa de las obras. Obras pueden darse llenas de moralidad y de santidad que despierten en los jóvenes ideas contrarias: lo cual no será culpa de las obras, sino de los jóvenes ó de las personas que imprudentemente se las dejan leer ú oir, sabiendo ó sospechando en qué predisposicion se encuentran. Por eso doña Inés, segun refiere Byron, no queria que su hijo *D. Juan*, leyese *Las confesiones de San Agustin*, no fuera á hacer el demonio que su hijo tratase de imitar al santo, más en sus primeros extravíos, que en su posterior penitencia. Pero este esmero y pudor extremados, no son para todo el público, que al fin no es una bandada de cándidas palomas, sino para algunos sujetos inocentes y mozos, á quienes sus padres, y no los críticos y censores, han de conservar en la santa ignorancia de que ya hemos hablado.

De todo lo expuesto resulta, á mi entender, que *Redencion* no es *sacrílega* ni *indecente*. Veamos ahora si es inmoral, y si lo es, echémosla al fuego.

¿Consiste la inmoralidad en prestar á una cortesana virtudes que pueden hacerla digna de aprecio? No consiste en esto: antes bien, la afirmacion contraria seria la verdaderamente inmoral. Virtudes y grandes tendria Rahab, á pesar de su oficio, cuando no sólo la perdonó Dios, sino que la ensalzó hasta el punto de poner en ella la estirpe de la casa de David. Virtudes tuvieron otras muchas, aunque no fuéron tan afortunadas.

¿En qué se opone á ningun respeto divino ni humano, que una comedianta que vive *alegremente*, sea en lo demás muy buena mujer, limosnera, caritativa, fiel en su amistad, leal y justa en sus tratos? ¿No es celebrada Glycera, la querida de Menandro, por el afecto entrañable que profesó al poeta en toda su vida? ¿No es de una cortesana la accion heróica de cortarse la lengua con los dientes para no declarar en el tormento el nombre de sus amigos? ¿No se aplaude la honradez de Ninon de Lenclos, cuando devolvió el rico depósito que le estaba confiado? No parece sino que el delito de las cortesanas es superior á todos, y que ellas no son capaces de ninguna virtud. No parece sino que al infringir el sexto mandamiento, se infringen implícitamente los otros nueve. Acaso haya por ahí ladrones que sean excelentes padres de familia (*unas hormiguitas para su casa*, como vulgarmente se dice); acaso haya maridos sufridos, aunque no tantos, ni con mucho, como en tiempo de Quevedo, y tambien serán excelentes; pero ninguna cortesana puede serlo, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo visto, ni siquiera de mentirijilla, en la escena. ¡Qué castidad la de este siglo!

¿Consiste acaso la inmoralidad del drama de Feuillet, en que la conversion á la fe de Magdalena es ocasionada, no del amor mismo de Dios, sino del amor á una criatura? Tampoco consiste en esto: antes bien, el amor humano, pero honesto, entre una mujer y un hombre, ha sido muy á menudo el medio de que el cielo se ha valido para hacer grandes conversiones y traer á la verdadera religion á impíos, á herejes y á gentiles. Llenas están las historias de estos casos, y no hay para qué referirlos.

¿Consiste la inmoralidad en que un hombre honrado y de buena familia acepte como noble y puro el amor de una cortesana? Despues de las pruebas que la cortesana le da de su amor, era difícil no aceptarle. Magdalena prueba que está pronta á morir por amor de aquel hombre. No tiene, por cierto, que hacer tanto sacrificio doña Esperanza de Meneses y Quiñones para casarse con el honrado estudiante de *La tia fingida*, el cual nada halla más natural que el casarse con aquella *mala hembra*, puesto que le ha caido en gracia.

¿En qué consiste, pues, la inmoralidad de *Redencion*? En nada, por lo visto. Si la representan en los teatros de Madrid y la representan bien, es probable que será aplaudida como en Paris, y es seguro que nadie será peor ni mejor de lo que es, despues de haberla visto. Lo único que se podrá temer de la representacion de esta comedia es que infunda, en el ánimo de las cortesanas de Madrid que la oigan, exaltados sen-

timientos de amor sublime, y que ellas traten de envenenarse por cualquier buen mozo, acaso por el *Descontentadizo*, acaso por mí, acaso por V., *Sr. Cócora*; pero ya lo arreglarémos nosotros de la propia manera que Mauricio, y salvarémos á la pobrecilla de la muerte. Por fortuna, *Redencion* tiene de bueno que, aunque fuese inmoralísima, no seria muy imitada su inmoralidad. La generosidad y el valor que há menester un hombre de cierta clase para tender, no por interés, sino por amor, la mano á una mujer deshonrada y tomarla por compañera, y la ardiente pasion amorosa del alma, que da por el amor la vida, no hay miedo que hallen muchos imitadores. Lo que es V. y yo *Señor Cócora*, ya somos viejos y estamos asegurados de incendio.

(*El Cócora.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARTAS

EN DEFENSA DEL TEATRO REAL.

I.

Sr. Director de *El Contemporáneo*.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: Con asombro he leido en su apreciable periódico del dia 17, un artículo feroz en contra del teatro Real, al que soy muy aficionado; y por esto, y porque varias de las razones de que se vale el articulista son para mí todo lo contrario de razones, he sentido tal comezon de refutarlas, que, no pudiendo resistir á ella, me he decidido á escribir esta carta, rogando á V. que la publique en cualquier rinconcillo de *El Contemporáneo*. Mi carta no estará bien hilada, porque, ni tengo costumbre de escribir, ni el ingenio que para escribir se requiere; pero, es tan poderoso el brio avasallador de la

verdad, que por poco que yo acierte á emplearle, he de sacarla en triunfo.

Conozco que el articulista á quien impugno, el distinguido poeta D. Luis Eguilaz, es un adversario terrible; pero ya verá V. como las armas de la razon, aunque esgrimidas por mi mano inexperta y débil, pueden más que las de la elocuencia y las del entusiasmo fuera de camino.

El primer supuesto falso, en que el Sr. Eguilaz se apoya, es el de afirmar que la ópera es una *industria extranjera* (italiana). La música no es extranjera ni nacional; no pertenece á Italia, ni á España, ni á Alemania; la música es cosmopolita. La música es un lenguaje universal que hablan y entienden todos los pueblos cultos. En este lenguaje, lo mismo componen sus obras italianos como Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi; que alemanes como Weber, Mozart, Flotow y Bethowen; que rusos como Glinka; y que españoles como Eslava y Arrieta. En este lenguaje, lo mismo se expresan Mario, la Alboni y Tamberlik, que nacieron en Italia, que la Stolz y la Lagrange, nacidas en Francia; que la Novello, hija de Albion; que la Jeny Lind, el ruiseñor sueco; que García, la Malibran y la Viardot, sus hijas, y que Carrion y Belart y Flavio ó Puig, todos españoles.

Dice el Sr. Eguilaz que el teatro Real no es de doña Isabel II, sino de Víctor Manuel, porque las composiciones que se dan más á menudo en dicho teatro, son de súbditos de este rey. Con esto no probará él señor Eguilaz que haya un privilegio en favor de los súbdi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos del rey de Italia, sino que ellos son más hábiles para componer música que los súbditos de los otros reyes, ó bien que los súbditos de S. M. católica tienen el gusto viciado, y prefieren la música italiana á las demás músicas. ¿Por qué no pide el público que se representen las óperas españolas, como la *Hypermnestra*, la *Isabel la Católica*, *Las treguas de Tolemaida* ó *El Solitario*? Si lo pidiera, á buen seguro que la empresa se negase. Pero como no lo pide, no ha de ir la empresa á dar las mencionadas óperas, con el simple propósito de que el Sr. Eguilaz reconozca el teatro Real por *Teatro Real de doña Isabel II*. Aún así, no siempre puede afirmarse que sea de Víctor Manuel dicho teatro. Cuando en él se ha dado la *Marta*, creo que habrá tenido que ser del rey de Prusia; si en él se diese el *D. Juan* ó *Las bodas de Fígaro*, seria del emperador de Austria; si se diese *La vida por el Czar*, del de Rusia; si *La Muda de Pórtici*, no recuerdo bien si del rey de Bélgica ó de Napoleon III; y por último, cuando en él se representen *Roberto el Diablo*, *Los hugonotes* ó *El Profeta*, deberá llamarse *Teatro Real de Roboan*, *de Salomon ó de David*, visto que Meyerbeer es judío.

Otro argumento del Sr. Eguilaz, que tiene menos valer aún, es el de la concurrencia que hace la ópera á la poesía y al arte dramáticos. Dejemos aparte la cuestion entre el libre-cambio y el rancio proteccionismo; demos de barato que la industria nacional debe ser protegida, prohibiendo ó dificultando la introduccion en España de todo artículo homogéneo á los que aquí se fabrican. Pero ¿de dónde saca nuestro adversario que

la ópera es un artículo homogéneo al drama, ó á la zarzuela? Prohibir ó dificultar la introduccion de la ópera, para que la zarzuela no se arruine, seria lo propio que oponerse á la introduccion del *foie gras* para que no se menosprecie la chanfaina, ó no querer que venga del extranjero sopa de tortuga para que la gente no le pierda la aficion á los *callos*. Con todo, el Sr. Eguilaz lleva las cosas hasta el extremo de empeñarse en que los ministros y todos los demás altos empleados carguen con la obligacion de proteger la industria nacional, yendo á menudo á la zarzuela, así como van á consejo y á secretaría; esto es, comiendo chanfaina y *callos*, en vez de comer *foie gras* y sopa de tortuga. Por lo único que apruebo esta pragmática del señor Eguilaz es porque, si se observase y si se aplicase á todo, le costaria mucho menos al país la manutencion de esos señorones.

Bien sé que se me dirá que no se trata de proteger la zarzuela, sino el buen drama nacional. A esto responderé, con el tono más sério que tengo, que entre el buen drama nacional y la ópera, no puede haber concurrencia. Escríbanse buenos dramas, tragedias y comedias, y represéntense bien, y ya verá el Sr. Eguilaz como, á pesar de todas las óperas, acude el público á oirlos. ¿Qué digo ya verá el Sr. Eguilaz? El señor Eguilaz lo ha visto y experimentado por sus propias obras, las cuales han obtenido casi siempre gran popularidad y portentoso número de representaciones.

El Sr. Eguilaz se queja además de vicio, por varios conceptos. En primer lugar, los autores dramáticos son

en España los que ganan más honra y provecho entre todos los escritores. He oido decir que los hay menos que medianos, que ganan tres, cuatro, cinco y hasta siete mil duros anuales. No gana tanto un ministro de la Corona, ni gana tanto el más profundo filósofo, ni el más ingenioso poeta lírico, ni el más docto historiador, ni el más fecundo novelista, ni el economista más estudioso, ni el más erudito bibliógrafo y anticuario. ¿Quiere comparar el Sr. Eguilaz lo que han ganado Espronceda, Sanz del Rio, Fernan Caballero, Sanromá, Rodriguez, Gayangos, Toreno y Benavides, con sus escritos, á lo que gana Camprodon, por ejemplo, confeccionando zarzuelas? Y lo peor es (hablemos claro) que la mayor parte de lo que en este género se confecciona tiene tanto de español como yo de turco, porque suele estar chapuceramente traducido ó desarreglado del francés.

Las coronas, los aplausos, el entusiasmo y los elogios que se prodigan á los autores dramáticos, se escasean siempre ó se niegan á los autores que escriben otra cosa cualquiera, que no sea drama. No hay comedia ó zarzuela por la que no suenen con estrépito las mil trompetas de la fama, en folletines y gacetillas. De los pocos libros que se publican apenas hay quien haga caso. Los autores de estos libros no creen, sin embargo, que les haga concurrencia la ópera.

Se queja tambien el Sr. Eguilaz de que la aristocracia y las damas elegantes van rara vez á los teatros de verso. Pero de esto tampoco tiene la culpa el teatro Real. Si los cómicos fuesen mejores; si en los teatros

de verso no se fumase tanto, produciéndose una atmósfera pestífera y sofocante, que no se produce en el teatro Real, porque es mayor; si hubiese policía en ciertos lugares, que debieran estar más cuidados para que no inficionasen el aire con asquerosos miasmas; y por último, si se representasen á menudo buenas obras originales, no se pasaria una sola noche en que no se viesen el Príncipe, el Circo y hasta Novedades, ilustrados con la presencia de duquesas, marquesas y condesas, de lo más fino. Aún sin estas mejoras, que no costarian por cierto mucho dinero á los empresarios, acuden siempre á la comedia y á la zarzuela infinitas personas, que llenan su lugar y pagan lo mismo en el despacho que las más empingorotadas sobre el coturno. Repito que no se me alcanza por qué se queja tanto el Sr. Eguilaz. Veamos si logro desvanecer sus otros motivos de queja.

Que el Gobierno se gastó sesenta ó setenta millones en construir el teatro Real. No ha gastado menos en otras cosas más inútiles y no tan divertidas. Que ya que se gastó este dinero y el teatro Real se hizo, debió darse en arrendamiento y casi de balde á empresas españolas, y no extranjeras. Pero ¿quién se opone á que sea española la empresa del teatro Real? Lo mismo que la tiene el francés M. Bagier, pudiera tenerla el español Sr. Salas, y la tuvo el españolísimo Sr. Urries. Todos los bajos, contraltos, tiples, tenores y tenorinos, pudieran ser tambien españoles. Nosotros ignoramos la nacionalidad de los coristas, de los comparsas, de los músicos de la orquesta, de los tramoyistas y despa-

biladores; pero ¿por qué no han de ser españoles tambien? Y dado que no lo sean, ¿qué culpa adquiere por ello el Gobierno de S. M. para que tan irritado se le muestre el Sr. Eguilaz, amenazándole con un cataclismo, y extrañando que no *caiga agoviado por el peso de la indignacion nacional*? Pues qué, ¿hay ya quien crea en eso que nos dice de que *no parece justo ni cuerdo que se proteja la extraccion de una suma mayor de numerario, que hará inclinar en contra de nuestro pais la balanza del comercio*? ¿Quién protege esa extraccion de numerario? Si hay extranjeros que le ganan honradamente y se le llevan, ¿qué le hemos de hacer? ¿Por qué no compiten con ellos los españoles? ¿Quién les ha cerrado las puertas del teatro Real por el mero hecho de serlo? ¿Quiere tal vez el Sr. Eguilaz que expulsemos de España á los franceses y á los italianos, como, siglos pasados, expulsamos á los judíos y á los moriscos?

Tiemblen casi todos los cocineros, pasteleros, peluqueros, sombrereros, guantéros y sastres de esta coronada villa, porque, si las opiniones del Sr. Eguilaz prevalecen, pronto les llegará el dia del ostracismo, á fin de que no inclinen en contra nuestra la balanza del comercio. Bien es verdad que en cambio pueden usar con nosotros de represalias los portugueses, remitiéndonos más de 40.000 gallegos, que se ganan bien los cuartos en Oporto y en Lisboa; los franceses, echando de Argelia á no menor número de mallorquines, valencianos y murcianos; y ambas Américas, enviándonos una bandada, una verdadera nube de canarios, catalanes y vizcainos, que hacen

por allá su agosto. ¿Cómo ha podido entrar en la cabeza del Sr. Eguilaz la preocupación de que un industrial puede llevarse á su país la riqueza de otro, sin dejar á este en cambio una riqueza equivalente, que él ha producido? ¿Pues que, el gusto que se recibe de oir cantar bien, ó de rizarse el pelo, ó de llevar un frac elegante, ó de comerse unos pasteles, no es riqueza? Pues toda esa riqueza se la dejan aquí los industriales extranjeros en cambio de la que pueden llevarse. Y aún así, si se apura bien el asunto, nunca se llevan una suma igual al valor de lo que han producido, pues hay que deducir de ella lo que gastan en casa, comida y traje, y hasta quizás en ir á la zarzuela, mientras que producen. Por lo dicho, comprenderá el Sr. Eguilaz que, léjos de ser un mal, es un bien que vayan industriales extranjeros á cualquiera nacion, donde es siempre mayor la riqueza que dejan que la que extraen.

Los demás argumentos de que se vale el Sr. Eguilaz, para sostener su tésis, no son más que reproducciones ó amplificaciones de los ya refutados. Exclama, por ejemplo, que todos los italianos se enfurruñarian, si por allá diese el Gobierno un teatro de balde para hacer comedias españolas: mas en España no se da el teatro Real de balde para representar comedias italianas, y no tenemos caso. El teatro Real se da á cualquiera que le tome, con las indispensables garantías, para que en él se representen óperas, ora sean italianas, ora alemanas, ora españolas, ora chinas, con tal que sean buenas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Se lamenta el Sr. Eguilaz de que el pícaro del Gobierno emplee en las secretarías á los autores dramáticos, para que allí se les marchite, seque, consuma y encanije la inspiracion entre expedientes. ¡Válgame Dios, Sr. Eguilaz! ¿Y quién pone ninguna pistola al pecho á los autores para que sean empleados? La necesidad, dirá tal vez el Sr. Eguilaz. Pero ¿qué es lo que pretende entonces? Supongo que no pretenderá que haya una junta calificadora de poetas, y que á los que lo sean ó estén preconizados por tales les pase el Gobierno sendas pensiones para que vivan léjos de los expedientes, sin que la inspiracion padezca el menor deterioro.

Lo que pretende el Sr. Eguilaz, es que haya un teatro español subvencionado. No quiero declarar aquí si esto seria malo ó bueno. La cuestion es difícil y complicada, y, para resolverla á mi modo, tendria yo que extenderme mucho. Indicaré, con todo, de ligera, algunas observaciones. Si este teatro español habia de ser para representar en él traducciones y arreglos, sólo seria español en el nombre. Si habia de ser para proporcionar un deleite al público, dándole las comedias que más le agradasen, en épocas de corrupcion y de mal gusto, el Gobierno se haria cómplice y patrocinador de la perversidad literaria, poniendo á Comella por cima de Lope y á Camprodon por cima de Hartzenbusch. Si habia de ser para representar sólo las obras clásicas antiguas, nuestro gran teatro nacional del siglo XVII, los autores del dia podrian quejarse con razon de la competencia, porque se darian otras obras

dramáticas con más lujo, con mejores cómicos, y en lugar más autorizado que las suyas. Y, si por último, tambien se habian de representar en este teatro las nuevas obras dramáticas que lo mereciesen, trabajo le mando á los censores que sobre este mérito tuvieran que decidir. Las protestas de los autores desairados, las vehementes apelaciones al público, y hasta los epítetos de ignorantes, majaderos y parciales, dirigidos á los jueces, quizás con fundamento, porque ¿quién no se equivoca, sobre todo al juzgar obras de imaginacion? todo esto, digo, convertiria la república literaria en un infierno, y llevaria la más espantosa guerra civil á la serena y brillante cumbre del Parnaso.

Sin embargo, arda Troya; yo no me opongo: fúndese un teatro español subvencionado.

Y aquí termino esta pesada carta, y pido á V. mil perdones por haber distraido tan largo tiempo su atencion.

II.

Muy estimado señor mio: Ciertos cuidados y disgustos, que en estos últimos dias me han asaltado, no me dieron vagar ni reposo de espíritu para replicar á tiempo á la discreta y amable contestacion del Sr. Eguilaz á mi carta en defensa del teatro Real: pero, como usted comprenderá, yo no puedo menos de escribir esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

réplica, aunque llegue ya con atraso. Yo debo justificarme de algunas acusaciones que lanza contra mí el Sr. Eguilaz, y sobre todo mostrarme agradecido al afecto con que me trata y á la buena opinion que de mí tiene, y que logro de su bondad, y no de mi corto valer y escasísimos ó ningunos merecimientos.

Por las razones indicadas, y por otras que dependen en todo de mi carácter, no quiero yo que esta controversia, que he empeñado con el Sr. Eguilaz, venga á convertirse en una lucha de vanidad ó de amor propio, y así no procuraré demostrar que habia leido muy bien el primer artículo del Sr. Eguilaz y que no habia soñado ni inventado en él errores ó equivocaciones trascendentales, para tener luego el gusto pueril de combatirlos y deshacerlos con una sola palabra.

Tampoco pienso valerme de las mismas armas que el Sr. Eguilaz emplea en su último artículo, sosteniendo que no entendió bien el escrito mio que trata de refutar. Este método será conveniente para satisfacer ó calmar el amor propio irritado; pero tiene la contra de no poder adoptarse sin incurrir en una gran pesadez, y sin hacer interminables y cansadísimas las discusiones. Como deseo terminar esta, y como me alegro de veras de poder llegar á un avenimiento con el Sr. Eguilaz, dejo en duda, y al arbitrio y decision de los lectores, si inventé ó fantaseé ideas que el Sr. Eguilaz no habia tenido, para alcanzar el triunfo de rebatirlas fácilmente, y si yo mismo he sostenido otras ideas, que el señor Eguilaz me atribuye, impugnándolas. Voy sólo á hacerme cargo de algunas de las que expone dicho señor en su último artículo, y á ver hasta qué extremo puedo conformarme con ellas, aceptándolas en lugar de desecharlas.

Antes de todo, quiero declarar aquí que no soy enemigo de la zarzuela ni de ningun género de literatura. Todos los géneros me parecen bien. De lo que yo soy enemigo es de las subvenciones dadas por el Estado, y mientras más popular es un género, más absurda y contraria á los buenos principios me parece la subvencion.

La subvencion para los teatros, todo premio dado por el Gobierno á cualquiera obra poética, á cualquiera libro de entretenimiento, me parece muy mal. Diré los motivos que tengo para ello.

Se funda el primero de todos en las razones que presenta extensamente Alfieri en su tratado *Del príncipe y de las letras*; razones que no pienso en extractar aquí por no pecar de prolijo. Advertiré, sin embargo, que, si bien estoy muy distante de la rigidez estóica del terrible, liberalísimo y aristocratiquísimo ingenio italiano, y no voy tan léjos como él en desechar por indigna y por corruptora toda proteccion del príncipe ó del Gobierno, todavía me hace fuerza y me convence lo que dice Alfieri. Yo creo con él que «la índole predominante en las obras de ingenio, nacidas de la proteccion, tiene que ser necesariamente la elegancia en el decir, y no la sublimidad y energía del pensamiento. De donde resulta que en estas obras las verdades importantes, apenas indicadas con timidez aquí y allí, y veladas á menudo por la adulacion y el error, apa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

recen casi náufragas. Así es que los egregios literatos no nacieron nunca de la proteccion del príncipe. La libertad les da nacimiento, la independencia los educa, el no temer los engrandece, y el no haber estado nunca protegidos hace sus escritos más útiles á la remota posteridad, y cara y venerada su memoria.» Alfieri va tan léjos en este punto, que desea que, si el literato es pobre, tome algun oficio para ganarse la vida, y escriba al mismo tiempo por la gloria sola, y con entera libertad; y que, si no puede atender á la vez á los dos oficios, al de ganar gloria con las letras y dinero de otro modo más humilde, abandone las letras y no las profane: porque «si el más noble, el más elevado, el más sacro y casi divino oficio entre los hombres, es el de ilustrarlos, el de deleitarlos con deleite intelectual, y el de inflamar sus almas en el amor de la verdadera virtud y del sublime anhelo de ejecutar grandes acciones ¿cómo se ha de atrever á tomar á su cargo semejante empresa quien por *necesidad* se ve forzado á ser ó á hacerse vil?»

Pero me dirá el Sr. Eguilaz que esto de Alfieri es lo ideal, y que nosotros hablamos de lo positivo. Tiene razon el Sr. Eguilaz; lo que dice Alfieri se dirige sólo á los literatos ó poetas altísimos, de los cuales apenas hay dos ó tres en cada nacion y en cada cien años.

Lo que dice Alfieri no reza con la gente menuda, que escribe como yo en un periódico cuanto se le ocurre, sin pensar en que es un hierofante de la humanidad con especial mision y auxilio de lo alto, ni reza con este ó con estotro mozo de chispa, que versifica

fácilmente y compone seis ó siete comedias al año, con el honrado intento de medrar por buen camino, sin adoctrinar á sus compatriotas y al mundo entero, aunque no trate tampoco, al menos adrede y con premeditacion, de lisonjear las malas pasioncillas del vulgo, de los príncipes ó de los magnates, para hacerse popular y celebrado. En esto convenimos; pero siempre, aún atenuada la severidad de Alfieri, se tendrá que deducir una gran verdad de lo que de él aquí se cita. Esta gran verdad es que la proteccion, si no es nociva, es por lo menos inútil é inconducente á la creacion de una literatura sublime: lo único que fomenta y puede fomentar es una literatura mediana, atildada, afectada y casi de pacotilla. La alta poesía, épica, lírica y dramática, no nace en invernadero, sino en la sazon conveniente, y en el libre y jamás acotado campo del sentimiento y de la fantasía. Bien lo ha dicho Schiller, encomiando la literatura de su patria, que no tuvo Médicis ni Augustos que la protegieran. «Por eso el canto sublime de los poetas alemanes se eleva á las alturas y se difunde como las olas de la mar. Rico y poderoso en su abundancia, y brotando de las profundidades del corazon, se burla de los lazos de las reglas.»

No negaré, con todo, que ha habido Gobiernos que han protegido las letras con fruto, como los ya citados de Augusto y de los Médicis, y el de Luis XIV de Francia: pero rara vez se ve en la tierra que haya Gobiernos tan atinados, y lo que más á menudo sucede es que los Gobiernos protejan las tonterías y la pésima

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

literatura, y contribuyan á infamarla, infundiendo en sus creaciones un espíritu apocado y servil de adulacion y de bajeza. De esta suerte, en cuanto los Gobiernos se dedican á servir de Mecenas, suele acontecer que, no sólo dirijan mal los asuntos de la república, sino que la inficionen y estraguen, haciendo pulular en ella multitud de obrillas despreciables y ridículas, que, como mala yerba, ahogan toda buena semilla de verdadero ingenio, y rebajan el nivel intelectual y moral de la nacion, hasta el último grado.

Pero voy á suponer por un instante que el Gobierno es el discreto y el entendido en literatura, y que el vulgo, como decia Lope, es el necio. ¿Quién va á luchar contra la corriente de la opinion, despreciando lo que el vulgo aplaude y premiando lo que le aburre? ¿Qué tempestad de improperios no caeria sobre un Gobierno que premiase, por ejemplo, comedias? La opinion general seria que habia premiado las peores. El público seria capaz de silbar las aceptadas por el Gobierno en el *teatro Real español*, y de aplaudir frenéticamente las desechadas, que se diesen en otro teatro.

Esta disonancia entre el parecer del público y el parecer de las personas ilustradas, ó que pasan por ilustradas, existe casi siempre, en tratándose de poesías. Buen testigo es de ello la Academia de la lengua. La Academia no es el Gobierno, ni depende del Gobierno; es una corporacion de literatos, y ella misma elige los individuos que la constituyen. Los otros literatos son allí juzgados por sus pares. Aquel es un jurado que no debieran recusar. Y sin embargo, ¿con qué sentencia

de la Academia se han avenido jamás los otros literatos y el público? ¿Qué fallo en favor de tal composicion poética, y por consiguiente en contra de otras muchas, no ha sido considerado como injustísimo, ya que no como estúpido? Y no crea el Sr. Eguilaz que traemos á cuento estas cosas para defender los fallos de la Academia: las traemos á cuento para demostrar lo imposible ó lo peligroso del juicio. Las obras de imaginacion, la poesía, cualquiera que sea la forma que tome, son harto difíciles de juzgar. Por lo pronto, no hay mejor sentencia para ellas que la del público; más tarde, la sentencia de la posteridad; esto es, la misma sentencia del público, confirmada ó revocada, aunque siempre depurada en el crisol de la crítica, y exenta de las afecciones ó preocupaciones del momento, y del mal gusto que reinó ó pudo reinar en la época de la obra á que la sentencia se refiere.

De todo lo dicho deduzco que cualquier trabajo erudito puede recibir proteccion y premio de los Gobiernos: una poesía no puede recibirlos, al menos regular y legalmente. Lorenzo el Magnífico, Leon X y otros soberanos, premiaban por un acto libérrimo de la voluntad, casi por capricho, á los poetas que bien les parecian. Como estos soberanos tenian exquisito gusto y discrecion, acertaban á premiar lo bueno. Pero ¿prueba esto que pueda establecerse una especie de legislacion para que se premie lo bueno en poesía? No hay nada menos legislable. Pocas cosas hay más difíciles que el escribir buenas comedias; pero cuantos sepan leer y escribir y tengan algun atrevimiento pueden escribir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las malas. Raros son los químicos, los astrónomos, los matemáticos, los filósofos que hay en España. Por mucha que sea la insolencia y la pedantería de quien pretenda pasar por cualquiera de estas cosas, algo tendrá que haber estudiado y afanado para parecerlo, y mucho más para escribir, sin decir infinitos dislates, sobre la ciencia que supone saber: pero cualquiera puede declararse instantáneamente poeta dramático, y tomar la borla en esta facultad, y exigir la proteccion del Gobierno, y enfadarse si no se la concede. El Gobierno, ó cualquiera corporacion dependiente del Gobierno, se veria apuradísimo para premiar la mejor comedia ó la mejor zarzuela, ó para aceptarla ó desecharla, en el *teatro Real español* que se fundase, y entre el sinnúmero de obras que se escribirian y presentarian con el señuelo de la ganancia. Por el contrario, nada hay más fácil que decidir sobre cualquier trabajo erudito, de los que siempre se presentan pocos. El buen resultado del estudio y de la reflexion es mil veces más fácil de conocer que el de la inspiracion y del ingenio. Así es que nadie ha protestado contra los premios concedidos por la Biblioteca nacional y por la Academia de la Historia á los señores Oliver, Barrantes, Barrera, Zarco del Valle y otros.

Todo lo expuesto hasta aquí, y sentiré irme haciendo pesado, propende á demostrar, que puesto que no debe en general protegerse la poesía, tampoco debe en particular subvencionarse ningun teatro.

¿Qué es, pues, lo que anhela el Sr. Eguilaz? Que, ya que no se subvencione un teatro de verso, no haya

teatro de ópera subvencionado. El Sr. Eguilaz, considerando, por una parte, á la poesía y al arte dramáticos, y por otra, á la ópera, como dos *industrias* parecidas y rivales, acepta la competencia, pero la quiere libre é igual. En esto se halla el nudo de la cuestion y el origen de nuestras diferencias. Veamos si es posible conciliarlas.

En primer lugar, yo desearia que el Sr. Eguilaz se convenciese de que no son tan grandes como él supone el parecido y la rivalidad entre las dos *industrias*. La rivalidad y el parecido existirian si se pudiese suplir una *industria* con otra. Pero ¿quién, aficionado á la poesía, cree que suple su falta, yendo á oir música; ó quién, aficionado á la música, suple su falta, yendo á la comedia? Artes son ambas, la música y la poesía; así como tambien son artes la pintura y la arquitectura. A nadie se le ocurre, sin embargo, que, si se cerrasen los teatros de ópera y de verso, se llenaria de gente el Museo, para suplir allí la falta del teatro, ó bien se irian á Toledo todos los elegantes que acuden ahora al teatro Real, para deleitarse, á falta de ópera, en la contemplacion de la catedral y de San Juan de los Reyes.

Yo entiendo esto enteramente al revés que el señor Eguilaz. Yo creo que, en vez de rivalizar ó perjudicar un arte á otro, le presta poderoso auxilio. Sujetos hay aborrecedores de la música ó que tienen para ella orejas de cal y canto, y la poesía les abre los sentidos, les ilustra el entendimiento y les infunde una noble aficion al arte divino de Mozart y de Be-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llini. Y sujetos hay tambien, que jamás han aprendido cuatro versos de memoria, rudos y groseros en el fondo del alma, incapaces de todo intelectual deleite, y que, yendo al teatro Real, ó por moda ó por coqueteo, ó porque les gusta la música en lo que de más material hay en ella, van poco á poco domesticándose y puliéndose, y acaban por gustar de los versos, y por acudir al teatro de Variedades á oir una buena comedia ó un buen drama, representado por Romea y la Berrobianco. ¿Cómo, pues, ha de convencerme el Sr. Eguilaz de esa rivalidad entre el drama y la ópera, cuando yo veo y creo demostrar lo contrario? Aun cuando se dieran muchas óperas, y las óperas tuviesen el mismo argumento de los dramas, léjos de ser esto un perjuicio para los dramas, seria un incentivo. Si el *Don Alvaro* del duque de Rivas se hubiera ejecutado un año há, no hubieran ido á oirle, sino muy pocos verdaderamente aficionados á la poesía. Si el *Don Alvaro* se da ahora, estamos seguros de que tendrá muchos *llenos*.

Se ha de entender asimismo que el teatro Real es un punto de reunion de la sociedad elegante, donde van muchos, sin pensar siquiera en la música, como van á las tertulias, á las carreras de caballos y á la fuente Castellana. ¿Hemos de suprimir tambien la fuente Castellana y las carreras de caballos, ó hemos de pedir que el Gobierno no dé barato ó de balde el local del paseo y del hipódromo, para que no compitan con ventaja estas diversiones con la poesía y con el arte dramático?

Insiste el Sr. Eguilaz en que la ópera es una industria extranjera, una industria italiana; pero ¡qué razones de tan poco peso da para asegurarlo así! ¿Es razon el que los *librettos* estén en italiano? Los *librettos* son algo de muy accesorio é importan poquísimo. Nadie va á oir los *librettos*, sino la música.

Afirma tambien el Sr. Eguilaz que, en otras grandes capitales, y sobre todo en Paris y en San Petersburgo, se trata con menos cariño por el Gobierno al teatro de la Opera que allí llaman *italiano*, á fin de evitar la *competencia*; pero á mí se me figura que por allá suponen esa *competencia* y dan al teatro de la Opera el título de *italiano*, en contraposicion, no de la *comedia francesa ó rusa*, sino de la ópera nacional de uno y de otro pueblo, los cuales tienen ópera nacional aparte, ó sueñan con que la tienen. No creo que nadie haya imaginado en Paris que el teatro de la Opera italiana compita con otro teatro que no sea el de la grande ópera ú ópera francesa. Si en Paris no hubiese esta grande ópera, ni ópera cómica siquiera, sino un mixto de ópera cómica y de vaudeville (zarzuela), á nadie se le antojaria que el teatro, donde se diesen las obras de Rossini, de Bellini y de Donizetti, habia de competir con esto.

En San Petersburgo acontece lo mismo. Nadie cree que el teatro italiano (de la ópera) compita con otro teatro que no sea el de la ópera rusa, ó de lo que allí se llama ópera rusa; esto es, de la ópera alemana con el *libretto* traducido al ruso, y de tal ó cual ópera de Glinka y no sé si de algun otro compositor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En suma, yo comprenderia que, visto lo protegido que dicen que está el teatro Real, y visto que no se dan en él sino óperas extranjeras, se enfurruñasen los músicos españoles, y pidiesen que se les alquilase otro teatro, tan grande y tan barato como el Real, para que en él se ejecutasen óperas españolas, ó si se quiere extranjeras, con el libretto traducido. Lo que no comprendo, repito, es la competencia de la ópera con la poesía y con el arte dramáticos.

Nada de lo expuesto se opone, y aquí voy á terminar esta carta plomiza, á que yo viese con el mayor placer que el Gobierno, sin empuñar la férula de la crítica y del buen gusto y sin presumir de Mecenas, se gastaba unos cuantos millones en construir un teatro para verso, y se le alquilaba, de un modo más ventajoso aún que alquila el de la ópera, á cualquiera empresa que ajustase una excelente compañía de cómicos y pusiese en escena las comedias y los dramas originales, antiguos y modernos, con el decoro debido. Pero mientras el Gobierno, por falta de dineros y por sobra de obligaciones, no quiera ó no pueda construir y dar poco menos que de balde el mencionado teatro, no me parece justo que nos quedemos sin ópera buena, porque no hay buen teatro de dramas. El remedio seria peor que la enfermedad.

Debo, por último, advertir que este favor que se hace á la ópera, no puede ni debe hacerse al drama, dejando de favorecer á la ópera; el drama lo necesita mucho menos. Lo esencial en el teatro de verso es que sean buenos los dramas y que los actores tambien lo sean.

El aparato, la orquesta, los coros y otros muchos artículos ó requisitos costosos, ó no se necesitan, ó se dispensan en el drama, y en la ópera no.

Aquí concluyo mi carta asegurando al Sr. Eguilaz que no me pesa, antes me agrada infinito que los autores de comedias ganen ó puedan ganar hasta cinco mil duros anuales.

Ojalá como son cinco
fueran cinco veces cuatro.

Así irá el público tomando aficion á la literatura, y así llegará un dia en que los novelistas, los historiadores y hasta los filósofos, aunque sean alemanescos y enrevesados, ganen otro tanto con sus obras.

Dispense V., señor director, que le llene hoy la cuarta plana de su apreciable periódico con esta larga carta, que no leerán con paciencia arriba de diez personas, aunque yo no me quejo de la música ni de nadie, sino de mi corta habilidad. Créame su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.—Eleuterio Agoretes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

APOLOGÍA

DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

Un discreto artículo, escrito por estilo elegante, que *El Reino* publicó el dia 10, condenando las corridas de toros y procurando rebatir cuanto en defensa de ellas hemos dicho, nos obliga á tomar de nuevo la pluma para defenderlas y defendernos. Pero téngase en cuenta antes de todo que nosotros no queremos demostrar que las corridas de toros sean útiles y buenas; nosotros no las hemos querido convertir en una especie de enseñanza para el pueblo, ni hemos querido hacer de ellas una institucion politica y religiosa de trascendencia grandísima, como lo eran los juegos olímpicos, ítsmicos y píticos, á que el articulista de *El Reino* las compara. Nosotros nos hemos limitado á

sostener que las corridas de toros son una diversion popular, ni más ni menos profana, ni más ni menos contraria á las buenas costumbres, que la comedia, el baile, los títeres, el circo ecuestre, las riñas de gallos y otras funciones por el mismo órden. Sin duda que seria muchísimo mejor que la gente fuese menos aficionada á divertirse y que se quedase en casa, estudiando, rezando ó cumpliendo con sus obligaciones: pero, puesto que somos frágiles y gustamos de divertirnos, no nos parece que los toros sean una diversion más censurable que otra cualquiera. De este modo, y con estas limitaciones hemos defendido los toros, y basta indicarlo así para que vengan á tierra los más de los argumentos que nuestro colega nos hace.

¿Cómo hemos de creer nosotros que las diversiones públicas tengan por objeto, segun dice nuestro colega, «levantar el espíritu de los hombres, perfeccionar »sus sentimientos y sus ideas, engrandecer su alma y »ensanchar el horizonte de sus miras por las regiones »de lo infinito y de lo absoluto?» Bueno y rebueno seria que tuviesen las diversiones tan noble y santo propósito: pero ni le tienen ahora, ni jamás le han tenido. ¿Qué ensanche de miras, qué dilatacion de horizontes, qué vision de lo infinito ni de lo absoluto ha de tener nadie despues de ver á un saltarin hacer cabriolas, á la Nena bailar el Jaleo, ó á un titiritero brincar en la maroma? ¿Qué ideas ni qué sentimientos se le perfeccionarán á nadie despues de haber oido una zarzuela de Camprodon ó un *vaudeville* malo y peor traducido? Nadie tampoco, cuando sale de su casa y va

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al teatro ú á otro espectáculo cualquiera, se propone perfeccionarse y adelantar en su educacion moral é intelectual: lo que se propone es distraerse un rato, si puede. A nadie se le ocurre decir: «Me voy al teatro á ver si me perfecciono y me corrijo y me abro nuevos horizontes y topo allí con lo infinito y lo absoluto.» Para hacerse sábio se va á la universidad á oir á los maestros y catedráticos, y para hacerse bueno se va á la iglesia á oir misa y sermones, y para hacerse místico y descubrir esos horizontes divinos, lo que conviene es la oracion mental, el recogimiento, la penitencia y la conversacion interior, y no irse á holgar por esos teatros, de fiesta en fiesta, y de bureo en bureo.

«Nosotros, añade el articulista, preguntariamos á los que se retiran al hogar doméstico despues de haber presenciado una de esas luchas entre los hombres y las fieras: ¿Qué nueva idea llevais hoy á vuestra casa, á consecuencia de la funcion á que habeis asistido? ¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro sér?» La pregunta que hace el articulista de *El Reino* se parece á la que hace el *caballero de la Tenaza* á una dama que le pedia un balcon para ir á los toros. «¿Qué piensas que se saca de una fiesta de estas?» Y el mismo caballero responde diciendo: «Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como maridos.» Pero nosotros que no estamos amenazados de pagar el balcon á ninguna dama, ni tenemos ese ensañamiento

interesado contra las corridas de toros, no podemos decir que son gentílicas, ni que siempre se ven en ellas morir hombres, cuando en todo lo que va de siglo, habrán muerto cuatro ó cinco en la plaza. Confesarémos, sin embargo, que no sentimos perfeccionamiento ninguno, ni traemos casi nunca nuevas ideas cuando volvemos de los toros; pero lo mismo nos sucede cuando volvemos de la comedia, del baile, de la tertulia, de los títeres y de otras muchas partes. Gracias si, al volver de la iglesia, ó de la Biblioteca nacional, ó de una cátedra, nos sentimos algo mejores ó un poco más instruidos que cuando entramos en ellas.

Desengáñese nuestro poético adversario; si fuésemos á renegar, como nos aconseja, de toda festividad donde no recibiese el alma «mayor impulso hácia lo bueno y mayores y más vivas aspiraciones hácia un mundo superior, manantial de toda vida, foco de toda luz, centro de toda grandeza y orígen de todo lo creado,» iríamos á pocas partes, salvo al jubileo y al sermon, y á oir lecciones de sana filosofía, donde haya quien sepa darlas.

Los juegos olímpicos, que cita nuestro colega, no comprendemos que pudieran producir en nosotros esos divinos efectos. ¿Qué mayor impulso hácia el bien, qué mayores aspiraciones místicas nos habia de infundir la contemplacion de la lucha, del pancracio ó del pugilato, y los atletas combatiéndose desnudos y dándose furibundas puñadas, hasta verter sangre por las narices y la boca, y hasta cubrirse de cardenales y de contusiones horribles, y hasta caer y revolcarse en la

arena, todos magullados y molidos? Lea el articulista cómo pinta Homero los juegos *epitafios* que dió Aquiles en honor de Patroclo, y, aún prescindiendo de los sacrificios humanos, verá si son bárbaros. Para colmo de elevacion del alma á Dios, solia tambien hacer algun filósofo cínico tal cual indecencia, ó extravagancia mayúscula, en los mencionados juegos, que el articulista de *El Reino* nos presenta como un dechado. Recuérdese, en prueba de lo que decimos, el espectáculo que dió en ellos Peregrino, el famoso, cuando se vistió, ó mejor dicho, se desnudó de Hércules é imitó á Hércules, quemándose en una hoguera como lo describe Luciano.

Pues no crea tampoco el articulista de *El Reino* que los famosísimos conciertos de Alemania, al aire libre, en los jardines públicos, tienen siempre ese carácter de sublimidad y de moralidad que les atribuye. En dichos conciertos suele tenerse muy presente aquella sentencia en verso de Lutero, que dice:

Wer liebt nicht Weib, Wein und Gesang,
Der bleibt ein Narr sein Lebenlang:

que es como si dijéramos:

Quien no ama el canto, la mujer y el vino,
Es durante su vida un gran pollino.

Es verdad que á estos conciertos asisten honrados burgueses, que se atiborran de tortas y de cerveza, y que fuman en pipa, mientras oyen la música, y excelentes matronas que hacen calceta, prestando siempre

alguna atencion al arte; pero allí acuden tambien las costurerillas alegres y los estudiantes regocijados; y se come, y se bebe, y se retoza, y se suele pensar en todo menos en lo infinito y en lo absoluto, y se ven muchas cosas que nada tienen que ver con los horizontes ideales. Lléguese el articulista de *El Reino* á una jóven pareja que salga de estos conciertos, y pregúntele: «¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro sér?» La pareja es probable que le conteste á duo con aquellos versos de Heine:

Ich habe gerochen alle Gerüche
In dieser holden Erdenküche;

esto es, aunque mal y libremente traducido:

He olfateado toda golosina
Del mundo en la dulcísima cocina, etc.

El mundo seria para esta pareja una cocina y no un templo.

Añádase á esto el juego desenfrenado, que suele combinarse en Baden y en otros puntos con los referidos conciertos, y comprenderá nuestro entendido impugnador que no es todo oro lo que reluce, y que es rara, muy rara, la diversion pública que un moralista severo no pueda y deba condenar.

Achaques son de la decaida y pecadora naturaleza humana, y lo mismo se advierten sus deplorables síntomas en las corridas de toros que en cualquiera otra diversion, incluso la del teatro, á pesar de la manía que ha entrado á varias personas de sostener que el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

teatro es una escuela de costumbres. Todo lo contrario han pensado muchos Santos Padres y muchos eminentes teólogos, y más veces se han prohibido las comedias y más se ha clamado contra ellas que contra los toros, aunque en balde siempre.

En España, donde ha sido el teatro tan grande, tan rico, y en cierto modo tan católico, ha sido anatematizado y prohibido en diversas ocasiones. El P. Mariana le censuró duramente, y en tiempo de Felipe II se prohibieron las comedias, pues, segun el dictámen de doctos teólogos, «las que hasta allí se habian representado, y solian representarse, con los dichos y acciones, y meneos y bailes, y cantares lascivos y deshonestos, eran ilícitas, y era pecado mortal representarlas.» En tiempo de Felipe IV, con ser este rey autor de comedias, tambien estuvieron las comedias prohibidas durante algun tiempo, y sólo se permitieron las que trataban de *historias y vidas de santos*. En el dicho reinado de Felipe IV, hubo muchos prelados, como por ejemplo el arzobispo de Sevilla, que condenaban las comedias, diciendo que con las tales representaciones andaba *la gente vestida de lujuria*. En tiempo de Cárlos II tambien estuvieron las comedias más toleradas que consentidas, sujetas á censura muy severa, y en algunas ocasiones prohibidas completamente. En el siglo pasado, reinando ya la familia de Borbon, siguió la misma persecucion de los teólogos contra las comedias; pero el Consejo de Castilla consintió su representacion, si bien con bastantes restricciones.

De lo dicho deducirá el articulista de *El Reino*, que si los prelados y otros varones doctos y piadosos han censurado á veces las corridas de toros, no lo han hecho jamás con tanta perseverancia como con las comedias; y que, si esta fuera razon para que las corridas se prohibiesen, más lo seria para que se prohibiesen las comedias, y aún para que se convirtiese el mundo en una Tebaida.

El Reino nos censura, sin razon, por haber citado una bula del Papa, consintiendo las corridas de toros. ¿Pues cómo no la habiamos de citar, cuando se nos venian encima los místicos al uso, asegurando que la Iglesia condenaba las corridas? ¿Acaso ignora *El Reino* que cierta gente farisáica ha dado en la flor de acusarnos de herejes y de impíos á cada momento, de suerte que apenas podemos ya desplegar los labios sin citar alguna autoridad, y apenas podemos decir sobre algo esta boca es mia, sin exhibir bula ó buleto que nos lo haga lícito?

«La religion no protege, dice *El Reino*, ni ha protegido nunca las corridas de toros.» Estamos de acuerdo. ¿Cuándo hemos dicho nosotros lo contrario? Tampoco la religion ha protegido las comedias, ni los títeres, ni los bailes, y no por eso deja de tolerarlos como un mal inevitable.

Dice *El Reino* que Cárlos III prohibió las corridas de toros, y que Isabel la Católica habló mal de ellas. Más veces se ha prohibido el teatro, y más veces se ha hablado mal de él, y con todo no concluye.

El Reino dice asimismo que las corridas de toros son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un espectáculo en que puede morir un hombre, un hermano nuestro. A estas razones hemos contestado ya, que tambien se matan los acróbatas y los saltarines, y que hay otras mil industrias y profesiones en que se aventura tanto ó más la vida que en la del torero. El buzo que busca en el fondo del mar la perla que ha de coronar las sienes ó ha de adornar la descubierta garganta de la hermosura; el albañil, que se encarama en lo alto de un andamio para terminar un edificio; el minero, que penetra en los lóbregos senos de la tierra en busca del oro, con que todo se compra, ó del plomo mortífero, cuyos vapores penetran en sus entrañas y le dan la muerte; el domador de fieras; el desbravador de caballos; el postillon de diligencias; en suma, mil y mil oficios, que no citamos por no pecar de proligidad, oficios á que el hombre se somete, no sólo para satisfacer una necesidad social, sino para complacer á veces la vanidad, el lujo ó el capricho de otro hombre, son más ocasionados á dar la muerte que el oficio de torero. Que se supriman, pues, todos esos oficios por anti-filantrópicos é inmorales. Pero discurriendo tan filántrópicamente, vendriamos á parar en suprimir la vida, porque la vida trae consigo la muerte. Viviendo y obrando la vida se gasta, se consume, y al cabo nos morímos el dia menos pensado, unos antes, otros despues, unos de cornada de toro, y otros de cornada de burro. Más desgracias hay en Madrid de resultas de los atropellos de los coches que en toda España de resultas de las corridas de toros. ¿Y por esto hemos de suprimir los coches y obligar á todo el mundo á que ande

á pié? Convénzase *El Reino* de que es exagerada por demás tanta filantropía.

Tiene razon *El Reino* al afirmar y lamentar que en las corridas de toros se dicen muchas palabras indecentes y groseras; se pronuncia demasiado la *J*; pero ¿dónde no sucede lo propio en esta tierra de garbanzos? El hombre ó la mujer de oidos delicados y púdicos no conseguiria dejar de oir tales cosazas no yendo á los toros; seria menester que no saliese por esas calles, plazas y plazuelas, ó que, cuando saliese, se tabicase bien con cera los oidos, imitando al prudente Ulyses. ¡Pues no es nada, cuando uno va de viaje, sobre todo si tiene asiento de berlina, y puede escuchar la amena é interesante conversacion que el mayoral y los zagales traen de contínuo con las mulas! Aquello sí que es jurar y maldecir, y lo demás es nada.

En resolucion, en este mar del mundo en que nos hallamos engolfados, hay muchos escollos y bajíos, donde se expone á naufragar toda virtud; hay muchos peligros que la honestidad y la decencia tienen que arrostrar y combatir; hay un enjambre de cosas malas, y un hormiguero de circunstancias pecaminosas que rodean al más cauto, al más precavido, al que más propende á huir de ellas. Entre todas estas cosas pueden indudablemente contarse las corridas de toros; no lo hemos negado nunca. Pero de esto á combatir las corridas de toros con singular furia, como si fuesen el extremo de lo malo, hay una distancia enorme, que marcarémos siempre y harémos sentir, á pesar de los sutiles y elevados discursos del articulista de *El Reino*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Sobre la Estafeta de Urganda, ó aviso de Cide Asam-Ouzad Benengeli, sobre el desencanto del Quijote, escrito por Nicolas Diaz de Benjumea.—Lóndres: 1861.»

Hace ya meses que recibimos la ingeniosa obrilla cuyo título sirve de epígrafe al presente trabajo, y reconociendo en su autor extraordinaria agudeza y no comun vivacidad de fantasía, le recomendamos encarecidamente á nuestros lectores. La alabanza que dimos entonces al Sr. Benjumea no se limitó á esto. El tono de la gacetilla es pomposo é hiperbólico casi siempre, y adoptándole nosotros, dijimos además que el Sr. Benjumea tenia un *conocimiento profundo* de las cosas de que trataba. Quisimos dar á entender por tales razones que el Sr. Benjumea habia estudiado con detenimiento todas las obras de Cervantes; que habia leido á sus comentadores y anotadores, y que sabia cuanto hay que saber de la literatura de aquella época y de los libros de caballería, que inspiraron en cierto modo á nuestro

gran novelista. Mas no por eso dijimos que el señor Benjumea hubiese penetrado bien el espíritu del *Quijote*, antes afirmamos lo contrario, sosteniendo que en esta bellísima novela no hay ni puede haber esa doctrina esotérica, esa filosofía oculta, esa maravillosa ciencia que el Sr. Benjumea pretende haber hallado. El *Quijote* es, en nuestro sentir, una obra de arte, una poesía, un libro de entretenimiento, y nada más.

Es verdad que prometimos demostrar este aserto; pero despues nos retrajo de cumplir la promesa la misma facilidad de cumplirla. Se comprende que un hombre de grande discrecion y habilidad se proponga, con el fin de lucirse, demostrar la paradoja de que en el *Quijote* hay un tesoro escondido de saber, del cual nadie se he percatado hasta hoy. Semejante demostracion calificará á quien la hiciere de agudísimo, de sutil en sumo grado. Pero la demostracion contraria, esto es, la demostracion de que el *Quijote* no es más que una novela, es tan evidente y tan fácil, que no merece ni logra nada quien llegue á hacerla.

Lo hábil, lo gracioso, lo digno de un hombre curtido en las ciencias, seria demostrar que ahora estábamos en estío. Para demostrar que estamos en invierno, sólo se necesita sentir el frio que hace. Con esta consideracion, casi no nos arrepentimos de haber hablado del *conocimiento profundo* del Sr. Benjumea, y no tenemos por hipérbole tan grande encomio. Conocimiento profundo y más que profundo se ha menester para hallar en una obra, cuyo valor poético ó artístico ha sido la admiracion de los hombres durante más de dos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siglos, un valor científico, que nadie, por lo general, sospechaba.

Nosotros negamos redondamente que haya en *El ingenioso hidalgo* más valor científico que en el último manual de Roret, que en el peor artículo de un diccionario de ciencias: pero como esta opinion nuestra es la más seguida, y la del Sr. Benjumea la más rara, esperábamos á que saliesen á luz los *Comentarios filosóficos* que *La Estafeta de Urganda* anuncia y promete, para refutarlos, como es justo. Dimos, con todo, á entender en la *gacetilla* que los *Comentarios filosóficos* habian de ser, juzgando por la muestra que su autor nos daba en *La Estafeta*, de lo más ameno, curioso, sutil y hábil, que puede imaginarse: por lo cual deseábamos y seguimos deseando su publicacion. No permita el cielo que nuestros argumentos en contra de la tésis que el señor Benjumea piensa demostrar sean obstáculo á que los mencionados *Comentarios* se den á la estampa. No permita el cielo que por culpa nuestra, se desazone y desaliente el Sr. Benjumea, y prive á las personas de gusto, de la sabrosa lectura del libro singular que nos tiene ofrecido, y en el cual se podrá decir de mucho que *si non é vero é ben trovato*.

Sólo en este sentido hemos criticado el propósito del señor Benjumea. Nosotros no acertamos á persuadirnos de que el *Quijote* sea una *cifra*, un logogrifo, cuya misteriosa significacion, hasta el dia ignorada, va al cabo á quedar patente. Nosotros no podemos ver en el señor Benjumea á un nuevo Champolion, ni en el *Quijote* algo parecido á los hieroglíficos egipcios. Tenemos

del arte y de la poesía una idea muy diferente; idea que se opone *á priori*, á la afirmacion del Sr. Benjumea; idea que, si fuese contradicha por los *Comentarios filosóficos*, léjos de dar más importancia á la novela de Cervantes, destruiria acaso mucha parte de la que tiene. Si el Sr. Benjumea llegase á probar (que no lo tememos) que el *Quijote* es un logogrifo, el señor Benjumea *desencantaria* de veras el *Quijote*; esto es, le haria perder su verdadero y nobilísimo encanto. La vida, la gracia, el ser de aquellas creaciones inmortales de nuestro egregio poeta, se desvanecerian, se evaporarian, y sólo nos dejarian, como resíduo muerto, un frio simbolismo, unas alegorías sin alma, que por mucha ciencia que encerrasen, no valdrian el espíritu poético, que el Sr. Benjumea quiere apartar del *Quijote*.

Crea el Sr. Benjumea que si Cervantes quiso decir ó enseñar algo esotérico en su *Quijote*, nada aprovecha esto al que le lee con corazon y entendimiento de poeta ó de artista; antes le daña. Para Winkelmann, por ejemplo, no seria mayor el mérito del Apolo de Belvedere, porque un alambicador anticuario viniese á demostrar, que tal pié le tiene la estátua en tal postura para significar tal cosa; tal mano para explicar ó indicar tal idea; que con las orejas denota esta ó aquella máxima de filosofía; que con las narices simboliza uno de los misterios más hondos de Samotracia; que con el pecho, modelado de cierta manera, da razon de todo el saber de Orfeo; y que con la espalda y los muslos pone en claro toda la *aritmosofía* de Pitágoras y todos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los recónditos y proféticos conceptos de las sibilas. Winkelmann diria que todo esto no valia nada en comparacion de la belleza artística del Apolo, y que el Apolo era la admiracion de los hombres, no porque enseñaba aquellas cosas, sino porque realizaba la hermosura en el grado más sublime de perfeccion; porque era el más alto ideal del arte, que de la antigüedad se conserva. Si nuestro alambicador escribiese unos *Comentarios filosóficos* sobre el Apolo, nosotros aplaudiriamos y hasta nos pasmariamos de la filosofía y del saber oculto (ya patente) que en los *Comentarios* hubiera: pero al ver el Apolo, nos olvidariamos de nuevo de toda aquella filosofía, y nos admirariamos solamente de su celestial é inimitable hermosura. Con el *Quijote* y con los *Comentarios* del Sr. Benjumea nos ha de suceder lo mismo. Por más filosofía que el Sr. Benjumea amontone y saque á relucir, nunca nos admirarémos en el *Quijote* sino de la belleza de sus figuras, de la gracia de sus diálogos, de lo variado y ameno de sus aventuras, del primor y elegancia natural de su estilo, y de la pasion y de la fantasía de su autor. Esto no será impedimento para que cuando queramos admirarnos del saber filosófico, acudamos á los *Comentarios* del Sr. Benjumea: pero entonces nos admirarémos del Sr. Benjumea, y no de Cervantes.

Si el Sr. Benjumea no nos hubiese dirigido desde Lóndres un comunicado muy atento, que insertamos en *El Contemporáneo* del 28 del mes pasado, no entrariamos en esta discusion, hasta despues que los *Comentarios* se hubiesen dado á la estampa. Nosotros no querriamos desalentar al Sr. Benjumea, que, segun asegura, ha abandonado, para dedicarse á la aclaracion *del enigma del Quijote, la carrera en que habia consumido gran parte de sus intereses, gran parte de su juventud*, y que ha consagrado su existencia y sus vigilias, y todas las fuerzas de su alma, á la revelacion de esos misterios. Pero el Sr. Benjumea nos provoca é incita á que le contradigamos, y no podemos ya dejar de hacerlo. Téngase, sin embargo, presente, que no condenamos su trabajo, ni desestimamos el fruto de sus vigilias y de sus sacrificios. En los *Comentarios filosóficos* del señor Benjumea, así como en *La Estafeta*, que ya conocemos, podrá haber, y hay, mil noticias curiosas sobre la vida del eminente poeta español, un juicio recto y atinado de su carácter, y hasta no pocas notas, advertencias y explicaciones, sobre alusiones embozadas á este ó á aquel personaje, y sobre negocios, casos y sucesos de la época en que se escribió el *Quijote*; todo lo cual es digno de saberse y muy curioso y divertido para el que lo lee: pero de aquí á esa doctrina esotérica, á esa llave encantada, con que va á abrirnos el Sr. Benjumea el arcano y hasta hoy inexplorado templo de la sabiduría de Cervantes, hay una distancia infinita. Decia el abate Galiani que, en los buenos libros, es más lo que está escrito, con escritura oculta, entre renglones, que lo que está escrito en los renglones mismos. Pero no seguimos la opinion del quinta-esenciado abate. En los libros, buenos ó malos, no hay más escrito que aquello que está escrito. Y seria harto inverosímil que hubiesen pasado siglos sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

leer nadie en el *Quijote* sino aventuras divertidas y discretas conversaciones, llenas de chiste, y viniese ahora el Sr. Benjumea á descubrir una filosofía, una doctrina hondísima, que no habiamos llegado á sospechar.

¿A qué propósito habia de haber guardado Cervantes, bajo el sello del hieroglífico, esas útiles y grandísimas enseñanzas? ¿Qué filósofo, ni qué sábio, hizo jamás tal cosa? ¿No es una puerilidad ó una falta de caridad encubrir bajo alegorías casi impenetrables una buena doctrina? ¿No es mejor y más de hombres honrados el enseñarla claramente, para que el prójimo se enmiende, adelante y perfeccione? Platon, Santo Tomás, Descartes, Bacon, Newton, Bossuet, Kant, Hegel, todos los grandes sábios que ha habido en el mundo procuraron ser lo más claros que les fué posible, y si algunos han sido oscuros, lo han sido por falta de habilidad, y no por falta de gana de dejar de ser claros; pero nunca han sido tan oscuros que hayan tenido celadas dos ó tres siglos todas sus filosofías, y bien envueltas en símbolos, hasta que al cabo de los años mil ha aparecido un Sr. Benjumea, que ha levantado el tupidísimo velo que las ocultaba á los profanos.

En el *Quijote*, y esto es lo que mas nos pasma, no hay como en otros poemas, en verso ó en prosa, ni el más leve pretexto para la interpretacion y desentrañamiento de lo oculto. Nadie que no esté obcecado, deja de entender bien cuanto dice el *Quijote*; nadie busca, al través de sus imaginadas nebulosidades, esa luz mística y sublime, que quiere hacer brillar el Sr. Benjumea. Comprenderiamos unos *Comentarios filosóficos* sobre *La Alejandra* del tenebroso Licofron, ó sobre *Las Soledades* del culterano Góngora; pero sobre el *Quijote* del tersísimo y clarísimo Cervantes, no los comprendemos.

Nadie se atreverá á negar que, en obras de imaginacion y de mero entretenimiento, han revelado ó consignado algunos poetas grandísimas verdades; pero no de suerte que haya sido menester que pasen siglos y que nazca un Sr. Benjumea para que las escudriñe y salgan de la niebla que las envolvia. Séneca vaticina en un coro de la *Medea* el descubrimiento de un nuevo mundo; pero le vaticina sin clave, y sin cifra, y sin misterio: *Tetis*, dice, *descubrirá nuevos mundos*. ¿Qué Sr. Benjumea se necesita para poner esto en claro? Virgilio, en su égloga IV, haciéndose eco de los profetas hebreos, vaticina la venida de un redentor. Pero ¿no está claro y terminante el vaticinio? ¿Qué cifra ni que hieroglífico hay en él? La humanidad entera presentia al que habia de venir, y Virgilio expresa con toda claridad su milagroso presentimiento. Tampoco hubo duda jamás sobre este vaticinio del Mantuano. Dante, ó bien por coincidencia, ó bien por inspiracion, ó bien por noticias de viajeros, como Marco Polo y otros, dice que hay en el hemisferio austral una constelacion que tiene forma de cruz, y en efecto, la hay. Pero ¿qué misterio puso Dante en este vaticinio? Los poemas que son verdaderamente misteriosos y religiosos, el *Prometeo*, de Esquilo, la *Teogonia*, de Hesiodo, el canto sexto de la *Eneida* y otras obras por el es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tilo, están dando á conocer, á tiro de ballesta, que envuelven, en efecto un misterio; misterio que, sin embargo, se explica y aclara; pero en el *Quijote*, ¿donde está el enigma, dónde la señal de lo misterioso y recóndito? ¿Por qué los molinos de viento han de ser más que molinos de viento, y los batanes más que batanes, y los requesones más que requesones? ¿Qué indicio hay en la vida, condicion, estudios y aficiones de Cervantes, que nos persuada de que fuese un Paracelso, un Raimundo Lulio, un Alberto Magno, un sábio nigromántico, quiromántico, ó cosa parecida, y no un soldado valiente, un hombre de mundo, y un aventurero corrido y experto, más conocedor de los percheles de Málaga y de las calles de Triana, que de las ciencias y de las filosofías, las cuales no le hicieron falta para ser el regocijo de las musas? Cervantes compuso el libro de más amena lectura que se ha escrito jamás, y la novela más realista y más idealista á la vez, que ha producido ingenio humano, porque en ella pintó, con la fidelidad de un fotógrafo, toda la vida real que tan admirablemente conocia, y que con tal brio de imaginacion sabia reproducir en sus escritos, y porque en ella supo iluminar y esmaltar esta pintura y realzarla hasta lo más sublime de la poesía, con el vivo fuego y con la clara luz del limpio, esplendoroso y puro ideal artístico que ardia en su alma.

Estos merecimientos de Cervantes y de su obra bastan para que esta sea inmortal, y ensalzada hasta los cielos, y leida, y aplaudida, y celebrada entre todas las gentes y naciones. No es menester que el Sr. Benjumea se devane los sesos para hallar en Cervantes una filosofía oculta, y explicar por ella el entusiasmo que produce su obra. ¿Qué filosofía oculta hay en las odas de Píndaro ó de Safo? ¿Qué nos enseña Ariosto? ¿Qué Moreto? Qué Lope ó qué Calderon? Ninguno de estos altísimos poetas nos enseña grandes verdades científicas. El peor libro en prosa de la época en que ellos escribieron nos enseña mil veces más, científicamente. La *mision* del poeta no es enseñar algo científico. La *mision* del poeta es dar sér y forma sensible á la *hermosura*, la cual es, como la verdad, una emanacion inmediata y refulgente de Dios, y vale tanto, por lo menos, como la verdad, con la diferencia de que casi siempre suele ser más agradable, y siempre es más dulce y muchísimo más divertida.

Allá en la infancia de las sociedades humanas, todo se escribia en verso ó en poesía, y los poetas eran sábios y sacerdotes, y los sacerdotes sábios y poetas, los cuales adoctrinaban al vulgo y le comunicaban algo de sus ocultas doctrinas, por medio de figuras y de símbolos; pero, ya en tiempo de Cervantes, la humanidad estaba harto crecida y granada, y habia cierta division de trabajo, quedando la ciencia para expuesta prosáica y metódicamente por los hombres científicos, y reservándose los poetas el imperio y la creacion de la hermosura. Si la ciencia intervenia á veces en sus creaciones, [era como material y asunto de donde la hermosura puede tambien salir, pues tambien en la ciencia hay hermosura; mas no para enseñar y velar la enseñanza con extraños y ridículos acertijos, acrós-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ticos, anagramas y otras puerilidades. Todo esto seria de un gusto pésimo, y no podemos creer que le tuviera Cervantes.

Los *Comentarios filosóficos* del Sr. Benjumea, repetimos, á pesar de todo, que han de ser, como *La Estafeta de Urganda*, una composicion discretísima, y han de leerse con sumo deleite y curiosidad por los hombres de gusto. El Sr. Benjumea, á propósito del *Quijote*, y tomando ocasion del *Quijote*, como pudiera tomarla de otra cosa cualquiera, es más que probable que nos dé sus propias filosofías, atribuyéndoselas modestamente á nuestro gran novelista, el cual era más filósofo práctico que teórico y especulativo. Distamos mucho de aconsejar al Sr. Benjumea que no escriba sus *Comentarios*. Ojalá vean pronto la luz pública. Seguros estamos de que nos han de entretener y cautivar, asi como tambien estamos seguros de que no llegarán á convencernos, ni á decidirnos á estimar el *Quijote*, sino como el libro más agradable, sublime y gracioso que de mero entretenimiento se ha escrito en el mundo.

Contestacion al último comunicado del señor Benjumea, autor de la Estafeta de Urganda.

I.

El dia 4 de Marzo apareció en las columnas de nuestro periódico el escrito del Sr. Benjumea á que vamos á replicar ahora, no habiéndolo hecho antes por no habérnoslo consentido otras ocupaciones más perentorias.

El Sr. Benjumea muestra el temor de que no hayamos entendido su folleto, *La Estafeta de Urganda*, donde se compendian y resúmen las ideas por el más conciso estilo, y supone que de esta mala inteligencia provienen algunas de nuestras objeciones. Nosotros, sin embargo, creemos haber entendido el folleto, y en la persuasion de que le hemos entendido, le hemos criticado.

Harto se nos alcanza que el comentario que el señor Benjumea nos promete es por lo menos de dos maneras; y harto claro hemos dicho ya que, si aprobamos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ticos, anagramas y otras puerilidades. Todo esto seria de un gusto pésimo, y no podemos creer que le tuviera Cervantes.

Los *Comentarios filosóficos* del Sr. Benjumea, repetimos, á pesar de todo, que han de ser, como *La Estafeta de Urganda*, una composicion discretísima, y han de leerse con sumo deleite y curiosidad por los hombres de gusto. El Sr. Benjumea, á propósito del *Quijote*, y tomando ocasion del *Quijote*, como pudiera tomarla de otra cosa cualquiera, es más que probable que nos dé sus propias filosofías, atribuyéndoselas modestamente á nuestro gran novelista, el cual era más filósofo práctico que teórico y especulativo. Distamos mucho de aconsejar al Sr. Benjumea que no escriba sus *Comentarios*. Ojalá vean pronto la luz pública. Seguros estamos de que nos han de entretener y cautivar, asi como tambien estamos seguros de que no llegarán á convencernos, ni á decidirnos á estimar el *Quijote*, sino como el libro más agradable, sublime y gracioso que de mero entretenimiento se ha escrito en el mundo.

Contestacion al último comunicado del señor Benjumea, autor de la Estafeta de Urganda.

I.

El dia 4 de Marzo apareció en las columnas de nuestro periódico el escrito del Sr. Benjumea á que vamos á replicar ahora, no habiéndolo hecho antes por no habérnoslo consentido otras ocupaciones más perentorias.

El Sr. Benjumea muestra el temor de que no hayamos entendido su folleto, *La Estafeta de Urganda*, donde se compendian y resúmen las ideas por el más conciso estilo, y supone que de esta mala inteligencia provienen algunas de nuestras objeciones. Nosotros, sin embargo, creemos haber entendido el folleto, y en la persuasion de que le hemos entendido, le hemos criticado.

Harto se nos alcanza que el comentario que el señor Benjumea nos promete es por lo menos de dos maneras; y harto claro hemos dicho ya que, si aprobamos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hasta cierto punto la una, desaprobamos la otra. Aprobamos que se expliquen todas las alusiones que á estos ó á estotros hechos de la vida del autor pueda haber en el *Quijote*: lo que no aprobamos es el que se descubra la doctrina esotérica y profunda que encierra en sí la famosísima novela, porque no nos podemos persuadir de que en el *Quijote* haya tales misterios y recónditas filosofías. ¿Cómo quiere el Sr. Benjumea que tomemos por un logogrifo, indescifrado hasta hoy, una historia de la que el mismo Cervantes dice que es *tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran?* ¿Diria Cervantes tales palabras para encubrir mejor á los ojos profanos el tesoro de sus enseñanzas, el cual ha permanecido como sepultado más de dos siglos y medio, hasta que el Sr. Benjumea, hecho un zahorí, ha logrado dar con él? ¿El señor Benjumea comprenderá que esto seria tan extraño, tan milagroso, que no se podria creer hasta despues del exámen más circunspecto y detenido. No se incomode, pues, de que dudemos y aún nos inclinemos á la negativa del tesoro. Nosotros en este punto somos como Santo Tomás; ver y creer. Muestre el Sr. Benjumea esas filosofías de Cervantes, y creerémos en ellas. Entretanto, permítanos que no las creamos.

Puede tambien acontecer que el Sr. Benjumea haya inventado algunas nuevas y grandes filosofías, y que, apasionado como es de Cervantes, se las regale y adjudique, tratando de aumentar con ellas la gloria de aquel escritor admirable; pero si así fuere, nosotros

que nos preciamos de muy equitativos, darémos á cada cual lo que es suyo, y no consentirémos jamás que la fama de Cervantes crezca á expensas de la de su modesto comentador.

Sobre la primer manera de comentario, esto es, sobre sostener que el *Quijote* es una auto-biografía alegórica de Cervantes, ya hemos dicho nuestro parecer. Apenas hay novela, cuento, leyenda ó drama, en que no haya, en cierto modo, algo de auto-biográfico. Desde *La Odisea* de Homero hasta *La dama de las perlas* de Alejandro Dumas, hijo, siempre han visto los aficionados á este linaje de investigaciones algun suceso ó muchos sucesos de la vida de los autores, ó que por lo menos han presenciado, en los casos fingidos que ellos refieren. De Mentor se cuenta que era un mercader ó piloto, afectuoso amigo y valedor del pocta divino, á quien llevó en su compañia en muchas navegaciones y peregrinaciones; por lo cual Homero quiso inmortalizar su nombre y honrar su persona, haciendo que en ella se encarnase nada menos que la diosa de la sabiduria: y de *La dama de las perlas* se asegura que fué y es, pues vive aún, una persona ilustre, hija ó nuera de un eminente hombre de Estado. En todos los libros de entretenimiento suelen encontrar los curiosos no pocas de estas alusiones. Citarémos algunos ejemplos más, tomados al acaso y conforme vayan ocurriendo á la memoria. En *La Gatomaquia* hay quien vea alusiones á las travesuras y galanterías del elegante Buckingham cuando estuvo en Madrid con el príncipe de Gales, y á los celos del tristemente famoso Conde-Duque; en *El*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elefante blanco de Heine se alude á una señora muy *sentimental*, aunque decantada y celebrada por la amplitud de sus hermosísimas formas y por su deslumbradora blancura; y en todos ó en casi todos los poemas de Byron creen con razon cuantos los leen, que el poeta ha querido pintarse á sí mismo. El Corsario, Lara, Manfredo, Childe-Harold y hasta el propio Sardanápalo, son Byron con disfraces diversos.

Pero en todas estas obras y en las mismas de Byron, el poeta más *sujetivo* y más preciado y preocupado de su persona que puede imaginarse, no se ven esa continua alusion auto-biográfica, y ese prurito de retratarse á sí propio en todos los actos de la vida, que tiene que presuponer el Sr. Benjumea en el *Quijote*, para convertírnosle en una *alegoría* de la historia de Cervantes. Nos pareceria una puerilidad el que Cervantes, de propósito, hubiese determinado hacer del *Quijote* un acertijo ó una charada, donde, con otros nombres, otros sitios y otras circunstancias, no se refiriesen en realidad sino sus aventuras. D. Quijote seria entonces Cervantes mismo, Sancho algun amigo ó criado de Cervantes, y Dulcinea, el Cura, el Barbero, el Bachiller Sanson Carrasco y los demás personajes, otros tantos amigos, conocidos, émulos ó contrarios suyos. Si fuera así, no acertamos á penetrar el mayor deleite que nos traeria con ello la lectura del *Quijote*, ni comprendemos el mayor mérito y valer que adquiriria la preciosa y única novela. Una cosa es que Cervantes preste al carácter de su héroe mucho de su propio carácter, y pinte y describa en las personas de su novela á varias de

las que conoció y trató: y otra cosa es el que adrede se ponga á retratarse á sí mismo y á los sujetos más allegados á él. Pues qué, ¿no comprende el Sr. Benjumea la diferencia notable que hay entre una obra de arte y una *alegoría* fastidiosa? ¿Es acaso lo mismo hacer el retrato de una hermosa dama ó de un caballero con traje de máscara, y pintar una Vírgen ó un San José, aunque para pintar el San José ó la Vírgen haya tomado el artista por modelo á éste ó al otro individuo de su época y de su misma vecindad? ¿Hemos de decir por eso que el San José no es San José, ni la Vírgen Vírgen, sino que son una *alegoría* del Sr. D. Fulano y de la señora ó señorita de Tal, que sirvieron de modelo para pintarlos? No queremos negar que seria curioso, y nunca estaria de sobra el saber (porque el saber no ocupa lugar) quiénes fuéron esos individuos que sirvieron de modelo para pintar al Santo y á la Madre de Dios; pero ciertamente que el artista no le quedaria muy agradecido al crítico, si este se empeñase en demostrarle que no habia tal San José ni tal Vírgen, y que entender así sus cuadros, era entenderlos con inteligencia superficial y somera; siendo la verdad del caso que todo podia reducirse á una *alegoría*, y entenderse como una *alegoría*, que representaba á los individuos que habian *posé* para pintar los cuadros.

Los pintores y los poetas tienen que valerse y se valen para sus creaciones de los datos que la experiencia les suministra; pero sobre estos datos de la experiencia está la inventiva y la virtud creadora del ingenio, que los trueca, sublima, magnifica, hermosea y transfi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gura, haciéndolos muy otros de lo que son en realidad. Y no por el necio disimulo de que nadie conozca á primera vista á quien el artista retrata, sino porque, mirado filosóficamente este proceder del artista, se ha de sentir y pensar que no retrata, sino que crea; si bien, para individualizar las hermosas creaciones que en sí concibe, tiene que valerse de tipos ó de figuras que en el mundo real existen, y que imita, aunque por muy libre y levantada manera.

Sabemos, á pesar de lo dicho, que en muchas poesías amorosas, églogas y novelas, se relatan sucesos verdaderos, y se presentan, encubiertos con el hábito pastoril, damas y galanes de carne y hueso; pero no nos parece que Cervantes adoptase este artificio en el *Quijote*, la más espontánea é inspirada de todas sus obras. En *La Galatea* le hay indudablemente, como le hay en la *Menina é moza*, de Bernardin Riveiro, en *La Fiammetta*, de Boccaccio, y en las *Dianas*, de Montemayor y de Gil Polo; pero este es otro muy diferente género de composiciones, y el indicado artificio se descubre en él, no ya á tiro de ballesta, sino á tiro de cañon rayado, sin que sea menester un intérprete tan sutil como el Sr. Benjumea, á fin de que le descubra y declare.

Creemos, sin embargo, que en el *Quijote* hay muchas alusiones más ó menos claras á la vida del autor, á su varia, aunque casi siempre adversa fortuna, y á otros casos y lances ocurridos en su tiempo. Si el señor Benjumea, en el que podemos llamar *comentario histórico*, se limita á explicar con su profunda erudi-

cion todas estas alusiones, nosotros serémos los primeros en darle la merecida alabanza; pero si fantasea y sutiliza demasiado para transformar en alegoría autobiográfica el *Quijote*, no podrémos dejar de censurarle. Su comentario podrá ser entonces ingenioso, divertido y curiosísimo; pero será falso, y el que crea en él, *desencantará* de veras al hidalgo manchego. Y entienda el Sr. Benjumea que no lo decimos porque el libro de Cervantes pierda nada en sí con el comentario, sino porque en la imaginacion de quien crea en el comentario se desencantará el *Quijote*.

Ya que hemos hablado del comentario historico, bueno será que sobre el filosófico entremos á discurrir más detenidamente.

El Sr. Benjumea empieza por sentar una doctrina contraria del todo al todo á la nuestra; de suerte que sentimos un gran temor de que jamás podamos entendernos. Dice el Sr. Benjumea que la bondad de la poesía, pues de poesía se trata en su más ámplia significacion, no se mide ya por la hermosura, que á nuestro modo de ver es el fin del arte, sino por el beneficio que presta la poesía á la humanidad. El Sr. Benjumea subordina, por consiguiente, lo útil á lo bello, no halla digno al arte de tener su fin en sí mismo, y le somete á realizar propósitos que le son agenos. El Sr. Benjumea no advierte que si valiesen más el aprovechamiento y la enseñanza de un libro que *la belleza de la diccion*, *la gracia del estilo* y *los encantos de la elocuencia*, serian preferibles á *Las Geórgicas* el *Manual de agricultura* de Roret, á *Las Estaciones* de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Thomson el peor tratadillo de botánica, al poema de *La Religion* el más desaliñado catecismo, y á todos los versos de Quintana, Espronceda, Zorrilla, Lamartine, Manzoni, Leopardi, Byron, Moore, Schiller y Goethe, el *Diccionario de la conversacion*, *Los secretos raros de artes y oficios*, ó *Los mil y un hechos*, obras que enseñan, instruyen y tienen más *information*, como dicen los ingleses, que todo cuanto han escrito los poetas.

La comparacion que hace el Sr. Benjumea entre las obras de Dios y las del ingenio humano, no la podemos aceptar. En Dios están por un modo altísimo y perfectísimo la belleza, la bondad y la verdad; Dios es sábio y poeta al propio tiempo, y lo es con excelencia y unidad tales, que se las comunica á sus obras en mayor ó menor grado, pero siempre juntas en una, y por medio de un solo y simple acto de su voluntad, y todo ello como encerrado y cifrado en una sola idea. Porque la idea de cada cosa, ó dígase el arquetipo de ella, hemos de creer que está en la mente divina, no sólo con su hermosura, sino con su bondad, y con todas las condiciones que importan y conducen al fin para el cual ha sido creada. Mas en la mente del hombre están las ideas de otro modo menos perfecto y completo, y las cosas creadas por la mente del hombre tienen que ser y tienen que considerarse por diverso estilo. Así es que en una obra de arte lo que se busca y considera y estima es la beldad: la utilidad en una obra útil: y en una obra científica la ciencia.

Convenimos en que hay algunas obras del entendimiento humano que son poéticas y filosóficas ó científicas á la par; pero la belleza de estas obras es lo secundario, lo principal es en ellas lo didáctico ó lo útil. Platon fué poeta y filósofo al mismo tiempo. Nadie negará que puede haber y que hay muchos sábios que son excelentes escritores. Pero la poesía de Platon y de estos sábios, y el arte y la inventiva que hay en ellos residen en el estilo; siendo ciencia y discurso, y no poesía ni arte, lo que hay en el fondo de sus escritos y les da su mayor valer. En Cervantes, al contrario, el mayor valer no está en la ciencia, sino en la poesía. El fin verdadero del *Quijote* es crear una hermosa fábula. La intencion de acabar con los libros de caballería y otra cualquiera intencion, que en el *Quijote* quiera descubrirse, fuéron sólo ocasion y pretexto, mas no motivo del *Quijote*. El mismo Sr. Benjumea conviene en esto con nosotros en una parte del escrito á que ahora replicamos. Su claro entendimiento no puede desconocer la verdad, y le mueve á decir que por espíritu ó intencion oculta en el *Quijote* no quiere significar un sistema de filosofía, un tesoro de verdades científicas, una doctrina hondísima, una luz mística y sublime y un templo de sabiduría; y que si tal pretendiera, con mucha razon podríamos nosotros maravillarnos de que nadie lo hubiese sospechado en tan largo trascurso de tiempo, y oportuna y acertadamente diríamos que sería ridículo, de mal gusto y hasta egoismo imperdonable el haber poseido un tesoro y haberle de propósito ocultado para que nadie de él se aprovechase.

El Sr. Benjumea no destruye, pues, antes corrobo-

ra nuestros argumentos, llegando á exagerarlos y á traerlos á un extremo á que nosotros nunca quisimos ir, ya que asegura que quien pretendiese hallar en el *Quijote verdades de valor inmediatamente aplicable á las ciencias, daria mala cuenta del estado de su cerebro.* Pero nosotros no vamos tan allá: nosotros creemos que, por amor á la paradoja y por prurito de lucir agudeza de ingenio y copia de doctrina, se puede muy bien sustentar que hay grandes verdades científicas en el *Quijote*, sin estar loco de remate quien lo sustente.

Lo extraño, lo singular es, que cuando ya creiamos al Sr. Benjumea convertido y más que convertido, puesto que tacha de loco al que imagine lo contrario, el Sr. Benjumea vuelve á las andadas con más brio que nunca, haciendo un para nosotros inesperado *distingo*. Lo que es locura imaginar que puede hallarse en el *Quijote*, dice, es la ciencia de la naturaleza, pero no la del espíritu; el *Quijote* no encierra ni esconde verdades químicas, astronómicas ó matemáticas; pero las contiene políticas, sociales, morales y psicológicas. El *Quijote* es un símbolo, un hieroglífico, y el Sr. Benjumea está persuadido de que le va á descubrir ó de que ya le ha descubierto. Vea el benévolo lector si no es esto volver á las andadas, y si no tendrémos razon para maravillarnos y pasmarnos de que haya permanecido oculto ese tesoro y de que lo esté aún, sin que nadie sospeche cómo es, hasta que el Sr. Benjumea, lo acabe de escudriñar, desentrañar y sacar á la luz del dia.

Despues de tanto hablar, ó mejor dicho, despues de

tanto escribir, volvemos, por consiguiente, al mismo punto de donde partimos. El Sr. Benjumea sostiene que hay una doctrina esotérica en el *Quijote* y que esta doctrina está revestida de un símbolo; que todo en el *Quijote* es simbólico, y que él va á explicárnoslo todo. Nosotros persistimos en creer y en afirmar que no hay tal simbolismo, que en el *Quijote* todo es claro, y que las filosofías que el Sr. Benjumea piensa hallar en el *Quijote*, son sus propias filosofías, las cuales, si son buenas, como del original, sano y sutil entendimiento del Sr. Benjumea ha de esperarse, poco importa que el Sr. Benjumea las atribuya á Cervantes, con plausible modestia y fina y enamorada voluntad.

Pero como ya hemos entrado en esta polémica, no nos parece bien retirarnos de ella, sino proseguirla, dando ocasion al Sr. Benjumea para que luzca el mucho talento que tiene, y provocándole y excitándole para que siga honrando con sus castizos y discretos artículos las columnas de nuestro periódico.

Con este propósito, y con el de poner en claro igualmente, en cuanto sea compatible con la debilidad de nuestras fuerzas y la priesa con que escribimos, esta cuestion magna del simbolismo de los poemas en general, y en particular del *Quijote*, proseguirémos en la réplica mañana ó pasado, ya que el asunto es tan extenso y tan interesante, que merece más de un artículo y aún libros enteros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Empezarémos este artículo asegurando al Sr. Benjumea que no tiene razon para echarnos en cara la falta de formalidad con que estamos sosteniendo con él esta polémica. El Sr. Benjumea debe persuadirse de que no hay la menor ironía en los elogios que le hemos dado, ni la menor acritud en nuestra censura. Sus *Comentarios filosóficos sobre el Quijote* nos podrán parecer falsos; pero nunca nos parecerán dignos de risa; antes bien los considerarémos como un esfuerzo de imaginacion, y si son tan discretos y sutiles como presumimos, los pondrémos sobre nuestra cabeza en señal de respeto y estimacion profunda. Lo que nunca podrémos hacer, por bien escritos que estén los *Comentarios*, es persuadirnos de esa doctrina esotérica que encierra el *Quijote*, y que nadie ha descubierto hasta ahora. Esto repugna, tal como lo entendemos, y tal como tenemos derecho á entenderlo por las explicaciones mismas que da el Sr. Benjumea, no ya sólo á nuestras ideas particulares sobre el admirable libro de que hablamos, sino tambien á todas nuestras ideas generales sobre la filosofía de lo bello. Para nosotros, y vea el Sr. Benjumea si tratamos este negocio con seriedad, el ser ciertos sus *Comentarios* implica, sobre una opinion nueva acerca del *Quijote*, un cambio radical en todas nuestras doctrinas estéticas. No extrañe, pues, que disputemos y no queramos convenir con él.

No es terquedad ni vanidad lo que nos mueve á la

disputa. Damos de barato que Rios, Clemencin y Navarrete son unos topos, y que nosotros lo somos más aún. Nosotros, puestos ya sobre la pista por el Sr. Benjumea; nosotros, que somos apasionadísimos del *Quijote*, y que le habrémos leido treinta ó cuarenta veces, calculando por lo corto, le leemos y le releemos y le volvemos á leer nuevamente, y, por más que indagamos, escudriñamos y rastreamos, no acertamos á encontrar ese simbolismo de que nos habla, y menos aún á explicar su misterioso sentido. Se nos ocurre exclamar con Sancho, cuando su amo le describia tan á lo vivo los dos ejércitos que iban á entrar en batalla, y que él no lograba ver por más que se esforzaba y despabilaba los ojos: *señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo; quizás todo debe de ser encantamento, como los fantasmas de anoche.* Lo propio exactamente nos acontece á nosotros con las ocultas filosofías que el Sr. Benjumea descubre y que no logramos descubrir. Pero no es esto lo más extraordinario. Nosotros pudiéramos ser personas de cortísimos alcances, y no ver lo que hay por torpeza y no porque no lo haya. Lo extraordinario es que los mayores sábios y filósofos que á la crítica, exámen y estudio de las obras de arte se han dedicado, no han conseguido ver más que nosotros. Para todos queda cerrado el *Quijote* tal como le entiende el Sr. Benjumea. Para todos, lo mismo que para nosotros, es el *Quijote* el libro de los siete sellos. Todos, por último, ven sólo en el *Quijote* una chistosísima sátira, un libro de entretenimien-

to, una epopeya burlesca, que no tiene *finalidad*.

Federico Schlegel, tan admirador de nuestra literatura, que pone á nuestro teatro por cima de todos los del mundo, que coloca á Calderon sobre Shakspeare, y que considera la obra de Cervantes como una de las más estupendas y sublimes que han nacido del ingenio humano, no ve ese simbolismo, ni esos arcanos que ve el Sr. Benjumea. Para Federico Schlegel, la superioridad consiste, así como para nosotros, en que siendo el *Quijote* una viva y exacta representacion de la vida real, sin lo vago é indeterminado de algunas epopeyas, sino con toda la determinacion, precision y claridad del grande épico de Grecia, carece tambien de la realidad prosáica de las novelas posteriores, así porque la vida real del tiempo en que vivió Cervantes tenia mucho de poético, como por el idealismo que él supo poner en su obra, y que sacó del escondido tesoro poético de su alma.

El famoso Gioberti aclara mejor nuestra idea sobre el *Quijote*. «El poema épico, dice, ha de tener un propósito, un fin objetivo, cuando es sério, y tira por medio de los afectos y de la idea á deleitar la imaginacion. El poema épico será en tal caso una representacion más ó menos íntegra del tipo cósmico, y expresará el movimiento cíclico, por donde los casos humanos son por la Providencia y por los hombres á un solo objeto traidos: porque repugna que las cosas sucedan por casualidad ó por una fatalidad ciega, como seria, si considerándolas en su conjunto, no se percibiese que iban ordenadas á un término, y por él reducidas á unidad de accion. Pero lo contrario acaece cuando la fábula poética no es séria, y tiene por única intencion un sentimiento sujetivo, cual es lo ridículo, lo cual, por su naturaleza, excluye toda finalidad real de parte de los objetos, puesto que la risa proviene de una contraposicion desarmónica entre los medios y el fin. La forma épica más ilustre de esta especie de poesía es el *Quijote* de Cervantes; trabajo de perfeccion tan exquisita y pasmosa, que cualquiera alabanza que se le diere jamás sobrepujará su mérito efectivo. Pero mientras más se nota en el *Quijote* la carencia de objetiva *finalidad*, más claro se ve el propósito del autor, que no pudo ser otro sino el de mostrar que el órden é institucion de la caballería á nada conduce, haciendo resaltar su nulidad por medio de lo que llamamos ahora una caricatura.»

El misterio de la hermosura y grandeza de la creacion de Cervantes, está, pues, para Gioberti (que le coloca entre los *genios creadores* nacidos en la moderna Europa, esto es, en Italia, en España, en Alemania y en Inglaterra, porque segun Gioberti, Francia y las otras naciones no han producido *genios* por el estilo) en haber formado su composicion de una manera sencillísima y algo parecida á la del Ariosto á quien le compara. Cervantes, así como el Ariosto, al poner en claro el vicio principal de la caballería, esto es, la desproporcion entre la pompa y el rumor del aparato y de las pretensiones con la pequeñez y vanidad de los resultados, halla una fuente copiosísima de ridículo, y al propio tiempo, ocasion de reproducir la individuali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad heróica, libre de toda norma extrínseca; *sus fueros, sus brios, sus pragmáticas, su voluntad*. Cervantes, así como Ariosto, funden estos dos elementos contrarios en un objeto único, y forman el tipo caballeresco; ridículo, porque carece de su condigno fin; hermoso y noble y lleno de atractivos, porque hay en él fuerza y virtud, y porque está exento y como desligado de la prosáica realidad de la vida de hoy.

Pero Cervantes (aunque en esto no se atreva por amor patrio á convenir con nosotros Gioberti) está por cima del Ariosto, porque si bien desliga á Don Quijote, en espíritu, de esa prosáica realidad, le pone materialmente en contacto y en abierta lucha con ella; de donde procede un órden portentoso de bellezas poéticas, que falta en el *Orlando*. Harto conoció y aun declaró esta supremacía el más eminente filósofo y crítico de la edad presente, el ilustre Hegel. Para Hegel, despues de los poemas de Homero, no ha habido en ninguna literatura nada más sériamente épico, esto es, más real y más ideal á la vez que el *Romancero del Cid*; nada más cómicamente épico que el *Quijote*. Hegel se expresa de este modo al hablar del Ariosto y de Cervantes, á quienes tambien compara. « El progreso llevó al espíritu humano á burlarse de cuanto hay de arbitrario en las aventuras de la edad media, de fantástico y exagerado en la caballería, y de falso en la independencia y aislamiento de sus héroes. En medio de un mundo que abundaba ya en objetos de grande interés, ó general ó nacional, sólo podian ponerse en escena aquellas cosas por el lado cómico, si bien era

representado con cierta predileccion lo que hay en ellas de verdadero y grave.» Esta cierta predileccion está en Cervantes más marcada, y por esto y por otras razones, apellida Hegel á Cervantes autor *más profundo* que el Ariosto. «En su tiempo, añade, la caballería habia pasado, y sólo podia entrar en la prosa real y en la actualidad de la vida como imaginacion aislada y como locura fantástica. Sin embargo, por su lado noble y grande, la caballería se levanta aún por cima del sentido comun, vulgar y rastrero, y por cima de la limitada tontería del espíritu positivo y práctico, cuyos defectos zahiere y burla el poeta con tanta originalidad y con tanta gracia.»

No es posible apreciar más el *Quijote* de lo que le aprecian los tres autores que hemos citado. Las razones que tienen para apreciarle, están expuestas con el saber propio de Schlegel, de Gioberti y de Hegel; pero ninguno de los tres va más allá ni columbra más que nosotros. Cada uno de estos tres autores sigue una filosofía diversa; pero los tres convienen en admirarse del *Quijote*, sin ver en él más que una obra de imaginacion, una epopeya cómica, un libro de entretenimiento. ¿Se habrán equivocado los tres y tendrá razon el Sr. Benjumea? ¿Habrá alguna enseñanza escondida en los antiguos libros y poemas caballerescos? ¿Tendrá alguna recóndita significacion la misma caballería? Lo que es nuestros autores dicen todos ellos lo contrario. Veamos á Pictet. «El mundo caballeresco, dice, con sus tradiciones, sus leyes, sus costumbres, sus sentimientos y su moral, llegó á ser un poder verdadero; mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia en él una vida facticia, y cuando vino la reaccion, todo este mundo fantástico se desvaneció como un ensueño. Así como una ligera pompa de jabon brilla en el momento de estallar con colores más vivos, así la epopeya caballeresca, al terminar su vida, despidió sus más admirables resplandores, en el poema del Ariosto, cuya ironía burlona produjo el efecto de un poderoso disolvente, y en la epopeya en prosa, tan fantástica como real, tan llena de sentido comun como de poesía, por medio de la cual cerró definitivamente Cervantes el mundo imaginario de la caballería. Mas aunque no debiéramos á la caballería sino el *Orlando* y el *Quijote*, obras maestras ambas de un arte perfectísimo, su lugar estaria siempre muy alto en la historia de la poesía humana.»

Ya ve el Sr. Benjumea cómo tambien Pictet nos da la razon. Si no temiéramos fatigarle y fatigar á los lectores, seguiriamos citando autoridades, concordes todas; pues aunque la razon, no las autoridades, es la que vale, el Sr. Benjumea nos ha provocado á citarlas, suponiendo que Cervantes, bajo la apariencia de la *mitología* ó *material simbólico caballeresco*, enseñó, no sólo moral y otras cosas en su tiempo sabidas, sino verdades grandes, que, ó no se sabian por lo comun, ó no podian ponerse de manifiesto en su tiempo, y que negar esto *es disputar con la historia, con la crítica y con el espíritu de ahora*. Pero Hegel, Pictet, Gioberti y muchos otros autores, tienen el espíritu de ahora, y no vemos que estén de acuerdo con el Sr. Benjumea. Todos ellos, como nosotros, se han salido del templo antes de que venga el hierofante á declarar el significado del ritual. Todos ellos han creido entender el *Quijote*, y no han logrado entenderle. Sin duda, que tuvo razon el que dijo, que no todos los que llevaban el tirso estaban inspirados por el dios.

Llama el Sr. Benjumea error notable á la opinion que hemos expuesto de que podrá *desencantar* el *Quijote*, queriéndole explicar; pero ya le hemos dicho en qué sentido hablamos de este desencanto. El *Quijote* se desencantará, no en sí, sino en la mente del que le entienda como una alegoría. ¿Qué vida, que animacion tendrá para este el *Quijote*?

Nosotros no negamos que el *Quijote* tenga su moral; pero la moral del *Quijote*, esto es, los pensamientos y sentimientos morales de Cervantes, puestos con su alma en el *Quijote*, no son el fin de este poema. El *Quijote* no es á manera de una fábula ó de otra cualquiera obra didáctica, las cuales estaban llenas de poesía espontánea en el principio de las sociedades, cuando el espíritu poético dominaba en todo y aún no habia cedido al prosáico gran parte de su imperio. Lo que es en nuestros dias, y aún en la edad de Cervantes, lo didáctico de la poesía tiene que ser pueril ó artificial al menos. La verdadera espontaneidad y frescura de la poesía didáctica sólo se halla en los tiempos primitivos; en los libros sagrados del Oriente, en el *Hitopadesa*, en Hesiodo, en Esopo y en los poetas gnómicos griegos, cuyas obras son anteriores á la filosofía ó sincrónicas con su nacimiento, como los versos áureos de Pitágoras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien está en un error es el Sr. Benjumea al sostener que creiamos que el *Quijote* era un libro excelente, *porque así lo han dicho infinitas autoridades literarias como artículo de fe*; pero que ignorábamos *la razon facultativa* de la bondad y excelencia del *Quijote*, hasta que ha venido él á descubrirla. «Si algunas bellezas, añade, se notaban y conocian eran las de diccion.» Pero, ¿qué autores ha leido el Sr. Benjumea que sólo se admiran de las bellezas de diccion en el *Quijote* y que no saben dar otra razon de su mérito? Los que nosotros hemos leido obran de muy diverso modo, si bien no han llegado á sospechar nada del simbolismo y de la doctrina esotérica. Los que nosotros hemos leido se admiran del *Quijote* por cuanto aquí queda dicho al citar á Hegel, á Gioberti y á otros autores; por la buena disposicion de la fábula, su discreto enlace y su amenidad y variedad; por la creacion y traza admirable de todos los caractéres; y por otras doscientas mil calidades, que seria prolijo enumerar, y que nada tienen que hacer con lo esotérico y con lo simbólico.

Asegura tambien el Sr. Benjumea que si nos agrada ahora el *Quijote* como ciento, sin saber lo que significa, ya nos agradará como mil y hasta como cien mil, cuando él nos explique su significado. El Sr. Benjumea confunde la utilidad con la hermosura, y no quiere hacerse cargo de que el admirador de la hermosura prescindede su fin, ó le halla en ella misma, pues le tiene en dejarse ver y en ser hermosa. ¿Qué enseña la música? ¿Qué enseña una estátua? Nada; no enseña nada.

Pues bien; imaginemos que una estátua, la Vénus del Capitolio por ejemplo, se anima de repente, y mueve la boca y los ojos, y ve y habla. ¿Comprenderémos mejor su hermosura porque venga un fisiólogo y nos explique cómo habla y cómo ve? Si el Sr. Benjumea tuviese una novia ó enamorada, con una boca lindísima, ¿estimaria en más los rubíes ó corales de sus labios y las dos hileras de perlas orientales, que no á otra cosa serian dignos de compararse sus blanquísimos dientes, porque viniese un fisiólogo y le explicase el fenómeno de la nutricion, que es uno de los misterios de la boca, ya que por ella se tragan y en ella se trituran y mastican los alimentos? Nosotros creemos que el Sr. Benjumea no estimaria en más la boca de su novia, despues de la indicada explicacion; y de la misma suerte creemos que no hemos de estimar en más el *Quijote* por él explicado y comentado.

Mas el no creer que el *Quijote* necesite de explicacion, salvo la histórica, y el tener por cierto que toda otra explicacion es inútil, si no nociva á su hermosura poética, en cuanto sentida por el que recibe y aprueba la explicacion, no quita que esperemos y deseemos que el Sr. Benjumea dé á luz su anunciado comentario. Antes le ansiamos, porque ha de ser muy divertido, instructivo y curioso, y ha de contener, segun nos lo prometemos del claro entendimiento del Sr. Benjumea, unas filosofías discretas y propias suyas, ya que no de Cervantes, en cuyo libro persistimos en creer que no hay más que lo que hemos visto todos, y no eso, que,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

si el Sr. Benjumea no lo toma á mal, censurándonos por lo pedestre y algo bromista de la expresion, podemos llamar *gato encerrado*.

Lo dicho es cuanto por ahora tenemos que decir sobre tan importante asunto.

LOS MISERABLES.

PRIMERA PARTE.—FANTINA.—POR VICTOR HUGO.

I.

Habiamos pensado no dar noticia ni hablar en nuestro periódico sino de las obras españolas; pero hay autores que, no sólo por su mérito real, sino por la nacion á que pertenecen, y por la lengua en que escriben, y por otra multitud de circunstancias, tienen el privilegio de alborotar el universo mundo con cada libro que publican, y de que no haya quien no los lea y quien no se apasione y exalte, ora en pró, ora en contra. Víctor Hugo es uno de los autores que más en alto grado goza de este privilegio. Se le dan, no sólo su indisputable y poderoso ingenio, su fecundidad y su originalidad, sino tambien la buena dicha de estar hoy y de haber estado en otra época á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si el Sr. Benjumea no lo toma á mal, censurándonos por lo pedestre y algo bromista de la expresion, podemos llamar *gato encerrado*.

Lo dicho es cuanto por ahora tenemos que decir sobre tan importante asunto.

LOS MISERABLES.

PRIMERA PARTE.—FANTINA.—POR VICTOR HUGO.

I.

Habiamos pensado no dar noticia ni hablar en nuestro periódico sino de las obras españolas; pero hay autores que, no sólo por su mérito real, sino por la nacion á que pertenecen, y por la lengua en que escriben, y por otra multitud de circunstancias, tienen el privilegio de alborotar el universo mundo con cada libro que publican, y de que no haya quien no los lea y quien no se apasione y exalte, ora en pró, ora en contra. Víctor Hugo es uno de los autores que más en alto grado goza de este privilegio. Se le dan, no sólo su indisputable y poderoso ingenio, su fecundidad y su originalidad, sino tambien la buena dicha de estar hoy y de haber estado en otra época á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la cabeza de un partido revolucionario, donde el entusiasmo y el espíritu de propaganda son más activos, y donde el encomio hiperbólico y pomposo se prodiga con abundancia. Víctor Hugo fué en otra época el gran maestro del romanticismo, uno de los corifeos de aquella revolucion literaria; y sus *Orientales*, sus *Cantos del Crepúsculo*, sus *Baladas*, su *Nuestra Señora de Paris*, su *Cromwell*, su *Lucrecia Borgia*, su *Angelo*, su *El Rey se divierte*, y otras creaciones por el estilo, casi se puede afirmar que hicieron las delicias del género humano, durante los pocos años que duró la fiebre romántica. Pasada esta fiebre, hasta los más cortos y poco críticos lectores llegaron á descubrir en la poesía y en la prosa de Víctor Hugo tantas extravagancias y tanto *amaneramiento* de escuela, que Lamartine, Béranger y hasta Musset, Barbier y otros poetas pudieron ser y fuéron tenidos en Francia por tan buenos ó mejores poetas que Víctor Hugo; y Mérimée, Sand, Sandeau, Balzac y otra multitud, que seria prolijo enumerar aquí, por mejores novelistas y prosistas.

Pero el *genio* de Víctor Hugo era menester que se adelantase de nuevo al de los demás autores sus compatriotas, y para ello quiso la suerte que el apasionado y extraño autor de *Nuestra Señora de Paris* viniese á trasformarse, por una larga série de casos y de evoluciones, en un demócrata, republicano y humanitario, un tanto cuanto socialista. Hubo de ocurrir asimismo que la democracia y el socialismo, despues de un breve y turbulento reinado, fuesen vencidos en Francia, y que se entronizara en aquella nacion un César, que la

privó de libertad, pero que le dió órden y sosiego interior y gloria y preponderancia entre las naciones extrañas, y que fatalmente tuvo que realizar ó propender al menos á que se realizasen muchas de las ideas y aspiraciones de aquellos mismos á quienes habia vencido, y en cuyo vencimiento habia afirmado su trono. Napoleon III humilló la revolucion; pero fué para servirla é irla llevando á buen término con más tino, reposo y calma de los que suele emplear la revolucion misma. Pero de este servicio, que los reaccionarios no perdonan ni perdonarán jamás á Napoleon III, no hacen mérito los revolucionarios, creyéndole hijo de la irresistible condicion de las cosas humanas y del todo independiente de la voluntad del César. Así es que muchos, y singularmente Víctor Hugo, le aborrecen de muerte como á déspota y á tirano, y califican el golpe de Estado del 2 de Diciembre de traicion espantosa é inícua, y no quieren volver á la patria ni aceptar la amnistía, sino cuando la libertad vuelva con ellos. No contento Víctor Hugo de mostrar esta severidad catoniana, ha querido y procurado ser el Juvenal y el Tácito del nuevo imperio, y ha escrito un tomo de prosa, titulado *Napoleon el Pequeño*, y otro de poesía, titulado *Castigos*, donde, segun vulgarmente se dice, se ha despachado á su gusto, cargando de insultos y denuestos como á tirano, al mismo á quien insultan con no menor procacidad los reaccionarios como á demagogo.

Esta conducta política de Víctor Hugo, y los escritos á que ha dado lugar, han tenido siempre fija la atencion de Europa, y vueltos hácia él los ojos, y em-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

belesadas las almas de los hombres del más vehemente de los partidos políticos; partido que se dilata y echa raíces en todos los pueblos, pero que tiene su centro en Francia, donde ha de empezar su triunfo, ó donde han de remacharse los eslabones de la cadena, que acorta y reprime el atrevido vuelo á sus aspiraciones de dominio.

El poeta expatriado, el terrible censor y estigmatizador del Bonaparte que en Francia impera, fué desde entonces, y sigue siendo cada dia más considerado como un grande adalid, como un glorioso santo padre de la democracia. Todas sus obras, todas sus palabras son leidas ó escuchadas con veneracion, y casi con idolatría. La hermosura y la grandeza de sus producciones se magnifican y ensalzan: las rarezas, lunares y *excentricidades*, que tambien hay en ellas, pasan asimismo entre los demócratas por ocurrencias divinas, por *el non plus ultra* del arte, por el último grado de sublimidad á donde puede remontarse un poeta.

El mismo carácter *apostólico* de que han investido á Víctor Hugo sus correligionarios, y el alto pedestal sobre que le han puesto, han sobrexcitado su cerebro, le han hecho descubrir más anchos horizontes, le han dado más briosa inspiracion, y le han prestado originalidad nueva, notándose en sus obras recientes, algo de más colosal y giganteo, así en lo bueno como en lo malo, así en lo hermoso como en lo grotesco, así en lo elegante y artístico, como en lo desatinado y falto de órden.

Una cosa extraña á primera vista, pero que no lo es

si bien se considera, puede advertirse en las obras recientes de Víctor Hugo, á saber: que si no son intachables en punto á religion y á moral, hay poco que tachar en ellas, sobre todo comparándolas con las obras de su primer período, cuando sólo era romántico, y no era *apóstol* todavía. La tendencia de las obras recientes, es revolucionaria, es democrática, es hasta si se quiere socialista; pero léjos de contradecir el dogma católico y la moral cristiana, Víctor Hugo los acepta y confiesa, y trata de sublimarlos y de apoyar en ellos sus ideas políticas y sociales, más ó menos erróneas. Nos parece, pues, exagerado y absurdo el sostener, como han sostenido algunos, á propósito de *Los Miserables*, que el mismísimo demonio ha tenido mucho que hacer y dictar en este libro. Las ideas morales y religiosas de *Los Miserables* son buenas: los errores de *Los Miserables* son de un órden inferior y meramente humano, y no hay para qué suponer, si no es como figura retórica que el demonio ha tenido arte ni parte en estos errores. Lo que sí hay en Víctor Hugo es un encanto extraordinario de estilo, que presta mágia á los asuntos de que trata; asuntos que agitan hoy profundamente todos los espíritus y que nunca fuéron tratados tan bien en libros de entretenimiento. Eugenio Sue, el más famoso de los novelistas del socialismo, tiene un estilo de cocinera. Víctor Hugo, con menos inventiva que Eugenio Sue, es un gran escritor, á pesar de todos sus defectos; es un egregio poeta, á pesar de todas sus singularidades.

Fuerza es convenir en que estas singularidades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abundan á veces más de lo justo en sus obras; pero *Los Miserables*, aunque no están libres de ellas, no cuentan tantas como otros escritos suyos. Nuestro poeta se puede decir que llegó en *Las leyendas de los siglos* al último extremo de la extravagancia; y que despues ha retrocedido y se ha puesto en *Los Miserables* más en consonancia con el sentido vulgar ó comun al vulgo de los hombres.

En el que escribe este artículo produjo muy notable impresion la lectura de *Las leyendas de los siglos*, obra que salió á luz dos ó tres años há, excitándole á escribir á un amigo lo que vamos á trasladar aquí ahora. Para comprender á Víctor Hugo, si no bien, tal como nosotros le comprendemos, y para estimar *Los Miserables* en lo que deben ser estimados, importa dar préviamente una ligera noticia de las mencionadas *Leyendas*. Cuando aparecieron, deciamos, pues, lo siguiente:

«Quiero encumbrarme, quiero tener el empuje y el resuello de una locomotiva y la voz estrepitosa del Niágara y de las tempestades; quiero para mi estilo el cárdeno resplandor del relámpago y los colores del iris y las llamaradas del infierno, y quiero para mi palabra toda la fuerza *teúrgica*, cabalística y evocatoria del *tetragrámaton*. Quiero hablarte de un libro francés que nos ha vuelto medio locos á todos los habitantes de Madrid; de un libro que va á hacer ó que ya está haciendo una revolucion *palingenésiaca* en la literatura; de un poema titánico, cósmico, infernal y celestial, que no es, á pesar de todo, sino el preludio de otro poema insondable é infinito, junto al cual han de mostrarse más insignificantes y pequeños que una copla de fandango el Ramayana y el Mahabarata. Quiero hablarte, en suma, de *Las leyendas de los siglos*, de Víctor Hugo.

¡Válgame Dios qué poema! ¡qué borrachera! Los versos, segun el ruido que hacen y lo calientes que vienen, parecen forjados en la fragua de los cíclopes, cuando

Tres imbris torti radios, tres alitis Austri
Miscebant operæ, flammisque sequacibus iras.

El asunto es todo lo creado y lo increado; la accion, todo lo que pasa y ha de pasar; el tiempo, la eternidad; el lugar, el espacio infinito, y lo que habria si pudiésemos sustraer el espacio: los personajes, Dios, el género humano, los diablos, la luz, las tinieblas, las peñas, los astros, las flores, los cerdos, los asnos, etc.; que todos tienen voz y voto, y hacen un papel muy importante en este aquelarre estupendo.

Se trata en este aquelarre de todas las ciencias, antiguas y modernas, descubiertas y ocultas. Contiene en cifra este poema cuanto se sabe y cuanto se ignora: física, metafísica, política, economía social, lingüística, mágia,

Botánica, blason, cosmogonía,
Sacra, profana, universal historia,
Cuanto puede hacinar la fantasía,
En concebir delirios eminente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Empieza el poema con una serenata que da la Creacion á Eva, para felicitarla porque *está de esperanzas*, como dicen los portugueses, y termina con una mano negra, de un tamaño inconmensurable, que sale de lo más enmarañado y hondo de los abismos, y va á agarrar la trompeta del juicio y á tocar en ella la diana de los muertos. Entonces cae el telon. Ya se entiende que la trompeta del juicio (Dios nos le dé á todos), no es una bagatela. Nuestro sol se podria disparar por su hueco como una almecina que dispara un chico por un cañuto. Imagínate qué nene seria el ángel que iba ya á tocarla, y que sin duda se la podria colgar de la cadena del reloj, como nosotros nos colgamos un dije ó un brinquillo.

Mas no sólo el susodicho clarin, sino todo es colosal en este poema. Hay un leon que se merienda una ciudad entera con sus ciudadanos y con sus muros ciclópeos; hay un ojo que persigue á Cain, y unas gotitas de sangre que caen sobre la túnica de nieve de un rey parricida, que verdaderamente pasman; hay un Roldan que mata él solo á diez furibundos y descomedidos jayanes, infantes de Galicia, y á casi todos los gallegos que habia entonces en el mundo; hay un sapo lleno de virtudes y de talento, aunque feo, cuyo martirio interesa más que el de las once mil vírgenes; hay un burro de corazon nobilísimo, junto al cual Platon y Sócrates son dos galopines; y hay, finalmente, un sátiro muy lascivo, que anda persiguiendo siempre á las ninfas, y á quien Hércules lleva al Olimpo, agarrado de una oreja. El sátiro, como el Sr. de Madureira, canta en presencia de los dioses. Y canta del orígen de las cosas y del progreso de ellas y de la gloriosa ascension de la humanidad hácia el bien. El espíritu se va desenvolviendo en el sátiro al compás de sus canciones, y domina á la materia y á los demás espíritus que le rodean.

Tum vero in numerum faunosque ferasque videres
Ludere, tum rigidas motare cacumina quercus.

De repente el sátiro se hincha, se prolonga, se ensancha, se hunde, se eleva, y se dilata de un modo inconcebible, ó poco menos. Las cerdas se le convierten en bosques primitivos, y los ojos en estrellas de primera magnitud; le salen de no sé dónde todas las aguas del mar y de los rios;

.....se rasca de lobos y de osos
como de piojos los..... humanos;

y por el dedo meñique se le pasean caravanas y tribus enteras. Sus lunares y berrugas son el Himalaya y los Andes. En resolucion, el sátiro abre la boca, y le caben en la boca todas las deidades, y se las traga, y ocupa con el cuerpo los espacios infinitos, y embebe en sí al universo, y no queda nada más que él. Él es la inteligencia y la materia; él es tú, y yo, y aquel, y el de más allá, y él es todo, porque es el gran Pan, que todo lo encierra, y que todo lo confunde y unimisma. Esto no se aviene, que digamos, con lo de la trompeta

del juicio y demás creencias de buen cristiano que hay en el poema. ¡Léele y verás qué pesadilla! Mis breves palabras no son siquiera un mal trazado rasguño del tal poemazo.»

Tal, en nuestro sentir, era y es el poema titulado *Las leyendas de los siglos*. En *Los Miserables* ha dicho el poeta *paulo minora canamus*; pero la filosofía de la nueva obra está de acuerdo con la filosofía de la antigua, si bien es más práctica la de la nueva, y está más al alcance de todos. La obra nueva lleva, con todo, una ventaja á la antigua. No hay en la obra nueva ni una sola palabra, ni un solo pensamiento, por donde pueda Víctor Hugo ser acusado de panteista: apenas si hay algo por donde se trazluzca que Víctor Hugo sea racionalista, que no esté muy firme en la fe católica, que no sea un sincero creyente. Por el contrario, los héroes más héroes de la novela son dos figuras cristianas: un santo prelado lleno de caridad y resplandeciente de otras virtudes evangélicas, y un pecador arrepentido y penitente, que hace sobrehumanos y maravillosos esfuerzos para limpiar su alma de la mancha del pecado. La intencion religiosa de *Los Miserables* no puede, por lo tanto, censurarse, y menos aún la intencion moral. Que el obispo reparta todos sus bienes con los pobres; que su ferviente caridad se extienda, como la de San Francisco de Asís, hasta sobre los hombres más abyectos y hasta sobre las criaturas más perversas y feas, moral ó físicamente consideradas, no creemos que sean novedades diabólicas que deban asustar á los buenos católicos. San Francisco de Asís no

fué sólo caritativo con los hombres de mal vivir, sino hasta con los lobos, convirtiendo á uno y poniéndole en libertad, si bien exigiéndole préviamente que no hiciese daño en lo sucesivo. El carácter y la conducta del obispo que Víctor Hugo nos retrata en *Los Miserables* están, pues, de acuerdo con el ideal cristiano; y como no se puede decir que Víctor Hugo impone como precepto, sino que presenta sólo como modelo y dechado de perfeccion las acciones de monseñor Bienvenido, no acertamos á comprender qué razon haya por este lado para decir que *Los Miserables* son obra del demonio. Si exigiera Víctor Hugo que todos los obispos fuesen tan generosos, humildes y desprendidos como el que nos traza, ya se podria sospechar que procuraba hacer una sátira contra los que no se acercan á tal extremo de generosidad, de largueza y de mansedumbre. Pero Víctor Hugo debe conocer, y conoce, que la naturaleza no es tan fecunda en hombres ejemplares y en varones bienaventurados, y no pretende que haya en la cristiandad tantos monseñores Bienvenidos como prelados hay. Los afectos encendidos de puro amor hácia todas las criaturas, que muestra el obispo de la novela, sólo pueden ser tildados de extravagancia y de *sensiblería* por los hombres profanos, mas no por los místicos al uso, que presumen de amorosos y de llenos de caridad. Santos que veneramos en los altares, y que interceden por nosotros en el cielo, han tenido familiaridad con las más ínfimas criaturas, y han manifestado cariño á perros y á cerdos y á asnos, y han llamado hermanos á los pájaros, á los peces, y á otros séres más es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

túpidos é inferiores, considerándolos á todos como á obras de Dios, como á hijos de nuestro Padre que está en el cielo. Y esto no puede ni debe ser ridículo sino para la gente de mundo, descreida y volteriana; para las almas creyentes, apasionadas y místicas esto es sublime. La piedad y conmiseracion de monseñor Bienvenido al ver una monstruosa y deforme araña, indican una exaltacion de caridad del todo conforme con el suavísimo espíritu de nuestra religion divina.

Y siendo cierto, como lo es, que, por el amor de Dios, de acuerdo con la nobilísima y amorosa doctrina del Evangelio, y siguiendo é imitando á los santos más perfectos que ha habido, podemos y aún debemos, si el fuego de la caridad es capaz de tanto en nuestros corazones, difundir su afecto hasta sobre las más indignas criaturas, no se ha de negar que podemos asimismo difundirle sobre los pecadores; ni se ha de abominar de que el obispo dé hospitalidad á un presidiario y le siente á su mesa. Cristo habló con pecadores y con malas mujeres, como la Samaritana, y murió al lado de un ladron, é hizo que este ladron fuese el primero á quien se le abriesen las puertas del paraíso, dándole hospitalidad en su casa, como al presidiario Juan Valjean se la dió monseñor Bienvenido en la suya.

De nada de esto, ni de otros muchos casos, accidentes y discursos de la novela titulada *Los Miserables*, pueden pasmarse y asustarse sino aquellas personas que han fantaseado, sin malicia y sin conciencia, un cristianismo cómodo, que creen que debe servirles como de medio para intimidar á las clases menesterosas

y tenerlas á raya, y calmar en ellas la avaricia, la envidia y otras malas pasiones, aguzadas por la miseria, conteniéndolas con el freno de las penas eternas del otro mundo.

Por dicha, el cristianismo no es esto; el cristianismo no es una arma de los que tienen contra los que no tienen; el cristianismo no ha venido sólo á favorecer á los unos, para que no sean vencidos y robados por los otros; el cristianismo ha venido á declarar que unos y otros son hermanos, y á poner paz y amor entre ellos, en vez de guerra y discordia. La naturaleza humana, por decaida y pervertida que esté, no reconoce al temor como única rémora que la detiene en la pendiente por donde la arrastran la codicia y el deseo de goces materiales, y el triste y vergonzoso pesar que suelen causarle el bien y la prosperidad ajenos.

Porque Víctor Hugo escriba una novela llena de sentimientos caritativos y de piedad profunda hácia los desvalidos, ignorantes y menesterosos, no hay, pues, razon suficiente para acusarle de socialista.

Entremos, con todo, en un exámen detenido de *Los Miserables*, narremos en resúmen brevísimo el argumento de su primera parte, titulada *Fantina*, y veamos dónde están los errores, si los hay, que no lo negamos. Sólo negamos que estos errores tengan la trascendencia, la enormidad, la ponzoña agudísima que en ellos descubren ó creen descubrir algunos espíritus timoratos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Hemos tratado de probar en el anterior artículo que no hay nada de inmoral ni de irreligioso en *Los Miserables*, y que la primera de las cinco novelas que han de formar esta *pentalogia* está escrita por un estilo admirable, que seduce y deslumbra, y que pone á cubierto muchas faltas literarias. Ahora tenemos que confesar que estas faltas son á veces tan garrafales que bien pueden pasar por solemnes desatinos.

La novela de *Fantina*, ni por los caractéres, ni por la accion, vale más que la peor novela de Eugenio Sue ó de Ayguals de Izco. Sólo vale más por el primor, por el arte con que está escrita. Pero á pesar de este escaso valer, no puede el crítico dejar de hablar de esta novela, porque así los amigos como los enemigos políticos de Víctor Hugo conspiran á hacerla popular y famosa, ponderándola unos como si fuese un apéndice del Evangelio, y excomulgándola otros como si estuviese escrita por Lucifer en persona.

Pena y vergüenza sentimos al decirlo; pero la aparicion de *Fantina* en esta villa y córte ha sido un gran acontecimiento. Los neo-católicos clamaban porque se prohibiera, los demócratas hacian ditirambos en su alabanza, y los hombres del justo medio la compraban y la leian.

Hasta en el púlpito se ha hablado ya de *Fantina*, haciéndose de ella el asunto de todo un sermon. En Madrid, donde hay apenas quien lea, y mucho menos

quien compre un libro en castellano, se han vendido multitud de ejemplares de *Fantina*, y el público los ha devorado con ánsia, imaginando tal individuo que iba á hallar en su lectura el medio de acabar con todos los abusos y los males de la sociedad presente, y recelando otros que tenian entre las manos una máquina infernal, muy á propósito para echar por tierra el altar y el trono, la propiedad y la familia, y todos los códigos civiles y criminales.

Extraño parecerá lo que vamos á decir; pero nos aflige que *Fantina* no sea nada de esto. Quisiéramos que hombres de la fama y del talento de Víctor Hugo tratasen de resolver las más temerosas cuestiones sociales. Si erraban, como seria más que posible, otros enmendarian su yerro, y algo aprenderiamos nosotros, los curiosos y aficionados á leer. Mas ¿qué hemos de aprender en *Fantina* ni en las impugnaciones de *Fantina*? Sólo la insignificancia y la inutilidad de este cuento para lo que ahora, con palabra bárbara é híbrida, se llama *sociología*. Este cuento, sin embargo, entretiene y hasta conmueve, gracias á la mágia con que está escrito, á sus arranques sentimentales, á sus aventuras extraordinarias y absurdas, y tambien acaso á su misma celebridad, que le circunda de una célica y refulgente aureola, si es demócrata quien le lee, ó le presta cierto olorcillo á betun, pez y azufre, envolviéndole en llamas azuladas y verdinegras, si quien le lee es neo ó algo por el mismo órden.

Para nosotros, que no somos neos ni demócratas, *Fantina* no está ni en el infierno ni en la gloria: *Fan-*

tina está en el limbo. Quien lee este cuento sin prevencion, no saca de su lectura sino perder tiempo y distraerse un poco: lo que se saca de la mayor parte de los cuentos.

En este de que tratamos hay, á decir verdad, dos acciones, que se enlazan un poco, si bien pudieran no estar enlazadas. Pero ¿que más puede desear el lector que hallarse con dos cuentos enteramente distintos cuando no pensaba leer más que uno?

Cada una de las dos acciones tiene su héroe, y (¡cosa rara!) el que da título á la novela es el menos importante, el más episódico. El héroe principal, el protagonista de la primera parte de *Los Miserables* es Juan Valjean. El autor, sin embargo, titula su cuento *Fantina*, y así empezarémos, antes de todo, por hablar de *Fantina*.

Prepárese el lector á oir una série de lances, que privados por nosotros del encanto que sabe darles Víctor Hugo, y referidos en compendio y de priesa, van á parecer un diluvio de disparates.

Cuatro estudiantes de Paris, amigos todos y regocijados, tienen sendas enamoradas, segun es uso en aquella universidad y en otras. Una de estas enamoradas es *Fantina*. Las otras tres consideran sus amores, como suelen considerarlos las *grisettas* todas, como una diversion, como un pasatiempo, y hasta como un oficio. Sólo á *Fantina* se le ha antojado tomar sus amores por lo sério, y está derretida por su estudiante, que es un grandísimo truhan.

El retrato de la romántica y tierna *Fantina* es muy

poético y hermoso. Hasta aquí nada tenemos que censurar al poeta. Convenimos, con los que condenan la literatura del dia, en que no es lo comun que las pasiones nobles y los sentimientos delicados vayan á refugiarse en el corazon de las mujeres perdidas; pero no es imposible que en él se refugien, y hasta tenemos por poco cristiano y por poco caritativo á quien entiende otra cosa. Marion de Lorme y la Dama de las Camelias han tenido sus predecesoras en Manon Lescaut y en la doña Esperanza de Meneses de *La Tia fingida*. Mujeres bienaventuradas hubo, como Santa Tais, Santa María Egipciaca y otras, que llegaron á la más sublime altura de la perfeccion desde la sima más honda de los vicios. No se culpe, pues, á Víctor Hugo, porque ponga tesoros de inocencia, de honradez y de ternura en el corazon de una *grisetta*.

Fantina, á pesar de estos tesoros, es abandonada por su amante, quien la deja con una hija pequeñuela, fruto de sus amores. *Fantina* ama á su hija con delirio. Quiere criarla, consagrarse á ella y ser mujer honrada. Pero aquí entran las dificultades para ser mujer honrada, dificultades que exagera Víctor Hugo, y aquí entran las tonterías é inexplicables ridiculeces que hace *Fantina*, y que han menester de todo el talento de Víctor Hugo, para que el lector se las perdone.

Una mujer jóven, lindísima, de buen carácter y virtuosa, salvo su falta con el estudiante, no halla en Paris en qué emplearse para ganar honradamente la vida. Primer fenómeno extraordinario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta mujer quiere irse á su villa natal para trabajar allí, y quiere confiar á su hija á alguna persona que se la crie, porque con la hija nadie querrá recibirla ni para trabajar en un taller, ni como criada de servicio. Pero (segundo fenómeno extraordinario) Fantina, que ha vivido en Paris por lo menos más de dos años, en amores con el estudiante, y que debe conocer á otros estudiantes, á porteros y á porteras, y á *grisettas*, y, en suma, á muchísima gente, no encuentra ó no busca en todo Paris un sujeto de confianza á quien entregar á su hija, dándole una suma al mes para su manutencion. Esto no se explica sino suponiendo ó que Fantina era tonta, ó que todos los habitantes de Paris son unos verdaderos *miserables*, de quienes nadie se puede fiar.

Algo de esto debia ser, puesto que Fantina carga con su hija á cuestas, y se va para su lugar, unos ratos á pié y otros andando. En medio del camino, ve parada á la puerta de un meson ó venta, á la ventera con sus chicos, y Fantina se decide á dejar allí el suyo. Ella que no habia hallado á quien dejársele en todo Paris, determina abandonársele á una ventera, á una mujer á quien no conoce, y que, segun todas las apariencias, es una archi bribona. El ventero no le va en zaga, ni disimula su briboneria, mostrándose interesado y sin entrañas: pero Fantina no se percata de ello, y abandona á su niña en poder de aquellos cafres. Esto no tiene sentido comun.

Fantina llega á su lugar y se pone á trabajar en una fábrica de azabache falso. Es de advertir que Fantina, aunque algo demacrada, sigue siendo hermosa como

un cielo, con un pelo rubio como el oro y unos dientes como perlas orientales. Además es modesta, trabajadora, humilde y dulce de carácter. Su única falta es la de haber sido querida del estudiante. Casi todo lo que gana se lo envia á los venteros para que su niña esté como una princesita, y los venteros la roban, y tratan muy mal á aquel ángel. La buena madre sigue siendo tonta, y no cae en la cuenta de nada de esto.

Hasta ahora, por más que el curioso lector se haga ojos, no acertará á descubrir donde está aquí ni lo anti-social, ni lo social, ni qué culpa, ni qué mérito adquiere la sociedad en que vivimos de que haya una mujer que haga todas las cosas al revés de como se hacen, y de que esta mujer tenga la desgracia de no dar sino con la canalla más abominable del mundo, empezando por el estudiante, que lo mismo se acuerda de su hija y se cura de ella, que de los hijos del Zebedeo.

Pero ya va á empezar lo más trágico. En la fábrica hay una vieja beata, muy curiosa y maldiciente, que viene á descubrir que Fantina envia mucho dinero para mantener una hija natural suya. La directora de las mujeres de la fábrica despide á Fantina por su inmoralidad. Esto podrá suceder ó haber sucedido alguna vez: pero no es probable que suceda. Ni en Francia, ni en España, ni en pueblo alguno, se ha llevado jamás la pudibundez hasta ese extremo. Por otra parte, si al descubrir que Fantina era madre, se descubria en ella una falta; al descubrir el afan y la constancia con que sustentaba á su hija, se descubria en ella una virtud, que la hacia acreedora á todo respeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El dueño de la fábrica, que era un hombre caritativo, benévolo y virtuoso, y tenia fama de tal, no llega á saber nada de esto. Fantina incurre en la inexplicable necedad de no acudir á él, contándole su vida, y haciéndole ver que no habia razon para que la echasen de la fábrica.

Ya fuera de ella, no halla nuestra infelicísima heroina medio alguno de ganar dinero que baste á sus cortas necesidades. Los venteros siguen saqueándola, y ella sin comprenderlo. No hay alma piadosa que socorra desinteresadamente á esta linda y santa muchacha. ¡Qué gente tan perversa debe de ser la de Francia! dirá cualquiera al leer esto. ¡Qué gente! dirá cualquiera al leer las horribles privaciones que padece Fantina. Al cabo, la pobre, desesperada, aburrida y como por vía de distraccion (¡bonita distraccion!) toma un amante á quien no ama, que es rudo y bestial, y que le sacude bien el polvo. Esto ya es monstruoso. ¿Para qué este amante? Si Fantina era delicada y tenia nobles sentimientos, no debia entregarse á nadie, y mucho menos sin la excusa de una pasion; y si sus sentimientos no eran tan sublimes, nos parece que hubiera debido buscar amigo más decente, que, en vez de apalearla, la diera para mantener á su niña. Con este amante inmotivado y por distraccion, despoja Víctor Hugo á su heroina del interés que habia sabido prestarle, á pesar de lo absurdo de la historia, y hace más absurdos é imposibles los lances que despues suceden.

A Fantina le falta otra vez dinero para mantener á su niña, y vende por unos cuantos maravedís su hermosísimo pelo rubio. Pero esto no es nada para lo que viene en seguida. Fantina, pelona ya, vuelve á encontrarse sin un cuarto, y los venteros piden cuarenta francos para la niña. Por lo visto, en toda su tierra natal no tenia ella ni prima, ni tia, ni tio, ni parientes ni amigo, ni conocido que se los diese ó se los prestase. No habia un alma caritativa que se interesase por su juventud, por su belleza ó por su amor de madre, ó al menos que anhelase suplantar al brutal amante que ella habia tomado por distraccion y que la apaleaba. En este apuro, pasa por el lugar un sacamuelas ambulante, que, si bien Víctor Hugo no lo dice, nosotros sospechamos que debia de ser el mismísimo diablo. Nosotros sabemos poquísimo ó nada de *odontotécnica*, ó dígase del arte de hacer dientes postizos; pero siempre habiamos creido que estos se hacian, no de dientes humanos, sino de otras materias. Sin embargo, el sacamuelas y fabricante de dientes de Víctor Hugo, sacaba los dientes á los pobres para ponérselos á los ricos. Ve á Fantina, se admira de sus hermosísimos dientes, y le ofrece los cuarenta francos justos, que á ella le hacian falta, por los dos dientes de delante de su maudíbula superior. Tan bárbaro ofrecimiento se hace á voces, con el mayor descaro, en medio de la plaza pública, y nadie tiene qué censurar ni qué condenar en el sacamuelas. Si Fantina há menester cuarenta francos y no tiene otro medio de propocionárselos, que se saque los dientes y el alma: nada más natural. Tal parece ser la reflexion que hacen los que están presentes á la proposicion del contrato. En esto

Víctor Hugo no ha podido tener la intencion de censurar á la sociedad, sino á los individuos. Victor Hugo ha levantado una calumnia al género humano. Estamos seguros de que en la aldea más pobre y de gente más feroz, si un sacamuelas viniese á hacer proposicion semejante á una linda muchacha, el pueblo se alborotaria, socorreria á la muchacha para que no tuviese que quedarse mellada, y hartaria de mogicones al sacamuelas, quitándole á él lo que él queria quitar á la otra. Pero en la novela de Víctor Hugo no sucede nada de esto, y Fantina se deja arrancar sus dientes, como una cordera. Pelona ya y mellada, á fuerza de virtud, ¿qué cosa más natural que echarse á mujer pública? Alguien pensará que mejor hubiera sido guardar el pelo y los dientes para entrar en dicho oficio; pero Fantina discurria de otro modo ó no discurria. Sin pelo, sin dientes y recorriendo las calles, tenemos ya á la pobre Fantina. El poeta nos la ha convertido en la *traviata de las traviatas*, y la ha sumido en el más hondo abismo de la degradacion. Para que nada le falte, para que sea, como suele decirse, miel sobre hojuelas, Fantina, la pobre Fantina, se da á la bebida, se aficiona al aguardiente, se hace borracha. Aquella jóven tan pudorosa, tan candorosa, tan buena, tan bonita, se convierte en la más inmunda de las mujeres que andan por las callejuelas. Involuntariamente se nos viene á la memoria el espantoso epigrama de Catulo, y se le aplicamos á Fantina:

Illa Fantina quam Victor Hugus unam
Plus quam se, atque suos amabit omnes,

Nunc in quadriviis et angiportis,
G..... magnanimos Breni nepotes.

En efecto, á veces se nos antoja que esta Fantina es la personificacion, la alegoría de la musa de Víctor Hugo que, de extravagancia en extravagancia, ha venido á caer en el lodo y á revolcarse en él con deleite, haciendo tales inmundicias.

Ya en tal estado de miseria, pues la pobre Fantina no ganaria mucho pelona y sin dientes, un señorito la ofende de una manera tan cruel, que ella olvida su ordinaria mansedumbre, y le pega y le araña *coram populo*. Un polizonte, el Sr. Javert, que, como verémos más tarde, hace un papel importantísimo en el cuento, presencia esta escena, y receta á la pobre Fantina seis meses de prision, por haberse desmandado. En España, ¿qué decimos en España? en cualquiera punto del mundo real, todos los circunstantes hubieran dado la razon á Fantina, hubieran aplaudido su brio, hubieran celebrado su justa venganza, la hubieran dejado libre ó la hubieran dado una ligera correccion, y se hubieran reido del señorito insolente y sin entrañas. En la novela es menester que Fantina sea condenada á seis meses de prision, y Fantina es condenada.

Por dicha, el amo de la fábrica de azabache falso, único hombre de razon y de caridad que por lo visto habia en aquel pueblo, y que era alcalde, acierta á pasar por allí, se entera de todo y pone en libertad á Fantina: pero la infeliz está ya casi moribunda; la tísis, enfermedad de moda y recurso dramático para matar

á las *traviatas*, consume á esta de quien contamos la lastimosa historia.

Entonces el amo de la fábrica, el varon justo y penitente de la novela, se lleva á Fantina á uno como hospital que tiene en su casa. Ella cuenta su vida al varon justo, y casi venimos á averiguar que era una santa, víctima de la sociedad ó de la tontería.

El varon justo quiere hacer venir á la niña de Fantina, que sigue en la venta, pasando las penas derramadas; pero los venteros, como ven que las remesas de metálico menudean, gracias á la generosidad del varon justo, no sueltan al angelito. Así es que, mientras estamos entre si viene ó si no viene, Fantina se va al otro mundo, en olor de santidad, dejando muy edificadas y consoladas á las madres ó hermanas de la Caridad que la asistian.

Tal es en resúmen la historia de Fantina, pobre de invencion y llena de mostruosos disparates; pero contada con talento extraordinario.

Ahora hablarémos de la verdadera ó principal accion de la novela, de la vida y milagros del presidiario Juan Valjean que, arrepentido de sus pecados, se convierte en gran filántropo, fabricante y varon justo, y que saca á Fantina de la perdicion en que se hallaba, y logra que tenga un tránsito apacible, cuando no glorioso, á otra vida mejor; lo cual no era mucho encarecimiento para ella por lo perverso y rematadamente malo de la que habia vivido.

En todo lo que dejamos apuntado, volvemos á repetir que hay más extravagancia que espíritu ó miras

anti- sociales. El libro de *Los Miserables*, más que corromper las costumbres ó difundir el socialismo, lo que podrá corromper será el buen gusto literario, y lo que podrá difundir será la manía de escribir disparates que, escritos sin el talento de Victor Hugo, no tendrán la menor disculpa, ni el atractivo más pequeño.

Ya hablarémos en otro artículo de Juan Valjean, y ya volverémos á hablar de su protector el obispo.

III.

Casi estamos arrepentidos de haber empleado tanto tiempo y tantas columnas de nuestro periódico en hablar de *Lso Miserables*, habiendo en España no pocos libros nuevos, de los cuales, ni nosotros, ni ningun periódico diario ha dado circunstanciada noticia, y sobre los cuales tal vez no se ha publicado ni una gacetilla siquiera. Ni de la *Munda Pompeyana*, de los Sres. Oliver, ni de la *Historia de la literatura española*, del Sr. D. José Amador de los Rios, ni del *Madrid antiguo*, del señor Mesonero Romanos, ni de la *Historia parlamentaria*, del Sr. Rico y Amat, ni de *La China y las potencias cristianas*, del Sr. Mas, ni de otros muchos libros, así de instruccion como de entretenimiento, que han escrito y publicado recientemente autores españoles, ha habido crítico alguno que trate; pero en cambio, todos, *doctique*, *indoctique*, hablamos de *Los Miserables*, de Victor Hugo.

Nosotros, arrastrados por la corriente, hemos dado tal vez á este libro más importancia de la que merece

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á las *traviatas*, consume á esta de quien contamos la lastimosa historia.

Entonces el amo de la fábrica, el varon justo y penitente de la novela, se lleva á Fantina á uno como hospital que tiene en su casa. Ella cuenta su vida al varon justo, y casi venimos á averiguar que era una santa, víctima de la sociedad ó de la tontería.

El varon justo quiere hacer venir á la niña de Fantina, que sigue en la venta, pasando las penas derramadas; pero los venteros, como ven que las remesas de metálico menudean, gracias á la generosidad del varon justo, no sueltan al angelito. Así es que, mientras estamos entre si viene ó si no viene, Fantina se va al otro mundo, en olor de santidad, dejando muy edificadas y consoladas á las madres ó hermanas de la Caridad que la asistian.

Tal es en resúmen la historia de Fantina, pobre de invencion y llena de mostruosos disparates; pero contada con talento extraordinario.

Ahora hablarémos de la verdadera ó principal accion de la novela, de la vida y milagros del presidiario Juan Valjean que, arrepentido de sus pecados, se convierte en gran filántropo, fabricante y varon justo, y que saca á Fantina de la perdicion en que se hallaba, y logra que tenga un tránsito apacible, cuando no glorioso, á otra vida mejor; lo cual no era mucho encarecimiento para ella por lo perverso y rematadamente malo de la que habia vivido.

En todo lo que dejamos apuntado, volvemos á repetir que hay más extravagancia que espíritu ó miras

anti- sociales. El libro de *Los Miserables*, más que corromper las costumbres ó difundir el socialismo, lo que podrá corromper será el buen gusto literario, y lo que podrá difundir será la manía de escribir disparates que, escritos sin el talento de Victor Hugo, no tendrán la menor disculpa, ni el atractivo más pequeño.

Ya hablarémos en otro artículo de Juan Valjean, y ya volverémos á hablar de su protector el obispo.

III.

Casi estamos arrepentidos de haber empleado tanto tiempo y tantas columnas de nuestro periódico en hablar de *Lso Miserables*, habiendo en España no pocos libros nuevos, de los cuales, ni nosotros, ni ningun periódico diario ha dado circunstanciada noticia, y sobre los cuales tal vez no se ha publicado ni una gacetilla siquiera. Ni de la *Munda Pompeyana*, de los Sres. Oliver, ni de la *Historia de la literatura española*, del Sr. D. José Amador de los Rios, ni del *Madrid antiguo*, del señor Mesonero Romanos, ni de la *Historia parlamentaria*, del Sr. Rico y Amat, ni de *La China y las potencias cristianas*, del Sr. Mas, ni de otros muchos libros, así de instruccion como de entretenimiento, que han escrito y publicado recientemente autores españoles, ha habido crítico alguno que trate; pero en cambio, todos, *doctique*, *indoctique*, hablamos de *Los Miserables*, de Victor Hugo.

Nosotros, arrastrados por la corriente, hemos dado tal vez á este libro más importancia de la que merece

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en realidad, si bien ha sido con el intento de probar que no tiene esta importancia.

Antes de 1848, apenas habia en España quien supiese lo que era socialismo; quien recelase nada del socialismo. *El Heraldo* y otros periódicos moderados publicaron en su folletin novelas coma *El Judío errante* y *Los misterios de Paris*, sin advertir las doctrinas que divulgaban. De *Los misterios de Paris* se hicieron en España, en un año, más de veinte ediciones, y nadie, ó pocas personas dijeron que era anti-social esta novela. Hoy, sin dejar de tener en España la misma predilección por los libros franceses, hemos venido á dar en el extremo contrario, y tachamos de anti-sociales las dos terceras partes de las obras que leemos.

La censura exagerada, este temor de la ponzoña que ciertos libros encierran, excita la curiosidad y contribuye poderosamente á que se lean más de lo que de otra suerte fueran leidos.

En este caso se hallan *Los Miserables*, cuyo análisis vamos á terminar en breves palabras. Pero antes de terminarle, nos importa hacer una distincion para que se entienda mejor nuestro pensamiento. Nosotros creemos que se puede ser anti-social hasta cierto punto, sin ser inmoral ó irreligioso. Aceptando, acatando y ensalzando el dogma católico y la moral cristiana, puede un autor descubrir ó soñar vicios y maldades en el organismo social, y condenarlos y censurarlos ásperamente, á menudo sin fundamento, apoyándose, al dictar su sentencia, en los mismos principios de la moral que los bien avenidos con la sociedad afirman que él desconoce. En este sentido, tal vez se pudieran calificar de socialistas muchos libros devotos. La novela de Víctor Hugo, sin embargo, va en ocasiones un poco más léjos. La pasion ciega al ilustre poeta, y sin que nos atrevamos á calificar de inmoral ni de irreligioso, sino de todo lo contrario, el conjunto de la obra, hay en ella dos ó tres pasajes que es menester confesar que desmienten nuestro aserto.

Ya hemos dicho que el obispo monseñor Bienvenido es un dechado de perfeccion, un modelo de todas las virtudes cristianas. Leer la vida que de él nos refiere Víctor Hugo, es leer la vida de un santo. Hay, con todo, en esta vida, algunas cosas que pudieran haberse excusado por extravagantes, y dos ó tres hechos que desdicen, que protestan, que braman de verse incluidos en la vida de tan venerable siervo de Dios.

El más culpado de estos hechos es como sigue. Un bandido roba las alhajas de Nuestra Señora de Embrun, y al cabo de algun tiempo, movido de las virtudes del obispo, se las entrega. Toda persona moral, todo hombre recto y de conciencia, una vez recibido el objeto robado, le hubiera devuelto á su dueño. Aunque est no hubiera sido Nuestra Señora; aunque hubiera sid un libertino que gastase el valor de lo que se le devolvia en seducir doncellas honradas, en orgías, en el juego ó en otros vicios peores; aunque el dueño hubiera sido un malvado que emplease aquel valor en conspirar contra la independencia de su patria, nosotros no comprendemos que quepa en este negocio ni vacilacion ni duda. El objeto robado es menester que vuelva á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

poder de su dueño. Emplear su valor en hacer las obras de caridad más meritorias, es una cosa horrible, es manchar á la caridad con el sello de la infamia. Sin embargo, monseñor Bienvenido vacila, titubea, y aunque Víctor Hugo toca esto vagamente, todavía se puede afirmar que el obispo se queda con lo robado para socorrer á los pobres. Cuanta censura hagan de este pasaje los enemigos del poeta es más que merecida. ¿Con que en siendo para socorrer á los pobres, se puede robar ó detener lo robado? Lo mejor que podemos alegar en defensa de Víctor Hugo es que al decir esto, no supo lo que decia. En algunas vidas de hombres caritativos, hemos leido que con el fin de hacer limosnas han solido estos abusar del bien ageno; pero los que tal han hecho, no han sido discretos como el obispo, sino simples por naturaleza y por gracia, y nunca han llegado á término semejante. El beato Francisco del Niño Jesus se tomaba á veces ciertas libertades y repartia entre los pobres lo que de resultas recogia, si bien no lo disimulaba ni lo ocultaba; antes decia á los dueños, que ya el *amo*, esto es, el Niño Jesus, les pagaria lo que él les habia tomado: por lo cual llamaba al Niño Jesus el *empeñadico*. Pero monseñor Bienvenido no dijo nada de esto á los fieles de la iglesia de Embrun, y se quedó con sus alhajas a la chita-callando. Sea todo por Dios.

Otro hecho singular é inexplicable en la vida del obispo es la admiracion que se apoderó de su alma al oir á un convencional moribundo explicar la revolucion francesa. Pues qué, ¿este obispo, que la habia presenciado, no sabia lo que era, no se habia dado cuenta de

la revolucion, no habia formado sobre ella un juicio favorable ó adverso al cabo de sus años? Ni se crea que el convencional le dijese cosas muy filosóficas y profundas, presentando los hechos de la revolucion iluminados por una luz nueva. Todo lo que dijo el convencional en defensa de la revolucion, se lo debia saber de coro el obispo. Y, sin embargo, el obispo, que iba á catequizarle, es catequizado; el obispo, que iba á convencerle, queda convencido; y el obispo, que iba á bendecirle y absolverle *in articulo mortis*, se hinca de rodillas delante del convencional, y le pide la bendicion y acaso la absolucion. El convencional resulta, pues, un santo de doble tamaño, por lo menos, que el obispo; porque el convencional propendió á realizar el cristianismo en las instituciones, y fué un precursor de lo que llaman el cristianismo social, haciendo que, para prepararse á su advenimiento, se bautizase la gente con sangre en el Jordan de la guillotina. Algo tiene que decir en contra de todo esto el señor obispo; pero el convencional refuta victoriosamente todas sus objeciones. «La letra con sangre entra, viene á decir el convencional, y por otra parte, si la revolucion mató á algunos inocentes, á muchos más mató Herodes.» Con este y otros discursos por el estilo, no es de maravillar que el obispo se postrase á los piés del revolucionario, el cual era además un varon muy probo y morigerado, y siempre habia comido en un *restaurant* baratísimo, sin robar nada, ni siquiera para socorrer á los pobres.

Prescindiendo de los dos mencionados extravíos, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obispo es una noble figura. Volvamos ahora á hablar de Juan Valjean.

Juan Valjean, acosado por el hambre, robó un pan, y fué condenado á dos ó tres años de presidio: caso tan lastimoso como posible, mas que sólo puede y debe evitarse, procurando que haya abundancia de mantenimientos. Sin embargo, no creemos que ningun código, ni ningun tribunal del mundo, atendidas las circunstancias del hambre y de la anterior honradez del reo, condene á nadie á presidio por el simple robo de un pan.

Ya en presidio, nuestro héroe hace por escaparse varias veces, y sólo consigue que le detengan y le prolonguen la condena. Resulta de aquí que Juan Valjean pasa en presidio diez y nueve años, y sale de él con un aborrecimiento atroz contra los hombres y contra la sociedad que tan mal le han tratado. Contra esto hay poco que replicar. Las acusaciones de Víctor Hugo, aunque exageradas, son fundadas. Los establecimientos penitenciarios requieren muchas mejoras, y cualquier hombre de corazon puede clamar por ellas, sin ser notado de socialista.

Juan Valjean, ya libre, es harto vigilado y vejado por la policía: lo cual prueba que en Francia, ó por lo menos en la imaginacion de Víctor Hugo, la policía es muy severa. Juan Valjean ni habia asesinado ni robado á mano armada, ni cometido ningun crímen. Habia sólo hurtado un pan, un dia que tenia hambre, y habia querido fugarse de presidio. Estos hechos, que en presidio debian ser notorios, y el tener Juan Valjean unas fuer-

zas extraordinarias, no bastan á justificar el que la policía considerase á este hombre como á un terrible malhechor, como á una fiera, como á un hombre en extremo peligroso; por el contrario, la policía debia saber que, al menos por sus hechos, Juan Valjean era un infeliz, un delincuente honrado, un *pauvre diable*. La policía no podia, como el poeta, haber penetrado en la conciencia de aquel hombre. Si la policía hubiese penetrado en ella, seria menester darle la razon por toda su severidad. Víctor Hugo nos pinta á Juan Valjean tan perdido de alma, por culpa del presidio se entiende, que todo cuidado con él nos parece poco.

Llega Juan Valjean al pueblo donde vive el obispo, y en cuanto allí averiguan, por el pasaporte, que Juan Valjean es presidiario, nadie quiere albergarle, ni darle de comer por su dinero. Bien se puede decir que las predicaciones y buenas obras del obispo caian sobre terreno harto seco y estéril. Lo que es en España, aunque no tuviésemos obispos tan santos, no faltaria nunca en ningun lugar, por duros de entrañas que fuesen sus habitantes, un sitio donde Juan Valjean reclinase la cabeza, y un pedazo de pan con que satisficiese el hambre, y mucho más si lo pagaba todo, como lo pagaba, enseñando préviamente su dinero. En Francia se nos antoja que ha de suceder lo propio. Los franceses no son más empedernidos que los españoles, ni más miedosos tampoco, aunque tal vez sean más interesados; y aunque no hubiera sido más que por coger á Juan Valjean su dinero, le hubieran dado hospedaje, cama y mesa, ora hubiese venido de presidio, ora del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infierno. Pero era menester imaginar de antemano que nadie queria albergar á Juan Valjean, para preparar y motivar la brillante recepcion que le hace el señor obispo.

Este, en efecto, le sienta á su mesa, le trata con la mayor distincion, y le da cama en una alcoba inmediata á la suya; pero Juan Valjean, maleado por el pícaro del presidio, determina robar y roba los cubiertos de plata de su ilustrísimo huésped. De este modo paga el beneficio recibido. Aquí no podemos menos de hacer notar que el estudio psicológico, el monólogo, la conversacion interior de Juan Valjean antes del robo, es admirable de verdad y de profundidad, y que sólo un gran escritor puede concebirla y escribirla. Se diria que Víctor Hugo, con un poderoso encanto, domina nuestro ánimo y le lleva á lo más recóndito de una conciencia perturbada, donde le hace presenciar misterios que se tenian, quizás, por inenarrables. En este y en otros casos perdona el lector á Víctor Hugo, todo lo falso, todo lo absurdo, todo lo disparatado y todo lo inconsecuente de las circunstancias exteriores y hasta de los caractéres. Todo esto lo acepta el lector y hasta lo cree por un instante, á fin de gozar, una vez aceptado y creido, de aquella pasmosa verdad, de aquella trágica y espantable poesía metafísica, que tiene por teatro los hondos centros de un corazon humano, donde combaten las más violentas pasiones.

Juan Valjean, que tenia mala fortuna en todas sus fechorías, es atrapado por los gendarmes cuando se fugaba con el robo. Los gendarmes le llevan á la presencia del obispo, que en aquel punto pudo perderle y hacer que volviese á presidio para toda la vida: más el obispo dice que le habia dado los cubiertos, y no sólo los cubiertos, sino unos candeleros de plata, que asimismo le entrega, y con los cuales se va libre Juan Valjean. Antes de partir le dice el obispo al oído estas ó semejantes palabras: «A este precio he rescatado tu alma».

Quieren suponer algunos que Juan Valjean debiera haberse arrepentido en aquel mismo instante, negar que el obispo le hubiese dado los cubiertos y confesar su delito, entregándose á la justicia: pero en este punto estamos por Víctor Hugo y no por sus críticos. Un hombre corrompido y viciado, no se convierte de súbito. Lo que predomina en él, por lo pronto, es el interés personal, el miedo al castigo, el instinto de la propia conservacion y el asombro y la extrañeza algo estúpida de ser objeto de un acto de virtuosa generosidad, que ni siquiera habia podido soñar, viviendo como habia vivido. La reaccion, la vuelta del espíritu hácia el bien, es más reflexiva y tardía. Por eso hallamos natural y profundo el pensamiento de Víctor Hugo de hacer cometer á Juan Valjean otro nuevo delito, antes de arrepentirse. En la soledad, en medio de los campos, á la hora de anochecer y luchando ya en la conciencia de Juan Valjean la idea de la virtud con los pensamientos criminales, pasa por su lado un chico saboyano y deja caer una moneda de plata. Juan Valjean se apodera de ella. El muchacho la reclama y quiere quitársela al robador: pero Juan Valjean le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amenaza, le espanta y le pone en fuga. En todo este delito hay más del instinto animal, del espíritu de violencia adquirido en el presidio, que de maldad premeditada. Este robo motiva admirablemente la explosion del arrepentimiento en aquel alma. Juan Valjean, como herido repentinamente por un rayo de luz, comprende toda la maldad de lo que ha hecho, toda la infamia de aquel despojo, y corre en busca del saboyanillo para devolverle lo que le ha quitado; pero no logra dar con él, ni le vuelve á hallar nunca en la vida.

En el último artículo, que tendrémos que escribir á pesar nuestro, porque este va siendo demasiado largo, verémos ya á Juan Valjean hecho un penitente, ejemplar y virtuoso. Sólo nos pesa que no tratase nunca de devolver sus cubiertos al obispo. Está visto que en esta novela, hasta los más virtuosos tienen una aficion particular, ó al menos cierta laxitud de conciencia, que les hace guardar las cosas agenas que poseen contra la voluntad de sus dueños, ó, si no contra su voluntad, de una manera algo parecida.

IV.

Prosiguiendo en nuestra cansada tarea de informar acerca de *Los Miserables*, empezarémos hoy por decir que Juan Valjean, oculto bajo el pseudónimo de M. Madeleine, se ha trasformado en un sujeto muy juicioso y respetable. Establecido en una pequeña ciudad, cuyo nombre no nos importa, ha sabido conquistar con

su trabajo y con su inteligencia un gran capital y una posicion brillantísima. Si más temprano hubiese apelado á estos medios y no hubiese hurtado el pan, nuestro héroe se hubiera ahorrado la incomodidad y el sonrojo de estar en presidio. Esta es la consecuencia que saca al leer la novela toda persona de juicio, consecuencia contraria á las que Víctor Hugo parece que pretende deducir. A cualquiera se le ocurre tambien que Juan Valjean no tenia para qué ocultar su nombre, sino por vergüenza de haber sido presidiario, y no por ningun peligro que corriese. El hurto de los cubiertos del obispo no era conocido sino del obispo, de su hermana y de su criada, que le habian declarado inocente. El hurto de la moneda de plata del saboyanillo, no era sabido de nadie; nadie se le podia probar. Despues de esto, arrepentido Juan Valjean de sus culpas pasadas, habia vivido más de ocho años, siendo como la providencia de la ciudad en que se habia establecido, haciendo que la industria prosperase en ella, y difundiendo por toda la comarca el bienestar y la abundancia, gracias á sus acciones filantrópicas y á su magnífica y bien montada fábrica de azabache falso.

El nombre de M. Madeleine era venerado con razon, y la fama de sus virtudes, de su actividad y de su talento, habia llegado á oídos del gobierno. Le habian querido elegir diputado y él no lo habia consentido; le habian querido dar una condecoracion, y él la habia rehusado; le habian querido nombrar alcalde, y tambien se habia negado á serlo. Todos tenian, pues, que acatarle y reverenciarle. Todos debian estar ya convencidos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo estaban, en efecto, de que era un filántropo verdaderamente desinteresado, ninguna de cuyas buenas acciones podia tener por móvil la ambicion, ni la vanidad, ni miras que no fuesen muy nobles.

M. Madeleine, como hemos dicho, se resistió durante mucho tiempo á ser alcalde de la ciudad: pero fuéron tantos los ruegos, y tuvieron tal fuerza las instancias que le hicieron para que lo fuese, que hubo de ceder al fin. En su nuevo cargo, se condujo mejor aún que como particular, imitando y tal vez adelantándose al obispo en hacer obras de misericordia: y decimos adelantándose, porque las hacia con más discrecion, con mayores recursos, y sin detentar las alhajas robadas de ninguna iglesia. Sólo nos aflige que no devolviese al obispo sus candeleros y sus cubiertos, ó que al menos no se los pagase, escribiéndole agradecido, y enviándole alguna suma para los pobres de su diócesis. Pero legalmente (y téngase esto muy en cuenta), Juan Valjean no faltaba. Sólo faltaba moralmente. Los cubiertos y los candeleros eran suyos por donacion del obispo, y él los guardaba como una reliquia preciosa. Cuando murió el obispo, Juan Valjean, esto es, el poderoso y virtuoso fabricante, alcalde, propietario y filántropo M. Madeleine, se vistió de luto. Tal es la única señal de gratitud que da Juan Valjean al obispo en toda la novela. Nos parece harto poco, comparado con la inmensidad del beneficio.

Muchas veces hemos pensado, y escrito algunas, que el mayor mérito del novelista y del autor dramático consiste en crear figuras vivas y tan perfectas ó

completas en el arte, que tienen más consistencia y sér que los héroes mismos de la historia, y que animadas por la virtud divina ó diabólica del poeta, viven de una vida imperecedera en la imaginacion de todos los hombres. Para lograr esto, ora instintivamente, ora ayudada la fantasía de la crítica, los más eminentes ingenios han dado á sus criaturas gigantescas proporciones, magnificando sus caractéres y sublimándolos y corroborándolos, ya para el bien, ya para el mal: pero siempre, al hacer esta magnificacion, al elevar á sus personajes, si se quiere, hasta una potencia infinita, han tomado como elemento y raiz de ella á los séres reales que en el mundo viven. De esta suerte, sustrayendo ó extrayendo, si es lícito decirlo así, la raiz de los personajes poéticos, descubrimos personajes reales, y tal vez los encontramos al revolver de cada esquina.

Pero nada semejante acontece con los personajes de Víctor Hugo. Por más sustracciones que haga el lector de las calidades, grandezas y excelencias de ellos, jamás logra dar con la realidad y con la vida. Lo único que logra es convertir á cada héroe en un fantasma, en un *mytho*, en un símbolo, en una alegoría, ó en una prosopopeya de tal vicio ó de tal virtud, ó más bien de tal pensamiento filosófico, social ó político, que ha concebido el poeta. Lo único que logra el lector, es convencerse de que, al hacer este trabajo, está

Trattando l'ombre come cosa salda.

El bufon de *El Rey se divierte* y la *Lucrecia de Borgia*, son el símbolo del vicio, purificado por un solo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtuoso y grande sentimiento. Marion de Lorme viene á ser lo propio; la redencion por el amor. Claudio Frollo, al contrario, es la virtud misma, á quien pierde un amor violento, sensual y extraviado. Quasimodo es la monstruosa estupidez á quien el amor ilumina, hermosea y circunda con una refulgente aureola de inteligencia. Y así, de casi todas las criaturas de Víctor Hugo. Son pensamientos más ó menos atinados y filosóficos que se personifican; pero no son, ó rara vez son personas. Es tan potente, sin embargo, la fantasía de Víctor Hugo, que nos parece comparable (y permítasenos la imágen mitológica) á Rea, mujer de Saturno, la cual, en vez de hijos, hacia tragar piedras á su hambriento esposo. Algo parecido hace la imaginacion de Víctor Hugo con el público su enamorado; con el público, con quien ha conseguido unirse en fecundísimo y utilísimo consorcio.

El encanto, la hechicería, el misterioso procedimiento de que Víctor Hugo se vale para hacer que las figuras de sus novelas, sin ser reales, se graben hondamente en la memoria y dejen allí como una estampa indeleble de ellas, bien se puede y hasta se debe desaprobar; pero no puede dejar de maravillarnos. Fantina, Juan Valjean, el obispo y hasta el polizonte Javert, tienen mucho de absurdos, de falsos, de contrahechos; hay en todos más rasgos de las sombras y espectros que en una pesadilla se nos aparecen, que de los séres que respiran, y hablan, y se mueven, y salen por esas calles á la luz del dia; y á pesar de todo, Fantina, Juan Valjean, el obispo y Javert, se

quedan profundamente grabados en nuestra alma, y viven allí una vida que no es vida, pero que no se extingue ni se borra tampoco. ¿En qué alma no se levantan, distintas y claras aún, las figuras de la Esmeralda, de Pedro Gringoire, del capitan Febo y del arcediano de *Nuestra Señora de Paris*, y salen á saludar, cuando se leen *Los Miserables*, á sus hermanos menores Juan Valjean, Fantina y el obispo?

Esta fuerza, este poder de conservacion y de duracion, este brío que tienen las figuras de Víctor Hugo para herir las imaginaciones y fijarse hondamente en ellas, es un mérito grande que no puede dejar de ser celebrado. Para obtenerle, es menester confesar que rara vez apela Víctor Hugo á ciertos medios extrínsecos, materiales y vulgares. Sus héroes no son sublimes de un modo groseramente cuantitativo, como el D. Juan Tenorio de Zorrilla, de cuya grandeza nos da el poeta fácilmente razon por una estadística ó inventario de los centenares de hombres que ha muerto en desafío y de los centenares de mujeres que de su seduccion han sido víctimas; ni como los antiguos caballeros andantes, que hendian á un jayan de un solo golpe, como si fuera de alfeñique; ni como algunos guapos de Dumas, cada uno de los cuales acuchilla él solo á innumerables contrarios, quedando ileso. Los héroes de Víctor Hugo no son misteriosos y sobrenaturales, como los de Hoffmann; ni opulentos, como Monte-Cristo, Simbad y Abul-Casen; ni están fuera de la sociedad, ó por cima de la sociedad, como los piratas y corsarios de Byron, y como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los personajes de la antigua tragedia; los cuales solian ser reyes y tiranos, á fin de que todos pudiesen campar por sus respetos y tuviesen la esfera de accion libre y desembarazada, para explayarse en ella y desenvolver un gran carácter con toda libertad y holgura. Ni suelen ser tampoco las heroinas de Víctor Hugo tan material y decididamente hermosas que no haya más que pedir y sí mucho que temer, muriéndose de amores cuantos lleguen á verlas, para cuyo mal buscan ellas á veces el remedio, como cierta princesa de la *Selva de aventuras*, en llevar siempre cubierto el rostro con un velo. Rara es la obra donde Víctor Hugo echa mano de estos recursos, y ciertamente que en *Los Miserables* es donde menos los hay. Sin embargo, los personajes de la primera de las cinco novelas permanecen en el alma y no se desvanecen ni se olvidan. Esto se debe, en nuestro sentir, á la mágia del estilo, y á una poesía metafísica que lleva al lector al centro mismo del espíritu de los personajes, mostrándole allí las singularidades y maravillas que no hay en las acciones de ellos, y por donde ellos hacen en el lector la impresion más viva.

Así sucede principalmente con Juan Valjean. El haber hurtado un pan, el haber estado despues en presidio, el haber hurtado de nuevo unas cucharas y una moneda de plata, y el haberse arrepentido por último, haciéndose hombre de bien, filántropo y fabricante, son actos en verdad muy poco dignos de memoria, y por los cuales no puede distinguirse mucho una persona, ni por su bondad, ni por su perversidad tampoco. Lo que hace, pues, interesante á Juan Valjean, que además de ser vulgar es falso, es la revelacion y manifestacion que de su sér interior hace el poeta. No hay alma, por baja ó mediana que sea, que vista sin nube ó velo que la cubra, que puesta á la consideracion y exámen de alguien, y como en inmediato contacto, no guarde ó conserve en sí algo de divino, y no nos inspire cierto linaje de admiracion y aun de adoracion, haciéndonos doblar la rodilla, como ante la imágen del Sér de los séres. En esto, pues, está el secreto de Víctor Hugo. La fisonomía, la estatura, la vida, las vicisitudes de Juan Valjean nos interesan poquísimo; son absurdas. Lo que nos interesa y conmueve es su alma que el poeta pone de manifiesto, penetrando en sus mas hondos y escondidos senos por un esfuerzo poderoso de la fantasía. Y decimos mal al decir que lo que nos interesa es el alma de Juan Valjean. Juan Valjean es un *mytho*, es una alegoría, no es un individuo, y por lo tanto, no tiene alma: lo que nos interesa es el alma humana en general, y el espectáculo tremendo de sus combates místicos con encontradas y violentas pasiones. Los héroes de Shakspeare, algunos de Calderon, casi todos los de Cervantes y no pocos de otros poetas, tienen individualidad propia, tienen alma que les pertenece; pero Juan Valjean no es un héroe de esta laya. No acertamos á reconocer en él un carácter real que le distinga.

El personaje más distinto de toda la novela es más secundario; es el polizonte Javert. Pero si bien se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

examina, Javert tambien tiene más de símbolo que de personaje. Es el egoismo de la *burguesia;* es el amor del bienestar; es el respeto y la admiracion por la gente acomodada, y el deseo de que el órden no se altere para que esta gente siga prosperando; y es el aborrecimiento, el desprecio y la ira á cuantos propenden á perturbar esta para Víctor Hugo supuesta armonía de la civilizacion presente; todo lo cual ha sido elevado á la categoría de una virtud severísima y de una rigidez fanática, y personificado luego en el mencionado polizonte. Lo más terrible, lo más antisocial, lo mas peligroso, si algo hay de peligroso en la novela que examinamos, es la figura del polizonte Javert. Esta figura es la virtud conservadora de la sociedad presente y el deber social puestos en caricatura. Por eso, aunque Javert no es un personaje, parece un personaje, y su efigie y su condicion moral se quedan en la memoria, como se quedan en los ojos ciertos discos ó espectros luminosos, despues de haber contemplado por largo rato un resplandor muy vivo.

Los hechos que dan lugar al completo desarrollo de los carácteres, en lo que aún nos queda que examinar de la novela, no son menos inverosimiles que los que hemos examinado hasta aquí; Javert sospecha que M. Madeleine es el presidiario Juan Valjean, y le vigila y espía, y está anhelando descubrirle y acusarle. Juan Valjean sigue siendo virtuoso; pero se guarda muy bien de descubrir su verdadero nombre y su condicion pasada. Entre tanto, crecen las sos-

pechas de Javert y su ira contra Juan Valjean, y acaba por acusarle de haber sido presidiario. El inspector de policía ó el ministro de policía, ó no recordamos quién, contesta á Javert que se ha equivocado, que el verdadero Juan Valjean está preso y acusado de un nuevo hurto, y que probablemente el tribunal de Arras le condenará á presidio por toda la vida, por reincidencia en sus antiguos delitos. Javert, el polizonte íntegro, la virtud social personificada, refiere todo esto á M. Madeleine, se confiesa culpado de haber sospechado de él injustamente, y le pide justicia contra sí mismo, exigiéndole que por lo menos le quite su empleo. Esto da ocasion á una escena verdaderamente admirable. Desde este momento es justo confesar que una agitacion, que tiene algo de febril, se apodera de todo lector algo apasionado é inteligente; que el interés redobla á cada página que se lee; y que no es posible soltar el libro hasta haberle leído por completo.

La disyuntiva en que pone el autor á su héroe es, á nuestro ver, de todo punto falsa. Ya hemos dicho que ni el hurto de las cucharas ni el de la moneda podian probarse de un modo legal. Y por otra parte, ocho ó nueve años de una vida honrosísima, y una série de beneficios y de nobles acciones en favor de todos los habitantes de aquella comarca, y el trabajo y la inteligencia, y el carácter reconocido de M. Madeleine, y su fama, y hasta su gloria, bastarian en el tribunal mas rígido del mundo y en la nacion mas severa, y con la legislacion mas draconiana, para que ab-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solviesen á Juan Valjean de sus pasadas culpas, ó al menos para que de seguro le indultasen. Juan Valjean, para salvar de presidio al desgraciado que habian tomado por él, no tenia que arrostrar en realidad ningun peligro; sólo tenia que arrostrar la vergüenza de decir que él habia sido presidiario; pero esta vergüenza redundaria y se convertiria en magnificacion y glorificacion de quien la arrostrase, en todo país donde tuviesen los hombres un corazon dentro del pecho. Con todo, para que tenga base y cimiento cuanto sucede despues, es menester empezar por creer lo absurdo; es menester dar por cierto que Juan Valjean irá á presidio por toda su vida, en cuanto declare su nombre. Aceptado esto, inferido este agravio, no sólo á la sociedad, sino á la naturaleza humana, todo lo que se sigue es de una portentosa y terrible hermosura.

Juan Valjean despide á Javert, y se pone á reflexionar sobre lo que Javert le ha contado. Entonces sus vacilaciones, y los consejos que le da su egoismo para callarse y dejar ir por él á presidio á aquel desventurado, y la voz de la conciencia que se levanta severa en contra de esta determinacion, y el diálogo espantoso de verdad que entablan dentro de aquel alma el interés y el deber que pelean; todo es magnífico, extraordinario, épico, digno de un escritor grande y de un egregio é inspirado poeta. El terror de esta escena, que tiene por teatro el cerebro de Juan Valjean, va subiendo de punto casi hasta el fin de la novela; y los séres, ó mejor dirémos, las entidades metafísicas que

allí dentro riñen la mas brava y ruda batalla, nos apasionan, nos conmueven y nos sobreexcitan mas que todos los personajes de carne y hueso. En el capítulo titulado *Una tempestad debajo de un cráneo*, se levanta Víctor Hugo por cima de cuanto ha escrito en sus mejores dias. El viaje de Juan Valjean desde el pueblo donde reside á Arras, donde va á ser juzgado otro por él, no es de menor mérito. Víctor Hugo hace ir á Juan Valjean, no como quien viaja voluntariamente, sino como quien se siente arrastrado por una fuerza superior. Se diria que el deber ha tomado la forma y el brio imperioso de un ángel ó de un genio que lleva ó empuja á Juan Valjean, á pesar del egoismo.

Mil estorbos materiales, mil inconvenientes impensados se ofrecen para atajar á Juan Valjean en su camino, y el interés personal se alegra; pero el deber los vence, y aunque al vencerlos el deber siente el alma cierta pena, sigue el alma adelante en su buen propósito.

Indeciso aún, dudoso entre el bien y el mal, llega Juan Valjean á Arras; entra en el tribunal donde se le juzga y se le va á condenar en otro, y dando á un portero su nombre supuesto y respetado, se coloca en un lugar desde el cual lo ve y lo oye todo perfectamente.

Un viejo imbécil á fuerza de años y de trabajos, una criatura inofensiva é inocente, va á ser condenada por un fatal parecido que tiene con Juan Valjean. Varios presidiarios y el mismo Javert declaran que aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombre no es otro; su imbecilidad pasa por astucia refinada, y su sencilla negacion de no ser Juan Valjean por insolente atrevimiento. Por último, triunfa enteramente el sentimiento del deber en nuestro héroe, y se levanta y exclama en medio del tribunal, que él es el verdadero Juan Valjean. Los jueces creen que M. Madeleine tiene un arrebato de locura; los presidiarios que fuéron compañeros suyos no le reconocen; todavía, si quiere, puede salvarse y seguir viviendo una vida honrada y cómoda, en vez de caer de nuevo en un abismo de infamia. Pero ya no vacila. Juan Valjean habla, da pruebas, y hace ver hasta la evidencia que él es el verdadero criminal contra quien se ensaña la justicia de los hombres.

Lo natural seria, despues de esto, que todos los periódicos y todas las personas encomiasen mucho á Juan Valjean; que la justicia no le condenase á nada, porque no habia razon para condenarle; y que hasta se escribiesen romances encomiásticos sobre el caso, volviéndose á su fábrica nuestro héroe, y siendo más venerado y con más razon que lo habia sido hasta allí. Pero nada de esto, sino lo contrario acontece. Javert tutea ya á Juan Valjean, le trata con brutal insolencia, y le lleva á la cárcel. El tribunal va irremisiblemente á condenarle á presidio para siempre. Esto es falso, es imposible, es absurdo y es monstruoso. Esto es calumniar á la justicia humana, y á la sociedad y al mundo, ya que no tambien á la Providencia. Pero esto pasa en la novela.

Juan Valjean, para evitar tan injusto y bárbaro cas-

tigo, se escapa de la prision, abandona á sus obreros, á sus enfermos y á sus protegidos, se viste pobremente con una blusa, y se va huyendo por esos mundos de Dios. Así termina la *Primera parte* de *Los Miserables*.

No sabemos si tendrémos tiempo, humor y paciencia para examinar las siguientes, que aparecerán dentro de poco; pero si las examinásemos, nunca seria con la detencion empleada en esta primera, en la cual tal vez hayamos pecado de harto prolijos.

De todos modos, la primera parte de *Los Miserables* forma un conjunto, es un todo en sí, y bien puede ser juzgada con independencia de las otras cuatro partes que han de seguirse. Añadirémos, pues, como cifra y resúmen de cuanto va dicho, que la novela titulada *Fantina* no se puede tachar de inmoral ni de irreligiosa. Es, sí, algo antisocial y muy extravagante. Sus lunares son muchos; pero tambien tiene notabilísimas bellezas, las cuales acreditarian de eminente escritor á Víctor Hugo, si ya no estuviese acreditado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANFREDO, POEMA DRAMÁTICO DE LORD BYRON, TRADUCIDO EN VERSO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS AL CASTELLANO POR DON JOSÉ ALCALA GALIANO Y FERNANDEZ DE LAS PEÑAS.—MADRID, 1861.

La lengua y la literatura inglesas son mucho menos conocidas en España y en toda Europa que las de los franceses, nuestros vecinos. Entre España é Inglaterra hay cortísimo comercio de ideas. En aquella isla miran nuestro moderno desenvolvimiento intelectual con un profundo é injustísimo desden, que en España les pagariamos con usura, si por medio de las traducciones y de los encomios que hacen de los libros ingleses los críticos y literatos franceses no se hubieran popularizado entre nosotros algunos autores de primer órden.

Walter Scott, Gibbon y el mismo lord Byron, son tal vez los tres autores ingleses modernos que más se leen en España: pero se leen en francés, y más comunmente traducidos al castellano de alguna traduccion francesa; de suerte que la hermosura de la forma y la elegancia y el brío de la diccion, que en la poesía, sobre todo, importan muchisimo, no pueden ser apreciados.

Nuestra lengua, por otra parte, á pesar de su sonoridad, magnificencia y riqueza, es poco flexible, consta de palabras muy largas las más, y se presta dificilmente á traducciones fieles en verso. Nuestras traducciones de los poetas extranjeros suelen ser ó prosáicas y sin el espíritu poético del original, ó paráfrasis é imitaciones amplificadas mas bien que traducciones.

Pocos, muy pocos traductores de poetas extranjeros han tenido buen éxito en España, y bien se puede afirmar que el *Aminta* de Tasso, traduccion de Jáuregui, es aún el más bello modelo de traduccion que poseemos. Nuestros traductores de poetas griegos valen poquísimo, salvo Hermosilla, cuya *Iliada*, por más que digan sus detractores que no la han leído, es obra muy estimable, superior á la inglesa de Pope y á todas las francesas, é inferior sólo á la alemana de Voss y á la italiana de Monti. De poetas latinos hemos tenido algunos regulares traductores. Horacio ha hallado en Búrgos un digno intérprete, y las Eglogas de Virgilio, de Nemesiano y de Calpurnio, en D. Juan Gualberto Gonzalez. Pero de los demás poetas latinos, ni aun de aquellos que por ser españoles nos pertenecen y nos honran, tenemos una tolerable traduccion. Lucano, Silio Itálico, Séneca, Marcial y Prudencio, no han hallado quien los traslade de un modo digno á nuestra lengua vernácula. La misma *Eneida*, tan admirada de nuestros clasicistas, no puede leerse en castellano, si bien tenemos la esperanza de que el Sr. Ventura de la Vega termine la bellísima traduccion que de ella está haciendo.

Si de los poetas latinos y griegos hay tan poco bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traducido, no es de maravillar que de las modernas literaturas haya menos y peor traducido aún, salvo raras y honrosas excepciones, entre las cuales conviene enumerar *La Campana* de Schiller por el Sr. Hartzenbusch, el *Macbeth* de Shakspeare por Villalta, *La Jerusalen* del Tasso por Pezuela y algunas canciones de Heine perfectamente traducidas por D. Eulogio Florentino Sanz.

En vista, pues, de las pocas traducciones buenas en verso, que posee nuestra lengua, nos parece que es empresa digna de todo aplauso y muy útil la del que hace alguna de estas traducciones, sobre todo de lenguas tan enérgicas y concisas como la inglesa.

Las razones que dejamos apuntadas nos predisponen á mirar desde luego con benevolencia el trabajo que el Sr. D. José Alcalá Galiano acaba de dar á la estampa; la traduccion, en nuestro entender bastante exacta, del *Manfredo* de Byron. Los cortos años del traductor se alegan aquí como mérito, mas no como disculpa, porque no la necesita. Todos los defectos que en esta traduccion pueden hallarse, se hallan tambien en otras traducciones del inglés, en verso, hechas por autores de nota y muy celebradas. Las de Villalta, quien no sólo tradujo el *Macbeth*, sino asimismo gran parte del *Otelo*, adolecen de cierta extrañeza exótica, imprescindible si ha de conservarse la índole del original; las traducciones de *El paraiso perdido* de Milton por Escoiquiz y Jovellanos, son frias y prosáicas, la primera principalmente; el célebre ditirambo de Dryden, que puso en verso D. Eugenio de Tapia, es

una larga paráfrasis; y hasta la bellísima traduccion que hizo de *El cementerio de la aldea* de Gray el señor Hevia, es tambien algo difusa. Todo lo cual demuestra á las claras que traducir poesía del inglés al castellano es harto difícil, y que es imposible á veces, cuando se pretende hacerlo con sujecion perfecta al original y por no menos conciso estilo. Esta dificultad y aun esta imposibilidad suben de punto, como observa muy bien el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano (en un breve prólogo que autoriza el primer trabajo que de su nieto ha visto en un tomo la luz pública, y de que vamos á hablar), si el poeta inglés que se traduce no es de los latinizados como Dryden, Pope y aun el mismo Milton, sino de aquellos en quienes predomina más el carácter peculiar de la lengua inglesa, como Coleridge, Shelley ó Byron.

La eleccion del poema más extraño y más desesperado de este último poeta se explica fácilmente. El *Manfredo* es tal vez de todas las obras de Byron la que más hiere la imaginacion de la gente jóven. La melancolía tenebrosa y los ideales y metafísicos padecimientos del héroe enamoran y seducen á quien empieza á vivir, cuyos arranques de entusiasmo y de ternura producen con facilidad reacciones contrarias, las cuales hasta cierto punto se igualan ó se asemejan á los sentimientos de *Manfredo*. Pero sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que el *Manfredo* es un poema que apasiona á la gente jóven, y quien escribe este artículo recuerda muy bien que, cuando se contaba en dicho número, empezó tambien á traducirle en ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so, y gustaba más de él de lo que gusta en el dia.

Byron, como Dante, como Shakspeare y como nuestros gloriosos dramáticos, en quienes á vueltas de calidades extraordinarias, cuyo conjunto se designa con el moderno vocablo de *genio*, hay y no puede negarse que hay singularidades, extravagancias y hasta gravísimos defectos, padece y tiene que padecer frecuentes perturbaciones en su fama, y eclipses, aunque siempre parciales. Los aficionados á cierto órden y á las reglas antiguas, aprueban ó disimulan con dificultad los extravíos de estos eminentes poetas, y suelen menospreciarlos, haciendo á veces que predomine su opinion entre el vulgo.

Por los años de 1818 eran aún tan poco estimados en España nuestros dramáticos del siglo XVII, que el señor Böhl de Faber, un aleman, hubo de defenderlos contra las acusaciones de nuestros críticos españoles. De Shakspeare es sabido lo poco favorablemente que Moratin opinaba. Del mismo Byron, decia el sábio y respetable D. Alberto Lista, que no era más que un loco. Pero nosotros esperamos que los adelantos hechos por la crítica en nuestros dias, y el fundamento sólido y filosófico en que ha venido á apoyarse, gracias á la estética, que puede llamarse una ciencia nueva, no consentirán en lo futuro tal divergencia de opiniones. Las exageradas alabanzas de los entusiastas de Byron y las crueles censuras de sus detractores, vendrán á coincidir en un justo medio, quedando siempre el ilustre lord como uno de los más grandes poetas de nuestro siglo; poeta que, á pesar de sus rarezas, no reconoce, á nuestro ver, superior entre sus coetáneos, salvo en Goethe, Schiller y Leopardi.

De todos los poemas de Byron, tal vez el más raro sea el *Manfredo*. El autor mismo lo dice en sus cartas á Murray, y no sabe qué augurar del éxito de una composicion tan extraña. El *Manfredo*, sin embargo, no puede presumir de muy original. Las bellas descripciones que en él hay están tomadas directamente de la sublime naturaleza de los Alpes; pero la accion y el pensamiento tienen del *Fausto* de Marlow, del *Fausto* de Goethe, y del *Prometeo encadenado* de Esquilo, hábil aunque extrañamente combinado todo. Sobre el pensamiento y la accion del drama está el carácter del protagonista, personaje que con más ó menos dósis de impiedad y de misantropía es siempre el mismo, casi el único personaje de Byron; es el Giaour, Lara, el Corsario, Childe-Harold y Sardanápalo; es el hombre aburrido, desesperado y blasfemo en mayor ó menor grado. En el *Manfredo* llegan al grado último esta pasion y este carácter: así es que Goethe, hablando de él le llama la *quinta esencia del más prodigioso ingenio, nacido para atormentarse á sí propio*. La filosofía del *Manfredo* es la del libro de Job, la del Eclesiastés, y la del Kempis, menos la creencia religiosa. En cambio, hay tal viveza, tal insistencia en presentar en este drama ciertas supersticiones, que no parece sólo que el poeta apela á ellas para máquina ó adorno de su obra, sino casi que las tiene por verdad. Hasta los dos versos del *Hamlet* de Shakspeare, que sirven al poema de epígrafe, se diria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que son traidos sériamente en corroboracion de la certeza de aquellas supersticiones.

There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.

En efecto, Manfredo es un señor que vive en un castillo de los Alpes, en medio de las nieves y de los ventisqueros, que aborrece y desprecia á todo sér viviente, y que para buscar una sociedad más aristocrática y digna de él se ha entregado á la mágia, y conversa familiarmente con los poderes sobrenaturales, con los espíritus de la tierra, del aire y de la luz, con las ninfas de las aguas y con el mismo genio del mal, Arimanes, á cuyo palacio acude en persona para evocar á un muerto, acordándose de que Saúl hizo lo propio la víspera de la batalla de Gelboé, y de que Pausanias, rey de Esparta, evocó á la bella Cleonice, su querida y su víctima, para que le revelase su destino.

Manfredo, además de su desesperacion vaga, tiene un motivo más concreto y determinado de dolor. Entre todos los individuos de su especie no ha encontrado más que uno que merezca su amor, y le ha amado y le ha dado muerte, no sangrienta, sino secando su corazon. Este amor de Manfredo, que se designa en el poema con el nombre de Astarte, y cuya sombra aparece dos veces, se ignora si es su hermana; pero en ciertos momentos, en medio de lo nebuloso y sombrío del poema, cree percibir el lector que es su hermana. Manfredo ha muerto á alguien, causando con este asesinato mucho dolor á Astarte: pero tampoco se acierta bien á distinguir si el muerto es el marido de Astarte, ó su padre, ó quién. Todo es profundamente misterioso y velado en el poema y en su principal personaje, lo cual aumenta como en Lara, ó más aún que en Lara, las proporciones gigantescas y un tanto cuanto diabólicas del héroe, y la sospecha de si este héroe será el autor mismo. Goethe llegó á creer en esto último, hasta el extremo de afirmar que Astarte era una dama florentina á quien Byron habia amado, y á cuyo marido habia muerto. Pero todos estos hechos humanos, por extraordinarios que sean, importan poco en comparacion de los *hechos ideales* que pasan en lo profundo de la conciencia de Manfredo, y que el poeta trata de revestir de una forma sensible. El Manfredo es el poema más *sujetivo* y más metafísico que se ha escrito jamás. Hay momentos en que todo el drama no parece sino una pesadilla, una fantasmagoría sublime que pasa en el fondo del alma.

Manfredo lucha, como Prometeo, contra los dioses y contra el destino; pero sin esperanza de redencion. Manfredo rompe las cadenas, desprecia los conjuros, arrostra las maldiciones de los espíritus, y no siente ningun natural temor; el infierno que está fuera de él no le causa espanto: pero Manfredo lleva en su alma su propio infierno, y su alma no puede morir. No hay para Manfredo más infierno que su alma misma. Manfredo es el Prometeo sujetivo de la desesperacion. Las cadenas de diamante, el buitre que le devora los hígados, el Poder, la Violencia y Vulcano, son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

creaciones de su espíritu espantoso y fecundo en darse tormento á sí mismo. Muere Manfredo, y él y su dolor se desvanecen y pasan de la tierra y de la vida; pero persisten en lo futuro con eterna persistencia ultramundana. Singular y horrible teología, y no menos singular y horrible filosofía es la de Byron en este poema. Es la apoteósis del espíritu humano, que niega todo sér superior; pero que él mismo se castiga y se atormenta en pago de sus malos pensamientos, constituyéndose en juez de ellos, inapelable é involuntario. El espíritu, despues de la muerte del cuerpo,

> .... ningun color conserva
> de pasajeras y exteriores cosas;
> pero se absorbe en el dolor y el goce,
> ambos nacidos ya de la conciencia
> que de sus propios méritos adquiere.

Tal es, en resúmen, el monstruoso aunque por otra parte bellísimo poema, que ha traducido el jóven Alcalá Galiano con notable fidelidad. Los versos, aunque no son muy sonoros, conservan el carácter extraño y selvático de los del original; y de la lectura de toda la traduccion se saca, á nuestro ver, una idea exactísima de lo que es y vale el poema en lengua inglesa.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de este trabajo del Sr. Alcalá Galiano, á quien se debe estimular para que siga traduciendo con igual ó mayor acierto las obras del más gran poeta inglés de la edad presente.

De la proteccion de los gobiernos á la literatura dramática. — Con motivo de una proposicion de ley del señor Barrantes.

El celo por el bien y prosperidad de la literatura es digno de la mayor alabanza; nosotros se la tributamos al Sr. Barrantes: pero no podemos prescindir de hacer algunas observaciones sobre su proyecto, reservando el extendernos más para cuando el proyecto sea apoyado y discutido.

No somos rígidos observadores de las máximas de los economistas; no negamos que los Gobiernos puedan fomentar y dar aliciente á ciertas profesiones ó industrias, ofreciendo premios á los que más en ellas se adelanten y sobresalgan. Todo esto lo concedemos. Sólo no podemos conceder que la profesion de autor dramático sea la más merecedora y la más necesitada de proteccion, y la que un Gobierno puede proteger con menos exposicion de equivocarse.

No es la más merecedora de proteccion, porque, aún suponiendo que el teatro deba ser una escuela de costumbres, y no un mero pasatiempo y honesto recreo, todavía las ciencias morales y políticas y las naturales y exactas han de tener mayor, ó por lo menos, igual

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

importancia que los dramas y las comedias. Por este lado es evidente que un buen tratado de moral ó de medicina, una buena disertacion filosófica, un estudio matemático, una Memoria sobre algun punto de historia natural ó un compendio de agricultura, importan más á la república que la comedia ó el drama más *asermonado* de cuantos puedan escribirse, salvo en lo tocante á la diversion y esparcimiento del ánimo, que los últimos pueden y suelen proporcionar. Pero un Gobierno no debe tener en cuenta la amenidad y diversion que proporcione una cosa para premiarla. Objetos hay que diviertan á unos y fastidian á otros, y no es razon que vaya á pagar el Gobierno lo que á él le divierte, imaginando que ha de ser para todos los hombres igualmente divertido. Fundándose en esto solo, seria una crueldad distraer algo de los fondos públicos, suministrados en su mayor parte por gente que casi nunca ó rara vez va á la comedia, y cuando va no se divierte, para que se diviertan más y mejor los que á la comedia suelen ir.

Cierto es que la literatura da gloria, y que á un pueblo no le debe doler el pagar su gloria cuando es rico. Pero entonces, ¿por qué esta distincion en favor de la poesía dramática? ¿Por qué no se pagan tambien y se premian la poesía lírica, la épica, la didáctica, las novelas, las artes del dibujo, la teología, la filosofía, la oratoria sagrada, la forense, la parlamentaria, *e cosi via discorrendo?* Para ser justos, ya que tratamos de dar mil duros á cada autor de las doce mejores obras dramáticas que al año se escriban, es menester que demos mil duros á cada autor de los doce mejores discursos parlamentarios que se pronuncien, mil duros á cada autor de los doce mejores sermones que se prediquen, mil duros á cada autor de los doce mejores cuadros que se pinten, mil duros á cada autor de las doce mejores estátuas que se esculpan, mil duros á cada autor de las doce mejores odas que se compongan, mil duros á cada autor de las doce mejores novelas que se inventen, y de las doce mejores historias que se refieran, y de los doce mejores estudios críticos ó filosóficos, ó políticos, ó morales, ó religiosos que se hagan, llegando así hasta consumir todo el presupuesto, sin que haya bastante con él para premiar á cuantos por cualquier trabajo, con su erudicion, con su habilidad ó con su ingenio, dan ó se supone que dan gloria á la patria. Y no se nos diga que nos valemos de un sofisma, pues para esto seria necesario sustentar que un autor de comedias da más gloria á su patria que un orador, que un poeta lírico, que un pintor, que un filósofo, que un moralista ó que un teólogo; seria necesario sustentar que, para contribuir á la aparicion de nuevos Calderones, Lopes y Moretos, se pueden y deben gastar 12.000 duros anuales, y no se pueden y deben gastar para producir nuevos Cervantes, Canos, Sotos, Suarez, Granadas, Leones, Murillos, Marianas, etc. etc. etc.

En España se lee poquísimo, pero hay notable aficion á divertirse: por manera, que no sólo los amantes de la literatura, los discretos y los eruditos, sino tambien el más indocto vulgo, contribuyen al bienestar y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al lucro del escritor de comedias, el cual, con tal que sea algo estimado del público y tenga una regular fecundidad, se forma pronto una renta superior al sueldo de un consejero de Estado, de un capitan general ó de un ministro, en suma, de uno de los primeros dignatarios y personajes. En cambio el filósofo, el erudito, el naturalista y el matemático, como no tengan otra industria más mundana y rastrera para ganarse la vida ó alguna posicion oficial que les dé medios de mantenerse, se mueren irrremisiblemente de hambre con todas sus filosofías, su erudicion, sus matemáticas ó su conocimiento profundo de las leyes de la vida y de la muerte.

Una comedia ó un drama se escriben en uno, dos ó tres meses, y no necesita el autor sino papel y tinta y pluma para escribirlos: así es, que aunque el autor dramático gane poco ó no gane nada, sólo pierde ó malbarata su trabajo y un corto espacio de tiempo; pero el sábio necesita muchos libros, instrumentos costosos á veces, y largas vigilias y profundos estudios preparatorios; y quizás necesita además emprender penosísimas y dispendiosas peregrinaciones, registrar archivos, hacer sacar copias de documentos, recoger ó adquirir colecciones de estos ó de aquellos objetos, y valerse de otros medios que le obligan á gastar en balde el tiempo, el dinero y la paciencia. Por eso hay tan pocos sábios y tantos escritores dramáticos malos ó buenos. ¿Por qué, pues, se ha de proteger la literatura dramática y no la ciencia?

El tercer inconveniente que nacería de esta proteccion seria el prestarla de un modo poco atinado.

Si el sentimiento moral predominaba en la junta calificadora, podria muy bien acontecer que premiase las doce obras más santas y buenas, aunque, literalmente consideradas, más tontas. Lamentable cosa es, y nos da pena confesarlo; pero no son á menudo las obras mejores las más morales. En el siglo brillante de Leon X, se llevó con razon el lauro de la poesía Ludovico Ariosto, á quien llama Cervantes *cristiano poeta*, pero que no lo es, ni por la moral, ni por el desenfado irreligioso con que trata ciertos asuntos. Si en tiempo de Luis XV de Francia se hubiese tratado de premiar la mejor novela, indudablemente que el *Cándido* de Voltaire se hubiera llevado la palma, salvo el poder ahorcar ó quemar vivo al autor, despues de premiado, por inmoral ó por impío. Y en nuestra misma España, si en el siglo xv se hubiera querido premiar la mejor obra de imaginacion, la desenfrenada y obscena *Celestina* hubiera tenido que llevarse el premio, á ser justos los jueces. Pero prescindamos de esta dificultad, y supongamos por un instante que el mérito literario y la moralidad están en razon directa en todas las obras que han de ser juzgadas: ¿es tan fácil acaso justipreciar el mérito literario? Siguiendo la corriente de la opinion pública, se exponen los jueces á confirmar y á sancionar el capricho de un momento, tal vez la depravacion del gusto. Separándose de esta corriente, se exponen á ser censurados del modo más acerbo, y lo que es peor, á premiar obras atildadas, académicas, conformes á las reglas, pero faltas de espíritu y de brio, antipáticas, y tal vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inferiores á la farsa más absurda y grosera, cuyo autor al menos ha tenido el tino y el talento de complacer al público, primer fin del poeta dramático, que debe ser eminentemente popular.

Por todas las razones antedichas, razones que explanarémos y completarémos si el proyecto de ley llega á discutirse, juzgamos dicho proyecto poco acertado, aunque concebido con las más nobles intenciones y en virtud de un amor desinteresado á las letras, que honra en extremo al Sr. Barrantes.

Los 12.000 duros que, segun el proyecto, se han de dar á las empresas que representen mejor y con más brillante aparato los dramas, nos parecen un gasto menos justificado todavía. El público que disfrute de las magníficas decoraciones, de la rica *mise en scène*, y de la habilidad de los más excelentes actores, es quien debe directamente pagarlos.

De los actores y de los autores dramáticos puede ser y es el público Mecenas, y no han menester ni conviene que tengan otro.

Si el Sr. Barrantes quiere que la literatura sea protegida, presente otra proposicion de ley en favor de aquellos ramos que sin proteccion no pueden florecer ni dar fruto; de aquellos ramos que no puede, ni quiere, ni debe pagar el vulgo, y que sin embargo, es conveniente y honroso que florezcan en todo pais civilizado.

Esos 24.000 duros, que desearia el Sr. Barrantes gastar en el teatro, se podrian dar á las tres Academias de ciencias morales y políticas, de ciencias exactas y naturales y de la historia, para que ofreciesen más premio y estímulo que hoy á trabajos utilísimos, que sin este incentivo y apoyo no se pueden hacer, y que importa mucho que se hagan. El espíritu de nuestros antiguos y grandes filósofos duerme ignorado en el centro de empolvados *in-fólios*, de donde se pudiera desentrañar; de nuestros estadistas, jurisconsultos y teólogos, se sabe tambien harto poco, pasando España por una nacion mucho menos científica de lo que ha sido; nuestros sábios rabinos y musulmanes, cuyas teorías una vez bien conocidas, podrian servir para completar y aun para hacer posible una buena historia de la filosofía en la edad media, no han sido aún debidamente analizados y juzgados; el estudio de las ciencias naturales está descuidadísimo en España, y debiera fomentarse; en nuestra historia hay mil puntos importantísimos, inexplorados aún; y hasta en nuestra bibliografía hay que hacer mucho. A todo esto que el público no puede pagar ni premiar, debieran prestar pábulo las tres mencionadas Academias, disponiendo certámenes, proponiendo premios, y dando ocasion á que se escriban libros, que no se escribirán de otra suerte, y que, una vez escritos, honrarán nuestro saber y nuestras cultura.

Por ejemplo, así como Remusat ha hecho en Francia un estudio sobre Pedro Abelardo, podria hacerse en España un estudio sobre Lulio, ó Vives, ó Huarte ó Servet. Así como Renan se ha adelantado á escribir sobre Averroes, pudiera escribirse en España de Jehuda-ben-Leví ó de Maimonides: pudiéramos en suma, reivindicar muchas glorias, que los extranjeros se atri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buyen, reconstruir el pasado científico de España, caido en olvido ó en menosprecio, y preparar una grande y nueva eflorescencia científica, que correspondiese y compitiese con nuestro valer literario y poético que nadie niega.

Someramente tocamos aquí este inmenso asunto, en el cual nos dilatarémos acaso en otra ocasion, sobre todo si el Sr. Barrantes y otros jóvenes diputados, amantes de las letras y de las ciencias, hacen justicia á la rectitud de nuestras observaciones, y las adoptan en parte, para que se logre un propósito tan bueno, dejando el teatro, como á toda literatura popular, encomendado al público, que es y debe ser siempre su único Mecenas.

Sólo añadirémos, que cuando los mezquinos premios, que ofrece y da la Biblioteca Nacional, han producido ya obras de tanto mérito como la publicada del señor Barrera y la próxima á publicarse del Sr. Aguiló; y cuando de los premios, mezquinos tambien, de la Academia de la historia, se ha originado la importante y eruditísima Memoria de los Sres. Oliveres sobre la *Munda Pompeyana*, bien se pueden esperar más opimos frutos, si se prestan á estos estudios sérios mayor proteccion y aliciente.

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

La presencia en esta córte de dos catedráticos dignísimos de la mencionada Universidad y el propósito formado por aquel cláustro, y que deben cumplir ellos, de presentar á la Reina una exposicion, suplicándole se digne restaurar y acrecentar tan célebres estudios, nos mueven á tomar la pluma para coadyuvar en lo que nos sea posible á este buen deseo, procurando excitar en su favor la opinion pública, el celo del señor Ministro de Fomento y su amor á las glorias literarias de España.

La Universidad de Salamanca, decaida de su esplendorosa elevacion, no por culpa de sus maestros, sino por incuria y abandono de nuestros gobernantes, apenas se puede decir que tenga en el dia de hoy una sola facultad completa, la de derecho, y en vez del sinnúmero de estudiantes que en lo antiguo frecuentaba sus aulas, sólo cuenta ya de ciento á ciento cincuenta matriculados. En tal extremo de abatimiento ha venido á caer la escuela que tantos Papas y tantos Concilios generales han declarado una de las cuatro principales del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buyen, reconstruir el pasado científico de España, caido en olvido ó en menosprecio, y preparar una grande y nueva eflorescencia científica, que correspondiese y compitiese con nuestro valer literario y poético que nadie niega.

Someramente tocamos aquí este inmenso asunto, en el cual nos dilatarémos acaso en otra ocasion, sobre todo si el Sr. Barrantes y otros jóvenes diputados, amantes de las letras y de las ciencias, hacen justicia á la rectitud de nuestras observaciones, y las adoptan en parte, para que se logre un propósito tan bueno, dejando el teatro, como á toda literatura popular, encomendado al público, que es y debe ser siempre su único Mecenas.

Sólo añadirémos, que cuando los mezquinos premios, que ofrece y da la Biblioteca Nacional, han producido ya obras de tanto mérito como la publicada del señor Barrera y la próxima á publicarse del Sr. Aguiló; y cuando de los premios, mezquinos tambien, de la Academia de la historia, se ha originado la importante y eruditísima Memoria de los Sres. Oliveres sobre la *Munda Pompeyana*, bien se pueden esperar más opimos frutos, si se prestan á estos estudios sérios mayor proteccion y aliciente.

LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

La presencia en esta córte de dos catedráticos dignísimos de la mencionada Universidad y el propósito formado por aquel cláustro, y que deben cumplir ellos, de presentar á la Reina una exposicion, suplicándole se digne restaurar y acrecentar tan célebres estudios, nos mueven á tomar la pluma para coadyuvar en lo que nos sea posible á este buen deseo, procurando excitar en su favor la opinion pública, el celo del señor Ministro de Fomento y su amor á las glorias literarias de España.

La Universidad de Salamanca, decaida de su esplendorosa elevacion, no por culpa de sus maestros, sino por incuria y abandono de nuestros gobernantes, apenas se puede decir que tenga en el dia de hoy una sola facultad completa, la de derecho, y en vez del sinnúmero de estudiantes que en lo antiguo frecuentaba sus aulas, sólo cuenta ya de ciento á ciento cincuenta matriculados. En tal extremo de abatimiento ha venido á caer la escuela que tantos Papas y tantos Concilios generales han declarado una de las cuatro principales del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

orbe, sin competidora y sin par, fuera de las Universidades de Oxford, Paris y Bolonia.

Aún prescindiendo de la utilidad que traeria á esta nacion el que se conservase en todo su brillo la Universidad de Salamanca, y en ella las tradiciones, el recuerdo vivo y el fuego sagrado de la inspiracion científica propia de los españoles, todavía debiera desvelarse el Gobierno en bien de esta Universidad, como quien conserva un glorioso monumento. Aún suponiendo que nuestra propia inspiracion científica y literaria ha muerto ya, que las nacionalidades se funden en espíritu, ya que no materialmente, y que el saber y el arte y la poesía en España no pueden ni deben ser sino una faz, ó quizás un reflejo del saber, del arte y de la poesía del resto de Europa, todavía debiera el Gobierno levantar de su postracion á la Universidad de Salamanca, como testimonio de una época de originalidad y de espontaneidad que ya ha pasado. Por muy cosmopolita que el hombre sea, no se complace, con tal de que tenga corazon, en borrar los más nobles signos y caractéres que distinguen ó han distinguido á su patria.

Por otra parte, no es sólo la literatura, no son sólo la poesía y las demás creaciones artísticas las que, á pesar del trato y comercio más frecuente y más íntimo de las naciones, en el dia, deben guardar su forma y su condicion nacionales, y un sello peculiar que de las otras las diferencie, sino que hasta la ciencia misma, ya que no en sus principios, que son idénticos por donde quiera, en su proceder y en su método ha de

ser varia, ha de llevar el signo del pueblo de donde procede, si este pueblo no quiere desaparecer del mapa espiritual, no quiere que se escriba la historia de la civilizacion del mundo, haciendo caso omiso de su existencia. Importa, pues, vivificar el pensamiento español, no sólo con el sustento que viene de fuera, é iluminarle, no sólo con la luz de una ciencia más adelantada que Francia y Alemania principalmente nos trasmiten, sino que importa vivificarle é iluminarle tambien con la propia luz y con las antiguas doctrinas, para que se eleve como un árbol robusto y fructífero, que tiene sanas y hondas raíces en este suelo, y no como planta parásita, estéril y pobre, que vive sólo y se nutre del aire que aspira.

Ningun suelo está mas probado y es más generoso que el de Salamanca para el cultivo del espíritu nacional. Allí nació gigante y desde allí se dilató por el mundo todo, llevando á los más remotos climas nuestra nobilísima, y en los siglos xv y xvi, elevada y superior cultura. Allí estudiaron los jurisconsultos que redactaron las *Partidas*, los astrónomos que formaron las *Tablas*, y muchos de los sábios hebraistas que publicaron la *Biblia Complutense*. Allí se educaron Jimenez de Cisneros, Bartolomé de las Casas, el Tostado, D. Diego Hurtado de Mendoza, Fernan Perez de Oliva, Arias Montano, Antonio Agustin, Victoria, Soto, Melchor Cano, Morales, Francisco de la Torre, Fr. Luis de Leon, Nebrija, Acosta, el Pinciano, Salinas y otra infinidad de filósofos, teólogos, jurisconsultos, poetas, hombres de Estado, médicos, músicos, humanistas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oradores y eruditos, que honraron á España en el siglo de oro de nuestra civilizacion y en el mayor auge de nuestra grandeza y de nuestro predominio en el mundo.

La Universidad de Salamanca fué, en aquella dichosa edad, consultada por los Reyes y por los Pontífices, y hasta por un hombre más grande que todos los Reyes y los Emperadores todos; por el inmortal Colon, á quien fuéron favorables sus decisiones. De la Universidad de Salamanca salieron los más sábios y profundos doctores que brillaron en Trento; notables filósofos que dieron lecciones en Paris; grandes artistas que enseñaron la música en Italia. A la Universidad de Salamanca acudia entonces á instruirse la juventud estudiosa de Flándes, de Alemania y de más remotas regiones. La civilizacion española estaba dotada entonces de un carácter propio; brillaba con luz clarísima, y tenia por centro y foco de esta clarísima luz á la Universidad de Salamanca.

Durante el siglo xvii y primera mitad del xviii, cuando la estrella de nuestra prosperidad declinó y se eclipsó, viciada nuestra civilizacion y agonizante con la gangrena del más horrible y necio fanatismo, todavía supo la Universidad de Salamanca conservar el riquísimo tesoro de sus glorias científicas, y aumentarle con otras nuevas. Es innumerable el catálogo de escritores y de otros hombres ilustres que produjo en esta época aquella Universidad, y de los cuales hace honrosa muestra el catedrático Sr. Dávila, en su *Reseña Histórica* pocos años há publicada. «Mas á pesar

de tantos escritores, añade, como aparecen en este siglo, la Universidad no hace ya el mismo papel en Europa; va decayendo con la monarquía; no se conserva en sus hombres aquella originalidad, aquel vigor de pensamiento que en el siglo anterior manifestaron. El impulso que á la libertad de la ciencia diera la protesta, fué perdido para nosotros; no entramos como contendientes de primera linea en las cuestiones vitales que se promovieron; la Inquisicion nos mandaba callar, en vez de dejarnos discutir, siquiera en favor del catolicismo; las plumas de Victoria, de Soto, de Melchor Cano, de Fr. Luis de Leon y del Brocense se rompieron, quedando reducidos nuestros literatos á copistas, á eruditos, á tratar cuestiones escolásticas, que no tenian ya aplicacion en el mundo real, porque la autoridad nos habia separado del teatro de la guerra. Estos fuéron los efectos de la intolerancia, como si debiéramos estar solos fuera del mundo de la inteligencia; como si las cuestiones, por peligrosas que sean, que toman vida en la sociedad humana, no la vivificasen al mismo tiempo; como si la experiencia no hubiese demostrado que quien muere es el que pretende matar con las persecuciones y el terror; como si no se supiera bien que el pueblo, que no arrostra los conflictos de la marcha del pensamiento social, es un pueblo que se condena á un suicidio lento, sin interés, sin dignidad y sin nobleza.»

Con estas sentidas palabras, y con tan fundadas razones, explica y lamenta el moderno catedrático de la Universidad de Salamanca la caida de aquellos estu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dios, caida que coincidió con el hundimiento de la civilizacion y de la grandeza españolas, ahogadas por la más grosera y estúpida supersticion, cada dia más intolerante y más fuerte.

La Universidad de Salamanca guardó, con todo, aún en aquella época lastimosa, el fuego de la inspiracion, que habia sabido comuñicar á sus hijos, y bien se puede afirmar que aquella escuela, así como fué la cuna de nuestra cultura, fué tambien el lugar predestinado de su renacimiento.

En el último tercio del pasado siglo, cuando, reinando Cárlos III, empezó á despertarse nuevamente el ingenio español, hubo alguna libertad de pensar y de escribir, y se abrieron las puertas y las fronteras á las ideas modernas y á los recientes progresos de Europa, la Universidad de Salamanca tuvo la gloria de adelantarse á las demás en ver la nueva luz que venia de país extraño, y en valerse de ella, y en encender en ella la antorcha del saber, que la intolerancia y la ridícula tiranía de los Reyes austriacos habian casi extinguido. Entonces se puede decir que hubo como una especie de resurreccion general de los estudios de Salamanca, que dió orígen al movimiento literario que todavia dura. De Salamanca se puede decir que salió Jovellanos, el cual dió á la prosa castellana la flexibilidad conveniente á expresar las nuevas ideas de política, de economía y de administracion. En Salamanca volvió á estudiarse la filosofia y brillaron notables filósofos. Y en Salamanca apareció, por último, la nueva y grande escuela poética, en la que se han formado

nuestros novísimos líricos y dramáticos. A ella pertenecen Fr. Diego Gonzalez, Cienfuegos, Nicasio Gallego, García de la Huerta, Iglesias y Melendez Valdés, de quien proceden Sanchez Barbero, Arriaza, los Moratines y el gran Quintana, y á ella perteneció asimismo el filósofo Forner, fundador de la nueva escuela de Sevilla, aún ahora floreciente, y que se honra con tantos elegantes poetas y prosistas, desde Reinoso, Lista, Arjona y Blanco, hasta Rodriguez Zapata, Tassara, Cañete y Campillo.

A pesar de esta gloriosísima vida de la Universidad de Salamanca, vida no terminada hace siglos, sino vigorosa y fecunda á principios del presente, dicha Universidad decae y muere. La vida que las persecuciones y el fanatismo del siglo xvii no le pudieron quitar, se la van á quitar ahora el abandono, el descuido y el injusto olvido de los gobernantes. En este caso extremo, el cláustro de aquella Universidad, los Diputados y Senadores de la provincia, y algunas otras personas interesadas en la prosperidad de escuela tan famosa, deben elevar hoy una exposicion á las augustas manos de la Reina doña Isabel II, para que ampare aquellos estudios, donde se educó la maestra y el principal ministro de doña Isabel I, doña Beatriz de Galindo y el cardenal Jimenez de Cisneros. No dudamos que el noble corazon de nuestra soberana y su ánimo verdaderamente real y aficionado á todo lo que es patriótico y grande, ha de acoger con amor súplicas tan razonables y peticiones tan fundadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Señores: tiempo há que tuve la honra, deseada con la mayor vehemencia, y franca y poco modestamente pretendida por mí, de ser elegido y llamado á tomar asiento en esta ilustre y sábia Academia. Cosa natural parecia que quien tan impaciente se mostró en desearlo, se hubiese apresurado, una vez conseguido, á gozar de ello por completo; y así no extraño, antes juzgo muy fundada vuestra sorpresa, y aún juzgaria razonable vuestro enojo, si de vuestra bondad se pudiera presumir ó recelar que le hubieseis tenido, al notar mi tardanza en presentarme ante vosotros á recibir un favor, solicitado con empeño y ahinco, y que vosotros me concedisteis, haciendo de mi deseo mérito y dando al fervor de mi pretension valer bastante para que se me lograse.

¿Qué no habreis podido suponer y censurar en mi conducta al verme en el pretender tan audaz y diligente, y tan tibio y perezoso en cumplir la única con-

dicion que pusisteis al logro de mi deseo, dilatando yo el plazo de satisfacerle?

Daros como excusa y explicacion de esta tardanza mis ocupaciones, antes seria agravar mi falta que no disculparla. Para mí no hay, ni debió haber, desde el momento en que, con mano franca y benévola, me abristeis las puertas de esta casa, otro cuidado ni otro empleo más importante que los de acudir á ella y entrar en ella. Mi modo de proceder no tiene más que una explicacion, y voy á dárosla.

Escribiendo yo apresuradamente y todos los dias en periódicos, y escribiendo sobre asuntos que sólo tienen una importancia efímera, obrillas que han de vivir un dia, sin dar tiempo ni para que sean estimadas ni desestimadas, ni para que por ellas se aquilate el valor de mi estilo, apenas me sentí llamado por vosotros, cuando reflexioné que para entrar aquí habia de presentar un escrito, si breve, duradero, y habia de dar razon de mí, la cual, siendo indigna de esta Academia, perpetuaria la indignidad, porque la Academia comunicaria su vida y su duracion á mi escrito, y no seria este como otros muchos escritos mios, perdidos en el inmenso fárrago de los periódicos, y condenados al olvido para siempre.

Estas consideraciones me infundieron grandísimo temor, aunque tardío, y parándoseme delante, cuando he tratado de poner manos á la obra, lo han venido á estorbar, luchando con mi deseo nunca menos vivo de estar entre vosotros, y de ser uno de vosotros, aunque sin merecerlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

La modestia, el saber profundo y la singular discrecion de la persona, cuyo asiento voy á ocupar aquí, del Sr. D. Gerónimo del Campo, en cuya alabanza no me dilato, por haberlo ya hecho una elegante y autorizada pluma, contribuian asimismo á retraerme y á acobardarme, temeroso del parangon y de la competencia que habia de hacer su recuerdo, grabado en vuestras almas, con el humilde sujeto que os habla ahora.

Yo que soy orgulloso, pero que tengo poquísima vanidad, vacilaba y me arredraba. Por último, venció en mí el anhelo de alcanzar la honra de pertenecer á esta corporacion; pero todavía hubo de salirme al encuentro una dificultad gravísima. ¿De qué acertaria yo á hablaros que pudiese fijar vuestra atencion? ¿Qué podria yo deciros que no supieseis? ¿Qué punto tocaria yo que no os pareciese enojoso?

Mucho he cavilado sobre esto, y al cabo he pensado que nada seria menos impropio, nada más natural que traeros noticia, al entrar en este santuario de las letras, de lo que se piensa de las letras entre los profanos, comparando la mente del vulgo, su pensamiento sobre el lenguaje, en sus dos manifestaciones, la prosa, y la poesía, con el pensamiento que en esta Academia preside. Yo, señores, no presumo de enseñaros nada; sólo quiero exponeros mi parecer, y trasmitiros mis observaciones sobre la idea vulgar que hoy se tiene acerca del habla castellana y sobre la idea que, en mi sentir, debe de tener esta Academia. El punto en que coinciden, ó seria razonable que coincidiesen el vulgo y los

discretos y los doctos, es la poesía popular, la cual será tambien asunto de mi discurso, pero más como ejemplo y medio de mostrar mi pensamiento que como fin y objeto de él.

Andan ahora muy validas ciertas opiniones, que, con apariencia de verdad, envuelven errores lastimosísimos, los cuales importa combatir y deshacer, no cortándolos y segándolos, como mala yerba, del ameno y fértil campo de la literatura, sino cavando en él profundamente, hasta hallar sus raíces, para arrancarlas de cuajo, á fin de que no retoñen.

Yo creo que nunca como ahora es fácil obrar de este modo, porque á la crítica, fundada antes en la mera experiencia, y, por consiguiente, limitada, como todo lo que proviene de la induccion, ha sucedido otra crítica, deducida de altos principios filosóficos, la cual comprende todos los casos particulares, y sirve de norma y regla para esclarecerlos y juzgarlos. Así como hay una ciencia matemática, que determina las leyes, segun las cuales percibe y abarca el entendimiento todos los séres del universo sensible, así hay tambien una filosofía del arte, con cuyo auxilio y luz, si no se va tan seguro, y si no se ve tan claro como con las matemáticas, se alcanza y se columbra más que con los simples preceptos, fundados en el sentido comun ó en la observacion juiciosa, aunque no sostenidos en otro más filosófico y sólido fundamento.

No soy denigrador del tiempo presente. Creo que pocos períodos literarios más brillantes y más fecundos ha habido en España que este en que vivimos. Pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reconociendo, como reconozco, sus excelencias, no puedo menos de notar sus defectos, y no quiero disimularlos por alcanzar favor entre el vulgo. El saber, así en literatura como en otras muchas cosas, se ha extendido maravillosamente en estos últimos años. Y esto, aunque ha traido muchos bienes, no se ha de negar que ha traido inconvenientes no pequeños. El saber no se ha derramado por todas partes, al modo que se derraman, con tiempo y medida, por mil canales distintos, las aguas de una esclusa, y van á regar y á fecundar la tierra, sino como estas mismas aguas, cuando rompen con ímpetu y furia el malecon que las detiene, y van á inundar los campos, que no están preparados á recibirlas, y que sólo producen zarzas y abrojos, fecundados por el riego.

De la divulgacion del saber ha tenido por fuerza que originarse un saber imperfectísimo y vicioso, sólo comparable con esos abrojos y esas zarzas, de donde, como fruto desabrido y amargo, nacen el menosprecio del verdadero saber y las erradas doctrinas en que este menosprecio se apoya.

La política, la filosofía, todas las ciencias y artes, que hoy en España se cultivan, adolecen por lo comun del mismo achaque. Hay una falta de respeto á la autoridad, que, si fuese razonable, hallaria disculpa á mis ojos, pues atribucion propia de la ciencia es desconocer y aun negar la autoridad en nombre de la razon; pero que condeno, por ir las más veces contra la razon misma, buscando para ello pretextos vanos y apoyándose en paradojas ó mal entendidas verdades.

De estas verdades entendidas á medias, de estos errores que, por ser incompletas verdades, son más peligrosos y contagiosos que los errores en todo, voy á combatir los que al lenguaje se refieren ó en él influyen, prevaleciendo hoy, no ya sólo entre el vulgo, sino entre bastantes personas de notable ingenio y de alguna educacion literaria. Pues es de saber que estos errores no emanan siempre de total ignorancia, antes se fundan á veces en la pasion y proceden de otros ó filosóficos ó políticos, partiéndose en dos corrientes opuestas; la de aquellos hombres que sueñan con un progreso omnímodo y quieren una renovacion universal, y la de aquellos que, apegados á la tradicion, retroceden ó se aislan. Ambas corrientes, en lo que toca á la lengua y á la literatura, tienen cierto carácter democrático. Unos son amigos de lo nuevo, y creen que el mucho saber que han adquirido, y los altos pensamientos filosóficos que conciben, y las novedades peregrinas que enseñan, aprendidas las más en libros franceses, no caben en la estrechez de nuestro idioma y quieren ensancharle para que quepan en él con holgura; por donde le afean y le destrozan de una manera bárbara. Otros, entendiendo mal lo que por popular, así en poesía como en prosa, ha de entenderse, y juzgando que no es bueno sino lo que al vulgo place, y lo que está al alcance del vulgo, se bajan hasta él en el pensar y en el sentir, y sólo emplean en lo que piensan, sienten y dicen, las palabras más vulgares y usadas, censurando al que se vale de otras más raras, nobles y sublimes. Así avillanan, amenguan y mutilan nuestro idioma, de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

suyo rico y hermoso. Pero tanto los que piensan de una manera, como los que piensan de otra, suelen convenir en un punto, á saber, en que la inspiracion no es compatible con la reflexion y la crítica, y en que la inspiracion decae ó muere, cuando la crítica y la reflexion se le adelantan. De aquí nace la vana creencia de que el escribir no es arte, sino instinto; de que el pensamiento es lo que vale, y de que nada vale la forma; estableciendo entre el pensamiento y la forma de que va revestido una diferencia y hasta un divorcio que jamás existieron.

Del primer defecto adolecen muchos de los nuevos filósofos y políticos, que abusan de un tecnicismo innecesario, y que piensan mejorar el lenguaje alterándole y hasta vaciándole en una nueva turquesa, sin comprender que todas sus teorías, y aún otras más sutiles, alambicadas y profundas, pueden expresarse en el habla en que nuestros grandes místicos se expresaron. Es más, yo entiendo que si la filosofía hubiera menester de una renovacion del idioma español para medrar y florecer en España, deberiamos todos los españoles abandonar para siempre el estudio de la filosofía. Si una nacion como la nuestra, que lleva ya tantos siglos de civilizacion, aún no hubiese creado un idioma propio para las ciencias filosóficas, y capaz de expresar sus verdades, seria señal evidente de que el espíritu filosófico de los españoles era nulo, y vano el empeño de importarle de Francia ó de Alemania. Bueno es que un sistema, que una doctrina se importen, pero no puede importarse el espíritu que ha de comprenderlos,

apropiárselos, imprimirles un carácter nacional y castizo, y hacerlos fecundos. Así es que cuando yo leo los libros de filosofía que privan ahora, donde para mostrar ideas de algun soñador ó pensador aleman, se vale quien las divulga de frase bárbara y peregrina, me aflijo por él y por todos los españoles, y llego á dudar de si serémos aptos para esta clase de estudios. Llego á temer asimismo que el espíritu nacional, ofendido del menosprecio en que se tiene su primera y más espontánea manifestacion, la lengua, nos deje de su mano y se retire y aparte de nosotros.

Y no se crea que condeno la introduccion de sistemas de otros países; no se crea que entiendo de un modo mezquino lo castizo y lo nacional, fingiéndome en mi patria una originalidad que no existe ni ha existido nunca, y encastillándome en mi patria para conservarle esa originalidad fabulosa. Harto sé que una ciencia, una verdad, una doctrina no deben desecharse por ser extranjeras. Por cima del espíritu nacional está el espíritu de la humanidad toda, el cual contiene en sí á los demás espíritus y lleva en su seno las más diversas y originales civilizaciones. Espíritu nacional que se aisla, civilizacion nacional que se aparta de ese espíritu superior, que no le sigue en su constante movimiento, en su ascension perenne, es como ramo que del árbol se desgaja, es como flor que, desprendida del tallo, se marchita y fenece. No es justo ni útil, sino perjudicial y mortífero el apartarse del espíritu de la humanidad. Cuanto de él proviene es propio de las naciones todas. En la suprema órbita, en la sublime esfera en que él

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gira y por donde lleva todas las cosas á su término de perfeccion, y va elevando á todas las inteligencias creadas, las inteligencias todas han de estar en comunion y consorcio, si no quieren perecer; porque aquella es su vida (1).

El arte vino de Grecia y de Italia, la religion de Palestina; mas no por eso dejaron de ser recibidos como propios, no como forasteros y extraños, y sin dejar de ser el arte entre nosotros la realizacion de la belleza, tal como la conciben y la aman todos los hombres, y sin dejar de ser la religion la única verdadera, la universal, la católica, el arte y la religion tuvieron en España en cuanto era compatible con el distinto ser de ambas cosas, esto es, más ó menos accidentalmente, su carácter propio, su fisonomía española, ya considerado en sí cada uno, ya ambos en su fecundísima union. De esta suerte, las vírgenes de Murillo son creaciones católicas, universales, responden al pensamiento que de la Vírgen madre tiene todo el género humano, y no dejan de ser obras españolas, castizas, propias del arte es-

(1) Esta existencia, esta vida propia y superior que doy aquí al espíritu nacional, y sobre el espíritu nacional al espíritu del mundo, es doctrina de Hegel, y aun se asemeja á la doctrina de Emerson, en su ensayo titulado *Over-soul:* pero en la filosofía del aleman y en la del anglo-americano hay un grande elemento platónico, que es el que acepto, desechando el elemento panteístico. Yo doy cierta realidad al *alma suprema* ó al *espíritu del mundo*, como se la doy á otras ideas, que como ideas están en una sola idea, y ésta, en Dios; si bien no deja de existir el mundo real, con existencia distinta.

pañol. De esta suerte tambien, *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de Leon, en su esencia, son católica, universal teología, y en sus accidentes, no sólo de la forma, no sólo del lenguaje y del estilo, sino hasta del giro y condicion peculiar del pensamiento, son castizamente españoles. Ni dejando de ser originales y castizos, siguieron entre nosotros, á Zenon y á Séneca, Quevedo; á Platon, Fonseca; y á Aristóteles, otros muchos sábios.

La civilizacion es una, el espíritu es uno, la idea es una; pero se manifiestan de diverso modo entre cada nacion, entre cada gente, en cada lengua y en cada raza. No envian á ellas sus adelantos para que se sobrepongan al saber antiguo y á la antigua y propia civilizacion, ni para que esta crezca, como crecen los cuerpos inorgánicos, por superposicion de capas, sino que se infunden en las entrañas de su maravilloso organismo, y se identifican con él por tal arte, que vienen á convertirse en una misma cosa; y el nuevo elemento de civilizacion y la civilizacion antigua cobran el mismo sér y la misma sustancia, y juntos constituyen una sola esencia, dentro de la universal civilizacion, y subordinados al espíritu que lo comprende todo.

Digo, pues, que si los sistemas novísimos de filosofía alemana ó francesa viniesen de este modo á nosotros, serian aceptables por todo estilo. Lo que hubiese en ellos contrario á nuestro espíritu nacional desapareceria, se segregaria de él, cuando él se los asimilara; lo que no le fuese contrario vendria á corroborarle y á magnificarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta es la salud, y este el verdadero progreso del espíritu de una nacion. Las nuevas ideas entran en él y no se le sobreponen. Son como los alimentos en un cuerpo orgánico y sano, que se trasforman en la propia sustancia del cuerpo y le dan nutrimento y desarrollo, apartando de si lo que repugna á su naturaleza.

El lenguaje, que es la obra más instintiva del espíritu nacional, crece ó puede crecer, pero sin alterarse en la esencia, ni aun en la forma. Los idiomas llegan acaso á un momento de perfeccion, en el cual no es posible tampoco mayor crecimiento orgánico y verdadero, sino excrecencia inorgánica, aluvion de voces bárbaras venidas sin órden ni concierto, y sobrepuestas y abrazadas á él, para empañar su tersa y pulida belleza, secar su frescura y consumir su vida. Las palabras y los giros, introducidos así, son como la yedra, que se ciñe á un tronco viejo y le da cierta apariencia vistosa de verdura, pero apretándole de tal suerte, que le seca y le impide al cabo echar sus naturales hojas y su propio fruto. Pasados ciertos períodos de civilizacion, es difícil que un idioma se mejore: ó conserva su sér, con leves alteraciones accidentales, ó decae y se corrompe. Así el latin, despues del siglo de Augusto, empieza á adquirir aparente riqueza de palabras célticas y de otras lenguas bárbaras, y sin embargo, ó por lo mismo, decae. Y si el griego no decae tambien, despues del Magno Alejandro, y si en muchas ocasiones guarda aún y conserva su hermosura, se lo debe á la exquisita delicadeza y á la duradera virtud del ingenio helénico, al buen gusto de

aquella nacion y al estudio asíduo y constante de los antiguos modelos. Así es como, despues de las conquistas de Alejandro, florecen aún la literatura y la lengua griegas, bajo el cetro y la proteccion de los Ptolomeos, dando dichosa muestra de sí en Teócrito, en Calímaco, en Apolonio de Rodas, imitado por Virgilio, y en otros poetas líricos, épicos y bucólicos; se dilatan, pasando por el excelente y divino Plutarco, hasta los últimos tiempos del imperio de Roma; y muestran, si bien de una manera artificial y estudiada, la primitiva candidez y la juvenil frescura, en *Las Pastorales* de Longus, y la severidad didáctica y la claridad y nitidez del estilo, en los escritos del maestro de la gran Zenobia. Este esmero y cuidado que pusieron los griegos en conservar su idioma, y por consiguiente, el espíritu nacional, que en él está embebido, les sirvió de mucho para conservar tambien el sér de su civilizacion, y para difundirla y verterla por el mundo, desde el Cáucaso hasta la Libia, desde la India y la Persia hasta más allá de las columnas de Hércules, aún despues de arruinado su poder político y derrocado su imperio. Despues de las conquistas del héroe de Macedonia, llevaron por toda el Asia su saber y su literatura, la cual penetró y hasta influyó en la India, creando allí tal vez el arte dramático y modificando la filosofía, ora por el trato frecuente con la córte de los Reyes griegos de la Bactriana, ora por el comercio de las naves griegas que por el Mar Rojo iban de Egipto, ora por los embajadores y sábios que enviaban los Seleucidas y los Ptolomeos entre los Bra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mines (1). Las colonias griegas, esparcidas por todo el mundo conocido entonces, desde Marsella hasta Crimea, desde el Ponto y la Armenia hasta el Penjab, guardaron en su pureza el espíritu nacional y el habla en que se contiene, y produjeron brillantísimas escuelas literarias, como por ejemplo, la de Tarsos, que dió nacimiento á Strabon. La influencia de la literatura griega se extendió indudablemente hasta China, y acaso contribuyó á perfeccionar la secta de Lao-Zú. Roma vencedora se rindió tambien á las artes y letras de Grecia; los árabes las aprendieron é imitaron; y aún en época más reciente, los refugiados de Constantinopla, presa de los turcos, concurrieron al renacimiento de la civilizacion entre los latinos.

La religion cristiana, léjos de alterar ó cambiar el espíritu y el idioma de Grecia, vino á darles, engertándose en ellos, nueva fecundidad y vida. Los Santos Padres algo más nuevo traerian que expresar y que decir, que los imitadores de los filósofos alemanes que tenemos hoy en España. Los Santos Padres, no sólo traian una filosofía nueva, sino nueva religion, nueva moral y nueva política, y sin embargo, no creyeron indispensable ni conveniente buscar otras palabras y

(1) Sobre el influjo de la literatura griega en las ciencias y en la poesía de la India, se puede ver la obra del doctor A. Weber, titulada *Akademische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*. Puede leerse asimismo una sábia disertacion del propio autor, que lleva por título *Die Verbindungen Indiens mit den Landern im Westen*.

otros giros, afear y dislocar el griego, para expresar en él tan grandes novedades; las mayores novedades que ha habido en el mundo. ¿Por qué, pues, se ha de afear y dislocar el castellano para expresar en él las novedades de Kant, de Hegel, ó de Krause?

La verdadera y gran corrupcion de la lengua griega vino despues con el Bajo Imperio, y coincidió con la admision de voces peregrinas, que desfiguraron y empobrecieron el idioma, haciendo caer en desuso las voces propias, y acabando con su riqueza en las formas, las cuales se simplificaron, analizándose ó desatándose (1).

Esto tiene su razon de ser filosófica, porque cada lengua brota del genio de la raza que la habla, como brota la flor de su gérmen, y ya en el gérmen van todas las condiciones y todas las excelencias de la flor cifradas y compendiadas: de suerte que lo que no está en el gérmen es imposible que más tarde en la flor aparezca y logre desenvolverse, y tacharíamos de loco al que quisiese poner en la flor otra hermosura ú otro perfume de los que en su naturaleza hay, porque este, en vez de mejorar la flor, la deshojaria y marchitaria.

Las lenguas, si pensamos cristianamente, se ha de creer que nacieron por revelacion, de un modo divino, y si por acaso seguimos el parecer de los más sábios filósofos y etnógrafos racionalistas, se ha de suponer

(1) Sobre las diferencias que median entre el antiguo idioma griego y el de ahora, véase el Συνοπτικὸς παραλληλισμὸς

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que nacieron por inspiracion, esto es, de un modo semi-divino, aunque natural, en el momento misterioso en que se despertó la conciencia del linaje humano. Las lenguas, pues, ya se discurra de un modo, ya de otro, fuéron fruto del instinto, de la espontaneidad, del milagro: no de la reflexion y del estudio. Cada pueblo creó la suya, como forma sensible, como emanacion de su genio, inspirado por el espectáculo de la circunstante naturaleza. Cuando el idioma fué primitivo, le sacó todo de su propio sér; y cuando fué derivado, puso en su fábrica materiales del antiguo, ya corrompido ó muerto. En el primer caso, el pueblo se puede afirmar que se creó á sí propio: en el segundo, que se trasformó en otro pueblo. La adopcion de un nuevo idioma no es posible sin una mudanza grandísima en el sér del pueblo que le adopta. Pero el pueblo, ora cree, ora mude el lenguaje, lo hace instintivamente. Los sábios y escritores que anhelan realizar cambios tan radicales, sólo consiguen corromper y no crear. La reflexion rara vez pone en el lenguaje perfecciones y calidades nuevas, si bien las ordena y clasifica: la reflexion apenas desenvuelve el lenguaje, si bien escribe y formula las leyes naturales que presiden á su desenvolvimiento. La gramática, la retórica, la poética, posteriores á Homero, á Herodoto y á Tucydides, no hicieron más que enseñar á escribir reflexivamente, co-

τῆς ἑλληνικῆς καὶ ἀπλοελληνικῆς γλώσσης, escrito por Julio David.

mo por instinto escribieron aquellos admirables escritores (1).

En suma, así como los chinos se han elevado á un grado de civilizacion altísimo y han conservado una lengua monosilábica, menos rica de formas que la lengua de los hotentotes; así como el griego no se hermoseó ni perfeccionó, sino que decayó, al aceptar palabras y modismos bárbaros, y así como San Clemente de Alejandría, San Gregorio de Nysa y San Juan Crisóstomo, en prosa, y San Basilio, Synesio y Nonno, en poesía, escribieron y cantaron como Platon, Demóstenes, Aristóteles y Homero, aunque escribian y cantaban de la nueva más pasmosa, de la *buena nueva*, y aún de mucho de la novísima civilizacion, que de ella emana y que ya en esperanza iban descubriendo; así me parece que nuestra lengua, aunque fuese tan defectuosa como la de los chinos, permaneceria tan defectuosa, ó dejarian ellos de ser chinos y nosotros españoles; así me parece que la introduccion de tantas voces y giros nuevos, lleva á la corrupcion y no á la mejora; y así me parece, por último, que, imitando en algo á los padres griegos, pudieran estos filósofos de ahora introducir esas novedades germánicas, que al fin no son tan altas ni tan extrañas novedades, acomodándolas de modo que se hicieran consustanciales á la índole y sér

(1) Hemos tenido en cuenta al hablar de estas cosas, *L'origine du langage*, de Renan; *Der Ursprung der Sprache*, de Steinthal, y lo que dicen los modernos apologistas católicos, como Wisseman, Nicolas y otros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del espíritu y del idioma de nuestra nacion. Todo lo demás que se haga se puede tachar de extrañamiento y de apartamiento de la patria, si no en cuerpo, en alma, que es muchísimo peor. Es como si dijéramos al espíritu nacional: — Quédate ahí, que estás viejo y torpe, y yo me alejo de tí, y sigo el vuelo del espíritu del mundo, y me remonto con él á regiones más serenas, más elevadas y puras, á donde tú no puedes seguirme.

Y no se crea que hago por acaso, sino adrede y muy de propósito, esta especie de identificacion y de unificacion del espíritu nacional y del habla nacional; porque el habla es una misma cosa con el espíritu; es su emanacion, es su *verbo*. Por manera, que donde decae el idioma, bien se puede afirmar que el espíritu nacional decae, y donde el habla se ha enriquecido con grandes é inmortales obras y guarda su pureza y su hermosura, el espíritu nacional cuenta con esperanzas de vida imperecedera. Por medio del habla dan al mundo los pueblos su pensamiento y se entienden con el espíritu de la humanidad toda, de quien suelen ser como ministros, y como los medios de que él se vale para comunicar con otros pueblos más atrasados y de más baja civilizacion, levantándolos hácia él y llevándolos por sus encumbrados caminos.

Los pueblos que hasta cierto punto se puede afirmar que son mudos, ó dígase, que no han tenido grandes escritores y poetas, y que no han dádo á los demás hombres ningun sublime pensamiento, estos no tienen tanta obligacion de guardar su idioma; pero pueblos como el español, tienen una obligacion grandísima de

guardarle. El habla es el sello de nuestra nacionalidad y de nuestra raza, uno de los títulos de nuestra nobleza, y vosotros sois sus custodios y defensores.

Tan cierto es que el habla es sello de nacionalidad, que para explicar el olvido del comun orígen, hay que apelar á la confusion de las lenguas. Hablando los hombres idiomas diferentes, pudieron dispersarse, y dispersos, olvidar que eran hermanos. Así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunion del habla la conserva y hasta la crea. El pueblo griego conserva su idioma, y este idioma, aunque adulterado, le sirve de signo, y es despertador de su nacionalidad, despues de siglos de cautiverio; en Italia, se crea una sola lengua, y esta lengua, á pesar de la diversidad y multitud de Estados, es signo y argumento en Italia de la unidad de la nacion; una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, *Os Luisiadas*, son el mayor obstáculo á la fusion de todas las partes de esta Península; Camoens se levanta entre Portugal y España, cual firme muro, más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.

Para ponderar el lazo de union que es el habla viva, no hay más que considerar lo que puede una lengua, aún despues de muerta, aún despues de disuelta ó rota la sociedad en que se hablaba. Las naciones neo-latinas se creen aún con cierto grado de estrecho y amistoso parentesco: y en la mayor extension de América, á pesar de nuestras desavenencias, reconocen sus habita-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dores ser nuestros hermanos, y el sello de esta fraternidad es el habla.

Los grandes escritores son los que graban este sello, con delicado y fuerte buril, en el oro y en las joyas de sus escritos, y los que le hermosean, estrechando más el lazo de union y perpetuándole. Por eso decía Carlysle, con mucho fundamento:—Que, si le dijeran que eligiese para su patria entre la pérdida de Shakspeare ó la de las Indias Orientales, preferiría la segunda, porque tarde ó temprano se han de perder aquellas colonias, mientras que el glorioso poeta vivirá vida inmortal, y será leido en los más remotos ángulos de la tierra, por donde la Gran Bretaña ha derramado á sus hijos; y cuando estos se hallaren separados políticamente de la metrópoli, no sólo en América, sino en Australia y en otras islas y regiones del Pacífico y del Atlántico, se jactarán, al leer á Shakspeare, de ser ingleses.

El lenguaje identifica de tal modo las ideas y los sentimientos de los hombres, que la Providencia se ha valido sin duda de este medio, poderoso para los dos más importantes fines, para los dos acontecimientos más trascendentales que registra la historia; la preparacion evangélica y la predicacion y pronta difusion del Evangelio por el mundo. No significa otra cosa la hazaña del hijo de Filipo de domar el mónstruo Bucéfalo, que el haber fundido en una, despues de domarlas, ambas civilizaciones, la griega, representada por el caballo de Neptuno, y la asiática, de que era símbolo el toro de Moloch. Sus rápidas conquistas extendieron por el misterioso Oriente, con el lenguaje, la civilizacion de

los helenos, y la hicieron más comprensiva y fecunda, sembrando en ella las filosofías, las tradiciones y las esperanzas de otros pueblos, y dándole capacidad, brio y poder de que en su seno naciese la civilizacion cristiana; y las conquistas de Roma, imponiendo más tarde á las vencidas naciones, con la lengua del Lacio, la misma civilizacion, las mismas costumbres y la misma ley, las predispuso á recibir otra ley más blanda y suave, otra civilizacion más universal, santa y pacífica.

El sentimiento de la importancia unitiva de la lengua le tuvo y le expresó con hermosa energía, uno de vuestros más ilustres compañeros, cuya pérdida aún lamentamos, uno de nuestros más egregios poetas, cuando dijo á los pueblos de América que serian españoles y no americanos, añadiendo con tono profético:

Mas ahora y siempre el argonáuta osado,
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Patriótico vaticinio que no se cumplirá, si proseguimos por la senda que han tomado los filósofos, pues llegará á trastrocarse la lengua para exponer las teorías filosóficas germánicas y tal vez las doctrinas políticas y económicas francesas, de modo que la lengua de Cervantes será una lengua muerta, no pareciendo probable que se conserve en América lo que en España se desdeña y destruye.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya se debe comprender que al censurar el vicio de trastrocar la lengua, juzgándola incapaz, en su pureza, de expresar las altas especulaciones del dia, no voy tan léjos que condene la admision de los nuevos vocablos tomados casi todos del griego y lo mismo aceptados en español que en los demás idiomas. Antes condeno el vicio de aquellos que los empobrecen por atildamiento nimio y por escrupulosa elegancia, ó bien desechando voces técnicas necesarias, ó bien excluyendo otras por anticuadas, rastreras y poco dignas, sobre todo en verso. De este último achaque adolecieron los escritores del siglo de Luis XIV, y una manera idéntica de escribir prevaleció en Italia y en España, cuando vino á ellas el pseudo-clasicismo francés, el cual hizo más correctos y cultos á los escritores, más ordenada y tersa el habla, pero la empobreció, así en Francia como en Italia y en España, en palabras, frases y giros, siendo mucho más doloroso y grande el empobrecimiento en las naciones imitadoras, que en aquella que nos sirvió de pauta y guia, y donde la majestad y sublimidad de algunos escritores recompensaron con usura los mencionados defectos. Los escritores del siglo de Luis XIV no son tan ricos en palabras y frases, como Montaigne, ó como Amyot, pero la diferencia es más notable y mayor la desventaja, por ejemplo, entre Metastasio y Dante, entre Melendez y Lope de Vega.

Tampoco soy yo de los que, por amor al lenguaje y á su pureza, se desvelan y afanan en imitar á un clásico de los siglos XVI y XVII. Prefiero una diccion menos pura, prefiero incurrir en los galicismos que censuro, á hacerme premioso en el estilo, ó duro y afectado.

Pero no son estos vicios los peores; el peor de todos, mucho peor que el de los que sostienen que es bueno trastrocar el habla para que entren y se expresen en ella las flamantes filosofías, es el de los que apetecen y buscan lo vulgar, confundiéndolo con lo popular, los cuales yerran al escribir, así en el pensamiento como en la forma, y no sólo postran y envilecen el habla, sino tambien el espíritu.

Varios y opuestos son los orígenes de este vicio, de donde procede que el vicio mismo tiene calidades varias y opuestas; y como donde más resalta es en la poesía popular ó en lo que presume de serlo, voy á discurrir sobre lo que es esta poesía.

Empezaré repitiendo aquí lo que se dijo, no há mucho tiempo, á este propósito, en cierta obrilla, que empecé á publicar en compañía de uno de los señores académicos, vuestros compañeros, esto es, que en nuestros dias se apetece más saber la historia íntima y psicológica de los pueblos que la estruendosa y exterior de los reyes y tiranos, sus dominadores: más el armónico y constante desarrollo del humano linaje, que la genealogía y sucesion de los príncipes. La facilidad y la prontitud con que se recorre la tierra toda han hecho que se adquieran noticias de las más peregrinas literaturas, como de la índica, por ejemplo, apenas conocida un siglo há, y la série de revoluciones que han agitado y agitan aún á Europa, han aguzado, con la experiencia de lo presente, el instinto y la perspicacia

de los hombres para comprender lo pasado, y no sólo la historia, sino las literaturas de pueblos remotos ó distantes han sido mejor comprendidas. A esta excelencia de nuestra crítica contribuyen, con la mayor erudicion y con la mayor perspicacia de que ya hemos hablado, sistemas filosóficos más comprensivos que los antiguos, y más que nada, el principio existente en todos ellos de considerar el conjunto de los hombres, no ya como idea general y abstracta, sino como un sér indiviso, del que formamos parte, interesándonos por la vida del todo, como por una vida superior en que vivimos. Así es que la palabra *humanidad*, que indicaba antes ó la condicion de ser hombre ó la virtud de ser humano, no sólo significa hoy una calidad, sino que en sentido más alto y más generalmente usado, significa una entidad; la entidad viva del conjunto de nuestra raza. Convenimos en que esta idea puede conducirnos, á poco qne se exagere, á hacer de la humanidad una apoteósis panteística; pero encerrada dentro de sus justos límites, aviva la filantropía y despierta nuestro interés por todos los hechos de los hombres y por todas las manifestaciones de su espíritu.

A estas razones, que movieron á coleccionar y á publicar en casi todos los países, los cuentos vulgares, como los de Alemania, por los hermanos Grimm, los polacos, por Woysieki, los de los montañeses de Escocia, por Gran Stewart, los del Sur de Irlanda, por Crofton Croke, por Souvestre los bretones, y así otros muchos, vienen á unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se

despertó por las guerras invasoras de Napoleon I, y el deseo que muestran desde entonces todas las naciones de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su *autonomía*; deseo justo y útil, si, con la pintura de pasadas glorias, no excitase á muchos á querer remontar la corriente de los siglos y á retroceder á la barbarie, soñando en renovarlas; si, por querer guardar y hacer constar las diferencias que á las naciones separan, no los llevase á romper ó desatar los lazos que las unen, y si, por afirmar la variedad, no propendiese, en ocasiones, á negar la unidad en que la variedad se resuelve.

De todas las causas que he apuntado se originan el empeño y el estudio puestos en recoger piadosamente los cantos populares y en coleccionarlos. Du Méril y Follen lo han hecho con los latinos, con los servios Talvj, y Marcellus y Fauriel con los griegos. El vizconde Hersart de la Villemarqué ha recopilado y estudiado las leyendas bretonas; Simrock ha traducido en el aleman de ahora los *Nibelungen* y algunos cantos de los *minnesinger*; los finlandeses han resucitado y reconstruido con fragmentos dispersos su grande epopeya del Kalevala: Aguiló y Milá y Fontanals han hecho sendas colecciones de romances catalanes, y Garrett ha restaurado y publicado los portugueses.

Citar aquí el inmenso cúmulo de obras, de colecciones, de comentarios, de disertaciones críticas, que de poesía popular y sobre poesía popular se han escrito y publicado, sería prolijo por demás y ageno á mi propósito. Baste decir y saber, que para gloria de España, no hay

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en nacion alguna cantos populares que, ni en calidad ni en abundancia, puedan rayar tan alto, ni siquiera competir con nuestro romancero, en cuyo estudio, formacion y divulgacion, tanta y tan merecida fama han adquirido algunos ilustres individuos de esta Real Academia, y singularmente el Sr. Duran, cuya nombradía y reputacion se extienden y crecen en la docta Alemania, donde es apellidado por Wolf y por otros críticos el más eminente de los nuestros.

Lo que yo quiero advertir no es sino el error vulgar que de este estudio y aficion á los cantos populares ha nacido, poniendo muchas personas entre ellos y la poesía erudita cierta enemistad y antagonismo, y despreciando á esta para ensalzar más á aquellos. Muchas personas han acabado por preferir los aullos poéticos de los caribes á las odas de Horacio; los himnos latino-bárbaros de la edad media, á la *Cristiada* de Vida; y una *cancion de gesta* á *la Eneida* ó á *la Jerusalen*.

Nace esto, á mi ver, de la equivocada inteligencia de la poesía popular y del incompleto conocimiento de su historia. El carácter esencialísimo que distingue á la poesía del pueblo es el ser impersonal, mas no porque no sea obra de un poeta, cuyo nombre se sabe á veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras. En las épocas de espontaneidad el poeta no vuelve sobre sí mismo, no reflexiona, no le deja tiempo para reflexionar el espectáculo de los casos humanos y de la naturaleza inexplicada y misteriosa que le rodea, sobre la cual se difunde su espíritu en

vez de reconcentrarse y abismarse en su propio centro: por donde los poetas de aquellas edades no son *sujetivos*, como se nombran y son muchos de ahora; antes borran por completo de sus obras toda su personalidad.

De Aquiles de Peleo canta, Diosa.

dice Homero. Ni siquiera es él, sino la diosa la que canta. Pero que sean ó no personajes reales ó fabulosos los autores de los poemas homéricos, ó de los himnos del Rig-Veda, importa poco á nuestro propósito. Aquellas poesías son populares porque llevan en sí todo el pensamiento y todo el corazon de los pueblos.

Esto no prueba, sin embargo, que las grandes y primitivas poesías populares sean obra del vulgo, tengan un orígen plebeyo; antes suelen ser creaciones de una aristocracia sacerdotal, ó guerrera, ó ambas cosas á la vez, la cual comunica al pueblo algo de su ciencia por medio de símbolos y de figuras. Y tanto es así, que el poeta llega á veces á divulgarla de un modo imprudente, y pone en conocimiento de los profanos, con trasparencia sobrada, ora el oculto saber de los bramines, ora los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eléusis, concitando en contra suya la cólera de la divinidad y la venganza de los hombres. De aquí el desastrado fin de Orfeo, la persecucion padecida por algunos profetas de Israel, y hasta, en épocas posteriores, la muerte milagrosa de Esquilo por el águila de Júpiter.

En los pueblos de una civilizacion más autóctona, menos derivada que la nuestra, procedente de otra, sin que entre ambas haya habido tinieblas, sino des-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mayo y parcial eclipse, apenas si cabe distincion entre la poesía popular y la culta ó erudita; pero en nuestras naciones de la moderna Europa sucede lo contrario. Si bien la poesía erudita, con el recuerdo de la antigua civilizacion, ha empezado por iniciar á los pueblos en la aurora de la nueva, y los ha iniciado á menudo por medio de la lengua que moria y no de la lengua que nacia, los poetas se han dividido despues en las dos diversas clases de eruditos y de populares; pero esto es un mal y no un bien; una pobreza y no una riqueza; esto denota mengua, ó en el pueblo, que ha menester que le digan sólo cosas antiguas, rastreras y en estilo humilde, para que las alcance; ó en el poeta que, para ser popular, tiene que hacerse anacrónico, ó doméstico y bajo, en el pensamiento y en la forma, retrocediendo á las edades bárbaras y trasformando la poesía en una antigualla ó en una mala *prosa*

.....en roman paladino,
En la fabla que el vulgo le fabla á su vecino.

La poesía no debiera ser más que una, siendo siempre popular la buena, y la mala no popular, ni merecedora del nombre de poesía.

En la moderna Europa los bárbaros hacen que decaiga la civilizacion latina y el cristianismo echa por tierra las religiones paganas, y los fragmentos derruidos de la civilizacion antigua y de las antiguas religiones pasan transformados á la poesía popular, que es, por este lado, un recuerdo, mientras que las hazañas, las

glorias y las virtudes de la naciente caballería, y el espíritu suave de la religion nueva, pasan tambien á la poesía popular, que por este otro lado es una esperanza. Y de esta esperanza y de este recuerdo nace lo maravilloso de la edad media; aquella rica y pasmosa mitología, aquellos ensueños, unas veces alegres y hermosos, otras tristes y feos, aquella mezcla singular de lo grotesco y de lo sublime, del ascetismo y del libertinaje, de la corrupcion y de la inocencia, de la candidez y del artificio.

En los siglos XI y XII es cuando principalmente se combinan y funden los restos de las antiguas civilizaciones con el embrion de la moderna. Entonces empieza á brotar la luz del cáos. Entonces nos da la historia un periodo, tan fecundo en informes epopeyas, gérmen del saber futuro y de la venidera poesía, como en grandes revoluciones, trastornos sociales, renacimiento y muerte política de nacionalidades y de razas. En aquella edad, las paganas semi-civilizaciones, si se me permite esta expresion, que aún quedaban en Europa, se pierden en la civilizacion católica, y al desaparecer, nos legan, en memoria de su bárbara grandeza, monumentos, como el *Edda* poético y los *Sagas* escandinavos, que recopila Soemund Sigfuson en la remota Islandia. Los pueblos, convertidos al cristianismo, transforman en hechiceras á sus sacerdotisas, á sus profetisas en brujas, á sus dioses en diablos, á su Walhalla en infierno. En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglo-sajona, y pierde su brio la temprana cultura que produjera á un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Beda, á un Alcuino y á un Alfredo el Grande; la raza celta se diria que renace en cambio á nueva vida, y satisfecha de ver humillados á los anglos, sus vencedores y dominadores, hace revivir á Telesino, á Iseo, á Lanzarote, á Merlin y á Ginebra, evoca de la encantada isla de Avalon á su Mesías nacional, el rey Arturo, ilumina y dora con la luz de la religion cristiana á todos estos fantasmas gentílicos, y da nacimiento al ciclo épico de los caballeros de la tabla redonda, y á los amores, aventuras, encantamentos y hazañas de los libros de caballería.

En aquella edad, los piratas noruegos recorren los mares, y llegan hasta la América del Norte; los aventureros de Normandía conquistan la Sicilia, las Calabrias y la Inglaterra; y el gran movimiento de las Cruzadas agita á todos los pueblos de Europa y los pone en íntimo contacto. Aunándolos para la santa empresa, les revela que forman todos ellos una sola república, y arrojándolos sobre Asia, infunde en su renaciente civilizacion extraños elementos orientales. Las supersticiones, las fábulas, la ciencia, las tradiciones, las ideas, y hasta los ensueños poéticos de tantos pueblos distintos; los silfos y los enanos de la mitología alemana, las hechiceras célticas, los pigmeos y los ciclopes de Homero, los gigantes de Hesiodo, los grifos y los arimaspes de Herodoto y los genios y las hadas de Oriente, se mezclan y se confunden. Virgilio y la *Leyenda aúrea* inspiran simultáneamente al pueblo. Las tradiciones clásico-gentílicas aparecen ó se divulgan á par de las vidas de santos, y las historias de la guerra troyana y

de las conquistas de Alejandro el Macedon, al mismo tiempo que las de Cárlo Magno y sus doce Pares. Todo esto pasa de la lengua latina, en que se escribe por los letrados y para los letrados, á poemas eruditos en idioma vulgar, y por último, de estos poemas, á la memoria y á la poesía del vulgo (1).

De cuanto queda dicho se deduce que, no hubo ese despertar misterioso, ese carácter de originalidad nativa y ese no aprendido canto, como el de las aves cuando nace el alba, que algunas personas creen hallar en la edad media. Así como en un metal en fusion es fácil poner liga de otros metales, formando del todo una sustancia, si no homogénea, uniforme, así en la edad media, se formaron las civilizaciones nacientes, por amalgama de mil diversos elementos, y fuéron menos nacionales y propias de lo que pueden ser ahora: porque, si bien es cierto que entonces era menos frecuente que en el dia la comunicacion entre los pueblos, tambien lo que es esta comunicacion era más íntima y profunda. El espíritu de las naciones era entonces como blanda cera que cede á la menor presion, recibiendo el sello que se le impone, y hoy es como el acero más duro, que antes se rompe y salta que recibir otra forma de la que tiene.

(1) En nuestra manera de explicar el orígen de la poesía popular de la edad media, creemos que convienen Milá y Fontanals, en su tratado *De la poesía popular* y en su obra más reciente *De los trovadores en España*; Gervinus en su *Geschichte der Deutschen Dichtung;* Ozanan, *Des sources poétiques de la Divine Comédie,* y otros muchos autores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En balde tratan de disfrazar esta verdad los que, imbuidos en ciertas ideas políticas, y filosófico-religiosas, han concurrido á trazar en la imaginacion de las gentes, en ódio á la moderna filosofia, á las artes y á las literatura gentilicas del renacimiento y á otras doctrinas más nuevas, un bello ideal político, artístico, poético y literario en la edad media, cuyo primitivo encanto encomian y levantan hasta los cielos. No comprenden los que así discurren que la civilizacion no nació en la edad media: lo que hizo fué divulgarse, engertarse en los nuevos idiomas y recordar lo olvidado. El pueblo no se movió á pensar ni á cantar, tanto por un impulso propio é instintivo, cuanto por el recuerdo y la noticia de la ciencia y de la civilizacion pasadas; recuerdo y noticia que fuéron los doctos despertando en él ó trasmitiéndole pausadamente. Por esto Roscelin, S. Anselmo, S. Bernardo, Pedro Abelardo y otros muchos doctores profundos, angélicos, iluminados ó sutiles, conocedores de los Santos Padres y de los poetas y filósofos de la antigüedad clásica, y expresándose en un idioma sábio, se adelantaron, especialmente en las naciones neo-latinas, al siglo XIII y á todo poema escrito, si no por el pueblo, para el pueblo, en lengua vulgar y digno del nombre de poema. La prosa y la poesía cultas, y hasta la poesía por todo extremo artificiosa, se formaron tambien por reflexion y con estudio, antes de que el pueblo desanudara la lengua y rompiese en cantos que no fueran informes y bárbaros del todo. Y lo que en general digo de las naciones de Europa, puede tambien decirse de España. Entre nosotros no

hubo poesía popular, digna del nombre de poesía, hasta fines del siglo XV ó principios del XVI; á la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y á la perfeccion de la poesía, considerada en general, la perfeccion de la prosa. *Las Partidas, El Conde Lucanor, Las Crónicas* y la *Celestina*, valen diez veces más que todos los poemas y canciones anteriores al siglo XVI. Los romances ó no existen ó valen poco, antes de esta época.

En buen hora pretendan los Sres. Wolf, Duran y Pidal, ver en el poema del Cid un centon de romances primitivos: el poema del Cid parecerá siempre á los más de sus lectores un trabajo artificial y erudito, donde se nota el esfuerzo para expresarse en una lengua ruda y apenas formada, y donde se imita la versificacion francesa de las *canciones de gesta*. Quizás la misma descomposicion que hacen aquellos sábios críticos para hallar romances en las séries *monorimas*, la hicieron para escribir romances los que en un principio los escribieron, ya que no tomasen aquel metro y hasta el artificio del asonante, de los himnos latino-bárbaros, escritos los más en la medida del *Pervigilium Veneris*, de donde tal vez procede nuestro verso octosílabo.

Ello es que del orígen de los romances se puede afirmar muy poco con certidumbre. Dicen que los habia en el *Cancionero* del infante D. Juan Manuel, que se ha perdido; y Gayangos y Vedia citan, en la traduccion de Ticknor, el más antiguo que se conoce, pero es culto y no popular, tomado del *Cancio-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nero de Lope de Stuñiga, obra del siglo xv (1).

Todo esto prueba, á mi ver, que la poesía popular cuando ha tenido en España su verdadera eflorescencia ha sido en los siglos xvi y xvii, y que la revolucion literaria de Boscan y Garcilasso y el influjo de la literatura italiana en la española no han ahogado la originalidad de esta. La originalidad vino cuando el pueblo tuvo plena conciencia de sí, y se manifestó en el romancero y en el teatro. Nuestra literatura de la edad media se puede demostrar que es menos original y hasta menos católica que la posterior al renacimiento. Sólo se fundan en sueños vanos los que se lamentan de una fantástica originalidad perdida. Tan artificial fué Castillejo como Boscan, y menos castizos y más imitadores de la poesía extranjera fuéron los autores de los *Cancioneros* que Garcilasso, Herrera y Rioja.

Las preocupaciones de historia literaria, que acabo de combatir, tienen grande influencia en el dia, señalando una senda errada á la literatura de la edad presente y extraviando asimismo la crítica literaria.

La idea de que la poesía popular es superior á toda poesía y de que á la espontaneidad se lo debe, ha hecho que muchos poetas vean en la erudicion y en el estudio los mayores contrarios de la inspiracion, y que hasta procuren ser ignorantes y se jacten de serlo, con tal de parecer espontáneos y originales, tomando á veces

(1) Véanse las obras citadas de Milá y Fontanals y la de Wolf *Studien zur Geschicte der Spanischen und Portugiesischen National literatur*.

por inaudito é imaginado por ellos lo que de los libros que no han querido leer ha pasado á la mente de todos, y de allí, por decirlo así, ha venido como á diluirse en el ambiente que se respira.

Otro de los errores ha sido el negar la importancia de la forma, teniendo por indigno del poeta inspirado este cuidadoso esmero, que tachan de académico y hasta de mecánico; «porque, los que así piensan, como dice Fray Luis de Leon, piensan que hablar en romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen, que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio. Y negocio, que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y áun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonía y dulzura».

Otro de los errores que se originan de la mala inteligencia de la poesía popular y de la aficion desmedida á ella es el de no admitir, y repugnar como pedantescos, muchos vocablos elevados y peregrinos que son propios del dialecto poético; lo cual es absurdo, porque en todos los tiempos y países ha habido un lenguaje para la poesía, diferente del de la prosa. Si así no fuera, no sería ridículo decir en verso *el aceituno de la paz*, en vez de *la oliva de la paz*, ó *un señor de muchas campanillas* en vez de *un prócer*. Si así no fuera, no sería ridículo decir en prosa familiar *mi esposa* ó *mi consorte* en lugar de *mi mujer*; *mi consorte* ó *mi esposo* en lugar de *mi marido*: *me voy al lecho* ó *al tálamo* en vez de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me voy á la cama: *riceme usted la cabellera* en lugar de *riceme usted el pelo* (1).

Otro error es tambien el de querer ser muy español y muy castizo en el pensamiento. El pensamiento nunca es propio de ninguna casta; el pensamiento pertenece á la humanidad entera. En lo que sí se puede y se debe ser castizo es en cierta manera de sentir y en la forma. Toda civilizacion es el producto de muchas civilizaciones, *informado* de cierta manera. En el acervo comun de toda civilizacion entran caudales de ideas propias y peregrinas, cuyo orígen diverso es á menudo difícil de deslindar para poner en claro lo que es extranjero y lo que es propio y castizo. Acaso el que crea que piensa muy españolamente, esté pensando, sin saberlo, á la francesa, á la inglesa ó á la turca.

Es otro de los errores una timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentílica, como si, porque no tengamos por dioses á los habitadores del Olimpo, hubieran muerto y se hubieran borrado de la imaginacion humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inte-

(1) Hay además otra razon en favor del dialecto poético. Cuando un poeta canta los héroes, arrebatado por el entusiasmo, sin estudio ni esfuerzo, emplea naturalmente palabras y frases peregrinas:

. . . . Per audaces nova dithyrambos
Verba devolvit:

como dice Horacio, en alabanza de Píndaro.

ligencias secretas que animaban y movian el universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche, en los mares, en las selvas, en las fuentes y en los rios, mientras que la naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. ¿No hay brujas, silfos, hadas, peris, gnomos, enanos y gigantes, en las modernas leyendas y en los modernos versos? Pues ¿por qué, cuando venga á propósito, no han de intervenir tambien en ellos, Vénus, Apolo y las Musas? ¿Por dicha, son las brujas más verosímiles que Júpiter? ¿Son más ortodoxas ó tienen más analogía con el cristianismo las hadas y las sílfides que las Gracias? Ni se comprende que en ningun adelanto se proceda por exclusion. Una civilizacion nueva no borra, ni destruye, sino absorbe y comprende los elementos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aún los dioses del Olimpo en nuestra civilizacion, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales. Ni Dante, ni Ariosto, ni Camoens, ni Calderon los arrojaron de él, y no me parece que debamos arrojarlos nosotros (1).

(1) Hablando de los poetas de la antigüedad, dice Leopardi,

á cui natura
Parlò senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrar de Atene e Roma.

Este poeta, en su composicion *Alla primavera ó delle fa-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es otro error más trascendental aún, nacido del prurito de ser populares, el rebajarse á la comprension del vulgo más vulgo, y hasta muy por bajo; pues suelen los poetas hacer ofensa al vulgo, suponiéndole más ignorante y simple de lo que es, quizás para excusa de serlo ellos. Pero aunque el vulgo lo fuese, no deberian los poetas humillarse para agradarle. Escriban buena poesía, y si no son populares, la culpa no será suya sino del vulgo. Y si la escriben mala, aunque alcancen un favor efímero, no serán poetas populares, sino vulgo y copleros. Los grandes poetas populares que ha habido en el mundo, no se han rebajado hasta el vulgo, sino que han elevado al pueblo hasta sí.

Tambien proviene del modo vulgar de entender la poesía y del empeño de merecer una grande popularidad la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que como cosa perfecta tiene ella en sí misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Vamos, dicen algunos poetas, á ser útiles; vamos á enseñar moral, religion, política, filosofía y hasta economía á nuestros conciudadanos; pero, como un hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto ó sin saber más que lo que sabe el vulgo á quien

vole antiche, y Schiller, en su bellísima oda *Die Götter Griechenlands*, han defendido aún el paganismo clásico en poesía, á pesar del abate Gaume y de los románticos todos: pero quien ha hecho de él más brillante y sublime defensa ha sido Monti en su discurso poético *Sulla mitología*.

se propone adoctrinar, acontece á menudo que personas con bellísimas disposiciones para la poesía lastimosamente se pierden, viniendo á ser perversos autores de triviales y desmayadas homilías ó á caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarian tal vez, y al llegar á realizarla, se encontrarian con la bondad y con la verdad, que en ella hay, y se acercarian al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serian, á par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo sábios.

El último error de que voy á hablar, por ser el que los corona todos, y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosáico, y buscan la poesía en los mal entendidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aún como en el siglo XII ó como en el siglo XVI, y para entenderse con él, tratan de sentir y de pensar segun imaginan que entonces se sentia y se pensaba. Nada más falso que este género, nada más lleno de artificio, de afectacion y de mentira; y sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa; más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, halla la imaginacion una inmensidad desconocida por donde explayarse y volar; y sobre los intereses mun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

danos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, más altos y más acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razon para suponer que terminó la época de la poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros, y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazon de los hombres, y los adelantos de la civilizacion y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán á destruirle.

Si, por desgracia, predominase el escepticismo entre los hombres, si acabase toda fe, y si por medio de la ciencia llegasen á ser clasificadas prosáicamente las cosas todas, y á perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaria dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que sólo percibiriamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo sér sabriamos sólo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir é idear el entendimiento con arreglo á sus leyes: siempre quedaria, detrás de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderiamos, una esencia oculta, que habria de ser como el encubierto significado de un incomunicable hieroglífico; y siempre quedaria alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serian limitadas y finitas por mucho que se sumasen ó se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habria de compenetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imagi-

nacion tenderia su vuelo, poblándole de hermosos fantasmas. En cuanto á los sentimientos, aun despues de muertos todos los dioses, guardaria el alma humana dos que no pueden perecer en ella, *el de la libertad y el del amor* (1). Por fortuna, no sólo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino tambien pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreida; porque la religion es esencial á la naturaleza humana, y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente á la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase á su fin. ¿A qué manos podria morir mejor que á las del legítimo misticismo, que traeria á la tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste, y haria de cada sér humano un verdadero *gnóstico*, segun los Padres griegos le han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue hasta la consumacion de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse á lo eterno y á lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores, la hermosura: y el pue-

(1) Este pensamiento es de Lamartine, que, suponiendo que los dioses pasaron ya, añade:

. . . . *cherchez les dans la cendre de Rome!....*
Mais il reste à jamais au fond du cœur de l'homme
Deux sentimens divins, plus forts que le trépas:
L'Amour, la Liberté, dieux qui ne mourront pas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blo amará siempre la poesia, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de bajarse ni de retroceder á los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose á lo porvenir con fatídica inspiracion y no desmentido vaticinio.

Y resumiendo ahora, diré que el poeta, y en general todo escritor ha de ser castizo en la forma y ha de tener en sus sentimientos y en el modo de expresarlos cierto sello nacional y hasta individual que le distinga, pero ha de elevarse cuanto pueda, sin temor de dejar de ser popular por no ser comprendido, y no ha de aislarse por ser sólo de su nacion y de su raza, y por representar sólo su espíritu, sino que ha de comunicár con el espíritu de la humanidad toda, y no ha de quedarse atrás, embelesado y enamorado de las cosas que fuéron, sino que ha de seguir, con rapto impetuoso, al espíritu, en busca de un futuro ignorado, no echando de menos lo que ya pasó, ni creyéndolo superior á lo presente; porque el sol nos alumbra hoy con luz tan brillante, y porque *todas las obras incomprensibles y sublimes del Hacedor Supremo están hoy tan perfectas y tan hermosas como en el primer dia* (1).

Así pues, conviene, como he dicho al empezar este discurso, contra los importadores de nuevas filosofías, guardar el carácter, el sentimiento y el lenguaje de la nacion; pero el espíritu no debe aislarse, sino entrar en comunion con los demás espíritus y ser uno solo con

(1) Ya se entiende que al decir estas palabras, que no son sino las que dicen en coro los tres arcángeles, delante del trono

ellos. «Porque, como dice el ya citado Fray Luis de Leon, se ha de entender que la perfeccion de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en que, siendo una, sea todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina á Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde envian sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose y des-

del Señor, en el *Prólogo, en el cielo* del *Fausto*,

Die unbegreiflich hohen Werke
Sind herrlich wie am ersten Tag,

no nos hacemos cargo de la perturbacion que hubo en el universo con motivo de la primera culpa del hombre. Haciéndonos cargo de ella, podemos decir que el mundo ha ganado desde entonces, y que el hombre, condenado al trabajo, mejora y hermosea el mundo, como si aún durase el séptimo dia de la creacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

He combatido en este discurso los dos errores más contrarios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta, cuyas bellísimas palabras acabo de citar ahora: errores, que se oponen ambos á que haya unidad y variedad á la vez: porque la variedad está en la forma ó en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaria si modificasemos el lenguaje segun pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desapareceria tambien, si nos aislasemos y apartasemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada, es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores: pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella, no seria entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más ráncio, sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

He dicho, señores, lo que pienso y siento sobre uno de los asuntos de mayor importancia para esta Real Academia, y os doy las gracias por la atencion indulgente con que me habeis oido. Sin lisonjearme de haber dicho nada nuevo, me lisonjeo de estar de acuerdo con vosotros en lo esencial de cuanto he dicho; por donde presumo que aprobareis mi sentir, aunque echeis de menos la claridad, el órden y la elegancia que al expresarle me han faltado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cartas dirigidas al Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, sobre la crítica que este ha hecho de los discursos leidos ante la Real Academia Española por los Sres. Campoamor y Valera.

I.

Há ya tiempo, mi estimado amigo, que tengo el propósito de contestar á las benévolas y discretas observaciones que hizo V. sobre mi discurso de recepcion en la Academia, y que publicó en la *Revista Ibérica* el 15 de Abril último: pero otros cuidados, si no más importantes, más urgentes, no lo han consentido. Hoy, al fin, me aventuro á escribir, aunque siento tener que hacerlo de priesa y sin haberlo meditado con aplomo.

Entrar en discusion con un filósofo del saber y del talento de V. no me arredraba, porque yo confio en su bondad y en su indulgencia: Lo que ahora me arredra en la disputa es ver á otros dos novísimos filósofos, que han salido en contra mia á la palestra, y que no son tan amorosos y blandos para conmigo. Uno de ellos es D. Federico de Castro, que me impugna desde

las orillas del Guadalquivir en una revista titulada *La Bética*; y el otro es el señor X, que desde la imperial Granada me trata con notable severidad, y no halla cosa que le parezca bien en mi pobre discurso. Hasta mi estilo, que si algo digno de estimacion creia yo que tuviese, era el ser natural, le parece á este señor *amanerado*. Verdad es que esto no debe extrañarse, porque al fin yo me crié en Granada; de suerte que, para que se cumpla, aun en mi humilde persona, el dicho célebre de que *nadie es profeta en su patria*, es menester que nada mio guste por allí.

Usted y el Sr. Castro casi se limitan á censurar mi censura del lenguaje que hoy suelen emplear ciertos filósofos españoles. No así el anónimo de Granada, que destroza toda mi obrilla con su crítica inexorable.

Antes de entrar en la principal cuestion y antes de contestar á V. y al Sr. Castro, voy á ver si me disculpo de las acusaciones que dicho anónimo lanza sobre mí. A V. hago juez de este litigio; V. decidirá si la mayor parte de las censuras del anónimo no se funda en la mala inteligencia de lo censurado.

Mi defensa de la mitología griega está en consonancia con la Estética de Hegel. Yo no vengo en mi discurso, con preocupaciones ráncias, á proponer que Cupido, Apolo, Marte y las Musas, sean el tema obligado de todos los versos. Defiendo, sí, á estos personajes poéticos, porque son una creacion bellísima de la fantasía que no debe nunca perecer. Apolo, Marte, el Amor y las Musas, dice Hegel, que no son séres vagos, sin consistencia y sin determinacion ni individualidad

como los ángeles ; ni son simples personajes históricos en el fondo como los santos y los patriarcas ; sino que son potencias permanentes, fuerzas vivas y energías inmortales del espíritu, de la naturaleza, del universo todo, las cuales se manifiestan revistiéndose de la forma poética más adecuada y más determinada.

Como doctrina religiosa tiene razon que le sobra el articulista, al asegurar que la mitología griega ha pasado. No vaya por Dios á creer el señor X que yo deseo introducir de nuevo en España el paganismo, exponiéndome á más persecuciones que el Sr. Matamoros. Pero, del mundo de la imaginacion, de la morada ideal que tienen en la mente humana, ¿por qué arrojar á los dioses del Olimpo? ¿No comprende el señor X que todos estos séres viven allí vida inmortal? ¿No reflexiona que es propio de un espíritu desmedidamente prosáico el decir que sólo lo que se cree con la fe es lo que con la imaginacion puede aceptarse y creerse? ¡Bueno fuera que se prohibiese al poeta el empleo de todo lo maravilloso en que su pueblo no cree por fe! «Lo sobrenatural, dice Gioberti, cuando se emplea bien, parece natural en poesía, ya que está de acuerdo con las leyes de la imaginacion y de la facultad poética ; y esto sólo desagrada á la índole mezquina de algunos modernos críticos, los cuales, no contentos con haber introducido el racionalismo en la religion y en la historia, han querido introducirle tambien en el campo de la imaginacion, mutilando esta facultad admirable y despojando sus obras de la más peregrina hermosura.»

Ya se entiende que en la *epopeya heróica* no conviene introducir hoy lo maravilloso gentílico, ni es posible adoptarlo tampoco como Homero lo adoptaba. La mitología no puede usarse hoy sino como símbolo ó imágen, ó en sentido irónico ó cómico. Pero, ¿en qué se opone esto á lo que yo he dicho? Lucano, añade mi impugnador, no se sentia con fuerza en pleno paganismo para hablar de los dioses en su poema. ¿Y cómo habia de sentirse con fuerza cuando narra un suceso reciente, lleno de realidad histórica y prosáica, donde la ficcion poética no era posible en todo su vigor? En pleno catolicismo estamos; *eminentemente* católicos somos hoy en España, y si algun poeta escribiese un poema de la guerra civil entre cristinos y carlistas, no se atreveria tampoco á hacer combatir en favor de los unos á los santos, á los arcángeles y á los querubines, y en favor de los otros á Lucifer con todas sus legiones de diablos. Véase, pues, que lo mismo que se alega en contra de la mitología, puede alegarse en contra de nuestras creencias religiosas como máquina de un poema. Sin embargo, esto, en realidad, no prueba más que una cosa, á saber: que la *epopeya heróica* es un modo anacrónico de poetizar: que esta clase de epopeyas no es propia de nuestra edad histórica, ni de otras edades semejantes, como aquella en que Lucano vivia. El argumento del señor X nada prueba en contra de la mitología, como nada prueba tampoco en contra de nuestra religion cuando á ella le hacemos extensivo.

Con todo, de decir esto á decir que los dioses de Homero son *frivolidades gastadas*, hay una distancia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

enorme. El señor X califica de *frívolos, de pueriles, de niños á caza de mariposas, de almas sin entusiasmo, sin originalidad y sin pensamiento*, á todos los poetas que invocan en nuestro siglo á las musas, y que ponen ficciones mitológicas en sus poemas. Hugo Fóscolo en el suyo de *Las Gracias*, Manzoni en el de *Urania*, Monti en casi todos sus versos, Goethe, no sólo en el *Fausto*, sino en otras mil composiciones, y Schiller y Byron mismo han incurrido mil veces en esta tontería y en esta puerilidad, segun el señor X.

El señor X, aunque sepa mucho de filosofía, nos hace recelar que ignora completamente lo que es poético. «El carácter de lo poético, dice Hegel, es ser esencialmente figurado.» La poesía no se contenta con la inteligencia abstracta de las cosas, sino que requiere tambien la imágen. «La poesía, añade Hegel, nos presenta la especie bajo la apariencia de una individualidad viva.» Ya ve el señor X que Hegel va más léjos aún que va el oscuro y poco filosófico escritor de esta carta en defensa de la mitología. Para Hegel, decir *amaneció ó salió el sol* es decir una expresion prosáica, que se limita á hacernos comprender un hecho ó un objeto; mientras que decir *la Aurora de los dedos de rosa se levantó de su tálamo*, es decir una expresion poética, porque añade á la inteligencia del objeto una imágen.

Que la mitología griega es la más hermosa de todas y la más á propósito para revestir de imágenes el pensamiento no puede ponerse en duda. Los mejores poetas españoles de nuestro siglo la han usado con felicidad, aunque le pese al señor X. Gallego, en el trozo

más sublime de su imperecedera elegia, *El Dos de Mayo*, comete dos veces el pecado mitológico, y cometiéndole, da á mi ver mayor brio y valor poético á lo que dice:

¡Horrible atrocidad! treguas, oh musa,
Que ya la voz rehusa,
Embargada en suspiros mi garganta.
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo, etc.

Esta personificacion, esta imágen viva de la guerra, recorriendo toda España en su carro volador, arrebatado por flamígeros caballos, ¿es acaso una tontería, es una puerilidad? ¿Estaria mejor decir en verso que, en cuanto llegó por el correo la noticia de lo que en Madrid habia sucedido en el dia 2 de Mayo, se fuéron pronunciando las provincias todas?

El mismo Gallego, en su elegia *A la muerte de la duquesa de Frias*, recordando la llegada á Cádiz de esta hermosa señora durante el famoso sitio, dice tambien:

¡Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enagenada
La ruidosa marina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que á tí se agolpa y el batel rodea:
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.

Esta comparacion es tambien una sandez pueril, segun el señor X. Nadie cree ya en Vénus, ni en su salida del mar, ni en nada semejante. Del mar no salen más que los atunes y las ostras, cuando hay quien los pesque.

Con motivo del uso de la mitología griega, cae el señor X con todo el peso de su reprobacion sobre la *Iliada* traducida por Hermosilla, que fué la que cité yo por ignorar que hubiese otra mejor traduccion en castellano. Pero, señor X, ¿por qué está Homero tan mal traducido por Hermosilla?

Hermosilla empieza de este modo:

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,
La cólera fatal que á los Aquivos
Orígen fué de numerosos duelos.

¡Horror! Profanacion! exclama el señor X. Ese traductor anda *á caza de mariposas, es un alma sin pensamiento, sin originalidad y sin entusiasmo:* no ha sabido presentar *el sentido creyente y patriótico de Homero.* Para penetrarle es menester traducir así:

Canta, Musa, la cólera terrible
De Aquiles de la raza de Peleo.

La verdad es que por más que me vuelvo todo ojos, no descubro mayor *patriotismo* ni mayor *creencia* en

esta traduccion que en la otra. La disputa que mueve el señor X, comparando los versos por él citados con los que yo cité, es tan nimia como la que movió monsieur Jourdain á su maestro de filosofía sobre cuál sería la mejor entre estas frases: *Belle marquise, vos beaux yeux me font mourir d'amour. Vos beaux yeux me font mourir d'amour, belle marquise,* etc. etc. ¿O estará acaso mejor expresado el sentido creyente del pensamiento de M. Jourdain, diciendo: *d'amour, belle marquise, me font mourir vos beaux yeux.*

Pero ya que el señor X me provoca, le probaré que mi traduccion es mejor que la suya, y mucho más exacta. Hermosilla tradujo *Aquiles de Peleo,* porque en español no hay un adjetivo patronímico poético. No habia de llamar al héroe, Aquiles Peleez ó Pelaez, y no se atrevió á llamarle el Pelide Aquiles, como hacen Monti y Voss, en sus sendas traducciones italiana y alemana, que son las mejores que en mi sentir se han hecho de la *Iliada* en los idiomas modernos. Claro está que Hermosilla, al decir Aquiles de Peleo, suprime y sobreentiende la palabra *hijo,* no la expresion *de la raza,* que arbitrariamente emplea el traductor encomiado por el señor X.

Un Aquiles de la raza de Peleo podia ser sobrino, primo segundo, primo tercero y hasta pariente muy lejano de Peleo, sin dejar de ser de su raza, ó dígase de su casta; mientras que Homero lo que quiso decir y lo que dijo fué que Aquiles era hijo de Peleo, y no sólo un individuo de su familia. No me persuado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que cambiar así el sentido de Homero sea penetrarle mejor.

Llamar terrible á la cólera de Aquiles tambien es traducir mal. Οὐλομένη, que viene del verbo ὄλλυμι, perder, destruir, vale tanto como fatal, perniciosa, funesta, dañina, todo lo cual no es terrible, sino algo más que terrible. Cosas terribles hay que al fin no producen daño alguno: pero no fué de estas la cólera de Aquiles. Cuando Homero quiere decir que algo es terrible, emplea por lo comun la palabra δεινὸς. El ruido que produce el arco de Apolo al disparar una flecha es terrible, δεινὴ κλαγγή; los ojos de Minerva resplandecen de un modo terrible, δεινὼ δὲ οἱ ὄσσε φαάνθεν; un fuego terrible arde sobre la cabeza del magnánimo Aquiles, πῦρ δεινὸν ὑπὲρ κεφαλῆς, κ. τ. λ. Priamo, por último, cuando Elena llega á verle, aparece respetable y terrible á los ojos de ella, αἰδοῖός, δεινός τε, y sin embargo Priamo no quiere hacer ni hace á Elena el menor daño, antes la trata con una dulzura paternal, aunque no deja de infundirle terror y vergüenza. Quien ha sido perniciosa, οὐλομένη, para Priamo, ha sido Elena, sin ser por eso terrible.

Esto prueba que Homero tenia una metafísica natural que le daba á entender la propiedad de las voces mucho mejor que á ciertos filósofos la metafísica alambicada que aprenden. Esto prueba asimismo que acaso ni literalmente entendia el original el traductor que cita el señor X, si bien pretende deslumbrarnos con que va á desentrañar el sentido *creyente* y *patriótico* de la *Iliada*, siendo infiel al sentido literal una vez en cada verso.

Yo no he afirmado que no se pueda decir en prosa *consorte*, *esposo*, *lecho* y *cabellera*; lo que he afirmado es que estas palabras son ridículas, usadas en *prosa familiar*. Sabido es que estas palabras pueden decirse en prosa sublime. Lo que á mí me importaba era hacer constar que hay palabras propias de un estilo, y otras peculiares de otro, y que por consiguiente no se debe extrañar ni censurar que se empleen á veces en el lenguaje poético ó en un estilo elevado, aun cuando sea en prosa, ciertas palabras que los que no saben distinguir de estilo suelen condenar como pedantescas ó culteranas. Hegel va tambien más léjos que yo en dar importancia á la *diccion poética*. Hegel llega á sostener que la poesía debe valerse de un dialecto propio suyo, diferente del de la vida comun y del de las especulaciones científicas.

De cuanto dije en mi pobre discurso académico sobre la poesía vulgar y la poesía popular tengo tambien la desgracia de que el señor X no haya entendido ni una sola palabra. El señor X me atribuye una confusion de ideas que no proviene sino de la oscuridad de mi estilo, el cual, para él, debe de ser oscuro, acostumbrado como estará sin duda á la claridad y nitidez de ciertos modernos filósofos españoles. ¿Qué confusion de ideas hay en distinguir, como el mismo señor X confiesa que distingo *con caractéres nada equívocos* la poesía popular de la vulgar, y en añadir, una vez hecha esta distincion, que en ciertas literaturas, como la griega, por ejemplo, la poesía popular es una misma con la erudita, ó por mejor decir, que la poesía que aman y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que componen los doctos es al propio tiempo la poesía del vulgo, que entonces no es vulgo sino pueblo? Píndaro, Tirteo, Safo, ¿eran poetas vulgares ó eran poetas eruditos? No: eran poetas populares, eran poetas que elevaban al pueblo hasta sí, en vez de bajarse hasta el vulgo, ó en vez de escribir de un modo artificial y falso, separados en todo del pueblo; del pueblo en ciertos momentos históricos desprovisto de inteligencia poética, falto de amor á la hermosura, é incapaz de complacerse en la poesía, ni de comprender siquiera más que la vulgar. Este divorcio y esta enemistad entre la poesía del vulgo y la poesía sábia son los que yo he lamentado, si bien no he dicho que en España han existido siempre. En los siglos XVI y XVII ambas poesías se unieron en una, y esta fué nuestra gran poesía popular lírica y dramática, de Lope, de Calderon, de Moreto, de Quevedo, de Góngora y de los más hermosos romances de autor desconocido.

El señor X me zahiere sin razon como si yo hubiera dicho que *el pueblo español es el más rústico de todos, porque ha producido la más hermosa poesía popular*. Yo no he dicho tal cosa, sino todo lo contrario. El pueblo español es más poético y más discreto que otros, porque, al menos desde mediados ó fines del siglo XV hasta fines del siglo XVII, ha tenido una grande y noble poesía popular. Lo que no confesaré, á pesar de mi patriotismo, es que antes de mediados del siglo XV se descubran en nuestra historia literaria rastros y vestigios de una poesía popular digna de tal nombre. Habia sí poesía erudita, como los poemas de Berceo y como los cancioneros; y

poesía vulgar, que debia valer poco, cuando los hombres inteligentes y de gusto la despreciaban. El que Berceo se llamase á sí mismo *Trovador* prueba que era un poeta artificioso y erudito y *extranjerizado*.

Es loco empeño patriótico el de querer fingirse que tuvimos una gran poesía popular antes de que se escribiesen *Las Partidas*, *el Conde Lucanor* y otras buenas obras en prosa y aun en poesía erudita. ¿Tan necios habian de haber sido nuestros progenitores que no hubiesen conservado un romance siquiera de esos bellos y populares que se supone que hubo, designando la fecha en que se escribió, sobre poco más ó menos? Si tales romances hubieran valido algo, ¿los trataria el Marqués de Santillana con tanto desprecio? ¿No tenemos el poema de Alejandro, el del Cid, el de Fernan Gonzalez, los del Berceo y otros, cuya época se sabe? Pues, ¿por qué esos bellísimos romances populares han de haberse perdido ó han de haberse conservado sólo por tradicion oral, *entre la gente de baja y servil condicion*, sin que la gente de condicion liberal y más elevada hiciese de ellos el menor caso? Esto no se concibe: esto lo que demuestra es que no hubo poesía popular en España hasta la época que hemos designado: lo que hubo fué poesía vulgar. La poesía popular es tambien poesía de los magnates y de los sábios y de los personajes ilustres que son pueblo aunque no sean vulgo.

El mismo carácter de la poesía trovadoresca y de los cancioneros, poesía llena por lo comun de escolasticismo y de discreteos impertinentes, y de una forma soberanamente prosáica, demuestra que el pueblo ni la oia, ni

a entendia, ni la inspiraba; esto es, que el pueblo no habia despertado aún á la poesía verdadera.

Los versos de Berceo que el señor X cita son sin duda una venerable antigualla, mas no son poesía, ni quien tal pensó, y es una blasfemia compararlos con los del Dante. Pero dejando esto á un lado, yo no quise entonces, ni quiero ahora, quitarle su mérito á Berceo, ni denigrar á otros poetas anteriores al siglo xv. Lo que sostuve y sostengo es que fuéron eruditos y no populares; que la poesía erudita precedió en España y en todos los pueblos neo-latinos á la poesía popular, y á la perfeccion de la poesía la perfeccion de la prosa. Lo primero, esto es, la precedencia cronológica de la poesía erudita está ya suficientemente probada. Contra la precedencia de la perfeccion de la prosa sólo se me puede presentar un argumento. Se me dirá que el *poema del Cid* precede en España á toda prosa y que es perfecto en su género. Aunque al señor X no se le ha ocurrido ponerme esta objecion, yo mismo me la pongo, y confieso con lealtad que tiene bastante fuerza. Yo no voy tan allá como Southey y otros en mi admiracion por el poema del Cid; mas, si bien creo que es obra de un erudito que lucha con la rudeza de un idioma naciente, todavía reconozco en él verdadero espíritu poético y nobilísima inspiracion nacional.

El ideal español por excelencia, la personificacion heróica de todas las virtudes de nuestra raza debia fundirse y como encarnarse en un poema, y, á pesar de las dificultades materiales y espirituales que á ello se oponian, vino en efecto á encarnarse. Pero esta

misma excepcion demuestra la verdad de la regla, en lugar de negarla. ¿Cuánto no dista el pensamiento, el sentimiento, la idea sublime del Cid de su realizacion y manifestacion groseras en el canto rudísimo y desaliñado donde acaso por la primera vez se ensalzaron sus hazañas? Y fuera del poema del Cid, y en el poema del Cid más por la idea que envuelve que por la expresion de la idea, ¿qué hay en nuestra literatura anterior al siglo xv, digno de compararse á las *Partidas*, ó al *Conde Lucanor*? Nada, absolutamente nada. En toda literatura derivada ha sucedido lo propio, al revés de lo que aconteció en las literaturas primitivas. Homero, Hesiodo, los poetas gnómicos y varios líricos griegos perfectísimos, fuéron antes de que se soñara en escribir en prosa. Herodoto vino mucho despues, y aún su prosa tuvo cierto carácter poético, como si más que prosa fuese poesía desatada y libre del ritmo. No así entre nosotros; porque entre nosotros no podia suceder así. La civilizacion antigua no se extinguió, sino que pasó de un idioma muerto á otro vivo. De esta suerte, cuando compuso sus *Coplas* Jorge Manrique, bellísimas á no dudarlo, una de las más sentidas é inspiradas poesías que hay en lengua castellana, ya teníamos historias, crónicas, códigos, libros de devocion, de moral y de filosofía, escritos en prosa. ¿Quién ha de negar esto, cuando es más claro que la luz del dia, así filosófica como históricamente considerado? Un pueblo primitivo, un pueblo en el que nace una civilizacion, la inicia de un modo poético; empieza por el canto: en un pueblo de civilizacion derivada, de civi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lizacion que se trasmite ó engerta de una en otra lengua, la poesía, digna del nombre de poesía, viene á la lengua nueva, despues de formada ya la prosa. En catalan, la crónica de Muntauer vale más que todas las poesías catalanas anteriores; en portugués, hay crónicas y otros libros en prosa muy bellos, antes de Gil Vicente y antes de Camoens: en francés, no hay cancion de *gesta* ni versos de *trouveres* que valgan la crónica de Joinville: hasta en Italia hay prosa perfecta antes de Dante, y el mismo Dante escribe en prosa *La vita nuova* tan elegantemente como en verso *La divina comedia*. ¿Pero qué mucho, si en el renacimiento de Grecia aconteció últimamente lo propio? Gramáticas, artes poéticas, obras de crítica y de filosofía se escribieron antes que el pueblo despertase, recordase ó comprendiese su gloria, fuese visitado por su antiguo genio, y rompiese en cantos populares. Los autores de los más sublimes, de los más lindos y de los primeros de estos cantos, fuéron eruditos tambien; fuéron sábios y prosistas, como Riga, Korai, Christopoulo, Sólomos, Ipsilanti y otros. Esta teoría general no se invalidaria aunque se me citase algun fragmento de buena poesía popular evidentemente anterior á la poesía erudita; algun trozo de buena y verdadera poesía erudita anterior á la buena prosa. Una golondrina no hace primavera, y ni una golondrina se descubre.

No niego, con todo, que pudo haber y hubo quizás algun canto vulgar, bello y noble, aún antes de que se escribiese el poema del Cid. ¿Cómo he de suprimir yo totalmente el espíritu poético, por espacio de algunos

siglos, de la mente de un pueblo? Hasta los negros de Angola y los hotentotes tienen cantares, coplas y refranes bastante bonitos. Pero acaso ¿merece esto llamarse poesía popular?

Por lo demás, todas mis observaciones sobre la poesía popular, como V., amigo mio, ha comprendido perfectamente, iban encaminadas á condenar un vicio que amengua y avillana y arruina hoy la poesía: el afan que tienen los poetas de ser populares y la equivocacion en que incurren de creer popular lo doméstico y rastrero ó lo pueril y anacrónico. De la domesticidad y humillacion del pensamiento y del estilo puedo citar ejemplos entre los poëtas que pasaron ya á mejor vida, como D. Gregorio de Salas, en el *Observatorio rústico*: de lo anacrónico, de lo propio de la edad media mal entendido y peor remedado, y de lo fanáticamente religioso y de lo devoto fingido é hipócrita, como si viviésemos en tiempo de Felipe II, bien pudiera citar ejemplos, si no temiese ofender á escritores que viven aún.

Mal concertadas y con poco órden van las razones de esta carta, la cual ha de ser como proemio de otras dos que pienso escribir á V. tratando en ellas del asunto capital de mi discurso y de las sérias y filosóficas objeciones que V. y el Sr. Castro me dirigen. Sentiré haber sido algo duro con mi impugnador de Granada. Yo no presumo, ni quiero que nadie crea que presumo de pedagogo; pero cuando piensa alguien serlo conmigo, prefiero serlo yo con él, á trueque de no someterme á su férula.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Casi me arrepiento, mi estimado amigo, de haber empezado á escribir estas cartas. Tal vez alguien me censure al leerlas de muy preciado de mí mismo, cuando salgo á la defensa de una obrilla mia, como si me rebelase contra el fallo legítimo y hasta benévolo de los críticos. No me lleva, sin embargo, á escribir estas cartas el amor propio literario. Si en algo fundo mi amor propio es en no tener ninguno. No me lleva tampoco á escribirlas un espíritu dogmático intransigente. Confieso que soy poco dogmático y que me inclino más á decir como Montaigne *¿qué sé yo?* que no á decir, *¿qué es lo que yo no sé?* como otros filósofos, menos famosos aunque más profundos. Lo que me lleva es mi aficion á inquirir y disputar; aficion que, á no ser yo tan perezoso y tan premioso de palabra, me haria estar escribiendo ó hablando á toda hora.

Ya ve V. que se puede tener á buena dicha el que reconozca yo la flaqueza de mi ingenio, y no sea elocuente ni siquiera facundo. Por lo mismo que estoy poco pagado de mi entendimiento, en cuanto viene á él una idea cualquiera, y yo presumo que esta idea es una verdad, me aferro en sostenerla con más ahinco que nadie. Y no porque la crea invencion propia, sino justamente por lo contrario; porque se me antoja que aquello que yo he dicho, es claro, evidente, inconcuso; es una emanacion inmediata de la razon universal; es, en suma, de todo punto innegable. Así es que no

pongo mayor vanidad en afirmar todo cuanto afirmo, que en afirmar que dos y dos son cuatro. Lo único que se me ocurre para no tener mala opinion de los que impugnan estas á mi ver tan fáciles verdades, es suponer que las he explicado mal: de suerte que mis réplicas tienen á menudo más de rectificacion ó de aclaracion que de réplicas.

Debo advertir tambien que por lo mismo que veo claras las verdades que veo, son estas rarísimas y limitadas, es decir, circunscritas por una multitud de *distingos* y de excepciones. De la virtud de generalizar, que ahora priva y abunda, he de confesar que carezco, como de infinitas otras. Algo parecido soy en esta falta, y bien quisiera serlo tambien en las excelencias, al Sr. Alcalá Galiano, de quien dice mi impugnador de Granada *que nunca afirma sin atenuacion, ni niega sin asteismo*, por manera que *los principios opuestos se juntan sin chocarse en las proposiciones.*

Sin embargo, en mi discurso de la Academia, violentando tal vez mi natural condicion, me parece que afirmé algo en general y por entero. Toda la afirmacion, si no me equivoco, se cifra en estas palabras, resúmen de mi discurso:

«La lengua es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores; pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa ó quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN CENTRAL DE BIBLIOTECAS

brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella, no seria entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más ráncio, sino como las aguas estancadas que se alteran y al fin se vician.»

Al decir esto, como académico de la lengua, no izaba yo otra bandera en el campo de la filología (y páseme usted la metáfora), sino la misma que sigo en política; la bandera de la libertad y del progreso. Yo no digo nunca las palabras para formar frases sonoras, sino con plena conciencia y con toda la inteligencia, aunque corta, de que soy capaz. Así es, que el pasaje citado contiene todo mi pensamiento sobre el asunto de que se trata, y se presta á un comentario que será mi justificacion de los cargos que V. y los Sres. Castro y X. me hacen, por enemigo jurado de la filosofía.

Es muy singular mi desgracia ó mi torpeza; pero, tanto en literatura cuanto en política, me juzgan de la manera más encontrada las poquísimas personas que me conocen. En ciertos círculos me califican de demócrata y de amigo de novedades; en el Ateneo, donde impera la juventud dorada, me gradúan de reaccionario, y, pásmese V., hasta de neo-católico. Y no es esto lo más extraño: lo más extraño es que varios sujetos, que presumen de muy conservadores, me censuran de no serlo en política, y me tildan de archi-conservador en literatura, y aún de *académico*, y de *clásico*, en mal sentido se entiende. ¿Será, me digo, que yo no acierto á explicarme, ó será que las revoluciones en el lenguaje son menos temidas porque no se hacen con pól-

vora y balas, y porque no quitan ni merman sueldos? Ello es, que conservadores, y muy conservadores, se precian de demócratas, literariamente hablando, por aristócratas que sean en política: lo cual me desazona y maravilla, porque yo soy enteramente al revés. Cierta democracia filosófica y elegante me enamora. En un porvenir más ó menos remoto, casi la creo realizable. Si por democracia hemos de entender, no el dominio del populacho ignorante y grosero, sino su desaparicion ó dígase su trasformacion en gente culta y urbana, capaz de toda virtud y de todo saber, y su advenimiento á la soberanía; y la extincion de todo privilegio, que ya entonces no tendria motivo ni disculpa; y la inmediata libertad de industria, y la de comercio y la de pensamiento, á fin de ir elevando todos los espíritus y haciéndolos en lo posible iguales; si por democracia hemos de entender todo esto, y que no haya despotismo ministerial, y que mande la ley y no la fuerza, la toga y no la espada, hace muchísimo tiempo que yo soy demócrata político: pero en literatura, si va á decir verdad, confieso que soy aristócrata, ya que de tal es motejado quien adolece de cierta inapetencia y delicadeza de gusto, y se condena á sí mismo para tener el derecho de condenar á muchos otros como plebeyos y vulgares.

Por otra parte, á pesar de mi amor á la libertad, que abriria si pudiese franca puerta lo mismo á las ideas que á las mercancías, y que enlazaria y estrecharia por medio de la civilizacion á todos los pueblos del mundo, declaro que no deseo que se borren las dife-

rencias. Antes quiero que permanezcan y se muestren en la unidad, y que el espíritu de cada pueblo tenga su índole y su forma. De este modo, componiendo todos ellos un solo espíritu en la universal armonía, no se aniquilarán ni perderán en algo como panteismo, el cual todo lo absorbe y lo identifica, y acaba con lo vario y lo múltiple, y, gracias á esta uniformidad y monotonía, nos viene á matar de aburrimiento.

Harto sé yo que en su pristina é inefable sencillez y allá en su casi inaccesible elevacion, la verdad es una y una la belleza y el bien uno; pero tambien sé que tienen infinitas manifestaciones, engendrando con ellas la inagotable variedad de las cosas y de las ideas, así en el mundo material, como en el del espíritu. Sé además que este inferior modo de creacion que obramos los hombres, trayendo del universo ideal al real las concepciones de nuestra alma, y produciendo el universo del arte y de la ciencia, se realiza principalmente por medio de la palabra, que da cuerpo y vida y consistencia al pensamiento humano, y que es ella misma la primogénita de nuestro espíritu, su verbo, el espíritu que se aparece, y sale fuera de sí, y se derrama como potencia creadora. Este verbo viene á ser en seguida como el continente, el molde y la turquesa donde se vacian y toman figura nuestras ideas todas; y todas caben en él, porque no es posible concebir una idea que sea mayor que el espíritu que la concibe; y porque nuestro propio espíritu está en el lenguaje.

La diversidad de los idiomas indica, pues, la diversidad de los espíritus, y léjos de acarrearnos daño,

nos trae provecho, porque las ideas son tantas por ser tantos los medios de expresarlas. Tal idioma ayuda á concebir tal idea por estar en él como más á la mano y como más visible su expresion ó su signo. Y no he de negar yo, ni he negado nunca, ni pondria jamás mi veto, aunque pudiera, á que entrase entre nosotros y se encarnase en nuestro idioma toda idea concebida así, en tierra extraña. Lo que yo deploro es que no se penetren ó no quieran penetrarse los que introducen ideas nuevas, de que no debe reducirse esta introduccion á un simple y desmañado trasiego, sino ser una asimilacion que las haga propias de nosotros, y las engerte é infunda en nuestro espíritu al verterlas en el lenguaje que hablamos. No me persuadiré en la vida de que una idea, por inaudita y nueva y grande que la supongamos, no quepa con holgura en nuestro idioma, ni halle en él su forma natural y adecuada; por donde me doy á sospechar que el defecto no está en la lengua, sino en aquellos que la ignoran, y la afean y la injurian, filosofando antes de estudiarla, y ajustando á ella nuevos sistemas filosóficos con insufrible chapucería.

Esto fué lo que me movió á escribir aquellas palabras objeto de escándalo para algunos, de que *si la filosofía hubiera menester de una renovacion del idioma español para medrar y florecer en España, debiéramos todos los españoles abandonar para siempre el estudio de la filosofía*; con lo cual no quise ni quiero proscribir los estudios filosóficos, sino demostrar lo absurdo de los que sostienen que, para hacerlos y difundirlos en

nuestra patria, conviene y hasta es necesario renovar la lengua.

Se pretende que no hemos tenido filósofos hasta ahora ó que han escrito en latin los pocos que hemos tenido, y por consiguiente que la lengua no está *trabajada* y suelta aún para escribir en ella filosofía. Pero ¿quién no ve lo deleznable y flaco de este argumento? En primer lugar, no es cierto que no hayamos tenido filósofos que escribiesen en castellano, y, aunque fuera cierto, nadie me negará que, si no por escrito, de palabra siquiera han de haber filosofado alguna vez nuestros progenitores. Bueno fuera que hasta mediados del siglo XIX, despues de 500 ó 600 años de civilizacion propia y grande, no hubiera pensado nadie en filosofar en España, y al pensarlo y al ir á ponerlo por obra, se encontrase con que el filosofar no cabia en su lengua y necesitase ensancharla y trastrocarla para que cupiese. Increible es tal supuesto, y si no lo es, deja patente una verdad tristísima; deja patente que *el espíritu filosófico de los españoles es nulo, y vano el empeño de importarle de Francia ó de Alemania.*

Pero, ¿no es mejor conciliar estas contradicciones, poniéndolas sólo en la escasa habilidad de los que importan filosofías? De seguro no habrá quien suponga que carecemos los españoles de espíritu poético, ni quien declare que no se presta nuestro idioma para la poesía, ni quien ose negar que hemos tenido egregios poetas. Pues á pesar de todo, con la poesía extranjera nos acontece lo mismo que con la extranjera filosofía. Tan difícil, más difícil es traducir al castellano una página de Goethe, de Schiller ó de Platon, que otra de Kant, de Fichte ó de Hegel. Y no se diga que la dificultad de la traduccion consiste en que los susodichos poetas están ya impregnados de la moderna filosofía alemana, porque en los *Nibelungen* ó en Gualtero de la Vogelweide hallariamos idéntica dificultad. Pero, qué mucho si la hallamos tambien en Horacio, en Virgilio, en Catulo, en cualquiera poesía compuesta en latin, con ser este idioma raíz y fundamento del de España? Y con todo, á nadie se le ocurre, con tal de que esté en su juicio, que ha de traducir á Horacio con las frases y giros que Horacio emplea, sino que busca el modo de hacernos comprender su sentido con expresiones peculiares de nuestra lengua, y eso que, en poesía, la diccion, el ritmo y el período tienen mayor importancia que en filosofía, donde puede atenderse más al pensamiento puro, abstracto, universal y libre de forma.

Yo creo asimismo, que los traductores que se ciñen mucho á la letra, además de dar tormento al idioma y de estropearle, suelen ser infieles al original, cuyo sentido dejan sin traducir, aunque traduzcan las palabras, lo cual no es hallar la verdadera y adecuada expresion del sentido, que se queda por allá como traspapelado y oculto.

Cuenta que no suceda esto con algunos sistemas filosóficos, cuya significacion alcanzamos en traducciones ó exposiciones francesas algo libres, y no en otras españolas, que tal vez pequen de sobrado concienzudas.

Es, además, de notar, que este último linaje de traducciones ó exposiciones carece de mérito intelectual, y no debe grangear gloria ninguna, porque es sólo una operacion mecánica, mucho menos que gramatical, por donde adquieren las palabras cierta apariencia de españolas, y permanece en idioma extraño todo el enlace ó trabazon que las une y ordena para un fin determinado.

Quiero suponer, á pesar de lo dicho, que nuestro idioma no basta á la moderna filosofía, y dado el supuesto, voy á ver cómo salgo del apuro, y escojo entre quedarme sin filosofía ó sin lengua.

Imaginemos por un instante que en Francia hay un Gobierno liberal, discreto, entendido y muy conforme con los adelantos de la época, y que en España no le hay; yo doy por cierto que todavía hemos de preferir quedarnos con un Gobierno detestable, y sin libertad, y sin progreso, á formar parte de la nacion vecina. De esto dimos ya pruebas en 1808, y las volveriamos á dar si nueva ocasion se presentase. Pues por idéntico órden discurro yo sobre los primores y novedades de la filosofía con relacion á la lengua. Si alguien consigue probar, que para trasplantarlos á este suelo es menester arrancar de él el habla de nuestros padres, le responderé sin vacilar que prefiero quedarme sin filosofía á dejar de ser lo que soy. Y no es odio á la filosofía; es el instinto de la conservacion, el amor al sér colectivo que tenemos, el que en esto se patentiza. Ni siquiera es orgullo nacional, sino un sentimiento más hondo. Yo, individualmente, puedo creerme, por humildad ó por justicia, y me creo, sin duda, inferior en todo á otras personas; mas no por eso deseo aniquilarme confundiéndome con ellas. Alguien me pudiera decir: — Tu amigo Canalejas habla mejor y escribe mejor que tú, y hasta es más lindo mozo, ó si se quiere, menos feo. Haz, pues, de modo que te transformes ó mudes en tu amigo Canalejas. —Pero yo le contestaria que, si bien era exacto su juicio comparativo, todavía eso del talento y el hablar bien y el escribir á maravilla, y hasta el ser lindo mozo, son calidades accidentales, y que lo esencial es ser uno quien es; por donde yo tenia empeño en ser quien soy con todas mis inferioridades, y no anhelaba ser otro, cobrando superioridad en los accidentes, á trueque de perder la sustancia. Porque el hablar unos peor que otros, ó el no escribir tan bien, ó el tener menos entendimiento, ó el ser más feos ó más bonitos, constituye nuestra diferencia, y nos determina, distingue y separa, y nos hace ser y parecer estos que somos, y no esotros, ni los de más allá, ni cualesquiera.

Hay un cuento oriental de cierto aventurero, que habia estudiado profundamente entre los bramines la ciencia de la metempsicosis ó transmigracion de las almas, el cual saliendo un dia de caza, y encontrándose á solas, si no recuerdo mal, con el poderoso rey de Persia, hizo una diablura verdaderamente extraordinaria. Mató el rey una corza, y el aventurero se jactó de poder resucitarla. Como es natural, el rey quiso ver este milagro, y pidió al aventurero que le hiciese. Entonces, aquel único y aventajado discípulo de los bra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mines, cayó en tierra como muerto, y la corza se levantó llena de vida, y vino á hacer al rey mil caricias y á besarle la mano. Poco despues volvió á caer muerta la corza, y el aventurero se alzó vivo como antes. Maravillado el rey de lo que acababa de ver, trató de investigar su misteriosa causa, y el aventurero le dijo que él sabia trasladar su alma de unos cuerpos en otros, y que por haber estado en el de la corza habia permanecido el suyo inanimado. Entonces quiso el rey probar aquella aventura, y, habiéndole enseñado el aventurero cierto ensalmo ó fórmula mágica, le pronunció, y en un abrir y cerrar de ojos pasó su alma al cuerpo de la corza sin el mas ligero inconveniente. Pero lo malo estuvo en que, no bien el aventurero vió inanimado el cuerpo del rey, cuando puso en él su alma; dejó al pobre rey convertido en cuadrúpedo vagando por aquellos bosques, y se fué á palacio á vivir la más regalada vida.

Traigo aquí esta historia para decir que, aún prescindiendo del engaño, felonía y crímen de lesa majestad del aventurero, su estado debe inspirar más horror que envidia: pues si bien el alma es lo principal en el individuo, el cuerpo, al fin, es su manifestacion y su forma. Al cuerpo, tanto como al espíritu que le anima, van unidos nombre, fama y manera de ser de cada uno. Y nadie dejaria su cuerpo por cuanto hay que desear; ni para ser emperador del mundo bajo otra forma y con otro nombre. El que así lo hiciese por arte de hechicería, ya no seria él, sino otro.

Se me argüirá, acaso, que no hay paridad entre esta

comparacion y el lenguaje, el cual no es como el cuerpo de que el pensamiento anda vestido, y que peco además de materialista dando al cuerpo tanta importancia. El lenguaje, se me argüirá además, no dura en el mismo sér, y el del nuestro, por ejemplo, era uno cuando se escribieron *Las Partidas*, y otro cuando compuso sus versos Garcilasso, y otro cuando Calderon dió á luz sus comedias, y otro, por último, en el dia; porque muchas palabras y giros se han ido perdiendo, y porque han nacido otros. Pero se debe notar que con el cuerpo humano tambien acontece lo mismo, y nadie, sin embargo, tiene la temeridad de poner algo de su parte para llegar antes de tiempo á la edad madura, á la vejez ó á la decrepitud. Nadie cae en la locura de querer convertirse artificialmente de viejo en niño ó de niño en viejo. Y por otra parte, viejo ó niño ó adulto, aunque el cuerpo no conserve al cabo de cierto número de años ni una sola molécula de las que antes le formaban, nadie duda de que el que antes tenia es el mismo de ahora, y aunque crezca y se desarrolle, y aunque decaiga y se debilite, sigue siendo siempre el mismo cuerpo. Y si hay quien añada que las lenguas se mudan y mueren, y que de sus restos salen nuevas lenguas más perfectas aún, yo replicaré que tambien he de morirme sin remedio, y que tal vez de mi cuerpo ó de los átomos que componen mi cuerpo salga la más linda criatura que imaginarse puede, pero que, á pesar de esto, no quiero morirme.

Yo no creo que *sea un mal la síntesis y cruzamiento de las razas*, y sé que el pueblo español es en este sen-

tido, de los más *sintéticos* y cruzados. Supongo ó doy por cierto que la lengua española tambien lo es, y que hay en ella elementos semíticos y célticos y latinos y germánicos y euscaros. Pero esto, ¿qué prueba en contra de lo que yo afirmo? Tambien en la *síntesis* de mi cuerpo han entrado vegetales de mil diversas especies, y minerales y animales, y no por eso desconozco la unidad corporal ni quiero perderla.

Tales son las principales razones que me incitan á clamar contra los que adrede corrompen el idioma, y aún hacen gala de ello, y erigen en sistema esta depravacion algo semejante á la del discípulo de los bramines.

Cuando es involuntaria la falta, yo la disculpo, si no la perdono, y hasta me confieso culpado de ella. Estudiándolo todo, como lo estudiamos, en libros franceses, no se ha de extrañar que olvidemos nuestra lengua, y no sepamos decir en ella nada, y recurramos á frases extranjeras por ignorancia de las castizas.

No blasono yo tampoco de purista severísimo, y acepto los neologismos técnicos que me parecen necesarios. Estos no son por lo comun verdaderos neologismos, sino palabras antiguas tomadas del griego, las cuales desde que nació nuestro idioma se van adoptando en él y son conformes á su índole. Así es que tan lícito me parece decir *catolicismo*, *iglesia*, *obispo* y *diablo*, como decir *estereoscopio*, *frenología*, *homeopatía* y *fotografía*. El toque está en que la palabra se necesite para significar una cosa ó idea nueva, y en que no venga á ser una pedantería vana para disimular un pensamiento más vano aún.

Hay tambien palabras que aparecen, se ponen en moda y luego se olvidan, ora entre la gente regocijada, alegre y truhanesca, como por ejemplo, *filfa*; ora entre las damas y los caballeros elegantes, v. gr. *fion*, *fashionable* y *dandy*, que ya se van olvidando, como se olvidaron casi *pisaverde*, *paquete* y *currutaco*, vocablos hoy de pésimo *tono*; y ora en las escuelas entre los doctores y los filósofos que cada quince ó veinte años inventan una flamante fraseología para encubrir lo poquísimo que saben y que se sabe.

Si en esto sólo consistiese el mal, no hubiera tratado yo de aplicarle remedio; pero el mal es más grave y tiene más hondas raíces. En todos los Institutos se enseña latin y griego, pero no se enseña castellano. La filosofía se sabe ó cree saberse antes de que se sepa la lengua en que se quiere filosofar. El mal gusto y el estilo archi-florido, retumbante y declamatorio, cunden que es un dolor. La necesidad, la vanidad, la ambicion y el espíritu de la época nos mueven, á cuatro quintas partes más de los que debiéramos, á escribir, á pesar de las Musas y de las Gracias. Los libros que leemos son franceses; por lo general escribimos en periódicos y de priesa; y como tomamos las ideas de los libros franceses, no es extraño que tambien tomemos de ellos las frases ya formadas. Por último, nos ha asaltado la manía de fantasear que estamos perfeccionando y ampliando la lengua, mientras la echamos á perder. Por todo esto me atrevo á la censura. Aunque yo tambien, ó por ignorancia ó por desidia, soy de los que dan el mal ejemplo, no tengo la pretension de querer convertirle en ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aprendidas las frases que hoy se usan, es más fácil escribir; hasta imaginamos que es natural lo que escribimos: pero nada más artificioso. Yo no acudo á leer nuestros antiguos clásicos para aprender lo castizo, sino lo natural del lenguaje. En la frase de ahora hay culteranismo, aunque harto plebeyo y descuidado, y no como el de Góngora. Al lado de la afectacion y de la sequedad didácticas se advierte la superabundancia de las imágenes y sobre todo de los símiles, y combinadas con el estilo magistral y con el supuesto método rigoroso propio de la filosofía, y al cual queremos sacrificar la lengua, se notan y lamentan la hinchazon y la más desmedida hipérbole.

Salvo estos yerros de que no son víctimas muchos escritores contemporáneos, pero que nos pueden arrastrar en su rápida decadencia, repito aquí, como en mi *discurso* que *no soy denigrador* del *tiempo presente*, y que me parece que vivimos en un período de gran movimiento intelectual, hasta fecundo y brillante en literatura, pudiendo serlo en filosofía, si acertamos á renovarla, á inventarla, ó á traducirla siquiera. Con esto termino mi carta, suprimiendo otra con que habia amenazado á V. y á los lectores de la *Revista*, á quienes pido mil perdones por haberlos molestado en mi réplica quizás más de lo justo.

(*Revista Ibérica.*)

Sobre los discursos leidos ante la Real Academia española en la recepcion pública del señor don Ramon de Campoamor.

Anteayer tuvo lugar este acto solemne, en la casa de la Real Academia, adonde acudió una escogida y numerosa concurrencia.

El nuevo académico leyó su discurso muy bien y con notable desenfado, y todos quedaron complacidísimos de oirle. El discurso del Sr. de Campoamor es, sin duda, una obra de gran mérito, siendo la agudeza del ingenio y el brío de la fantasía las calidades que más en ella resplandecen.

En balde pretende el Sr. de Campoamor despojarse de su calidad de poeta para entrar en el oscuro recinto de la metafísica. El poeta vive en el Sr. Campoamor, y vivirá siempre, á despecho de la filosofía. No es la filosofía para él sino la materia de sus producciones poéticas novísimas, el asunto de sus cantos y el argumento de sus ensueños.

Por esto precisamente nos agradó su discurso de anteayer. Si hubiese sido un discurso filosófico, tal vez

Aprendidas las frases que hoy se usan, es más fácil escribir; hasta imaginamos que es natural lo que escribimos: pero nada más artificioso. Yo no acudo á leer nuestros antiguos clásicos para aprender lo castizo, sino lo natural del lenguaje. En la frase de ahora hay culteranismo, aunque harto plebeyo y descuidado, y no como el de Góngora. Al lado de la afectacion y de la sequedad didácticas se advierte la superabundancia de las imágenes y sobre todo de los símiles, y combinadas con el estilo magistral y con el supuesto método rigoroso propio de la filosofía, y al cual queremos sacrificar la lengua, se notan y lamentan la hinchazon y la más desmedida hipérbole.

Salvo estos yerros de que no son víctimas muchos escritores contemporáneos, pero que nos pueden arrastrar en su rápida decadencia, repito aquí, como en mi *discurso* que *no soy denigrador* del *tiempo presente*, y que me parece que vivimos en un período de gran movimiento intelectual, hasta fecundo y brillante en literatura, pudiendo serlo en filosofía, si acertamos á renovarla, á inventarla, ó á traducirla siquiera. Con esto termino mi carta, suprimiendo otra con que habia amenazado á V. y á los lectores de la *Revista*, á quienes pido mil perdones por haberlos molestado en mi réplica quizás más de lo justo.

(*Revista Ibérica.*)

Sobre los discursos leidos ante la Real Academia española en la recepcion pública del señor don Ramon de Campoamor.

Anteayer tuvo lugar este acto solemne, en la casa de la Real Academia, adonde acudió una escogida y numerosa concurrencia.

El nuevo académico leyó su discurso muy bien y con notable desenfado, y todos quedaron complacidísimos de oirle. El discurso del Sr. de Campoamor es, sin duda, una obra de gran mérito, siendo la agudeza del ingenio y el brío de la fantasía las calidades que más en ella resplandecen.

En balde pretende el Sr. de Campoamor despojarse de su calidad de poeta para entrar en el oscuro recinto de la metafísica. El poeta vive en el Sr. Campoamor, y vivirá siempre, á despecho de la filosofía. No es la filosofía para él sino la materia de sus producciones poéticas novísimas, el asunto de sus cantos y el argumento de sus ensueños.

Por esto precisamente nos agradó su discurso de anteayer. Si hubiese sido un discurso filosófico, tal vez

nos hubiera cansado; pero era una produccion poética en prosa, un canto, un ensueño lindísimo, lleno de discrecion y hasta de discreteos: por manera que á las mismas damas, que por lo comun aborrecen la metafísica, les cayó anteayer muy en gracia lo que explicaba, con la muchísima que Dios le ha dado, el más ameno, regocijado y simpático de todos los metafísicos que ha habido en el mundo.

Sea como quiera, repetimos que el discurso del señor Campoamor merece la atencion y el aplauso de todas las personas de gusto y de los aficionados á la literatura. Pero en él se afirman con inaudito atrevimiento, á par de grandes verdades, notables errores, y nos parece justo impugnar algunos de ellos.

La tésis que el Sr. de Campoamor sostiene, es como sigue: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al idioma*; tésis verdadera, en nuestro sentir, si se habla de la metafísica divina, de las leyes eternas grabadas por Dios en nuestra alma, y con arreglo á las cuales el hombre espontánea é instintivamente ha creado el lenguaje; pero falsa, si se habla de la metafísica humana, de los sistemas de metafísica que inventan los hombres, los cuales, en vez de limpiar, fijar y hacer esplendorosa el habla, esa creacion maravillosa del instinto, suelen echarla á perder, despojándola de imágenes, haciéndola árida y seca, y quitándole, á trueque de alguna claridad y precision, gran parte de sus galas y adornos, y lo mejor de su frescura, belleza y lozanía.

Los grandes metafísicos no han sido siempre buenos

escritores. A menudo los grandes metafísicos han escrito bastante mal, y casi nunca han influido en el habla de una manera muy provechosa. Cierto es que Platon y Aristóteles son elegantísimos prosistas; pero no porque eran metafísicos, sino porque eran poetas, porque comprendian el arte y porque amaban la hermosura. Antes de Aristóteles y antes de Platon habia llegado la lengua griega á su mayor grado de excelencia, y por cierto que la metafísica no vino á mejorarla. Despues de Platon y despues de Aristóteles, ni hubo un lírico igual á Píndaro, ni un trágico igual á Sófocles, ni un épico igual á Homero, ni un satírico por el estilo de Aristófanes, ni siquiera historiadores como Tucídides, Xenofonte y el mismo desaliñado aunque pintoresco Herodoto. La metafísica en Grecia pudo, pues, fijar la lengua, pero no limpiarla ni abrillantarla, que, no era, por cierto, ni súcia, ni turbia, la que hablaron los mencionados inmortales autores.

De Italia, de España y de Francia, pudiéramos probar lo propio. Vico, acaso el más eminente metafísico italiano, era menos que mediano, por no decir mal escritor. Nuestros metafísicos españoles escribieron en latin hasta que ya la lengua estuvo limpia, fija y esplendorosa, merced á los poetas, á los prosistas no metafísicos, y á ese gran metafísico instintivo é inconsciente, que se llama pueblo. En Alemania no es exacto que Klopstock deba su desarrollo á Leibnitz. Leibnitz escribió en francés y en latin la mayor y mejor parte de sus obras, y mal pudo haber perfeccionado con ellas la lengua alemana. Kant no la *desentecó*

tampoco, como el Sr. de Campoamor supone. Kant no pudo ser para nadie un modelo de lenguaje, ni de estilo. Kant no escribia bien. A Kant le acontecia lo mismo que á Vico, con ser tan maravillosos metafísicos el uno y el otro.

Las razones de que se vale el Sr. de Campoamor para demostrar la poderosa y bienhechora influencia de la metafísica en el lenguaje, no son más difíciles de invalidar que los hechos que cita. El Sr. de Campoamor, huyendo del sensualismo y del materialismo, va á dar en un extremo de espiritualismo vicioso. Se diria que el Sr. de Campoamor tiene la concupiscencia del espíritu. Con una gracia indecible, con un talento extraordinario, niega casi la experiencia, se burla de las ciencias naturales, y declara que quien no sabe metafísica no sabe nada.

No parece sino que el Sr. de Campoamor ó pensaba en el Dr. Mata, á quien cree, quizás con razon, algo materialista, y se va al extremo contrario para hacerle rabiar; ó pensaba en el grosero sensualismo tradicionalista de Bonald y de los de su escuela, y para hacerles rabiar, se va tambien al extremo contrario.

El testimonio de los sentidos, la induccion y la experiencia son medios inadecuados para llegar al conocimiento de la verdad. El que no deduce la ciencia de los altos principios metafísicos, carece de ciencia. Las verdades descubiertas por Copérnico y por Newton, apenas si merecen el nombre de verdades. El Sr. de Campoamor pide perdon á las sombras de estos grandes hombres; pero les trata harto irreverentemente, suponiendo que sabian poco, ó que era y es punto menos que indiferente saber lo que ellos sabian.

El misticismo de nuestro ingeniosísimo poeta le lleva por fin á un escepticismo extraordinario. *Sólo conocer el sér en su esencia, es saber*, dice: pero como la esencia no se conoce, y como el conocimiento de los accidentes nada vale, resulta que nada sabemos que merezca el trabajo de ser sabido.

Jamás hubo espiritualista más espiritual y más *espiritual*, que el Sr. de Campoamor. Jamás hubo místico más despreciador de lo contingente y de lo fenomenal, ni más enamorado de lo absoluto y necesario.

No se trasluce bien del discurso del Sr. de Campoamor lo que piensa sobre el orígen de las ideas; pero se debe presumir que las hace derivar en su mayor parte de lo absoluto, con quien directamente comunicamos por el espíritu, y de las formas mismas del entendimiento. Lo que viene al alma por los sentidos debe entrar por poco en la cuenta del Sr. de Campoamor. Hay más aún; desechando este audaz metafísico los datos de la experiencia, es probable que estime poco la psicología, y que la base de su sistema sea una ontología ideal, construida *á priori* con los primeros principios, que están en el *yo*, ó mejor dicho, que pasan inmediatamente al *yo* desde lo absoluto.

No considerando de esta suerte al Sr. de Campoamor, no acertamos á explicarnos su desprecio hácia las ciencias físicas, y aun hácia la metafísica *inductiva*. Newton era un admirable metafísico de este género, y sin embargo, el Sr. de Campoamor le menosprecia.

Elevándose Newton desde la ley de la gravitacion universal y el conocimiento sublime de la mecánica de los mundos, al Supremo Hacedor que ha impuesto estas leyes, y que lo ha ordenado todo con un órden sapientísimo, prueba la existencia de Dios y nos da razon de sus atributos, penetrando en su esencia hasta donde es posible que penetre la flaca razon humana, y componiendo una teodicea racional superior á cuanto habian ideado, discurrido ó inventado todos los metafísicos *á priori* que le precedieron en la historia. Clarke, discípulo de Newton, el naturalista, el filósofo experimental, el astrónomo, impugna victoriosamente con la teodicea de Newton el panteismo de Spinoza, el metafísico *á priori*, segun deben ser los metafísicos para que le gusten al Sr. de Campoamor. Si Voltaire, á pesar de su afan de destruir todas las creencias, y de su prurito de acabar con la fe del alma humana, se detiene al borde del abismo, y afirma la existencia de un Dios personal, providente, sábio, conservador y legislador del Universo, juez y padre amoroso del humano linaje, á la metafísica inductiva de Newton se lo debe. Si Voltaire hubiera estudiado sólo la metafísica, verdaderamente metafísica de Descartes, Mallebranche y Spinoza, Voltaire hubiera sido ateo. Todo filósofo del siglo XVIII hubiera sido ateo, sin la metafísica newtoniana: todo filósofo *racionalista* de nuestra edad estaria con razon tachado de panteismo, sin la influencia saludable de esa misma metafísica que el Sr. de Campoamor desprecia. Hasta los mismos errores de la teodicea de Newton, si en materia tan alta y hablando de

sujeto tan profundo, se deben llamar errores los que tal vez no sean sino atrevimientos de expresion, concurren á hacer más poderosa en el alma la creencia en el Sér infinito, cuya existencia, cuya omnisciencia y cuya providencia Newton defiende. Nadie como este gran filósofo ha explicado, ó si no ha explicado ha orillado la dificultad de hacer del mundo una cosa real y existente aparte de Dios, sin destruir la infinidad de Dios, al limitarla con esas mismas criaturas suyas.

En cuanto á Copérnico, confesamos que no se elevó á tan altas concepciones; que fué sólo un mero astrónomo: pero jamás hubo metafísico que trajese al mundo con su sistema, mayor perturbacion moral, metafísica y aun religiosa, que la que produjo Copérnico, con el sistema que lleva su nombre. Pablo III, al aceptar la dedicatoria de su libro, dió muestra de la más extraordinaria confianza en la razon de la fe, superior á toda razon, y en la vida inmortal de la religion cristiana, que no podrá acabar nunca, y que saldrá victoriosa de todas las pruebas.

Todas las metafísicas inventadas hasta el dia en que Copérnico paró el sol, y todas las religiones hasta entonces creídas, menos la cristiana, que debia triunfar al fin de todas las contradicciones, vacilaron entonces en sus profundísimos cimientos. Parado el sol, girando en torno de él la tierra, y convertidas las estrellas en otros tantos soles, centros de infinitos mundos, quedó reducido y menoscabado este en que habitamos, y el hombre, que antes imaginaba que todo habia sido creado para él y que él era el motivo de todo, hubo de con-

formarse con ser un ente mezquinísimo y miserable, habitador de uno de los globos más feos y ruines que pueden imaginarse, y como arrinconado, y despreciado, y dejado de la mano de Dios, en un extremo oscuro de la inmensidad infinita, donde hay soles más luminosos y grandes que este que nos alumbra, y planetas más hermosos, más regulares, con más lunas y con más órden y belleza en ellos mismos que el nuestro.

El trastorno metafísico que el sistema de Copérnico, una vez vulgarizado, hubo de producir en las ideas, ya comprenderá el Sr. de Campoamor que fué más eficaz y poderoso que el que pueden producir todos los sistemas metafísicos, juntas en una sus fuerzas.

Pero dejando esto á un lado (porque ya quedan, en nuestro sentir, demostrados hasta la evidencia la importancia, el influjo y el poder de las ciencias físicas en la metafísica), volvamos á la cuestion del lenguaje.

La metafísica es cierto que se ocupa en investigar el *cómo* y el *por qué* del lenguaje; pero el *cómo* y el *por qué* del lenguaje no está en la metafísica que inventan los hombres. No es el lenguaje *arbitrario y convencional*, como en la página 24 asegura el Sr. de Campoamor, sino nacido, fatal ó necesariamente, de la misma naturaleza del pueblo que le habla, como en la página 20 parece afirmar el mismo Sr. de Campoamor cuando dice: *mostradme el idioma de una nacion y os diré cuál es su carácter*. Siendo, pues, el lenguaje tan consustancial con el sér del pueblo que le habla, el lenguaje es obra instintiva, es una emanacion natural del espíritu del pueblo, y no es una coleccion de signos

arbitrarios y convencionales, que un metafísico cualquiera puede arreglar, limpiar, pulir, trocar y modificar á su antojo.

Fuera de estas contradicciones y de estos errores, que en su amor de las sutilezas y paradojas sostiene el señor de Campoamor, ¿quién ha de negar que su discurso es bellísimo y que es un dechado de ingenio, de gracia y de primores de estilo, ya que no lo sea de filosofía? Tal vez si el Sr. de Campoamor fuese más filósofo y menos poeta, no escribiria tan bien como escribe. Balmes, que era más que mediano filósofo escribia bastante mal, con perdon sea dicho, y Donoso Cortés, que tenia poco de filósofo, era un escritor elocuentísimo y admirable.

Ya ve el Sr. Campoamor que le imitamos algo en lo atrevidos, tratando á Balmes y á Donoso tan *cavalièrement* como él ha tratado á Newton y á Copérnico.

Estamos escribiendo á escape estas mal hiladas observaciones, y no hay tiempo para detenerse en dibujos si ha de aparecer hoy en *El Contemporáneo* este desaliñado artículo.

Pero antes de terminar, no podemos dejar de decir al Sr. de Campoamor que no le perdonamos el que convierta en psicólogo á Cervantes, y el que le haga rival de Cartesio, ó más bien su predecesor en el invento del famoso *entimema*. Muy agudo, muy discreto es el sofisma de que se vale el Sr. de Campoamor; pero no es más que un sofisma.

De todos modos se ha de confesar que el discurso, de nuevo académico, no sólo es bello, sino original, inaudito y sobre todo, ameno. Envíele el Sr. de Cam-

poamor á Alemania, donde le auguramos que ha de tener un éxito asombroso. Aquellos sábios, tan sérios y tan de buena fe, tomarán por lo sério todas las sutilezas, discreteos y fantasías del Sr. de Campoamor, que es amigo de broma, y no faltarán entre ellos algunos que le sigan y que formen escuela ó secta de sus doctrinas ultra-espiritualistas.

Contestó al Sr. de Campoamor el Excmo. Sr. Marqués de Molins, y fué la contestacion digna de la persona que la daba. Difícil es imaginar nada más discreto ni más elegante. El merecido elogio que hizo el señor marqués de las poesías del Sr. de Campoamor está escrito con un talento y con un juicio que verdaderamente honran mucho, así á quien da el elogio, como á quien le recibe.

Todos cuantos asistieron á la Academia salieron deshaciéndose en alabanzas de los dos discursos, á cual más ingenioso, que acababan de oir.

Si no estuviésemos hoy muy de priesa y más premiosos y menos dispuestos á escribir que de costumbre, hubiéramos puesto otro órden y otra claridad en lo que ya va escrito, y aún seguiríamos analizando algo del discurso del Sr. Marqués de Molins, aunque no mostraríamos opiniones tan opuestas á las suyas, como las que tenemos y hemos mostrado en oposicion al autor de las *Doloras* y de los *Ayes del alma*, en quien, por otra parte, reconocemos y estimamos un excelente poeta y un prosista desenfadado, ingeniosísimo, *humorístico* y fácil; de todo lo cual le debe más á la poesía y al arte que á esa metafísica que tanto pondera.

Replica al artículo comunicado de D. Nicomedes Martin Mateos, sobre el discurso leido por el Sr. de Campoamor en la Real Academia española.

Con el mayor placer hemos insertado en nuestro periódico el bien escrito artículo en que impugna el señor Mateos lo que dijimos acerca del discurso del señor de Campoamor: pero no queremos disimular que hemos leido este artículo con sorpresa. De cualquiera persona más que del Sr. Mateos hubiéramos recelado una impugnacion de nuestras doctrinas filosóficas. Creíamos pensar como él, le habiamos leido, y aun habiamos escrito algo sobre el primer tomo ya publicado de su curso de filosofía, *El Espiritualismo*, y nos habiamos alucinado hasta el punto de imaginar que estábamos conformes; pero, con la lectura del artículo referido, hemos tenido un solemne desengaño. A pesar de todo, aún persistimos en esperar que esta diversidad de opiniones no será profunda entre nosotros, sino superficial y nacida de la mala inteligencia de lo que nosotros dijimos; y no ya porque el Sr. Mateos no acierte por su culpa á entendernos, que no queremos

poamor á Alemania, donde le auguramos que ha de tener un éxito asombroso. Aquellos sábios, tan sérios y tan de buena fe, tomarán por lo sério todas las sutilezas, discreteos y fantasías del Sr. de Campoamor, que es amigo de broma, y no faltarán entre ellos algunos que le sigan y que formen escuela ó secta de sus doctrinas ultra-espiritualistas.

Contestó al Sr. de Campoamor el Excmo. Sr. Marqués de Molins, y fué la contestacion digna de la persona que la daba. Difícil es imaginar nada más discreto ni más elegante. El merecido elogio que hizo el señor marqués de las poesías del Sr. de Campoamor está escrito con un talento y con un juicio que verdaderamente honran mucho, así á quien da el elogio, como á quien le recibe.

Todos cuantos asistieron á la Academia salieron deshaciéndose en alabanzas de los dos discursos, á cual más ingenioso, que acababan de oir.

Si no estuviésemos hoy muy de priesa y más premiosos y menos dispuestos á escribir que de costumbre, hubiéramos puesto otro órden y otra claridad en lo que ya va escrito, y aún seguiríamos analizando algo del discurso del Sr. Marqués de Molins, aunque no mostraríamos opiniones tan opuestas á las suyas, como las que tenemos y hemos mostrado en oposicion al autor de las *Doloras* y de los *Ayes del alma*, en quien, por otra parte, reconocemos y estimamos un excelente poeta y un prosista desenfadado, ingeniosísimo, *humorístico* y fácil; de todo lo cual le debe más á la poesía y al arte que á esa metafísica que tanto pondera.

Replica al artículo comunicado de D. Nicomedes Martin Mateos, sobre el discurso leido por el Sr. de Campoamor en la Real Academia española.

Con el mayor placer hemos insertado en nuestro periódico el bien escrito artículo en que impugna el señor Mateos lo que dijimos acerca del discurso del señor de Campoamor: pero no queremos disimular que hemos leido este artículo con sorpresa. De cualquiera persona más que del Sr. Mateos hubiéramos recelado una impugnacion de nuestras doctrinas filosóficas. Creíamos pensar como él, le habiamos leido, y aun habiamos escrito algo sobre el primer tomo ya publicado de su curso de filosofía, *El Espiritualismo*, y nos habiamos alucinado hasta el punto de imaginar que estábamos conformes; pero, con la lectura del artículo referido, hemos tenido un solemne desengaño. A pesar de todo, aún persistimos en esperar que esta diversidad de opiniones no será profunda entre nosotros, sino superficial y nacida de la mala inteligencia de lo que nosotros dijimos; y no ya porque el Sr. Mateos no acierte por su culpa á entendernos, que no queremos

hacerle este agravio, sino porque nosotros no logramos explicar nuestro pensamiento con la claridad y la precision debidas. Vamos, pues, más bien que á replicar, á rectificar y á declarar nuestro pensamiento, apenas apuntado en el artículo de variedades de *El Contemporáneo* del 11 de Marzo, que es el que promueve esta disputa. Quizás así consigamos ponernos de acuerdo.

Antes de todo importa advertir que somos tan amigos y aficionados del Sr. de Campoamor como puede serlo el Sr. Mateos, y que al escribir sobre su discurso no tuvimos propósito de rebajarle en nada, sino que le ensalzamos, como era justo, calificándole de *agudo*, de *ingenioso*, de *ameno*, de *original*, de *discreto*, de *atrevido*, de *desenfadado*, de *humorístico*, de *fácil* y de otras mil cosas, que todas suenan ó deben sonar como alabanzas, y tanto, que si el público español no estuviese tan prevenido en favor del Sr. de Campoamor y no le colocase en muy alto predicamento, más nos censuraria de hiperbólicos en la lisonja, que de parcos ó avaros. Pero ni la amistad, ni la admiracion que el señor de Campoamor nos inspira, bastarán nunca á hacernos mudar de parecer, aunque tenemos la desgracia de no convenir con el suyo en todo. Y decimos en todo, no para enmendar un yerro, volviéndonos atrás ó cantando la palinodia, sino para corroborar lo que ya dijimos, á saber: que el Sr. de Campoamor sostenia *á par de grandes verdades, notables errores*. Convenga, por consiguiente, el Sr. Mateos, en que no hemos escrito para negar todo lo que el Sr. de Campoamor afirma, sino sólo una parte, y quizás, á veces, la manera que tiene de afirmar el Sr. de Campoamor.

La tésis del discurso de este ilustre poeta, es como sigue: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al idioma*. ¿Y qué hemos dicho nosotros sobre la tésis? No hemos dicho *niego*, sino *distingo*. La tésis, hemos dicho, nos parece verdadera, si se trata de la *metafísica divina*, pero no si se trata de la metafísica humana.

Aquí empiezan las admiraciones del Sr. Mateos, de las cuales nos hemos admirado nosotros á la vez. El señor Mateos no entiende ó no quiere entender qué cosa sea la *metafísica divina*. Veamos si podemos explicárselo.

Empecemos por prescindir de la division y distincion en divina y humana, y definamos en general la metafísica.

Para que el Sr. Mateos no recuse á nuestros autores, su propio libro va á servirnos de texto, de código y de juez, en este pleito que hemos entablado. Segun el señor Mateos «metafísica es la *ciencia que estudia* las »propiedades permanentes del espíritu, haciendo abs»traccion de las condiciones actuales de su existencia». El Sr. Mateos nos permitirá que enmendemos una falta que nos atrevemos á notar en su definicion. *Ciencia que estudia* no se dice, ni puede decirse. La ciencia no estudia; la ciencia sabe ó no es ciencia. El hombre es el que estudia para saber. Una ciencia que estudia implica contradiccion. Ciencia es un conocimiento razonado de la verdad; ciencia es, como decian los escolásticos, *disciplina quæ certis demostrat argumentis*; cien-

cia es, como Bossuet decia, *el fruto de la demostracion*. Siguiendo, pues, la metáfora de Bossuet, el estudio será el cultivo que damos á nuestra alma para que en ella nazca este fruto: la ciencia será el resultado del estudio, mas no el estudio mismo. Enmendada la definicion, tendrémos que «la metafísica es la ciencia de »las propiedades permanentes del espíritu, haciendo »abstraccion de las condiciones actuales de su existen»cia;» y definida así la metafísica, habrá de convenir el Sr. Mateos en que no existe sino en gérmen y como aspiracion en la mente humana. De conocer las propiedades permanentes del espíritu, esto es, de Dios y del hombre, y de todos los séres, puesto que son obra del espíritu, no nos podemos jactar. Dios sólo conoce bien estas propiedades permanentes, y esta ciencia de Dios es lo que hemos llamado *metafísica divina*. La metafísica humana es ó puede ser ciencia, si bien incompletísima, en cuanto sabe algo de estas propiedades; pero en cuanto estudia ó mientras estudia, indaga y procura averiguar, no es ciencia: por donde Platon, á quien el señor Mateos considera como al más eminente de los filósofos, no llama ciencia, sino apetito de ciencia, á la filosofía: y la verdadera ciencia, y por lo tanto, la metafísica verdadera, la pone en Dios, haciendo de nuestra filosofía y de nuestra metafísica humanas *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible*. Ciceron, Séneca, San Clemente de Alejandría y otros muchos sábios de la antigüedad, convinieron en esto, definiendo la filosofía en quien entra la metafísica como lo más principal, *el conocimiento de todas las cosas por sus causas, en cuanto el hombre, por medio de la luz natural, puede elevarse hasta ellas*.

Confirmada y restablecida así nuestra distincion, volvemos á repetir que la metafísica humana, ó dígase los diversos sistemas de metafísica que los hombres han inventado y trazado, no limpian, ni fijan, ni dan por lo comun esplendor al lenguaje, antes suelen estropearle. Por huir de la prolijidad, queremos conceder al Sr. Mateos, aunque no lo creamos, que Descartes dió el primer impulso á aquel gran movimiento intelectual que hubo en Francia en el siglo de Luis XIV; que de su admirable metafísica procedió aquella admirable literatura: pero ¿qué nos probaria con esto el señor Mateos? Que una metafísica ó un sistema, y no la metafísica, habia fijado, limpiado y dado esplendor á la lengua francesa. En cambio, segun el propio señor Mateos, otra metafísica, que viene poco despues, y (¡cosa singular!) que procede de la anterior metafísica, la cual habia hecho tan buena obra, la deshace, desbarata y confunde. Descartes limpia, fija y da esplendor, y Condillac ensucia, descompone y oscurece. Ambos, sin embargo, eran metafísicos, cada uno á su manera.

Por otra parte, segun dijimos en nuestro primer artículo, y debemos repetir ahora, no nos es dable persuadirnos de que la metafísica de los hombres limpia, fija y da esplendor al lenguaje, porque vemos que en Grecia los mejores escritores, oradores y poetas líricos, épicos y dramáticos, vivieron antes de que hubiese metafísica, ó si no metafísica, metafísicos; porque notamos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que algunos metafísicos famosos como Vico, Kant, Balmes y otros de todas las escuelas, han escrito harto mal, con perdon sea dicho; y porque reconocemos que los escritores más limpios, fijos y esplendorosos, han sido, por lo general, los que menos metafísica sabian. Todo lo cual se advierte, así en España como en cualquiera otra nacion; así diez, catorce ó veinte siglos há, como en el dia de hoy. Nadie en España escribe ahora peor que cierto sujeto que pasa, quizás con fundamento, como el que más metafísica sabe entre los españoles. Citemos algunas frasecitas suyas, para ver cómo limpia, fija y da esplendor al lenguaje. «En-bajo-mediante el sér ó en-bajo-mediante Dios es el mundo la »reunion de todos los séres infinitos.»—«La relacion »del sentir es relacion de union esencial del objeto como todo con el sujeto, como todo en forma de totalidad, en toque y penetracion de uno por otro, entrando »la cosa en parte del sujeto, y el sujeto en parte de »la cosa.»—«La existencia como la esencia puesta, es »en sí un contenido de existencialidades ó modalidades, »pues la existencia se distingue en sí primero como »originalidad ó primordialidad, y bajo originalidad se »distingue como la eternidad (idealidad), por oposicion »á la efectividad (temporalidad, existencia sensible), y »otra vez bajo existencia se refiere como la eternidad »en la efectividad, y la efectividad bajo la eternidad »(la continuidad, la vida).»—«La union de la naturaleza y del espíritu tiene en el *schema* del sér la figura »de una lenteja.»

Nos parece que basta y sobra con los ejemplos citados.

Tememos, con todo, que el Sr. Mateos se nos vaya por la tangente, asegurando que la metafísica del metafísico que tan extrañamente escribe es mala y falsa, y que por eso el metafísico escribe mal; pero que si él tuviese una buena y verdadera metafísica, escribiria de modo que diera gusto leerle.

Si el Sr. Mateos dice ó piensa algo parecido, le rogamos que recapacite y reflexione, y luego vendrá á caer en la cuenta de que piensa y dice lo mismo exactamente que nosotros hemos dicho y pensado, á saber: que la tésis del Sr. de Campoamor es innegable, es casi una perogrullada si se refiere á la metafísica en absoluto; á la metafísica, blanco y término de las aspiraciones del filósofo; en una palabra, á la metafísica divina. Pero el Sr. de Campoamor es más amigo de paradojas que de perogrulladas, y no ha podido decir sino lo que nosotros entendemos que ha dicho; que los metafísicos limpian, fijan y hermosean el lenguaje, á cuya perfeccion es muy conducente el estudio de la metafísica.

La primera parte de esta afirmacion hemos visto ya que carece de fundamento. Examinemos la segunda con el debido reposo.

Nadie negó jamás desde Platon y Aristóteles, ya que no afirmemos que desde Pitágoras, hasta D'Alembert, Ampere, Comte y cuantos han tratado de lo que se llama *mateseología* ó clasificacion de las ciencias, que las ciencias se cifran en una ó que no hay más que una ciencia, de la que todas dimanan, como del tronco los ramos, las hojas, las flores y los frutos. Ni nadie negará

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tampoco que el tronco de este árbol, el orígen y principio de la ciencia están en lo absoluto, en los primeros principios, de los cuales se deducen ó se deben deducir una vez bien conocidos, todas las verdades. La deduccion es un método más seguro de conocer que la induccion, y la induccion debiera desecharse, si de tal suerte conociésemos los primeros principios ó la idea primera y comprensiva, que viésemos en ella todo cuanto hay que ver, y pudiésemos desplegarla y desenvolverla en una série infinita de afirmaciones, que serian toda la ciencia y todas las ciencias. Estas pudieran representarse entonces por una sencilla ecuacion, uno de cuyos términos iriamos trasformando en otro de valor idéntico, cada vez más complicado en la expresion, hasta que viniese á expresar toda la diversidad de las cosas que hay ó puede haber en el mundo de las ideas y en el universo visible. Por desgracia, el hombre no ha llegado, ni tal vez llegue nunca á ese extremo de perfeccion, y mientras á él no llegue, siempre será una arrogancia burlarse de la experiencia, como el Sr. de Campoamor se burla. Schelling, con todo su idealismo, jamás fué tan léjos. Lo relativo y lo absoluto, el espíritu y la naturaleza eran idénticos para él, y *filosofar sobre la naturaleza era crearla*, porque todas sus leyes están en el espíritu, y el espíritu se las impone; pero todavía Schelling no se desdeñaba de preguntar á la naturaleza, como para cerciorarse, como para quedar satisfecho de que la ley que habia impuesto habia sido aceptada, y en este sentido, Schelling admitia la experiencia. En cuanto al señor de Campoamor, es fuerza convenir en que va

más allá. *La experiencia*, dice, *sirve para poco menos que nada*. Todo lo que sabemos, lo sabemos porque cierta *iluminacion interior* nos lo enseña.

Este ultra-espiritualismo, que con facilidad pudiera trocarse en idealismo trascendental ó en panteismo místico, es lo que principalmente hemos censurado en nuestro artículo sobre el discurso del Sr. de Campoamor, y volvemos á asegurar al Sr. Mateos, que nos maravilla con salir á su defensa.

Nos acusa el Sr. Mateos de que desdeñamos la metafísica; pero no funda esta acusacion. Nosotros no hemos dicho, como el Sr. de Campoamor, *que no saber metafísica, es no saber nada*; pero tampoco hemos dado á entender, con el mismo sujeto, que la metafísica alcanza muy poco. Nosotros no somos tan ultra-espiritualistas como el Sr. de Campoamor, pero tampoco somos tan escépticos.

Nosotros no confundimos, como pretende el Sr. Mateos, las leyes del alma humana, las leyes del espíritu en general, con el conocimiento de estas leyes. Quien parece que las confunde adrede para impugnarnos, es el Sr. Mateos. Las leyes del espíritu y el conocimiento de esas leyes, son en Dios una misma cosa: pero en el hombre son dos cosas muy diferentes. Y aquí volvemos á la distincion que hemos tenido que hacer entre la metafísica divina y la humana.

Sin duda que hay una metafísica de la naturaleza, una metafísica que tiene á la naturaleza por objeto, pero en el hombre no crea, sólo conoce, mientras que en Dios, conoce y crea. Con el arte sucede lo propio.

La estética explica el arte, pero no le crea. Desde Platon, en su *Fedro* y en su *Banquete*, hasta Hegel, en nuestros dias, todos los estéticos han explicado y no creado la hermosura. ¿Qué poetas ha producido ningun tratado de filosofía de lo bello? Las leyes del arte, como las leyes de la naturaleza, estaban en Dios antes de ser conocidas del hombre; y no sólo estaban en Dios, sino que asimismo estaban en la naturaleza y en el arte, y las cosas inanimadas y las inconscientes las cumplian, y los séres dotados de entendimiento las cumplian tambien, como por instinto, aunque apenas entendiéndolas aún á no ser de un modo confuso. ¿Quién ha de creer que el portentoso artificio de los poemas de Homero, y todas las bellezas y perfecciones que los críticos descubren hoy en ellos, fuéron distinta y claramente percibidos y analizados por quien los ideó y compuso? Pues lo mismo sucede con el lenguaje, ó por mejor decir, no lo mismo, sino más aún, puesto que el lenguaje fué obra más primordial, instintiva y originaria del espíritu humano.

Extraña el Sr. Mateos que afirmemos que el espíritu humano está sujeto á ciertas leyes, y cree que esta sujecion le quita la libertad. Por amor de Dios, señor Mateos; ¿qué tiene que hacer la libertad con las leyes de nuestro entendimiento, con sus maneras de ser, con su forma, con aquello por lo que es lo que es, y no lo que no quiso Dios que fuera? La metafísica podrá llegar á conocer estas leyes; pero no á derogarlas, ni á modificarlas, así como la astronomía podrá conocer el curso de los astros y las leyes de sus movimientos; pero no introducir en todo ello la menor alteracion. Claro es que el espíritu humano es libre, pero su libertad no puede sustraerle de la necesidad de ciertas leyes á que está sujeto, que es de lo que aquí hablamos. Es evidente, valiéndonos de un ejemplo vulgar, que un muchacho podrá hacer uso de su libre albedrío, y mostrar muy bien que le tiene, negándose á estudiar la geometría; pero si estudia la geometría, y si la geometría entra en su entendimiento, su entendimiento tendrá por fuerza que aceptarla, sin que se descubra ni quepa en esta aceptacion un átomo de libertad; porque el entendimiento no la tiene para ser otra cosa que no sea el entendimiento mismo.

En la formacion del lenguaje, en su orígen, hubo aún menos libertad, menos reflexion. Sus cambios ó modificaciones no dependen tampoco, en lo esencial, ni de la reflexion, ni del libre albedrío del hombre. Así es que los filósofos gramáticos podrán redactar la gramática ó coleccionar las reglas de la gramática: pero no darlas ó crearlas ó modificarlas; poner en órden los vocablos y definirlos, pero no inventarlos, á no ser alguno que otro de *capricho*, ó á no tener la manía de la lengua universal, que nadie habla, y llamar *nalga* al sacerdote, *rabo* á la realidad, y otras diabluras por el estilo.

Para contestar al Sr. Mateos sobre lo que dice de que es absurdo que llamemos al lenguaje *obra maravillosa del instinto*, no le citarémos sino las palabras propias de Huet, que el Sr. Mateos da como autoridad en su tratado de *El Espiritualismo*. «El lenguaje, dice,

no es una invencion artificial; es una facultad natural que funciona desde que son dadas las condiciones de su desarrollo.» ¿Qué quiere decir esto sino lo mismo, en sustancia, que hemos asegurado nosotros, y de que nos hemos valido para censurar algunas tendencias del discurso del Sr. de Campoamor? Si el lenguaje es una facultad natural que funciona, dadas ciertas condiciones, lo cual vale tanto como afirmar que funciona con arreglo y sujecion á ciertas leyes impuestas por Dios ó por la naturaleza, ¿á qué propósito y con qué pretexto tacharnos de enemigos de la metafísica, porque no creemos que la metafísica, que podrá llegar á conocer esas leyes ó condiciones, tenga la facultad de alterarlas? Si la metafísica las altera, el lenguaje deja de ser lo que Huet nos dice, y se convierte en un modo arbitrario de expresar los pensamientos. Cualquiera metafísico podrá ponerse á inventar nuevos lenguajes, que nadie hablará, por fortuna; porque estos lenguajes serán inferiores en todo á los que irreflexivamente, y sin más metafísica que la divina, crearon en un principio los hombres.

El mismo Huet, citado por el Sr. Mateos, viene en nuestro apoyo, al añadir que en el dia sólo podriamos inventar una lengua grosera, porque *nuestras lenguas tan sábias se remontan á una época en que no estaban pervertidas las facultades naturales del hombre.*

Esto es decir, ni más ni menos, lo que nosotros hemos dicho: que el lenguaje no proviene de la reflexion; que no es creado ni cambiado sino para mal por la metafísica humana; y que sólo le crea y le cambia la

metafísica divina, siendo el lenguaje, como obra del hombre, *obra maravillosa del instinto.*

Desengáñese el Sr. Mateos, la impugnacion que ha hecho de nuestro artículo no nace de que siga otras doctrinas, sino de una obcecacion amorosa, hija del mucho cariño que profesa á la metafísica y al señor de Campoamor, á quienes ha creido, sin razon para ello, poco bien tratados en nuestro referido artículo, y por cuya gloria ha querido volver.

Pero nosotros no negamos esta gloria: sólo hemos procurado poner las cosas en su punto y reducir á la conveniente proporcion algunas hipérboles, que más bien se han presentado para hacer gala de ingenio, que no para infundirlas en el ánimo de los hombres, como utilísimas y certísimas verdades.

La metafísica es la ciencia del pensamiento, y por lo tanto es base de todas las demás. La metafísica, aplicada al estudio del lenguaje, puede producir una buena gramática general, y aplicada singularmente á nuestro idioma castellano, hacer que se escriba de este idioma una excelente gramática, donde aprenderémos el por qué y el cómo hablamos de esta suerte y no de aquella; pero siempre seguirémos hablando de la misma suerte, y si por acaso hablásemos de otra, esto dependeria del uso, del sentimiento instintivo é irreflexivo, que cambia las lenguas, ora mejorándolas, ora viciándolas. No impide cuanto queda apuntado, que, si los metafísicos son buenos escritores, contribuyan, como tales, á la perfeccion ó conservacion del idioma; así como pueden y suelen contribuir á postrarle ó á convertirle en una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jerigonza ridícula, cuando escriben mal, segun acontece harto á menudo, de lo cual estamos dando quizás una prueba lastimosa, escribiendo hoy peor que de costumbre, por lo mismo que escribimos de metafísica.

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA

EN LAS UNIVERSIDADES.

I.

Con el título de *textos vivos*, está publicando *El Pensamiento Español* una série de artículos en contra de los más afamados catedráticos de la Universidad central. Dicho periódico trata de persuadir al pio y cándido lector de que los tales catedráticos son unos impíos, ateistas, panteistas ó egoteistas, y de que el Gobierno hace muy mal en no quitarles las cátedras, aunque las hayan ganado por oposicion y sean propiedad de ellos. Si á esto sólo se redujese el intento del periódico neo-católico, no saldriamos nosotros á la palestra, tomando parte en la discusion. Los señores catedráticos ofendidos contestarian, si juzgaban á *El Pensamiento Español* verdaderamente digno de entrar en una polémica filosófica, que lo dudamos, sin que por ello pensemos en ofender al mencionado periódico. Su índole y su condicion de *diario*, escrito de priesa como todos, no son lo más á propósito para tocar, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jerigonza ridícula, cuando escriben mal, segun acontece harto á menudo, de lo cual estamos dando quizás una prueba lastimosa, escribiendo hoy peor que de costumbre, por lo mismo que escribimos de metafísica.

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFIA

EN LAS UNIVERSIDADES.

I.

Con el título de *textos vivos*, está publicando *El Pensamiento Español* una série de artículos en contra de los más afamados catedráticos de la Universidad central. Dicho periódico trata de persuadir al pio y cándido lector de que los tales catedráticos son unos impíos, ateistas, panteistas ó egoteistas, y de que el Gobierno hace muy mal en no quitarles las cátedras, aunque las hayan ganado por oposicion y sean propiedad de ellos. Si á esto sólo se redujese el intento del periódico neo-católico, no saldriamos nosotros á la palestra, tomando parte en la discusion. Los señores catedráticos ofendidos contestarian, si juzgaban á *El Pensamiento Español* verdaderamente digno de entrar en una polémica filosófica, que lo dudamos, sin que por ello pensemos en ofender al mencionado periódico. Su índole y su condicion de *diario*, escrito de priesa como todos, no son lo más á propósito para tocar, sino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy de pasada, tan árduos y elevados asuntos. Por otra parte, un artículo sobre Dios, el orígen de las ideas, lo infinito y lo finito, el pensamiento, el sér, y otras cosas por el estilo, se despegaria y hasta bramaria de coraje de verse junto á otro artículo sobre política, ó sobre lo que por lo comun se llama política en España.

Por desgracia, los artículos de *El Pensamiento Español* tienen no poca trascendencia política, y por ello nos creemos en la obligacion de contestarles. Harto sabemos que el principal ataque de *El Pensamiento* va contra el ministerio, porque consiente, aplaude y premia en la universidad las mayores impiedades, y harto sabemos que el sincerarse de esta acusacion ante el público, y el poner un correctivo á lo que dice *El Pensamiento*, es más inmediato deber de la prensa ministerial que de nosotros. Pero si la prensa ministerial no cumple con este deber defendiendo á la situacion de su pretendida complicidad en la propaganda del ateismo ó del egoteismo, nosotros, sin defender á los ministros, que ni siquiera de un modo indirecto y nada comprometido, se atreven á indicar, por medio de sus órganos en la prensa, ó que están en favor de los profesores, ó que creen en el mal que *El Pensamiento* señala y procuran ponerle remedio, vamos á defender nuestras ideas: la libertad filosófica, la libertad del pensamiento humano en las sublimes regiones de la ciencia, y vamos á demostrar que el estudio de la filosofía moderna no repugna á la religion católica, y que los señores catedráticos pueden admirar y

seguir hasta cierto punto las doctrinas de Krause, de Hegel y de Fichte, sin dejar de ser católicos muy probados y ejemplares.

No entrarémos, porque ni nos sentimos capaces de ello ni este periódico es á propósito para semejante controversia, no entrarémos á discutir con *El Pensamiento Español* sobre el *ateismo*, *egoteismo* ó *panteismo*, que á los filósofos alemanes arriba citados atribuye audazmente, sin haber examinado sus doctrinas con detencion y tal vez sin haber leido sus obras. No queremos incurrir en la falta de respeto con que los *místicos al uso* tratan la ciencia más profunda y aniquilan de una plumada el inmenso trabajo y la colosal reputacion de unos hombres eminentísimos que consagraron al estudio una larga, honrada, noble y virtuosa vida. No queremos tratar *cavalièrement* á Hegel, á Fichte y á Krause, y tacharlos, sin entenderlos y sin oirlos tal vez, de sándios, de presumidos, de pedantes, de inmorales y de irreligiosos. Para esto se necesita ser *místico al uso* y parodiar aquel verso de la Atalia:

Je creins Dieu, cher Abner, et n'ai point d'autre crainte.

Pero de algun modo hemos de empezar nuestro raciocinio, y asi supondrémos que Hegel, Fichte y Krause son impíos, no son cristianos buenos y ortodoxos. ¿Se deducirá de aquí que todo el que siga las doctrinas de estos filósofos sea impío como ellos? Nos parece que no. Platon, Aristóteles, Zenon, Crisipo, Porfirio y otros muchos, entre los griegos, eran impíos, ó panteistas, ó materialistas, y no por eso los padres y

doctores de la Iglesia han dejado de aceptar bastante de sus doctrinas, preciándose de platónicos, de estóicos ó de peripatéticos. Es más; S. Clemente de Alejandría ha llegado á decir que las doctrinas de los tales filósofos fuéron para los gentiles una preparacion evangélica, correspondiente á lo que fuéron la ley y los profetas para los judios. «Así como Dios, dice el santo, dió »profetas á los judíos, queriendo que se salvasen, así »dió á los griegos filosofía, la cual los encamina hácia »Cristo, como á los judíos la ley.»

Es claro que S. Clemente, que define la filosofía como Ciceron, *el conocimiento de las cosas todas por sus causas, en cuanto el hombre puede conseguirlo por medio de la luz natural*, no ha de entender, al hablar con tanto encomio de la filosofía griega, que es un simple método dialéctico, una mera arte sofística. San Clemente y todos los buenos católicos han tenido siempre otra idea más alta de la filosofía y del poder de la razon humana. En ella han visto algo de revelacion divina y de comunicacion del espíritu con el Verbo, verificada naturalmente. «A nadie se oculta el Verbo, »dice á este propósito el santo citado: el Verbo es una »luz general que brilla sobre todos los hombres; el »Verbo está difundido sobre todas las cosas.»

Resulta de aquí que la fe y la razon, la religion y la filosofía, tienen idéntico origen y fundamento idéntico en Dios, siendo como dos revelaciones hermanas, que no pueden contradecirse y que de hecho no se contradicen. Nadie niega que, filosofando, valiéndonos del natural discurso, podemos caer en errores: tambien

partiendo de la doctrina religiosa podemos incurrir en falsas consecuencias; pero esto, así como no invalida la religion, tampoco invalida la buena y recta filosofía, de suyo excelente, y aportadora de algo divino á la naturaleza del hombre, puesto que el conocer es lo que más le hace semejante á Dios, de quien es la más acabada obra. Ni se diga que la filosofía fué buena y útil mientras no hubo la luz del Evangelio, pero que ya es inútil y hasta peligrosa, con aquella luz sobrenatural. La filosofía y la religion giran, permítasenos la comparacion, como dos astros en distintas órbitas, aunque dentro del mismo sistema, é iluminados por el mismo sol eterno, si bien con diversa intensidad y de diverso modo, y ambas iluminan á la vez diversos espacios del infinito mundo del espíritu. Condenar á la filosofía, cegados de un intransigente fanatismo, sería lo propio que si anhelásemos, por amor de la dulce y amorosa luz de la luna, apagar de un soplo el alegre y radiante esplendor del lucero del alba.

Ni el catolicismo es una filosofía, ni la filosofía es, ni puede ser jamás una religion. Hay dos grandes abismos en el alma del hombre que no se colman con una sola de estas cosas, sino con ambas. Absurdo, horrible es querer privar al hombre de religion; pero tambien es absurdo, aunque no tanto, porque no todos los hombres han nacido para la ciencia, ni la ciencia es el pan cotidiano de todo espíritu, el querer acabar con la filosofía. Y de hecho es querer acabar con la filosofía el condenarla toda, á no ver en ella una mera arte sofística para discurrir y sacar corolarios

sobre la doctrina cristiana. ¿Cuándo ha sido, cuándo se ha reducido á esto la filosofía? La filosofía, no sólo tiene otro modo de proceder muy independiente, sino que asimismo gran parte de los problemas, que pretende resolver ó que resuelve, carecen de datos en las religiones positivas, por donde su resolucion pueda lograrse, ni rastrearse siquiera. La creencia y la ciencia son dos cosas muy diferentes que responden á diversas facultades, potencias, virtudes ó energías del alma humana, á saber; la fe y la razon, el pensamiento y el sentimiento, el alma discursiva y el alma afectiva. Unas veces concurren ambas cosas en un mismo objeto, aunque partiendo de diversos puntos y procediendo de distinto modo, y entonces mútuamente se corroboran. Otras veces, aunque no se contradicen, no es posible que coincidan y se den auxilio, porque aunque vayan al mismo término y al mismo objeto final, no tienen la misma forma, ni se encuentran en el mismo progreso de su marcha, ni se ven juntas en la contemplacion y el estudio de los mismos objetos intermedios. La religion y la filosofía tienen el mismo fin, la unidad, lo absoluto, lo indivisible, lo eterno, Dios: pero la religion nos lleva á unirnos con él en alas de la fe y con los lazos del amor, y la filosofía propende á conocerle y á penetrar su oculta naturaleza, por medio del discurso que él mismo nos ha dado.

«Esta relacion entre la religion y la filosofía, dice uno de los más brillantes discípulos de Hegel, hace que no pueda haber oposicion absoluta entre ellas, porque negándose ó excluyéndose la una á la otra, niegan el

mismo objeto y acaban por negarse á sí mismas. Así, pues, una filosofía que no viese en la religion sino una institucion accidental y puramente humana, una obra del interés y de la astucia, se pondria en oposicion con la historia y con el principio de la historia, es decir, con el espíritu humano, y por el espíritu humano, con el espíritu divino.»

Hemos buscado expresamente esta declaracion donde no hay términos filosóficos oscuros que pudieran recibir una interpretacion torcida. En ella declara el más ferviente discípulo de Hegel, en un país de completa libertad, donde no hay necesidad ni interés en velar las impiedades, que es una filosofía contraria al espíritu humano y al espíritu divino, una filosofía falsa é indigna la que niega la religion. ¿Cómo concilia esto *El Pensamiento Español* con sus afirmaciones de que Hegel es un impío, un ateo, ó por lo menos un panteista? ¿Cómo ha de negar á Dios quien no niega la religion revelada?

Será una pretension atrevida querer conocer á Dios por medio de la razon natural; pero esta pretension no es pecaminosa. A Dios le conocemos por la fe, por la revelacion; con Dios podemos unirnos por la caridad; pero ¿será impío, será digno de los anatemas de *El Pensamiento* el propender á conocer tambien á Dios por medio del discurso? ¿Ha sido acaso la filosofía alemanesca, como *El Pensamiento* la llama, la primera que ha concebido este deseo? ¿No le concibieron todos los filósofos, desde Pitágoras hasta ahora? ¿No han definido su ciencia, todos ó al menos los verdaderos y

grandes, *un apetito de conocimiento divino*, *un saber de las cosas divinas y humanas*, *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible*, y hasta un anhelo infinito de unirse con Dios?

El empeño que muestra *El Pensamiento* de explicar esta union del espíritu divino y del espíritu humano, segun la doctrina de los filósofos alemanes, como una negacion de Dios y un endiosamiento del hombre, es un empeño malo, que sólo puede apoyarse en una interpretacion vulgar y groserísima de los términos y razonamientos científicos. Censurar de egoteista á Hegel porque afirme que cuando el entendimiento se pone en Dios y piensa en Dios, no se pone ni piensa en una sombra suya, sino en el mismo Dios, á quien se une, como si fuera una sola cosa con él, valdria tanto como censurar á los místicos cuando por medio de la fe y del amor se unen íntimamente con el objeto infinito que los inspira, y se aniquilan y como que se confunden con la divina esencia.

El odio de *El Pensamiento Español* á la filosofía alemana y á los profesores españoles que la han estudiado le ciega hasta el punto de ver impiedades y ofensas terribles á la religion aún en los principios más religiosos de la mencionada filosofía. La omnipresencia de Dios en el universo, de Dios que le llena y le penetra todo, le parece panteismo; la aspiracion al conocimiento de Dios por medio de la razon, que se uniria místicamente á su objeto, como se une el alma por la caridad, y que constituiria el verdadero *gnóstico*, le parece egoteismo; y el deseo de conocer y de investigar los

modos del Sér Divino y su oculta naturaleza, término de la ciencia, por medio de la ciencia, le parece ateismo.

El único medio de pasar por religioso para *El Pensamiento Español* es, por lo tanto, no pensar en nada, creer maquinalmente lo que nos enseñan; es no tener pensamientos sino sólo sentimientos é instintos religiosos. *El Pensamiento Español*, creyendo poner un sambenito y una coroza con llamas y diablos pintados á los señores catedráticos de la Universidad central, ha condenado al mismo castigo á todos los filósofos griegos cristianos, desde S. Justino hasta S. Juan de Damasco, y á todos los filósofos de la iglesia latina, desde S. Anselmo hasta Mallebranche. En todos ellos hay algo que ha venido á desenvolverse y á metodizarse con el tiempo en esa filosofía germánica, que él tanto condena, y que, á pesar de sus errores, porque la razon es falible y está sujeta al error, se halla animada del espíritu del cristianismo. Este, si bien no es una filosofía, vivifica la filosofía, como vivifica toda obra del espíritu; por donde la filosofía moderna no puede menos de formar parte de la filosofía cristiana y de llamarse filosofía cristiana, como cristiana es nuestra civilizacion y cristianas son nuestras costumbres, á pesar de las manchas y lunares propios de nuestra frágil condicion y de nuestra original flaqueza. Que Hegel, que Fichte, que Krause hayan tenido discípulos impíos, esto nada prueba. Arrio fué discípulo de los Santos Padres y de los varones evangélicos, y Voltaire estudió en un colegio de jesuitas. No es esto decir que nosotros comparemos á Hegel, ni á Krause, ni á Fichte con los

jesuitas de ahora, ni que tampoco los absolvamos de todo pecado contra nuestra santa fe; esto es asegurar que en gran parte pueden ser seguidas sus doctrinas sin dejar por eso de ser buen católico quien las siguiere, y que muchos impíos como Bauer, Stirner, Strauss, Feuerbach y otros, no son impíos porque son discípulos de Hegel, sino porque son impíos.

Ya verémos otro dia si *El Pensamiento Español* da algunas pruebas, más positivas que estas, de la impiedad de los catedráticos de la Universidad central, ó si sólo quiere, con exclamaciones, suspiros, lamentos y otras melancolías, arrojar de sus cátedras á dignos é ilustrados profesores y hacer que suban á ellas algunos sacristanes ignorantes y enemigos de la libertad, del progreso y de toda idea propia del siglo presente.

II.

Vamos hoy, á fin de evitar interpretaciones torcidas, á exponer ligeramente, y despojadas de todo aparato científico, algunas de nuestras ideas sobre la filosofía, y á contestar luego á la acusacion de hegeliano que *El Pensamiento Español* dirige contra el Sr. Canalejas. Bueno es, con todo, decir que el Sr. Canalejas no es hegeliano, sino krausista, lo cual no importa lo mismo, como en su número del 11 supone *El Pensamiento*, sino que importa una notabilísima diferencia, como el propio *Pensamiento* reconoce en su número del 7, llamando á la doctrina de Krause *panteismo moderado* y á la de Hegel *panteismo puro*. Despues demostrarémos que ese *panteismo moderado* no es más que *panenteismo*,

esto es, la doctrina filosófica que afirma la existencia de Dios en todo lugar por penetracion y no por identidad de sustancia. Así dejarémos probado que el señor Canalejas, y por consiguiente el Sr. Sanz del Rio, llegan por el proceso científico de su discurso al mismo término de lo que sabemos y creemos por fe; al conocimiento de que Dios está en todas partes, llenándolo todo; de que en Dios nos movemos, vivimos y somos, como decia el Apóstol; de que, como decia S. Agustin, yo no tendria sér si no estuviese en Dios, y ninguna cosa de las que son seria, si Dios en ella no fuese. «Son algo, añade el santo en otra parte, porque tú les das el sér que tienen, porque te tienen á tí; y no son nada, porque no son lo que tú eres.»

Cualquiera de las anteriores frases, traducida al lenguaje moderno de la filosofía alemana, seria condenada como panteista por los neo-católicos. Esto no es cavilacion nuestra. Ya la experiencia ha venido en apoyo de lo que afirmamos, en un caso bastante parecido. El excelente y elocuentísimo Sr. Castelar, que, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, no se ha de negar que es una persona sincera y fervientemente piadosa, fué tan perseguido y acosado por los neos como panteista, que se llenó de escrúpulos y se ofuscó hasta el extremo de apartar el universo de Dios y de aislarle, no dejando presentes en él sino las leyes de la inteligencia divina. Los mismos neos, y si no los mismos neos, otros, se volvieron entonces contra el Sr. Castelar, culpando la alucinacion en que le habian hecho caer, y declarándole ignorante del Catecismo, el cual

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enseña que Dios está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia.

Ya hemos dicho que es superior á nuestro saber y á nuestro ingenio é impropio además de un periódico diario el entrar en el estudio detenido de la filosofía alemana, para juzgarla y condenarla como panteista; por lo cual hemos dado por supuesto que lo es. La tésis que sostenemos, y téngase esto bien en cuenta para que no haya confusiones, no es verdaderamente filosófica y científica, es práctica; la tésis que sostenemos es que los señores catedráticos de la Universidad central pueden seguir en gran parte esa filosofía alemana, sin ser impios, sin ser anti-religiosos, como Feuerbach, Stirner y Bauer.

La filosofía es una aspiracion á la ciencia única, un afan de explicarlo todo por medio de la razon, un propósito de anudar los conocimientos humanos á un principio fundamental é inconcuso, del cual no sea cuanto se sabe sino desenvolvimientos y deducciones. Que esta aspiracion, que este afan, que este propósito sean posibles ó no, es cuestion que no nos incumbe dilucidar aquí. Baste saber que son ingénitos y naturales en el hombre. Naturalísimos son tambien los errores que de ellos nacen; pero cuando estos errores son involuntarios, cuando no pasan de la teórica, de la especulacion á la vida, más bien merecen calificarse, por severo calificador que tengan, de inocentes, de inofensivos extravíos, que no de peligrosas aberraciones y de abominables pecados. Esto explica nuestra aparente contradiccion ó más bien la vaguedad en que hemos dejado la impiedad ó la piedad de los filósofos alemanes. Si nos atreviésemos á hablar verdaderamente de filosofía, si esta fuera ocasion y este lugar conveniente para filosofar, quizás hubiéramos dicho resueltamente que Hegel, Krause y Fichte, los tres filósofos que hemos citado, son, los dos primeros, panteistas más ó menos exagerados, como Schelling, y el tercero, un término medio, ó mejor dirémos un término de transicion entre el panteismo de los ya mencionados filósofos y el idealismo de Kant, maestro de todos ellos y orígen de la reciente y maravillosa agitacion filosófica de Alemania.

El que escribe estos artículos, no solo no es filósofo, sino que no cree en la filosofía, como ciencia primordial, fundamental y única; cree en ella como un resultado inevitable de la actividad humana, como un producto del espíritu, como su encarnacion en la historia y su aparicion en cada siglo y en cada pueblo, segun las diferentes fases y el desenvolvimiento y carácter que va tomando la civilizacion. Que sobre esto haya una *filosofía perenne*, como la llamaba Leibnitz, lo dudamos, ó mejor dicho lo negamos, á no ser que se busque en la mente divina, donde permanece incomunicable y oculta. Pero si no hay un sistema completo é intachable, si la ciencia primera, concebida en su total perfeccion, no existe, si en cada teoría hay muchos errores al lado de cada acierto y de cada verdad, y si, aún de estas verdades, muchas hay incompletas ó confusas, todavía la filosofía es amable y es útil y es necesaria para el progreso y mejora del linaje humano,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cuyo saber, cuya moral, cuyas creaciones artísticas y cuyo modo de ser social y político, se fundan y se perfeccionan, al través de contradicciones y cambios, en esa aspiracion de ciencia y en las incompletas verdades que en sí contiene. Esto quiere decir, en lenguaje más vulgar aún, que la razon es falible y débil, pero que, para las cosas que dependen de la razon y á las que hemos de llegar por medio del discurso, no hay otro medio de que valerse, si no es la razon, por débil y falible que sea.

Dos importantes consideraciones se originan de lo que acabamos de exponer. La primera, que la grande trascendencia de la filosofía sobre la vida práctica, sobre las creencias, las leyes y las instituciones, no es del modo vulgar y grosero que *El Pensamiento* fantasea y que le mueve á perturbar las conciencias de los padres de familia, excitándoles á que no envien á la Universidad á sus hijos, á fin de que no se perviertan y se hagan súbditos del diablo. La segunda es que esta misma filosofía, contra la cual tanto se declama, así como fué antes de Cristo, á pesar de sus errores y extravíos, una *preparacion evangélica* para recibirle, así es despues de Cristo, aún en aquellos sistemas que más adversos parece que le son, un desarrollo científico de las mismas ideas cristianas, un fruto precioso del alma de la humanidad, fecundada por la grande esperanza y por el anhelo de perfeccion infinita que puso en ella el Evangelio.

Para entender mejor la primera consideracion, conviene hacerse cargo de que el primer problema de la

filosofía es hallar la explicacion del orígen de las ideas, mostrar racionalmente, sin apelar á un milagro ó sin limitarse á lo que nos dicta el sentido comun, la relacion que hay del sujeto al objeto; pasar del sujeto al objeto, cuando es idealista la anterior filosofía, ó reivindicar el valor del sujeto, cuando la filosofía es sensualista. Estos problemas, que atraen de una manera irresistible la atencion de los pensadores, no están resueltos en las Divinas Letras, ni era menester que Dios nos los declarase, dejándonos omniscios y ociosos, sin que el discurso que nos ha dado nos sirviese para nada, sino paro cosas materiales y ruines. No se ha de extrañar, pues, que los hombres traten de resolver estos problemas, forjando teorías más ó menos acertadas, y segun las cuales son llamados ó sensualistas, ó panteistas, ó idealistas, inclinándose sin remedio á uno de estos tres lados, á no ser que pretendan guardar un término medio y vengan á llamarse espiritualistas. Muy largo de explicar seria, pero es lo cierto que, en el momento de la historia de la filosofía en que vivimos, el espiritualismo y el eclecticismo ó sincretismo filosófico casi vienen á confundirse. Los grandes filósofos son tachados de idealistas, de panteistas ó de sensualistas, y se espera á alguno que eleve el espiritualismo á la altura á que el moderno movimiento filosófico ha elevado los otros sistemas. Entre tanto, los espiritualistas, ó se hacen eclécticos, y van á espigar, por decirlo así, en el campo de sus enemigos, componiendo sus teorías con fragmentos de las otras, ó tienen que retroceder á Descartes, Bossuet, Newton y Leibnitz, y suponer que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desde entonces no se ha adelantado nada, lo cual es falso á todas luces. Para esto seria menester hacer caso omiso del escepticismo de Hume, de la crítica negativa de Kant, y de la maravillosa teoría de lo infinito del hebreo Spinoza. Todos estos son pasos que ha dado el espíritu humano, dejando profundísimas huellas que no pueden borrarse y abriendo nuevos caminos. Los espiritualistas no pueden, pues, quedarse atrás ó venir por medio de sus contrarios hasta donde están sus contrarios: tienen que adelantarse con movimiento é impulso propios.

Mientras esto no se logre, no se ha de extrañar que Bonald (neo-católico) sea tachado de panteista como Hegel, y que Donoso Cortés sea tachado de sensualista, como el baron d'Holbach ó como Cabanis. Por la fe, por el sentimiento, hay, sin duda, un abismo entre estos hombres; por el pensamiento filosófico, se tocan. Ni vale decir que sentada una premisa las consecuencias son idénticas siempre, porque hay diversos modos de deducir consecuencias, y en las consecuencias prácticas no interviene sólo como instrumento la razon, sino tambien la fe, la imaginacion y el afecto. Santo Tomás, doctor de la Iglesia, pasa por idealista como Fichte: Malebranche, piadosísimo y fervorosísimo cristiano, pasa por panteista como Spinoza.

La segunda consideracion há menester tambien de comentario. La filosofía moderna es un desarrollo científico de las ideas cristianas, es filosofía cristiana hasta en sus errores, como son cristianas las heregías; pero de diferente modo y con muy otra independencia. A no

ser así, confundiriamos la teología dogmática con la filosofía. Ambas se valen de la razon como instrumento; pero la primera tiene por primeros principios los revelados sobrenaturalmente, y la segunda, los que son innatos en el alma, y los que vienen á ella natural é inmediatamente del mismo Dios: las formas del entendimiento y lo absoluto. Es, sin embargo, cristiana la filosofía, porque sigue la direccion, y se mueve con el impulso que imprimió el cristianismo á todos los séres humanos, animándolos con una esperanza infinita, y haciéndolos capaces de un progreso, más allá de cuyos últimos límites estará el cristianismo siempre, sin que nada se le adelante. Esto es lo que no quieren ó no saben entender esos hombres de poca fe y de miras estrechas, á quienes llaman neo católicos.

La utilidad de la filosofía independiente, de la obra de la razon aparte de la obra de la fe, es evidentísima. La fe da la intuicion de ciertas ideas, pero no las determina científicamente. El hombre de fe, que no es filósofo ó que vive en una época no filosófica, tiene que revestir de imágenes lo dictado por la fe, y tiene que acomodarlo al grosero sentir del vulgo para que el vulgo lo perciba.

La filosofía es la que educa al vulgo y le prepara para que comprenda de una manera digna ese dictado. En este concepto podemos decir, por ejemplo, que la filosofía ha agrandado la idea de Dios, ha hecho su conocimiento más cumplido. Desde el Dios que tiene que pintar Isaías para que le entienda el pueblo hebreo, pueblo bárbaro y sanguinario, que pedia al cielo en

sus oraciones que le diese poder estrellar contra las peñas á los hijos pequeñuelos de sus enemigos; desde el Dios que baja de la cumbre de Edom, caminando con majestad en la muchedumbre de su fuerza, y con las vestiduras teñidas de sangre, por haber pisoteado á los pueblos en su ira, como el pisador pisa las uvas en el lagar, hasta el Dios de Bossuet, de Newton ó de Leibnitz, nos parece que media alguna distancia. La distancia, con todo, está en la imágen, en la forma, no en lo que ha ganado el objeto, sino en lo que ha ganado el sujeto que ha de comprenderle. Bossuet, Newton y Leibnitz, no han *corregido* el Dios de los hebreos, lo que han *corregido* es el espíritu humano para que mejor le comprenda. Por el mismo órden se puede discurrir sobre la malhadada expresion del Sr. Canalejas, que tantas exclamaciones patéticas ha inspirado á *El Pensamiento*.

Nuestro Señor Jesucristo no quiso hablar por parábolas ni explicar de un modo oscuro, sino de un modo terminante y claro, sus preceptos morales. Pero en los tratados de moral, en la deduccion científica, racional y metódica de aquellos preceptos, cabe más ó menos bondad, segun el tiempo en que se escribe y la persona que escribe. Así, por ejemplo, puede uno creer y afirmar que *El Destino del hombre* y *La Instruccion para la vida bienaventurada* de Fichte, son tan morales, son tan sublimes y tan bellos, que corrigen los tratados del P. Sanchez sobre *Matrimonio*, *Gritos del infierno*, del P. Boneta, *Estragos de la lujuria*, del P. Arbiol, y *Casos raros de vicios y virtudes* de no recordamos qué otro padre: hasta casi se puede aventurar la opinion de que dichas obras de Fichte valen más que el *Lárraga*.

Este artículo se va haciendo demasiado largo, y así desistimos por hoy de nuestro propósito, y dejamos para otro dia el hablar de Hegel, á quien tan despiadadamente trata *El Pensamiento Español*, y el justificar al Sr. Canalejas de lo poquito que pueda tener de hegeliano, y hasta de su admiracion por el inmenso talento de Hegel, pecado en que incurrimos tambien nosotros, creyéndole el más grande pensador (aunque se enfade *El Pensamiento* por *jalousie du métier*) que ha habido en el mundo desde Platon hasta ahora. Dirémos, con todo, aquí, para tranquilizar algo la piedad alborotada de *El Pensamiento*, que, por confesion é interpretacion de Saisset, uno de los mayores adversarios de Hegel en Francia, uno de los que más en sentido panteista interpretan sus doctrinas, Hegel asegura que *el cristianismo es la sola religion completa, la sola verdadera, la sola evidente por sí misma*, y que *los que llamamos misterios de la religion cristiana, son las leyes absolutas de las cosas, oscuras para los sentidos, absurdas y contradictorias para el entendimiento, claras y armoniosas para la razon*. Ya ve *El Pensamiento* que el delito principal de Hegel no es negar el cristianismo; es querer explicarle: es el delito comun á toda filosofía; es el afan ingénito de nuestra alma por alcanzar una razon superior que disipe todas las oscuridades, y que resuelva todas las dudas, y que concilie todas las contradicciones del entendimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Si algun valer tienen nuestros artículos, es la buena fe con que están escritos, buena fe que deseamos que reconozca é imite nuestro adversario *El Pensamiento*, quien no debe extrañar que en cierto modo tenga que salir incompleto nuestro propósito. *El Pensamiento* dice que Hegel es impío, ateísta ó egoteísta. ¿Cómo hemos de probar nosotros lo contrario, á no entrar en un profundísimo exámen de la filosofía de Hegel, para lo cual seria menester, no ya escribir cuatro ó cinco artículos, sino muchos volúmenes? Bastante más de 400 páginas emplea Willm en exponer y juzgar á su modo la filosofía de Hegel, y confiesa que es imperfectísimo su trabajo y que presenta innumerables oscuridades. Un volúmen no pequeño ha escrito Vera á fin de dar una noticia somerísima y general de la filosofía de su maestro, y no se ha de confesar que lo consigue. ¿Cómo, pues, hemos de lograr nosotros, en dos ó tres columnas de un periódico, no sólo exponer tan grande y enciclopédica filosofía, sino responder á todos los ataques y desvanecer todas las objeciones que se han presentado contra ella? Al reflexionar en esto, casi nos arrepentimos de haber emprendido esta tarea, de habernos empeñado en esta discusion, y de no haber imitado el discreto y sábio silencio de los señores catedráticos de la Universidad central. Menester es ser profanos, menester es no ser filósofos, como ya hemos confesado ingénua y modestamente que no lo somos, para responder á las provocaciones de *El Pensamiento*, y

entrar con él en una lucha, que es por sí sola una negacion de toda filosofía, un aniquilamiento de la ciencia, una reduccion de los conceptos más sublimes de la mente humana á la más deplorable y sándia vulgaridad.

Sin embargo, ya que hemos empezado la controversia, hemos de proseguirla, á pesar de todos nuestros escrúpulos, aunque para hacerla más fácil, nos limitemos á contestar á las no probadas acusaciones de *El Pensamiento*, sin penetrar en lo profundo de la doctrina de Hegel y sin guardar más órden que el que guarda dicho periódico, esto es, sin guardar órden alguno.

La primera acusacion de *El Pensamiento* contra Hegel, es porque Hegel afirma que Dios está en lo que ha de ser, que Dios es lo que ha de venir, que Dios es *in fieri*. Mas claro: Dios no es hasta que por completo se conoce. Dios se conoce en la inteligencia ó en la razon, y la razon, que está en el hombre, no ha llegado á conocer á Dios por completo. Léjos de encubrir con sutilezas el concepto de Hegel, le presentamos, á propósito, de la manera más descarnada y vulgar, á fin de que la blasfemia, real ó aparente, se disimule menos. Veamos ahora si hay, en efecto, esa blasfemia. Desde luego tendrá que confesar *El Pensamiento* que si Hegel, al hablar aquí de Dios, habla de la idea de Dios, no blasfema, sino que expresa un concepto enteramente cristiano. Dios no es; Dios, en su plenitud, no está en el alma humana, sino como un llegar á ser, como una esperanza, como un deseo, que sólo realizarán ó el amor ó el conocimiento, ó la reli-

gion, ó la filosofía, ó por mejor decir, ambas cosas. Por esto exclamaba S. Agustin: «Dadme gracia, Se»ñor mio, para que yo sepa y entienda cuál de estas »dos cosas es la primera: ó invocaros ó loaros; ó si es »primero el invocaros que el conoceros. Pero ¿cómo os »invocará el que no os conoce?»

Hasta aquí, esto es, en el supuesto de que ese *llegar á ser* de Dios se entiende de su *idea* y no de Dios mismo, nos parece que no contradirá nuestra explicacion *El Pensamiento*, ni la tendrá por heterodoxa. Salvo para algunos bienaventurados que por amor y conocimiento han poseido á Dios y se han unido á Dios en esta vida mortal, para todo el género humano, que es de lo que aquí se trata, Dios está en el *llegar á ser*, *Gott ist in werden*. Pero replicará *El Pensamiento*: «Nosotros negamos el supuesto, porque si bien Hegel, al hablar de Dios, habla de la idea de Dios, Hegel confunde, identifica y unimisma lo real y lo ideal, por manera que esa idea de Dios y Dios son una sola cosa. Dios, por lo tanto, no tiene conciencia de sí hasta que el hombre llega á tenerla de Dios. La *idea* se desenvuelve en un perpétuo llegar á ser, y ese desenvolvimiento perpétuo, ese progreso infinito, ese movimiento sin reposo, es lo que Hegel llama Dios; lo cual es una espantosa blasfemia.» Salvo que estas cosas no se deben entender de un modo grosero, ni se pueden expresar en términos vulgares, ni se comprenden aisladamente, y antes bien parecen, explicadas así, extravagancias ó dislates ininteligibles, como lo pareceria el cálculo integral á uno que no supiese ni geometría, ni

álgebra, creemos que es posible responder *vulgarmente* á las antedichas dificultades, y vamos á intentarlo. Reflexione *El Pensamiento* en que todo el *proceso* de la *idea*, en que todo ese desarrollo progresivo, en que todo ese adelanto de la indeterminacion á la determinacion, del *Sér* en abstracto, que se confunde con la *Nada*, al *Sér* que todo lo contiene en sí, y del pensamiento que se ignora al pensamiento que se replega en sí y se conoce, todo se da ó se pone ó se construye dentro de la nocion, ó mejor dirémos dentro de la categoría de tiempo, de duracion, que es una forma de nuestro entendimiento limitado. Rompa, luego, con la imaginacion ese límite, salve la barrera del tiempo, y ya no habrá para la *Idea*, ni pasado, ni futuro, sino que vivirá y será en una eternidad inmutable, en la plenitud de su esencia, y con todas las perfecciones y atributos que en sí contiene, los cuales no llegarán á ser, sino que serán en lo eterno y desde *ab eterno*.

Despues de que nuestro estimado colega haya concebido esa eternidad, vuelva á leer las palabras de Balmes, que cita en su artículo, y que son como siguen: «La *Idea* de Hegel es una especie de abismo sin fondo; el sér absoluto, encerrado en sí mismo en cuanto no contiene las esencias ó los tipos ideales de todo, anteriormente á toda manifestacion, forma el objeto de la lógica..... A esta época de ensimismamiento sigue otra de manifestacion en el espacio; hé aquí la naturaleza, el mundo corpóreo. A esta sucede la concentracion, una especie de reversion sobre sí mismo; entonces nace la conciencia; hé aquí el espíri-

tu. Esta conciencia va perfeccionándose; llega al estado de libertad, se desenvuelve en el arte, en la historia, en la religion, y se manifiesta en la filosofía absoluta.»

¿No conoce ya *El Pensamiento* que las objeciones que ha presentado, tienen más de burleta pedestre que de sérias y de profundas objeciones? Pues qué, ¿hemos de concebir este desenvolvimiento de la *Idea*, dentro de un tiempo divisible y hasta cierto punto finito y hemos de decir: «Dios estaba ocioso y ensimismado hasta el año de tantos en que creó el mundo, etc., etc., etc.?» ¿No comprende *El Pensamiento* que esta burleta, si algun valer tuviese, lo mismo se volveria contra la filosofía de Hegel que contra las cosas más santas? ¿Qué hacia Dios, solo con su Verbo, hace siete ú ocho mil años, antes de que crease el mundo? ¿Dónde estaba su Verbo? ¿Qué manifestacion daba de su sabiduría y de su omnipotencia creadora? ¿Estaba Dios ensimismado y ocioso? ¿Era un abismo insondable, era el ser anterior á toda manifestacion, ó qué era? ¿No reflexiona *El Pensamiento* que esto es encerrar dentro del tiempo al Sér infinito, y querer explicarle despues, sujetándole á las condiciones del tiempo, en el cual viven ó se manifiestan los séres finitos? ¿Cuándo ha dicho Hegel, ni cuándo ha dicho nadie, que no pretenda travesear y divertir un poco á la gente *devota*, que Dios, segun ciertos impíos, se está formando y va creciendo, y que en tal época era de este modo y ahora de estotro? El proceso de la *Idea*, el incesante movimiento progresivo de la historia, lo

real y lo ideal, que son una cosa misma en la filosofía hegeliana, no podemos menos de concebirlos nosotros, en nosotros, como una sucesion, como una duracion, porque vivimos en el tiempo; pero en Dios mismo, ¿cómo han de entenderse por un arte tan rastrera?

Lo propio ó algo semejante puede decirse de la *inmanencia* de las cosas en Dios. Dios está presente en todas las épocas, en todos los *momentos*, y nuestro colega divide á Dios en *momentos*, y le divide como si fuera divisible, á fin de burlarse de Hegel, que no le ha hecho daño ninguno. Lo mismo puede hacer con el espacio, materializando á Dios, y dividiéndole y localizándole en el espacio, á fin de presentarnos la filosofía de Hegel como un panteismo absurdo.

El Pensamiento no quiere reconocer que causaria mucho daño á la religion, si la religion pudiera sentirse de sus ataques involuntarios, con esa manía que tiene de hacer creer que todos los nobles y grandes espíritus del siglo presente son enemigos de la religion. Por otra parte, ¿qué sano juicio puede haber en querer persuadirnos de que Hegel era un loco? ¿Y á propósito de qué acusa *El Pensamiento* de locura á Hegel? A propósito de que Hegel ha dicho que hay una razon superior al sentido comun y aun al entendimiento vulgar y no filosófico. Parece imposible que la pasion ciegue hasta tal punto á *El Pensamiento*. Para responder á esta última diatriba, no es menester ni remotamente apelar á nada científico, ni á nada filosófico. El mismo sentido comun se encarga de demostrar que hay algo por cima del sentido comun. No tenemos

para qué engolfarnos en las distinciones y explicaciones de Hegel sobre la razon, el entendimiento y otras facultades del alma. En cualquiera cosa, hasta en la más trivial, se ve que el sentido comun yerra, y que una razon superior le corrige. El sentido comun nos ha dicho, por ejemplo, durante muchos siglos, que el sol giraba en torno de la tierra, y sólo hará doscientos ó trescientos años que la razon superior nos descubrió, por medio de Copérnico y de Galileo, que era la tierra la que giraba.

Otra acusacion contra Hegel y contra el Sr. Canalejas se funda en esta frase: «Hegel establece la identidad *sobre* lo contradictorio.» Sólo á *El Pensamiento* y á los de su secta se les puede ocurrir, sin entrar en más exámen ni aclaraciones, el afirmar que esta *identidad*, no de lo contradictorio, sino establecida *sobre* lo contradictorio, vale tanto como decir que lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo torpe y lo honesto, el ser y el no ser, la verdad y la mentira son una misma cosa. Esa no seria unidad ó identidad *sobre* lo contradictorio, sino *de* lo contradictorio. Esa no seria una síntesis superior en que se resolveria la antítesis, sino la ridícula suposicion de que dos tésis contrarias eran una misma tésis, aun en el momento de ponerse como contrarias, y sin atender á un principio más alto que viniese á conciliarlas y á comprenderlas. Por lo demás de esta identidad ó unidad *sobre* todo, hasta *sobre* lo contradictorio, es Fr. Luis de Leon tan apasionado como Hegel. El Sr. Nuñez de Arenas, citó, en su discurso inaugural, un párrafo en que terminantemente

se dice: «Consiste, pues, la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el sér mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose y desplegándose delante los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.» ¿A ver si esto no es pedir tambien la identidad *sobre* lo contradictorio? ¿A ver si este anhelo, segun el citado Fr. Luis, no es, si llega á cumplirse, la perfeccion de todas las cosas, que siendo *una* y conteniendo á las demás en sí, se avecinan á Dios, que en sí lo contiene todo; esto es, que todo lo concilia, que todo lo identifica, y que está *sobre* todo, sin que haya nada para él contradictorio, porque lo contradictorio está por bajo de Dios, en nuestro entendimiento? Así es que nuestro entendimiento se avecina más al divino, conforme va resolviendo contradicciones y reduciéndolas á la unidad superior á que aspira.

Decididamente, si Fr. Luis de Leon hubiera vivido en nuestros dias, *El Pensamiento* le hubiera condenado como impío, y hubiera clamado para que los padres no enviasen á los hijos á la universidad á oir sus explicaciones.

Excusado seria repetir en cualquiera otra ocasion, pero no lo es cuando se disputa con *El Pensamiento*,

que no exponemos aquí la doctrina de Hegel, ni la defendemos en todo y por todo de los ataques que contra ella se han dirigido, ni respondemos de las interpretaciones impías que, ora sus adversarios, ora sus más exagerados y vehementes discípulos, han podido darle. Nosotros no defendemos más que á un catedrático de la Universidad central, y con él á los demás catedráticos, por lo que aceptan ó se puede suponer que aceptan, en vista de sus escritos, de la doctrina de Hegel; y á estos los defendemos sólo de las acusaciones de *El Pensamiento Español*. Entrar en otras cuestiones seria muy hondo para nosotros; estaria por cima de nuestro cortísimo saber, y no vendria á propósito en un periódico político.

Nosotros, al defender á los catedráticos, defendemos al gobierno, al consejo y á la direccion de Instruccion pública, al órden de cosas actual, en cuya virtud esos catedráticos enseñan. Y lo confesamos con lealtad á *El Pensamiento*: sus razones serian válidas, tendrian por lo menos bastante vigor, en nuestro sentir, si probasen que los tales catedráticos eran heterodoxos en sus escritos y no estaban conformes con la doctrina cristiana. Nosotros amamos y deseamos la libertad del pensamiento; queremos que todo ciudadano pueda emitir libremente sus ideas; pero en la Constitucion presente del Estado, el Estado es católico, exclusivamente católico, y la educacion que da ha de ser exclusivamente católica tambien. Y no se arguya que los catedráticos pueden escribir de un modo para el público y enseñar en el aula de otro modo. Esta defensa es

una ofensa; es dudar de la buena fe de los catedráticos, es declararlos hipócritas Los catedráticos, si son dignos como no lo dudamos, no pueden fingir creencias oficiales que no tienen.

La cuestion, pues, está en demostrar, como creemos haber demostrado, que esa heterodoxia de los catedráticos es una mala cavilacion de *El Pensamiento*, el cual comprende de una manera estrechísima, así la religion de nuestros padres como las ideas modernas que no pueden menos de tener y en que no pueden menos de estar embebidos los hombres científicos de ahora. Por eso no acierta á concebir *El Pensamiento* que pueden muy bien conciliarse estas cosas, y que, aún suponiendo que Fichte y que Hegel y que Krause fuesen unos impíos, pueden ser krausistas, fichtianos ó hegelianos los catedráticos de ahora, como los catedráticos de hace dos siglos eran estóicos, platónicos, ó peripatéticos, sin que Crisipo, Platon y Aristóteles fuesen canonizados.

Hasta ese mismo endiosamiento del hombre, que tanto espanta á *El Pensamiento Español*, puede explicarse y se explica católicamente, y no dudamos de que así lo explicará todo catedrático de nuestras universidades é institutos, por hegeliano que sea. Esa fusion del objeto y del sujeto por medio del pensamiento, ese acuerdo entre la inteligencia y lo inteligible, que para ser inteligible ha de ser *comprendido*, tiene que ponerse en la misma inteligencia é identificarse con ella, ¿es un aserto tan peregrino, tan raro, que repugne y escandalice á los oídos piadosos, y que no se haya en-

señado jamás en escuelas cristianas? Reflexiónelo bien *El Pensamiento Español*. Lea á nuestros antiguos filósofos, lea á nuestros místicos, y ya verá cómo el conocimiento y el amor pueden unir é identificar á Dios con el alma, su hechura. Elevándonos á Dios por medio del estudio, que es una oracion y un culto, podemos conocerle y unirnos con él en esta vida mortal. ¿Qué es la filosofía, como dice Platon, más que el apetito de la sabiduría divina? Pues ¿por qué este apetito, este amor no ha de verse jamás satisfecho y pagado? Razon tiene Fonseca en decir: «Mirad lo que ama cada uno, y el nombre de eso que ama, eso le podeis llamar.» Y así dice S. Agustin: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, oso decir que eres Dios.» ¿Querrá tambien *El Pensamiento Español* calificar de egoteistas á S. Agustin y á Fonseca?

Sentimos dilatarnos demasiado en estos artículos, que alguien calificará tambien de impertinentes é impropios de un diario, pero aún tenemos que decir algunas cosas, que procurarémos cifrar en otro breve artículo, con el cual pondrémos fin á esta cansada série.

IV.

Nos lisonjeamos de haber probado que nuestros catedráticos, aunque conozcan y sigan en parte las doctrinas de los modernos filósofos alemanes, no incurren, por fortuna, en los errores anti-religiosos que indica *El Pensamiento Español*. En nuestra católica España, nadie se atreve á sostener que el hombre es Dios, que

Dios es el diablo, que el bien es el mal y que el mal es el bien, y otros absurdos, que con tono declamatorio y apocalíptico supuso Donoso Cortés, que enseñan los modernos filósofos, y despues suponen los discípulos de aquel poeta en prosa, para demostrar así la irresistible afinidad de la razon humana con lo absurdo y para entregarse á la más horrible misantropía. Los neos, con el pretexto de justificar á Dios y de ensalzar la Divina Providencia, calumnian, sin mala intencion quizás, á la humanidad toda; se parecen á los tres amigos del santo varon de Hus, que, olvidados de que la primera muestra que hay que dar de tener amor y temor de Dios es ser caritativos y buenos con el prójimo, atormentaban á Job y le acusaban de blasfemo y de impío, obligando á aquel modelo de paciencia á que exclamase: «¿Acaso tiene Dios necesidad de vuestra mentira, para que en favor de él hableis con dolo?» Los neos, creyendo tal vez que sirven á Dios, están, como Elifaz, Baldad y Sofar, prestando á Satanás un poderoso auxilio, y procurando que el género humano se aburra, se desespere y blasfeme. Razon tienen los neos en afirmar que no son neos, sino muy antiguos. Elifaz, Baldad y Sofar eran neos como los de ahora.

Entre tanto, los modernos filósofos, tan denigrados, pueden errar y yerran, porque aspiran, porque aman, porque buscan la verdad y á Dios en ella:

Es irrt der Mensch so lang' er strebt;

pero estos errores les serán perdonados por el mismo amor que en ellos les ha hecho incurrir; por esa aspi-

racion de lo infinito que les abrasa el alma y que la lleva á apagar su sed en el océano de lo infinito. La inteligencia podrá extraviarse, pero el corazon busca y halla su digno objeto y permanece unido á él; porque, como dice el místico aleman:

Wenn du ihm dein Herz gegeben,
So ist auch seines ewig dein.

Una calidad sobre todas hay que aplaudir en la filosofía alemana y en el gran movimiento científico y literario que ha nacido de ella; una calidad que ejerce, ó ha de ejercer, una influencia benéfica en la ciencia, en la literatura y hasta en las costumbres y en la política de los pueblos neo-latinos; una calidad que resplandece en casi todos los grandes pensadores alemanes desde Leibnitz hasta acá, ora sean creyentes, ora panteistas, ora sean católicos, ora no católicos. Esta calidad es el optimismo. Cándido y el doctor Pangloss no han muerto. Ambos viven aún en Kant, soñando con la paz universal; en Schelling, en Hegel y en Fichte; en Krause tan honrado y tan amoroso; en Goethe que ni acierta á hacer ni quiere hacer del diablo sino un buen diablo, que no está del todo mal con Dios; en los místicos como Novalis; y hasta en los neo-católicos como Jacobi y los Schlegel, que distan mucho de ser maldicientes y aborrecedores del género humano, como nuestros neo-católicos.

Los atrevimientos de algunos filósofos alemanes, sus extravíos heterodoxos, todo nos parece que puede ser modificado y corregido al adoptar su filosofía un católico. Mejor se puede conciliar con nuestras creencias á Hegel que á Aristóteles, á Fichte que á Zenon, á Krause que á Plotino ó á Porfirio. Lo único de nuestras creencias que nos parece difícil de conciliar, y lo confesamos ingénuamente, es la eternidad de las penas. El sentimiento profundo y excesivamente optimista de la moderna filosofía alemana y el concepto de ese llegar á ser, de ese perfeccionamiento ilimitado, de esa unidad del bien á la cual van á reducirse todas las cosas, se oponen á ello. Pero conviene tener en cuenta que la razon no niega; lo que hace es declarar que no comprende esa tremenda justicia, que no acierta á ponerla en consonancia con la bondad suprema, que no concibe el mal sino como un accidente, como un fenómeno transitorio, efímero, y no como algo de constante, perenne, y en cierto modo coeterno con el bien. Este error generoso, y nos atrevemos á llamarle así, porque en él han incurrido algunos Santos Padres, es el único que podemos llamar irreductible, porque está como en la esencia de la moderna filosofía. Pero ¿no puede el hombre creer por fe algo que su razon se resista á aceptar natural y racionalmente?

No queremos penetrar más adentro en esta cuestion temerosa, y nos limitarémos á citar aquí algunas palabras de Ritter, exponiendo la doctrina de S. Gregorio de Nysa. La exposicion no puede ser infiel: las palabras del santo están citadas por bajo, en el texto original griego: «Cuando S. Gregorio de Nysa celebra el perfeccionamiento de todas las cosas, presupone que, las cosas una vez perfectas, todo mal habrá desapare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cido. Entonces será la fusion de todas las criaturas en la perfecta hermosura del sér, y no habrá ninguna separacion, ninguna contradiccion, ningun desacuerdo: esta fusion constituirá la fin del mundo ordenada por Dios. Esto se entiende de todos los séres, y en particular de los séres racionales, en quienes reside la verdad del mundo. Todos, sin excepcion, deberán estar reunidos en una fiesta: todas las potencias terrestres y celestiales doblarán allí la rodilla delante del Señor, y reconocerán que Cristo es la honra del Padre. La diferencia entre la vida de la virtud y la vida del vicio consiste en participar más tarde ó más temprano á la felicidad esperada, á la cual es conducido cada uno, segun la medida de sus actos, encaminándose, ó por la recompensa, ó por el castigo, al fin supremo de la vida. El diablo mismo no puede ser excluido de esta magnificencia final que debemos esperar todos. Aunque la redencion deba cumplirse á pesar suyo, y, por decirlo así, con condicion de vencerle, todavía la redencion debe traerle al bien y al perfeccionamiento. La objecion que se eleva contra la doctrina no preocupa á San Gregorio, porque la justicia es una con la bondad; porque la virtud es una.»

Como disputamos con *El Pensamiento*, no tememos hacernos cansados declarando que creemos firmemente en todo lo que enseña nuestra santa madre la Iglesia, y que no ponemos reparo ni dificultad á lo que positivamente ha sido definido por ella. Sólo hacemos notar que, dentro de la construccion meramente racional de la moderna filosofía, no cabe la idea del infierno, como

caben las del purgatorio y del paraíso; pero repetimos que no es menester que el natural discurso venga á corroborar todos los dogmas. Somos católicos antes de ser filósofos, y si la cuestion última de la *Suma* de Santo Tomás no nos convence, la fe nos vence y nos aparta, como sin duda se apartan los catedráticos de la Universidad, del error de Orígenes, que ha reprobado la Iglesia.

De otros errores, mil veces más trascendentales, á que la moderna filosofía alemana pudiera conducir á alguien, no tiene *El Pensamiento* el menor derecho de acusar á nuestros catedráticos. La libertad humana está salvada, aunque se afirme el *proceso* de la *Idea*. Tanto vale afirmar científicamente este proceso, como creer religiosamente en la presciencia y en la Providencia, con las cuales, ó bajo de las cuales, y dentro de las cuales se mueve la voluntad libre de toda criatura.

En cuanto á la personalidad de Dios, á afirmar filosóficamente un Dios personal y no una entidad abstracta, debemos decir que toda la filosofía de Krause, tan difundida ya en España, no es más que un esfuerzo maravilloso de la razon para llegar á esa nocion de Dios por medio de la filosofía racional, sin desesperar de ella y sin refugiarse en el sentimiento, reconociendo la incapacidad de la razon, como hizo primero Jacobi, y ahora siguen haciendo los neo-católicos. La filosofía moderna ha tomado un carácter profundamente religioso, y el mayor afan de los más sublimes pensadores de Alemania y de Francia es limpiarla de la mancha de panteismo, sin caer por eso en el deismo sin alma de

los filósofos del siglo pasado, que apartan á Dios del hombre, y que fingen que Dios

Arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió, y abandonó su hechura.

Renan, Julio Simon y Saisset, propenden, al contrario, á llegar, por medio de la ciencia humana, á un concepto de Dios en todo conforme á lo que por fe creemos; y algo semejante, aunque tal vez con mayor profundidad y rigorismo científico, hacen en Bélgica y en España los discípulos de Krause. En España, esta sana, religiosa y moral filosofía se ha difundido y florece, merced á los esfuerzos de una persona respetable y generalmente estimada, del Sr. D. Julian Sanz del Rio, á quien no conocemos personalmente, y cuyo estilo, poco castizo y harto erizado de fórmulas, hemos censurado en no pocas ocasiones; pero cuya honradez, verdadera y profunda piedad, respeto á las leyes é instituciones de su patria, y entrañable amor á la virtud, á la ciencia, y á todo lo bueno y lo verdadero, nos complacemos en proclamar aquí altamente, declarando que no puede estar en mejores manos la férula de preceptor de nuestra juventud.

No negamos que la filosofía, aun dando por cierto que existe una ó que puede existir una que sea *perenne* y universal, segun Leibnitz la deseaba, puede y debe variar en sus accidentes y forma, porque toda nacion grande debe tener su filosofía propia, como tiene su civilizacion, como tiene sus leyes, y como tiene su literatura. En este sentido, no podemos aprobar por

completo la obra del Sr. Sanz del Rio; pero tampoco podemos desaprobarla. Toda manifestacion del espíritu nacional está como subordinada á la del espíritu humano, y comprendida en ella, mirando á lo porvenir, y contando ya con todo el anterior desenvolvimiento. Por esto, no se concibe una filosofía, digna de tal nombre, y propia nuestra, sin el prévio saber de la historia de la filosofía y sin haber pasado antes por la iniciacion y adopcion de doctrinas extrañas, nacidas en otras regiones, donde el pensamiento ha mostrado, en estos últimos siglos, mucha mayor actividad que entre nosotros. Los que se oponen á la introduccion de estas novedades deliran, y deliran de un modo peligrosísimo si se oponen en nombre de la fe. En balde clamaban el P. Valcárcel y otros buenos católicos del siglo pasado contra Descartes, Locke y Condillac. Cartesianos católicos hemos tenido despues, como Balmes, y sensualistas católicos, como muchos que seria largo referir. En balde claman ahora los neo-católicos contra Krause: su doctrina, propagada por el Sr. Sanz del Rio, cuenta ya discípulos, como los Sres. Canalejas, Castro y Fernandez y Gonzalez, y no sólo se enseña en esta Universidad central, sino tambien en Granada, en Sevilla, y en otras Universidades y en otros institutos de España.

Supongamos, por un instante, que esto es un mal. ¿Qué remedio halla *El Pensamiento* para sanarle? ¿Quiere que volquemos en el polvo las cátedras de los sofistas, como diria Donoso? ¿Quiere que se marque arbitrariamente una época de la historia en que las na-

ciones cristianas empezaron á corromperse, la época de la reforma ó la del renacimiento, y que se borre de la mente de los españoles todo lo que despues se ha pensado y se ha progresado? Díganos de una vez clara y terminantemente lo que quiere, porque no le comprendemos. Si quiere que volvamos al estudio de nuestros antiguos autores para que seamos ortodoxos y castizos, mejor hacen esto los krausistas que los neo-católicos, los cuales reciben su ciencia de Bonald, de De Maistre, del abate Gaume, y de otros autores franceses. Ya ha visto *El Pensamiento* cómo el Sr. Nuñez Arenas le citaba á Fr. Luis de Leon: sepa tambien que el Sr. Canalejas está haciendo un estudio sério y detenido de Lulio, que publicará dentro de poco; y sepa, por último, que nosotros todos, los que no blasfemamos del hombre para hacer creer que somos muy religiosos, no dejamos de ser españoles y católicos porque aceptemos ideas ó sistemas nacidos fuera de España. Nosotros tambien tenemos un pensamiento español, pero no divorciado del pensamiento comun á la humanidad toda, ni en guerra abierta con las instituciones, con el modo de ser y con el modo de pensar y de sentir del siglo presente. Si así fuéramos, seriamos mucho más consecuentes que nuestro estimado colega, y en vez de predicar en desierto y de querer ajustar á nuestro gusto este mundo pícaro, le abandonariamos y desahuciariamos como cosa perdida y sin remedio, y nos retiraríamos á alguna gruta ó caverna muy recóndita á hacer vida eremítica, contemplativa y solitaria.

Nosotros aplaudimos en *El Pensamiento* el celo que

muestra por la religion, pero quisieramos que ese celo no fuese desordenado. Ponga órden *El Pensamiento* en su amor á las cosas santas, y verá cómo se encuentra más á gusto, no tiene que retirarse al desierto, y se siente menos irritado y mal avenido con la civilizacion actual. S. Agustin lo ha dicho: la verdadera virtud consiste en poner órden en el amor; con que así, ponga órden *El Pensamiento* en el suyo, déle su parte al prójimo, y no fatigue al género humano con sus declamaciones y jeremiadas. Conviértase de nuevo *El Pensamiento* al liberalismo, persuádase de que la filosofía y la religion no son enemigas irreconciliables, y deje que España progrese y produzca grandes pensadores como otros pueblos, y ya verá cómo se alivia de ese malestar que le aqueja, y casi llega á persuadirse de que es más cristiano, más español y más pensamiento, que en el dia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE LA POLÍTICA

DE

EL CONTEMPORÁNEO.

Cartas al Sr. D. José Luis Albareda.

I.

Mi querido José Luis: Si ayer hubiera yo tenido la dicha de estar sentado al lado tuyo, en el Congreso, hubiera tambien pedido la palabra para defender el periódico de cuya redaccion he formado parte. Bien sé que no necesitaba el periódico de mi débil voz; la tuya le ha defendido con brio, con energía, con apasionada elocuencia; pero yo, al defenderle, tenia que cumplir con un deber, y tenia asimismo que defender muy singularmente mi propia personalidad, aunque pequeña y oscura, blanco de las acusaciones del partido teocrático-absolutista, del que ayer el Sr. Nocedal fué eco. Personas hay que suponen que yo tengo en gran parte la culpa de cuanto *El Contemporáneo* ha dicho de más *heterodoxo*, así en el sentido moderado ó liberal-conservador, como en el sentido religioso; y algunas, como los redactores del *El Pensamiento Español*, han tratado de expulsarme, no ya de la parcialidad política bajo cuya bandera milito, sino del gremio de los fieles. Dotado el Sr. Nocedal de muy superior discrecion á la de los redactores de *El Pensamiento*, no ha llegado hasta el punto de querer excomulgarme, pero, sí, me ha querido lanzar del partido conservador, suponiendo que mis doctrinas, así las que son comunes á todos los redactores de *El Contemporáneo*, como las propias mias, las exclusivamente mias, por haberlas yo sostenido bajo mi firma ó con mi palabra, no son las doctrinas del partido moderado; están fuera del credo político de este partido, y no son su legítima consecuencia.

Pudiera escudarme con la aprobacion tácita de todos los prohombres de mi partido: pudiera decir que, durante cerca de tres años, he dicho siempre lo mismo: no he disimulado mis opiniones; no las he amoldado, ni ajustado dentro de ninguna fórmula de las que ofrece el Sr. Nocedal, y sin embargo, nadie ha dudado de mi moderantismo. Así me han aceptado por liberal-conservador; así soy y no puedo ser de otra manera. Si ahora hay alguien que piense que los moderados no son como soy, déme otro nombre, y llámeme como guste. No seré yo quien varie, será tal vez quien así me califique.

Pero yo no quiero defenderme de este modo. Quiero defender mis doctrinas; no mi persona. Al defender mis doctrinas, el que no las acepte por suyas que no las acepte. Yo soy modesto, y no he de convertirme en apóstol y hacer propaganda.

En primer lugar, conviene tener en cuenta que todos estos moderados reaccionarios, absolutistas-teocráticos, neo-católicos, ó como quieran llamarse, tienen más de *retores* que de *oradores*; son disertos, sutiles, ingeniosos, agudísimos, amenos, entretenidos: pero ni tienen pizca de razon, ni más verdadera ciencia política que la del vulgo. Donoso Cortés era un hombre de ciencia y un hombre elocuente. Sus discípulos no le imitan sino en lo segundo, y en esto el Sr. Nocedal descuella sobre todos.

En cuanto á las teorías políticas del Sr. Nocedal, fuerza es confesarlo, no son ningunas, ó si se quiere, son la infancia de las teorías. Los discreteos del orador, su arrogancia, su serenidad, su seguridad, el primor de su palabra, lo galano y culto de su frase, todo deslumbra y seduce. Pero, cuando el hombre reflexivo penetra en el fondo del discurso del Sr. Nocedal, no halla nada sério, nada verdaderamente científico; lo cual, en último resultado, es una fortuna para mí que podré refutarle con el mero sentido comun, sin penetrar tampoco en honduras.

Voy, pues, á tocar aquí los puntos capitales, por donde, segun el Sr. Nocedal, no pertenecemos, ó no pertenezco yo, al partido moderado.

1.° Que defendemos la libertad de cultos. El señor Nocedal se equivoca en esto. Ni *El Contemporáneo* en ninguno de sus artículos, ni yo por escrito ó de palabra, hemos defendido jamás tal cosa. Nosotros creemos que la vida del protestantismo, que su movimiento espansivo, que su virtud de extenderse y de propagarse, tocan ya á su fin. Creemos, además, que España, eminentemente católica, altamente repulsiva de la idea protestante, cuando esta idea estaba en su mayor crecimiente, no habia de incurrir en el ridículo anacronismo de querer ser protestante ahora. Mahometanos, budistas ó fetichistas no hemos de ser. Todos somos y queremos seguir siendo católicos.

Nadie aunque allá en el fondo de su alma sintiere la espantosa enfermedad, el deporable infortunio de carecer de fe, se atreverá á decirlo en España, ni mucho menos querrá hacer una religion, un culto, de no tener religion ni culto alguno. Luego es absurdo, inoportunísimo, anacrónico y hasta ridículo, en nuestro sentir, y sea dicho con perdon de las Córtes Constituyentes, pedir la libertad de cultos para España. Y si esta es nuestra opinion, expresada ahora quizás harto crudamente, y si tal ha sido siempre nuestra opinion, ¿cómo hemos de defender, ni cómo hemos de haber querido defender jamás la libertad de cultos en España? Nosotros no hemos pedido nunca, ni hemos defendido otra cosa que la tolerancia racional, indispensable, inevitable en el dia, si hemos de pertenecer á esta magna república de todas las naciones europeas, si hemos de ser dignos del gran consorcio humano, y si hemos de entrar en la armonía y en el movimiento civilizador de nuestro siglo. Nosotros hemos abogado sólo por aquella tolerancia que muchos Padres Santos han pedido en favor de los arrianos y de otros hereges más perniciosos, á fin de que, respetándolos los gobiernos católicos, fuesen á la vez respetados por los gobiernos no católicos nuestros cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

religionarios y aún nuestros compatriotas que viven en sus dominios. La tolerancia que nosotros hemos pedido y que nosotros deseamos, esta tolerancia, léjos de romper la unidad católica de nuestra nacion, la robustecerá y la perpetuará, y dará el más claro, el más hermoso, el más limpio testimonio de ella. Será la unidad católica libremente aceptada por todos los fieles y religiosos españoles: no la unidad católica impuesta violenta y cruelísimamente.

2.° Que defendemos la libertad absoluta del pensamiento.

Nosotros no hemos dicho jamás que sea impecable todo el que escribe. Escribiendo, hablando, pensando, hasta soñando, puede pecar el hombre. Lo que no queremos es que se le ate, que se le deje manco, que se le deje mudo, que se le corte la lengua ó que se le ponga una mordaza para que no peque. Entienda, pues, el Sr. Nocedal que queremos la libertad de pensar, como queremos la libertad de andar, como queremos la libertad de vivir. Viviendo se peca, y no por eso deseamos que se mate á nadie á fin de evitar el pecado.

La prévia censura, mal disimulada, en la ley que lleva el nombre del Sr. Nocedal; el derecho concedido á un funcionario público de impedir que yo hable ó que yo exprese mi pensamiento, si no está conforme con el suyo, esto es lo que nos repugna; esto es lo que no queremos de ninguna manera. Y por lo mismo que somos católicos, aunque no nos jactamos de serlo á todo propósito, no queremos que un fiscal de imprenta, lego

acaso, y que acaso no sepa muy bien el Catecismo hablamos en general), sea juez de nuestra ortodoxia, y borre de nuestros escritos el nombre de Dios, no sea que le profanemos. En el reino de Nápoles, llegó esto hasta el punto de que no se podia decir ni siquiera *diablo*. *Las Memorias del Diablo*, comedia, se anunciaba siempre *Las memorias dè un mal genio*; y el abverbio *eziandio* estaba prohibido en todo escrito, porque traia *dio* al final.

Por otra parte, España no puede levantar en sus costas y fronteras un valladar que ataje la corriente del espíritu humano. Todo lo malo y todo lo bueno que trae esta gran corriente consigo tiene por fuerza que penetrar en España, y tiene que lanzar tambien nuestros espíritus en esa corriente. Si por temor de caer en ella, no nos arrojamos, la corriente nos arrastrará y nos llevará por donde vaya. Si tenemos el valor de echarnos á ella, contribuirémos á darle una buena direccion; tomarémos parte en la grande obra; figurarémos entre los pueblos que van al frente de la civilizacion; no se volverá á decir más de nosotros lo que decia Scaligero: *aliqui lusitani docti: pauci vero hispani*.

Nosotros, que hemos llevado la civilizacion y la fe de nuestros padres á América; nosotros, que hemos contribuido en gran manera, y contamos por mucho, aunque los extranjeros lo nieguen, en la historia de la civilizacion del mundo, no hemos de ir ahora á convertirnos en fósiles, ni hemos de ir á emparedarnos y á separarnos de todo comercio humano espiritual,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por temor de que nos seduzcan, de que nos engañen, de que nos extravien, de que se vayan á perder nuestra inocencia y nuestro candor patriarcal. Esto seria una sandez digna de los paraguayos y del doctor Francia.

3.° Que hemos defendido la soberanía nacional.

Pues, entendido esto de cierto modo, ¿cómo no ha de defenderse? ¿Cómo en pleno siglo XIX hemos de tener nosotros una idea del Estado y del gobierno como la que tiene el Sr. Nocedal? Dicho por él (¡tan maravillosa es la mágia de su estilo!) no hay aserto que no parezca discreto. Pero si nosotros, que carecemos de la mágia de estilo que en el Sr. Nocedal admiramos, nos descolgásemos ahora, cuando ya no hay doctrino en Madrid que no haya leido á Ahrens y á otros mil autores de filosofía del derecho, con que el Estado es como una casa, donde el Gobierno hace el papel de padre de familia ó de ayo, y el pueblo el de niño chiquito ó el de pupilo, y donde el Gobierno cuida de que el niño ó pupilo no se ponga enfermo, ni se caiga, guiándole y llevándole de la mano, y apartando de sus labios todo alimento nocivo, etc., si nosotros, repetimos, saliésemos con todo esto, y lo dijésemos con formalidad, hasta las piedras se reirian.

Ya comprenderá el Sr. Nocedal que nosotros hemos tenido que buscar una determinacion de la idea del Estado algo menos *casera*. Y como no creemos en *el derecho divino*, inventado ó al menos puesto en moda en el siglo XVII por jurisconsultos aduladores, hemos buscado nuestra determinacion de la idea del Estado y

nuestra doctrina sobre el orígen de la soberanía en los grandes teólogos publicistas de la edad de oro de nuestra literatura; en Domingo de Soto, principalmente.

En la polémica que, sobre este punto tuvimos con *La España*, llamamos en nuestro auxilio á *La Esperanza*, y *La Esperanza* recordará y no negará ahora que nos dió entonces la razon, apoyándola en autoridades de Belarmino y de otros autores, que para el señor Nocedal no deben ser sospechosos.

Nosotros creemos que la soberanía, en su orígen, está en el pueblo, instrumento de que se vale Dios para concederla á quien quiere y á quien importa. No hay potestad que no venga de Dios, en primer lugar porque nada hay que de él no venga, y en segundo lugar, porque la muchedumbre, *divinitus erudita*, como guiada y enseñada por el mismo Dios, pone las bases y echa infalible y firmemente el cimiento de toda sociedad humana. Entendida la doctrina de este modo, no se ha de negar que la soberanía reside, es *inmanente* en la nacion; pero la nacion vive y se extiende por toda la prolongacion de su historia, y no se muestra como soberana y como constituyéndose á sí propia, á cada momento.

La turbacion del órden establecido, el trastornar ó subvertir las firmísimas bases sobre las cuales ha puesto la nacion al Estado, y se ha creado, por decirlo así, á sí misma; cualquiera revolucion, en suma, es un acontecimiento anormal, pavoroso, terrible, en que tal vez la generacion de una edad se levanta contra las generaciones pasadas y trata de destruir en un dia la

obra que ha tardado siglos en elevarse: en que tal vez el ensueño, la pasion, la aspiracion de un momento trata de sobreponerse y de acabar con la sabiduría y la experiencia secular, y trata de sustituir con una vana teoría, forjada en un gabinete, leyes, instituciones y creencias venerandas, que tienen su raíz y el principio de su ser en las mismas entrañas de la historia. Tal es nuestro pensamiento con relacion á las revoluciones y á las novedades que por medio de un levantamiento popular quieran introducirse. Tal es nuestra opinion con respecto al elemento tradicional é histórico que debe ser respetado. De esta suerte entendemos nosotros y hemos siempre entendido la soberanía nacional. ¿Es esto ser progresistas? ¿Es esto ser demócratas? Si lo es, no lo negamos; somos demócratas y progresistas.

Nosotros, aunque respetamos y tenemos muy en cuenta el elemento histórico y tradicional, y aunque en este sentido somos conservadores, queremos y pedimos el progreso, y no comprendemos las instituciones como una petrificacion, sino como un cuerpo, como un sér, como algo de vivo y de orgánico, que se desenvuelve, que cambia de condiciones, que se modifica y transfigura.

4.° Que nosotros hemos dicho que el partido democrático es legal. ¿Y qué culpa adquirimos con esto? ¿Y por qué no hemos de decirlo? Acaso no son legales más que los partidos que aceptan las leyes, las teorías y la Constitucion que hoy existen? ¿No es lícito aspirar á la modificacion, al cambio, á la radical transfiguracion,

aunque lenta y pacífica, y por medio de la persuasion y de la propaganda, de la forma política y del régimen en que hoy vivimos? Pues si esto no es lícito, tan fuera de la ley está *El Pensamiento Español* como *La Discusion*; tan fuera de la ley está el Sr. Nocedal, aunque lo quiera encubrir, como el Sr. Rivero.

Este comunicado, carta, ó como quieras llamarle, va ya siendo muy largo.

Dejo, pues, para otro dia el defenderme de un pecado que es más propio mio que de mis compañeros de redaccion y de oposicion en el Congreso; de mi amor y de mi entusiasmo por la revolucion italiana.

En este punto no quiero que nadie sea cómplice conmigo; quiero estar solo, y si me excomulgan que me excomulguen. A bien que las excomuniones de los legos no hacen mal al cuerpo ni al alma. Espera, pues, mi querido José Luis, otra carta no menos prolija que esta. Que dé Dios paciencia á tus lectores.

II.

Yo no quiero, ni puedo excusarme de llenar, aún siquiera dos columnas de tu apreciable periódico haciendo mi apología: con que así ten paciencia y que la tengan los lectores.

Entre las infinitas desgracias que vienen sobre mí como llovidas, no es la menor la de estar en pugna muy á menudo con las personas que más estimo. El señor Nocedal es una de estas personas. Su claro enten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

dimiento, la energía varonil de su carácter, su fecundia, la agudeza de su ingénio, y hasta su desenfado, me enamoran. Y, sin embargo, ni yo puedo sufrir sus *jeremiadas* absolutistas, ni él sufre tampoco mi liberalismo. Es un verdadero dolor, *lástima grande*, como diria Argensola ó fray Gerundio, que nunca nos pongamos de acuerdo.

A veces, preciso es confesarlo, he sido yo quien ha atacado al Sr. Nocedal. Su discurso de la Academia sobre la novela y su contestacion al discurso académico del Sr. Gonzalez Brabo han sido objeto de mi censura. Pero, á pesar de todo (y esto pone de realce otra excelente prenda moral del Sr. Nocedal), el afecto de este señor hácia mí no se ha alterado ni entibiado en lo más mínimo. El Sr. Nocedal, en algunas ocasiones, me ha dado pruebas de que me quiere bien, interesándose en favor mio.

Esto no obsta para que el ataque de anteayer viniese á dar principalmente sobre mí, aunque el Sr. Nocedal no llegase á nombrarme. Yo soy el demócrata, yo soy el garibaldino, el anti-papista que más ha inficionado la pureza del dogma conservador, como el Sr. Nocedal le entiende. Yo soy la migaja apenas perceptible de levadura, que más propende á corromper y alterar, con fermentacion revolucionaria, toda la masa del partido amante del órden por excelencia.

Ya comprenderás, tú, mi querido José Luis, que debo defenderme de estas acusaciones, no sólo en lo que alcanza tambien á *El Contemporáneo*, sino en lo que á mí solo me alcanza.

En primer lugar, y como por vía de proemio, hablaré de si somos demócratas ó no lo somos.

Menester es que la confusion de ideas sea enorme en España para que nos tilden de pertenecer al partido democrático, de inclinarnos á él vergonzantemente, de tener cierta afinidad y simpatía con dicho partido. Aquí, ó se ignora ó se finge ignorar qué sea democracia, cuando tales especies se divulgan. Aquí ya no nos entendemos.

Con la grande polvareda,
Perdimos á don Beltrane.

Pues, ¿qué hemos de rechazar y borrar de nuestro credo político multitud de artículos que *La Discusion* estampa en cada uno de sus números como programa? Podrá errar ó acertar, esta no es la cuestion ahora, el que desee para España, *unidad de legislacion y de fuero*, *libertad de comercio*, *de crédito*, *de industria y de trabajo*, *seguridad individual garantizada*, *elecciones independientes del gobierno*, *cierta descentralizacion administrativa*, *participacion de las colonias en la representacion nacional*, *inamovilidad de los jueces*, y otras infinitas cosas que *La Discusion* pide. Pero así como *La Discusion* las pide ¿no podrá pedir el hombre más eminentemente aristócrata de la tierra? ¿Qué tiene nada de esto que ver con la democracia?

La mayor parte de los artículos del programa ó credo de *La Discusion* son el resultado, la última palabra de la ciencia, y no hay jóven que salga de las universidades que no los acepte, si no quiere renegar de cuanto le han enseñado.

El verdadero espíritu, la esencia, el sér de la democracia, su índole y su distincion característica no están en nada de eso. Nosotros hemos combatido siempre aquello en que está. Con lo que ha escrito el que suscribe contra la democracia, y que por ser de poco valer no conoce el Sr. Nocedal, se puede formar un grueso volúmen.

Con todo, aunque no le importe á nadie, á mí me importa dejar aquí consignado, puesto que de demócrata se me acusa, que solamente en *El Estado* publiqué una série de artículos contra las lecciones del señor Castelar en el Ateneo, y otra série no menos larga contra su *fórmula del progreso*.

Si yo fuese demócrata, ó si lo fuese *El Contemporáneo*, ¿para qué habiamos de ocultarlo? A mí no me ofende que me llamen demócrata, si así lo creen. Lo que me ofende es que alguien imagine que lo encubro por debilidad ó por otra causa cualquiera.

Voy á recordar aquí una ocasion en que *El Contemporáneo* fué tan aristócrata como el Sr. Nocedal en su elegante discurso de anteayer; una ocasion en que coincidimos por completo con el Sr. Nocedal. Nosotros, en el democrático *Contemporáneo*, hemos defendido la senaduría hereditaria, hemos defendido la nobleza de sangre, hemos ensalzado la aristocracia, casi con las mismas razones, casi con los mismos argumentos de que se valió el Sr. Nocedal. Dijimos como él, que nos pesaria de ver de estanquero ó de sastre al descendiente por línea recta de Cristóbal Colon ó del gran Capitan; dijimos, como él, que un privilegio, como el de la

senaduría y el de las vinculaciones, en pró de tales nombres, no es en realidad un privilegio, porque redunda en honra y en gloria de toda la nacion; dijimos, como él, que la transmision de la gloria por medio de la sangre es un sentimiento tan natural y tan arraigado en todos los corazones, que no hay demócrata, por obstinado que sea, que á él no se rinda; dijimos, por último, como él, que aquellos que llevan el nombre y los títulos de los héroes de nuestra historia son como monumentos vivos y semovientes de nuestra pasada grandeza, en la que el pueblo se complace, y en la que toda alma generosa halla estímulo y nobilísima causa de emulacion.

Nosotros fuimos más allá aún, en nuestra coincidencia con el Sr. Nocedal. Nosotros reconocimos que la igualdad más á menudo es enemiga, que compañera de la libertad; nosotros declaramos que la libertad tiene que tomar á veces la forma de privilegio y apoyarse en gerarquías sociales; nosotros, en suma, aprobamos y encomiamos teórica y especulativamente la senaduría hereditaria. Verdad es que, en la práctica no la aprobamos entonces, ni la aprobamos ahora, aunque no la reprobemos tampoco; en la práctica, al menos á mí, esta cuestion me es harto indiferente; en la práctica, imito, en este punto, al padre que tenia dos hijos, uno comerciante en trigo, y labrador el otro, y deseando el uno que no lloviese para vender caro su trigo, y el otro que lloviese para tener buena cosecha, decia el padre, orando de este modo:

¡Oh soberano, Dios omnipotente,
Llueva ó no llueva me es indiferente!

Todo esto nace de una razon muy obvia; todo esto nace de que en España, aunque hay mucha nobleza y muchos nobles, no hay aristocracia, ni la aristocracia es cosa que se crea por una ley donde no la hay. Nuestra nobleza, hace tiempo, que es aúlica, y que no es un poder político, ni quiere serlo, ni siente el estímulo de serlo. Nuestros próceres, nuestros grandes señores valen y son mucho como individuos. Entre ellos hay varones clarísimos en letras y en armas. Quizás no cuente proporcionalmente Inglaterra, entre sus lores, sujetos tan distinguidos como nosotros entre nuestros grandes y títulos de Castilla. Toreno, Frias, Rivas, Molins y otros varios, dan testimonio de esta verdad. Pero, como clase, como cuerpo, como entidad colectiva, ¿qué vale, ni qué importa la aristocracia en España? ¿Piensa el Sr. Nocedal, ora sea ministro, ora diputado elocuente, que va á imitar el milagro de la resurreccion de Lázaro; que va á lograr con su voz taumatúrgica que se *levante y marche* lo que yace para siempre?

Las cosas que han muerto, bien muertas están. Dios lo ha dispuesto así. Dejémoslas tranquilas en su sepulcro. Pero no se culpe á la revolucion, no se culpe á la democracia novísima de esta muerte de la aristocracia española. Cúlpese á la rancia democracia, absolutista y frailuna. Ella fué quien animó y ayudó á los reyes; ella la que se infiltró en nuestras instituciones y en nuestras costumbres; ella la que inspiró á nuestros poetas para que hiciesen la apoteosis de don Pedro el Cruel, humillando á los nobles, y para que hallasen el tipo del caballero en Sancho Ortiz, *bravo* ó

maton de su rey, ó en el conde Alarcos, que asesina á su bella, virtuosa y enamorada mujer, para satisfacer un capricho de la señora infanta.

Antes de que la revolucion visitase nuestro suelo, da Jovellanos noticia de la postracion de nuestra aristocracia; y la lamenta, y llama á la *plebe denodada* para que la suplante. En nuestros dias ¿qué hace el marqués de Molins, en sus *Recuerdos de Salamanca*, en una de las más hermosas composiciones poéticas que en castellano se han escrito, si no decir *divinamente* lo mismo que en *vil prosa* se está diciendo aquí?

Pero dejo ya á un lado la cuestion de nuestro *democratismo*, y paso á hablar de mis simpatías por la revolucion italiana.

Bueno será, antes de todo, que se sepa que yo tengo una aficion grandísima á Italia, donde pasé los mejores años de mis mocedades. Recordando aquella época dichosa de mi vida, puedo yo decir, aunque indigno, lo que dice el gran cantor de las *Geórgicas*, hácia el final de tan admirable poema:

Illo..... me tempore dulcis alebat Parthenope.....

Esto disculpará ó explicará al menos el entusiasmo y el calor con que yo trato un asunto, en el cual, dirán muchos que valdria más que no me mezclase, ya que en ello no me va nada.

Pero, ¿cómo me he mezclado yo en este asunto, cómo le he tratado, para que así merezca la reprobacion de los que se llaman moderados puros? ¿Será acaso porque no aceptan los hechos consumados por ninguna revolucion;

porque condenan todo movimiento popular; porque todo destronamiento de un príncipe es una cosa tan execrable que no puede jamás ser perdonada?

Consideradas moralmente, ya dije en mi carta anterior que miro las revoluciones como un fenómeno pavoroso, terrible, que se debe evitar: pero, consideradas las revoluciones desde cierto elevado punto de vista, no pueden ni reprobarse, ni aprobarse. Son hechos providenciales sin los que, ni la historia, ni el movimiento de la humanidad se explicarian. Triste cosa es un terremoto; ciudades enteras y hasta islas y Continentes dicen que se han hundido al empuje violento de esa fuerza volcánica que esconde en su seno nuestro globo: pero, sin esa fuerza volcánica, no se hubieran alzado tampoco sobre la superficie llana de la tierra las sublimes cimas de los montes, que se coronan de apiñadas nubes y que se cubren de blanquísima nieve, la cual desciende luego á fecundar y á hermosear las vegas y los frondosos valles en abundantes rios.

Las revoluciones, los destronamientos, las rebeldías de los vasallos contra sus príncipes legítimos, no son tampoco novedades lastimosas de estos tiempos calificados de apocalípticos por los neos. Inglaterra ha destronado dos veces á sus soberanos en el siglo XVII: en Rusia, sin que la democracia entrase para nada en la conjuracion, han ahogado al czar en su propio lecho: en Italia misma ha habido en otras edades multitud de usurpaciones, de revoluciones y de destronamientos. Seria interminable la lista de los casos de esta clase que registra la historia. El mundo está perdido; pero

su perdicion data de las edades primeras, y no es perversidad reciente que debamos extrañar.

Sentado esto, ¿qué hay de peor en la revolucion italiana que en otras revoluciones para que así nos ensañemos contra ella? En 1830 y en 1848 destronaron los franceses á su soberano, y reconoció España al gobierno nacido de una y de otra revolucion; ¿por qué no reconoce lo mismo al nuevo gobierno de Italia? ¿Qué mayor crímen ha cometido Italia que Francia? ¿Dónde está la diferencia entre uno y otro caso?

En mi sentir hay diferencia, pero es en favor de Italia. Cárlos X era el nieto de San Luis, era un soberano nacional, representaba y llevaba en sí por herencia toda la grandeza, toda la gloria, toda la majestad de Luis XII, padre de la patria, de Francisco I, el rey caballero, poeta y artista, de Enrique el Grande y de Luis XIV, que dió nombre á su siglo y á Francia la supremacia civilizadora y política entre las demás naciones. Luis Felipe era el elegido del pueblo, era tambien de estirpe real, y era sábio, virtuoso y prudente; habia dado á Francia paz y prosperidad: bajo su cetro habian florecido las artes, las letras y las ciencias, y su imperio y sus súbditos eran respetados, admirados y envidiados. Cayeron, sin embargo, estos reyes, y España no lo lamentó, no lo anatematizó, como hoy se supone que lamenta la caida de Francisco II, y la de los príncipes, feudatarios de Austria, instrumentos de la dominacion extranjera en el propio país que dominaban, refugiados en el campamento de los que humillaban á su nacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Podia Italia ser independiente, podia salir de la postracion en que estaba, podia levantar su nombre sobre el injusto y cruelísimo desprecio con que la trataban todos los pueblos de Europa, sin llevar á cabo esa revolucion que tan injustificada y abominable parece á algunos? Que ha necesitado del auxilio extranjero, dicen para denigrarla. Grecia le necesitó tambien. Sin el cañon de Navarino aún estaria en poder de los turcos. Y ¿se niega por esto que la revolucion de Grecia fué gloriosa? Infinitamente menos gloriosa fué la de 1688 en Inglaterra, y gloriosa la llaman los ingleses, y desde ella arrancan el mayor desenvolvimiento y la grandeza del poder británico.

Por este órden, y con razonamientos análogos á los que acabo de hacer, he disculpado y aún he defendido la revolucion italiana. De ello no puedo arrepentirme, ni enmendarme.

Nadie ha sentido más que yo la caida del rey de Nápoles. Le hubiera querido ver por delante de Víctor Manuel, arrojando de Italia á los austriacos, y compartiendo con él las glorias y los peligros del combate, el lauro de la victoria y las fértiles campiñas del Milanesado. No ha sucedido así: nuestra diplomacia, que debiera haber mirado por esto, no ha estado quizá muy acertada. ¿Qué hemos de hacer ahora sino repetir aquello de *sunt lacrimæ rerum*?

En cuanto al Padre Santo, esto es, en cuanto al príncipe italiano que reina en Roma, lo que yo deseo es su reconciliacion con sus súbditos y con los demás italianos que están bajo el imperio de Víctor Manuel.

Yo no creo que un poder temporal, mayor ó menor, sea artículo de fe, sea de la esencia del catolicismo, tenga nada que ver con el dogma, se pueda mirar como requisito indispensable al bien de la cristiandad toda. Ni *la Civilta cattolica*, ni el Sr. Sanchez en su eruditísimo libro, ni M. Guizot, ni nadie me ha convencido.

El poder temporal ha cambiado mil veces de condicion, ha crecido y ha disminuido mil veces, y nuestra santa religion ha permanecido inmutable.

Léjos de pensar yo que las tendencias de nuestro siglo son anti-católicas, veo lo contrario: veo que el catolicismo, hablando humanamente y prescindiendo por un momento de las promesas divinas, tiene un grande é inmediato porvenir. El dia en que llame á sí el espíritu de nuestro siglo para santificarle, de lo cual ya se notan síntomas en el Congreso de Malinas, Dios querrá que venga á ceñirse la tiara un hombre predestinado, un gran genio como Gregorio VII ó Alejandro III, y quizá vuelva el Papa á ser árbitro de la política de Europa, como lo fué en los siglos medios, y quizás las naciones cismáticas reconozcan su supremacía y abjuren sus errores, y quizá, por último, dirija Roma, con mano firme y segura, todo el movimiento civilizador de Europa sobre cuantas razas pueblan el mundo, siendo, al propio tiempo, el Padre Santo, como el presidente y la cabeza del Consejo supremo en la gran confederacion de todas las potencias cristianas.

Miradas así las cosas, el Sr. Nocedal no extrañará

que no acierte yo á dar suma importancia á que, de fuerza ó de grado, vuelvan por ahora á poder del cardenal Antonelli Bolonia, Ferrara y algunas otras ciudades.

Es más: no creo prudente ni político que vayamos al futuro Congreso europeo con esta peticion. ¿Para qué hemos de exponernos á un desaire? Mil medios hay mejores, más discretos y menos comprometidos de mostrar nuestro celo por la religion.

Ignoro si algo de lo que digo aquí se sale de los límites del moderantismo. Ignoro que el caso de la revolucion italiana estuviese ya previsto por los moderados antiguos, y comentado de cierto modo, fuera del cual no pueda comentarse sin dejar de ser moderado el comentador. Pero si hay algo de esto, reza sólo con los moderados de España: los de Francia, Bélgica, Italia, Portugal, y casi todos los demás de Europa, piensan como yo. Los gobiernos de dichos países piensan tambien lo mismo, y han reconocido á Víctor Manuel por rey de Italia.

Siento haberme extendido tanto; pero no quiero retractarme, ni quiero tampoco que me atribuyan lo que no he dicho.

III.

Mi querido José Luis: Apruebo y hasta aplaudo la razonable y discreta resolucion que ha tomado *El Contemporáneo* de no contestar á *La España*. Nadie ignora que tu periódico es liberal-conservador, y que sostuvo á este partido, y que defendió sus doctrinas y su historia, cuando *La España* le habia abandonado para hacerse unionista. Los argumentos de *La España* contra la ortodoxia de vuestro moderantismo no pueden, por lo tanto, tener fuerza ni autoridad alguna. Son por el estilo de los que pudiera hacer un señor, que se fuese á Marruecos, y estuviese por allá algunos años, sirviendo á aquel emperador, de iman ó de mutfí, y pronunciando en la mezquita los más devotos sermones, y luego, cansado de aquella pícara vida, se volviese entre los cristianos, y empezase á echarles en cara que, durante su ausencia, habian olvidado su verdadera religion y se habian contaminado con todo linaje de heregías.

Estas y otras razones hacen lícito y aún conveniente que *El Contemporáneo* no entre en polémicas con *La España*; pero lo que es yo, personalmente atacado, y declarado herege, no sólo en política sino en religion, bien es menester que me defienda un poco. Lo haré, sin embargo, suave y afectuosamente, porque, en mi prodigioso *panfilismo*, incluyo á la gente de *La España*, á quien estimo de veras. Así, pues, quiero que se entienda que lo que va dicho del iman ó del mutfí no pasa de ser un símil, y que la semejanza de las cosas no arguye que sean iguales, ni que encierren en sí los mismos grados de culpa. Con esta salvedad paso adelante, y entro en materia.

Siento con toda mi alma que *La España* haya tomado cierto tonillo chusco para desacreditar mis argumentos: y me aflige y me contraria este tonillo de *La*

que no acierte yo á dar suma importancia á que, de fuerza ó de grado, vuelvan por ahora á poder del cardenal Antonelli Bolonia, Ferrara y algunas otras ciudades.

Es más: no creo prudente ni político que vayamos al futuro Congreso europeo con esta peticion. ¿Para qué hemos de exponernos á un desaire? Mil medios hay mejores, más discretos y menos comprometidos de mostrar nuestro celo por la religion.

Ignoro si algo de lo que digo aquí se sale de los límites del moderantismo. Ignoro que el caso de la revolucion italiana estuviese ya previsto por los moderados antiguos, y comentado de cierto modo, fuera del cual no pueda comentarse sin dejar de ser moderado el comentador. Pero si hay algo de esto, reza sólo con los moderados de España: los de Francia, Bélgica, Italia, Portugal, y casi todos los demás de Europa, piensan como yo. Los gobiernos de dichos países piensan tambien lo mismo, y han reconocido á Víctor Manuel por rey de Italia.

Siento haberme extendido tanto; pero no quiero retractarme, ni quiero tampoco que me atribuyan lo que no he dicho.

III.

Mi querido José Luis: Apruebo y hasta aplaudo la razonable y discreta resolucion que ha tomado *El Contemporáneo* de no contestar á *La España*. Nadie ignora que tu periódico es liberal-conservador, y que sostuvo á este partido, y que defendió sus doctrinas y su historia, cuando *La España* le habia abandonado para hacerse unionista. Los argumentos de *La España* contra la ortodoxia de vuestro moderantismo no pueden, por lo tanto, tener fuerza ni autoridad alguna. Son por el estilo de los que pudiera hacer un señor, que se fuese á Marruecos, y estuviese por allá algunos años, sirviendo á aquel emperador, de iman ó de mutfí, y pronunciando en la mezquita los más devotos sermones, y luego, cansado de aquella pícara vida, se volviese entre los cristianos, y empezase á echarles en cara que, durante su ausencia, habian olvidado su verdadera religion y se habian contaminado con todo linaje de heregías.

Estas y otras razones hacen lícito y aún conveniente que *El Contemporáneo* no entre en polémicas con *La España*; pero lo que es yo, personalmente atacado, y declarado herege, no sólo en política sino en religion, bien es menester que me defienda un poco. Lo haré, sin embargo, suave y afectuosamente, porque, en mi prodigioso *panfilismo*, incluyo á la gente de *La España*, á quien estimo de veras. Así, pues, quiero que se entienda que lo que va dicho del iman ó del mutfí no pasa de ser un símil, y que la semejanza de las cosas no arguye que sean iguales, ni que encierren en sí los mismos grados de culpa. Con esta salvedad paso adelante, y entro en materia.

Siento con toda mi alma que *La España* haya tomado cierto tonillo chusco para desacreditar mis argumentos: y me aflige y me contraria este tonillo de *La*

España, porque *La Esperanza* me acusa de poco formal, porque yo quisiera serlo hoy, y porque no será posible que lo sea del todo, contestando á pullas, á retruécanos y á burletas. *La España*, además, se vale poco de pruebas para condenarme, dando por supuesto que soy esto, aquello, lo otro y lo de más allá, sin demostrar nada. Voy á pesar de todo á tratar de ser muy grave y muy reposado, y á contestar como si se demostrase algo en contra mia.

La primera acusacion de *La España* es que yo dirijo un ataque mal encubierto á la unidad católica. ¿Con que, en no habiendo Inquisicion y leyes durísimas que castiguen la propaganda de cualquiera otra creencia, y un valladar que ataje en costas y en fronteras la corriente del pensamiento de la humanidad, y una mano de hierro que le ahogue dentro de nuestra alma, y un Gobierno *paternal* que vele por nosotros y que nos trate como á gente condenada á perpétua infancia, y que nos aparte de todo comercio intelectual, y que nos considere como el doctor Francia á los paraguayos, es cosa segura que la unidad católica en España se acabaria? Buena unidad católica es la que *La España* fantasea: una unidad católica en abierta pugna con el espíritu del siglo, contraria á la dignidad del hombre, y desagradable á los ojos de Dios, que desea nuestro acatamiento y nuestra obediencia á sus altos mandatos, no por temor de las potestades de la tierra, sino por amor suyo; no en lo exterior y aparente, sino allá en lo profundo de nuestro sér, *corde bono et fide non ficta*.

Yo tengo mejor opinion que *La España* de la religiosidad de mis compatriotas; yo tengo mayor confianza en las promesas del cielo y en el ánimo firme y constante de los españoles; yo creo más en la rectitud de nuestro juicio y en el valer y en la importancia y en la mucha doctrina de los apologistas y defensores de la santa religion de nuestros padres. Por esto no veo la necesidad de acabar con la ciencia humana, de cerrar la puerta á todo progreso, de impedir que se piense y que se discuta para que se crea. Antes, me parece que creeremos con más firmeza y con más limpieza mientras más pensemos, sepamos y discutamos. No de otra suerte entendia S. Clemente Alejandrino que se formaba *el verdadero gnóstico*. Hago esta cita y haré cuantas se me ocurran, aunque luego *La España* las tache de impertinentes. Mas pertinente es citar á un Santo Padre, tratándose de estos asuntos, que no citar á *El Pensamiento Español* para excomulgarme con las palabras y sentencias de la mencionada lumbrera de la Iglesia.

Sobre mi manera de entender la libertad del pensamiento, ó, concretándonos más, la libertad de imprenta, raya en lo chistoso lo que dice *La España*: *La España* se vale de un sofisma lleno de gracia: *La España* dice que nosotros queremos la libre entrada y la cómoda circulacion lo mismo de lo *bueno* que de lo *malo*. Este negocio tan difícil, ó no se trata, ó se trata con seriedad. ¿Qué hemos de responder á lo que nos achaca *La España*? Algo responderémos, con todo. Los hombres rectos completarán nuestra idea, apenas apuntada aquí, y no la interpretarán aviesa y torcidamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En primer lugar, y aunque debiera estar de más el decirlo, nosotros, y con nosotros todo el humano linaje, no apetecemos nada, no amamos nada, no deseamos que nada circule, ni viva, ni sea, sino bajo el concepto de *bueno*. Suponer que alguien pueda apetecer lo *malo*, creyéndolo *malo*, es una cosa vacia de sentido. Casi, pues, la cuestion está, volviendo á concretarnos á la imprenta, en decidir quién ha de calificar de bueno ó de malo un escrito para que pase. ¿Cuál es la autoridad infalible que así falla sin apelacion? Segun la ley Nocedal, y segun la interpretacion auténtica que su autor le ha dado, el fiscal es quien falla; el fiscal es infalible. La prévia censura más monstruosa está en el art. 4.° de dicha ley, segun la valerosa confesion de su autor mismo. ¿Cómo quiere *La España* que aceptemos esto, y que nos llamemos liberales-conservadores? Dénos *La España* una autoridad infalible y aceptarémos al punto la prévia censura ejercida por esa autoridad. En los puntos de fe hay esa autoridad, y la reconocemos y acatamos en la Santa Iglesia Católica, apostólica y romana. Pero en los puntos de política, ¿dónde está esa autoridad? Lo que ahora parece mal puede parecer bien dentro de algunos años: lo que en tal nacion es contrario al régimen establecido, en tal otra le es propicio, y se halla en consonancia con él: lo mismo que prescribe nuestra Constitucion en el dia hubiera sido castigado hace treinta años, con las más duras penas. Si esto es así, como lo es, y si los puntos de política no pueden ser considerados como de verdad absoluta, ni como

universalmente buenos, ni como universalmente malos; ¿por qué ni con qué derecho se ha de impedir que se discuta sobre ellos en la esfera tranquila de los principios, en la clara y hermosa region de la ciencia? ¿Por qué hemos de suponer que los demócratas, ó que los neo-católicos, ó que los absolutistas, todos los cuales, más ó menos desembozadamente, tiran á desacreditar nuestras instituciones, están fuera de la ley, no deben ser protegidos por esa misma ley que censuran?

Combátanse sus argumentos con argumentos, pero no con una mordaza. Déjese que hablen, mas no que conspiren. Oíganse sus discursos y rechácense sus amenazas. Prevéngase con la mayor circunspeccion y tino cualquier atentado contra el órden establecido, y repríma se y castíguese con mano dura si llegare á cometerse. Pero, entre tanto, y mientras la república esté tranquila, y las cosas todas en un estado normal, y el modo de vivir sea culto, político y bien concertado, ¿cómo se ha de hacer un delito de lo que no puede serlo? ¿cómo se ha de impedir á los hombres que discurran, inventen, forjen y hasta sueñen mejoras? Si alguien no hubiera hallado malas las leyes antiguas cuando estaban vigentes, jamás se hubieran derogado, ni se hubieran dado otras. Sin esa rebeldía, sin esa insolencia, de que tanto abomina *La España*, no sé por qué no habiamos de estar aún en el *Fuero Juzgo*. Sin esa falta de tranquilidad y de aquiescencia del pensamiento de los hombres no se explica cómo la nacion española no sigue aún dividida en godos y roma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

nos y en vencedores y vencidos, ó en señores feudales y plebe sujeta al terruño, ó bien gobernada la nacion como en tiempo de Felipe IV ó de su deplorable sucesor,

indigno de alabanza ó vituperio.

En suma, y aunque *La España* me condene, yo soy en extremo apasionado de la libertad de imprenta, y si para algo quiero prévia censura es para lo que ofenda la moral ó el decoro público, ó procure perturbar la paz y el sosiego de los hombres honrados. Lo confieso sin temor (á pesar de todo mi liberalismo, y á pesar de que yo he abusado quizás de ciertas licencias), dias hay en que me inclino á la represion, cuando leo artículos sediciosos ó improperios atroces contra personas constituidas en autoridad, ó provocaciones y retos mal disfrazados contra particulares.

Pero fuera de esto, y exponiendo las doctrinas con templanza, aunque estas doctrinas me parezcan pésimas, casi siempre absuelvo á quien escribe. Muchísimas heregías, por ejemplo, se me figura que he leido en *El Pensamiento Español*, y jamás he pensado en que debiera este periódico suprimirse.

En suma, yo deseo que todo español, segun lo que reza la Constitucion del Estado, pueda publicar libremente lo que se le ocurra, con sujecion á las leyes, esto es, exponiéndose al castigo si las infringe, pero sin prévia censura de ninguna clase.

Este derecho, que tiene todo español, se ejerce por medio de cierta máquina ingeniosa que se inventó, hace ya cerca de cuatro siglos, y que por lo tanto no

es *gemela* y mucho menos hija de la Constitucion del año de 1845, ni es *institucion*, sino máquina de hierro y de madera y de otras sustancias materiales. Todo español, tonto ó discreto, sábio ó ignorante, bien intencionado ó mal intencionado, en períodos fijos ó sin períodos, puede valerse de esta máquina, llamada imprenta, y publicar por su medio cuanto se le antoje. De ejercer este derecho no se sigue que esté nadie investido de un magisterio, ni de un sacerdocio, ni que forme parte de una especie de cuarto ó de quinto poder del Estado. La Constitucion y las leyes no dan ni pueden dar al escritor ó al periodista carácter oficial alguno. En este sentido, importa y vale más un alguacil cualquiera. Lo que sí es cierto es que aquellos que escriben para el público, si lo hacen bien, con ingenio, con corazon y con sana doctrina, tienen un valer superior al de los magnates y hasta al de los más *altos funcionarios*; pero no le tienen por la gracia de la Constitucion, ni le tienen como colectividad ó gremio, sino que le tiene cada uno de por sí, y sólo por la gracia de Dios.

Yo no creo en el *derecho divino* de los reyes, pero creo que el escritor público reina ó puede reinar sobre el mundo de los espíritus en virtud de un verdadero *derecho divino*. En el mundo oficial es donde no creo que él escritor público tenga más derecho que otro cualquier ciudadano.

Tales son las doctrinas que yo sostengo sobre la imprenta y sobre la libertad de pensar y de imprimir. Van como en cifra y resúmen, porque no hay tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ni espacio para más. Aún así me veré obligado á molestarte de nuevo, y quizás más de una vez, porque *La Esperanza*, *El Pensamiento Español* y *La España* fulminan contra mí tales y tantos anatemas, que no podré apartarlos de mí con un breve conjuro, sino que tendré que emplear muchísimas palabras.

IV.

Mi querido José Luis: He consultado con la almohada este asunto de mis cartas y he visto que hubiera sido mejor no escribir sino las dos primeras sobre el Sr. Nocedal, sin darme por entendido de cuanto dicen *La España*, *La Regeneracion*, *La Esperanza* y *El Pensamiento Español*, contra *El Contemporáneo* en general, y contra mí singularmente. Para contestar á tantas acusaciones sería menester escribir, no unos cuantos artículos, sino un par de tomos, y yo no me siento con ánimo de cansar al público y de cansarme escribiendo. Así, pues, voy á abreviar lo más que pueda, y á terminar hoy, en esta carta, la disputa, sin volver á entrar en ella, aunque me llamen *perro judío*.

Lo que hemos escrito, escrito está, y yo tengo la firme persuasion de no haberme salido del credo moderado y muchísimo menos de lo que prescribe y requiere nuestra santa religion católica. Nada, por consiguiente, deben importarme las acusaciones infundadas de los neos y absolutistas.

Voy, con todo, ya que tengo la pluma en la mano,

á hacer algunas aclaraciones, pero lo más ligeramente que sea posible.

Empezaré por la soberanía. ¿En qué nos diferenciamos, dice *La España*, de los progresistas y de los demócratas, puesto que se la atribuimos á la nacion? Lea *La España* lo que *El Pueblo* está escribiendo contra nuestra teoría, y sabrá en qué nos diferenciamos. Nuestra opinion sobre la soberanía es la misma de Domingo de Soto. Comentando este sábio teólogo las palabras del apóstol, dice: *non est potestas nisi á Deo*, no hay poder que no venga de Dios; mas no porque la república no cree los reyes y todos los poderes, sino porque lo hace por inspiracion divina. *Non quod respublica non creaverit principes, sed quod id fecerit divinitus erudita.* Lo mismo piensan y afirman Rivadeneira, en su tratado del príncipe, contra Maquiavelo; fray Juan de Santa María; Mariana; Lainez en el discurso que pronunció en Trento; y fray Antonio de Guevara en su sermon sobre el oficio y dignidad de rey, predicado en presencia de Cárlos V emperador. El propio Antonio Perez, no el secretario de Felipe II, sino el autor del *Jus publicum*, tiene idéntico sentir que los teólogos, aunque jurisconsulto, y por consiguiente menos liberal, pues el estudio de las leyes romanas del imperio predisponia entonces á los jurisconsultos para que fuesen absolutistas.

Claro está que ninguno de estos autores ignoraba hasta tal extremo la historia que diese á las monarquías ese orígen histórico de la aclamacion inspirada; que

hiciese dimanar los poderes políticos, en el tiempo, de una especie de pacto ó de contrato. Al hablar, pues, de la república, que divinamente inspirada se crea un gobierno, no hacian historia: lo que hacian era poner un fundamento filosófico á las potestades civiles; establecer de un modo racional el derecho á la soberanía. En la impureza de lo real; en el constante desenvolvimiento de la humanidad en la sucesion de los siglos; en el movimiento ascendente de la historia hácia la verdad y hácia el bien, no cabe semejante cosa; pero cabe en la esfera ideal de la ciencia. Porque no era posible, ni lícito, ni podia fundarse la soberanía en la astucia, ni en el valor de un tirano, ni en la debilidad de un pueblo, ni en la usurpacion, ni en la conquista. Algo debia haber por cima de estos hechos que constituyese el derecho, creando la legitimidad. Y como todos los teólogos publicistas, al revés de los neo-católicos de ahora, propendian entonces á no confundir las cosas divinas con las humanas, á no equiparar ni unimismar los poderes que vienen directamente del cielo, con los poderes que de un modo natural hacen nacer los hombres, aunque mediatamente vengan del cielo tambien, como viene todo para los que tienen fe en la Providencia, establecieron que los reyes, y los cónsules, y los magistrados, y todo príncipe ó cabeza de república han de reconocer el orígen de su poder en la república misma, donde se halla la soberanía de cierto modo *inmanente*, perpétuo y solidario. De lo cual no se deduce ni que la soberanía esté toda en un momento dado, sin contar con la tradicion y con el respeto que deben infundir las instituciones seculares y la aquiescencia cuando no la sancion expresa de muchas generaciones de hombres; ni mucho menos que al capricho de la mayoría ó de la unanimidad, dado que la haya, puedan y deban someterse la justicia y el derecho, que están por cima de la misma soberanía, y sin los cuales la soberanía no se concibe, porque es una emanacion del derecho y de la justicia eterna.

Así entiendo yo que debe explicarse el orígen de los poderes humanos. Los hombres mismos son orígen y causa de ellos. Sólo la Iglesia, que es una sociedad divina, tiene base y raíz independiente de toda voluntad humana; ha sido de un modo inmediato constituida por Dios, y trazada en su mente, desde *ab eterno*, con toda su perfeccion y hermosura.

Vea, pues, *La España* de qué suerte creemos nosotros en la soberanía nacional. No es en tal época dada, cuando creemos que se ejerció y que ya no deba ejercerse. No la creemos orígen de todo poder en el órden cronológico, sino en el órden dialéctico. Aunque el primero de los Romanoff no hubiera sido levantado sobre el sólio por la voluntad del pueblo, en el siglo XVII, cuando los rusos sacudieron el yugo de Polonia y buscaron príncipe y señor natural que los mandase, nosotros creeríamos que hasta el czar de Rusia manda, en cierto modo, por la voluntad del pueblo. Aunque en Inglaterra no hubiera habido revoluciones y destronamientos, y continuase sin interrupcion y por herencia la corona sobre las sienes del último nieto de Guillermo el Conquistador, todavía no creeríamos que

la legitimidad de este soberano proviniese de la conquista; para crear la legitimidad fué menester sustituir á las palabras de Guillermo, *Dios y mi espada*, las que adornan las armas de Inglaterra, *Dios y mi derecho*; esto es, la voluntad del pueblo, el consentimiento tácito ó expreso de las generaciones sucesivas.

Voy ahora á responder á escape á algunas otras imputaciones, que serian terribles si no fuesen tan cómicas é infundadas.

1.ª Que yo no soy buen cristiano porque he celebrado algunos discursos del Sr. Castelar y otro del Sr. Gonzalez Brabo, en la Real Academia española.

En cuanto á los discursos del Sr. Castelar, como yo no los he celebrado nunca de verídicos y exactos, sino de elegantes y primorosos, y más bien he combatido que aceptado sus doctrinas, nada tengo que decir en mi defensa. Sólo diré, en honor de la verdad y de la amistad que con el Sr. Castelar me une, que este elocuente orador, léjos de ser impío, es un neo-católico por el órden de Bordas Desmoulins, Huet, y Montalembert recientemente. Si todos estos señores no creen en Dios, segun *El Pensamiento*, porque son liberales, yo no me he de poner á defenderlos. Seria cuento de nunca acabar.

En cuanto al *impío* discurso del Sr. Gonzalez Brabo, ya el asunto es más grave. Yo, no sólo le he elogiado por la forma, sino por el fondo. *Ergo* soy un impío. Por fortuna, y esto me consuela, toda la Real Academia española, que consintió que aquellas blasfemias se pronunciasen en su seno, que las aplaudió, y que las

premió con un diploma y con una medalla, debe ser aún más impía, y el Sr. Nocedal debe de ser impiísimo, pues que contestó tan cortés y cariñosamente á su concuñado, y, despues de haberle oido blasfemar con mucho gusto, le dió un apretado y prolongadísimo abrazo.

2.ª Que *El Contemporáneo* es un impío porque ha abogado por la candidatura del Sr. Gonzalez Brabo, autor del impío discurso de la Academia.

Pues si *El Contemporáneo* es impío, ¿qué no serán los infelices electores de Almagro? Deben de ser demonios en carne humana.

3.ª Que yo estoy condenado ó poco me falta porque he defendido las escuelas panteistas de Alemania, en su relacion con la enseñanza universitaria viciada y pervertida por ellas.

Pues si yo adquiero tanta culpa porque defiendo esto como periodista, ¿cuán enorme no será la culpa del Gobierno que lo consiente, y que deja que la juventud se emponzoñe el alma con tan mortífero veneno? Vamos; ¡esto pasa ya de castaño oscuro! Lo único que me tranquiliza un poco, es el saber que católicos fervientes, y hasta muchos Santos Padres de la Iglesia, han sido platónicos, como San Agustin, Synesio, San Dionisio Areopagita, Marcilio Fiscino y Pico de la Mirandola; que otros han sido estóicos, como nuestro don Francisco de Quevedo; y que muchísimos escolásticos siguieron ciegamente al pagano Aristóteles, que creia en la eternidad del mundo y en mil cosas contrarias á la fe. Fuéron, con todo, aristotélicos, Pedro

Lombardo, Santo Tomás de Aquino, el Papa Juan XXI, Alberto Magno, Domingo Soto, Pedro Nuñez, Foxo Morcillo, Sepúlveda, Benito Perez, Francisco Toledo, y mil otros, así españoles como extranjeros, que pudiéramos citar, y que no sólo eran cristianos, sino que pertenecian los más á alguna órden religiosa.

Ahora bien, si se podia ser aristotélico, platónico y estóico, sin dejar de ser cristiano y hasta siendo sacerdote, ¿por qué, sin renegar de la santa religion de Jesucristo, no se ha de seguir á Kant, á Hegel, á Fichte ó á Krause? ¿No se puede acomodar esta nueva filosofia de los gentiles al dogma católico? ¿No puede ser purificada y santificada, como era purificada aquella? En este sentido, ¿no es lícito decir que hay profesores en las universidades de España, que son hegelianos, y krausistas, y kantistas, y que son muy buenos cristianos y muy temerosos de Dios? Cómo se entiende esto, no es cosa de exponerlo aquí en breves palabras. Ya lo expusimos detenidamente en los artículos á que alude *El Pensamiento Español*.

Pero no es extraño que *El Pensamiento Español* salga con estas y otras no menos desatinadas inculpaciones: la manía le ha dado por ahí. Lo extraño es que un periódico, tan sesudo como *La España*, adopte por suyos semejantes dislates, y, llamándose moderado, tenga la poquísima moderacion de excomulgar al señor Gonzalez Brabo, una de las glorias de nuestro partido, al Gobierno, á las universidades en conjunto, á la Real Academia española, y, en resolucion, á la mayoría de nuestros compatriotas, empezando por los

electores de Almagro. ¿Qué furor es este? ¿Cómo en pechos devotos cabe ira tan desaforada? ¿*Tantæ ne animis cœlestibus iræ*? ¿Cómo la supersticion ha podido cegar hasta ese punto á algunos de los más perspicaces y agudos entendimientos que hay en nuestro país? *Tantum religio potuit suadere malorum*?

¿Qué pretende significar *La España* con decir que somos racionalistas en filosofia? La filosofia no es una ciencia de autoridad, sino de razon, y en este sentido, ó somos racionalistas, ó no somos filósofos. ¿Qué da á entender con que toda la *bullanga* de las ideas revolucionarias está en nuestra cabeza? La bullanga no nace de la revolucion, sino de la rebeldía. El magnífico movimiento de un pueblo que se levanta en verdadera revolucion no merece llamarse bullanga. La bullanga es hija de un motin, de una asonada, de un alboroto de la fuerza militar, que desde los cuarteles se echa al campo. Pero no se puede denigrar con el ridículo nombre de bullanga, ni la toma y destruccion de la Bastilla, á fines del siglo pasado, ni el Dos de Mayo en Madrid, á principios del siglo presente, ni las cinco gloriosas jornadas de Milan, en el año de 1848. Estas son las verdaderas revoluciones, y, si del recuerdo de estos hechos estuviere llena nuestra cabeza, no será *bullanga* lo que en ella tengamos.

Por no ser prolijo no aclaro aquí cuanto he dicho sobre el poder temporal del Papa. El director de *La Regeneracion* sabe perfectamente lo que pienso sobre este punto. En su segundo tomo de la obra titulada *El Papa y los gobiernos populares* ha insertado tres largos ar-

tículos mios, en los cuales juzgo dicha obra. En ellos está consignada mi opinion sobre el poder temporal, y á ellos me remito para que, si alguien quiere acusarme, me acuse con justicia y con conocimiento de causa.

Sobre lo que dice *La España* de que yo soy demócrata en lo futuro, si no lo soy en lo presente, ¿qué he de contestar sino que no soy profeta, ni estoy tan adelantado en el conocimiento de la filosofía de la historia que pueda construir la historia *á priori*? ¿Qué sé yo, ni que sabe *La España* de si el porvenir del mundo le está reservado á la democracia ó sólo á la clase media? ¿Qué, no podrá llegar un dia en que la civilizacion, el bienestar, la riqueza y hasta la ciencia, se divulguen por tal arte, que sea capaz de todos los derechos políticos hasta la más ínfima plebe; y que sin socialismo, sin comunismo, en completa libertad y con plenos derechos sobre todo cuanto lícitamente puedan los hombres adquirir, sean estos social y políticamente iguales, en igualdad más perfecta y más efectiva que la que tienen hoy? Algo ó mucho de esto se puede esperar de la infinita bondad de Dios y de la perfectibilidad del hombre, sin ser el que espera demócrata en el dia.

Y no se burle *La España* llamando á nuestra democracia cuestion de reloj ó de tiempo. Cuestion de tiempo es tambien que los árboles den sus flores y más tarde sus frutos. Cultivemos los árboles para que los den en la sazon oportuna, sin arrancarlos de raíz por temor de los frutos, que pueden parecernos amargos, y sin violentar tampoco la naturaleza, para que los árboles fructifiquen antes de que llegue la hora.

Quiero hacerme cargo, antes de poner término á este cansado escrito, de una equivocacion de *La Esperanza*, sobre la cual funda un artículo de más de dos columnas, lleno de chuscadas contra mí, contra la enseñanza de las universidades y contra la juventud que sale de ellas. Yo no he dicho que los artículos ó muchos de los artículos del programa de *La Discusion* se tomen de *La Discusion* para ser enseñados en las universidades. Lo que yo he dicho es que muchos de estos artículos no son exclusivamente del credo democrático; están tomados de la ciencia por *La Discusion*, por las universidades y por todo el que estudia algo. ¿Entiende ahora *La Esperanza*? Para dejar, pues, de creer en dichos artículos, es menester olvidar lo que se ha aprendido; y esto, no sólo los jóvenes, sino los que no lo son. Galiano, por ejemplo, es libre-cambista. ¿Será cosa de ir á decirle: sea V. proteccionista, Sr. Galiano, porque el libre-cambio está en el programa de *La Discusion*. ¿No comprende *La Esperanza* todo el poder que tiene cualquier verdad científica para el hombre de ciencia? ¿No calcula qué no es posible renegar de ella, aunque el mismo diablo la enseñe? Si el diablo publicase un periódico, y dijese todos los dias, como por epígrafe, «los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos,» ¿negaria *La Esperanza* esta verdad? Pues así de no pocos artículos del programa de *La Discusion*, aún suponiendo que sea el mismo demonio el Sr. Rivero.

Terminaré esta carta, consignando aquí con toda la sinceridad de mi corazon, que deseo la unidad católica

duradera en España; es más; que no concibo que dejemos de ser católicos sino para hacernos incrédulos, y esto seria espantoso. Lo que yo no quiero es el oscurantismo, la represion violenta, el apartamiento intelectual del resto de Europa.

Hay en mi lugar una hermosísima iglesia, edificada sobre una altura: el pueblo devoto se complace en ella con amor y con orgullo. Para que luzca mejor, y nada la encubra ni la afee, han derribado las casas contiguas y han arrancado los árboles que poblaban la ladera. Por desgracia, las casas contiguas la sostenian, y los árboles prestaban firmeza al suelo, sobre el cual se habian echado los cimientos. Así es que la iglesia vacila sobre ellos ahora, y está toda cuarteada y llena de grietas y hendiduras, donde han nacido infinidad de higueras bravías y mucha mala yerba y maleza, y donde se anidan lechuzas, murciélagos y buhos. Algo parecido á esto, acaeció en España, en el siglo XVII, con nuestra gran civilizacion católica. A fuerza de ahogar todo pensamiento humano que nos parecia brotar fuera de ella, y á fuerza de destruir todo lo que en ella no nos parecia estar comprendido, aquel maravilloso edificio se cuarteó tambien, y en vez de fray Luis de Granada, y de fray Luis de Leon, y de San Juan de la Cruz, y de Santa Teresa, produjo al Padre Boneta, al Padre Fuente de la Peña y á los predicadores gerundianos; y en vez de nacer fuera de ella algun sistema filosófico, alguna doctrina profana, que hubiera podido santificarse y purificarse luego en el santuario, nació dentro de ella la inmoral é impúdica heregía de Molinos, y mucha maleza, y mucha mala yerba, como en la iglesia de mi lugar. Esto pido yo á Dios que no suceda de nuevo, por lo cual se debe desear ilustracion y tolerancia.

Y aquí, mi querido José Luis, termino esta carta, y asímismo la contienda con los neos. Créeme tu mejor amigo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Págs.

Qué ha sido, qué es, y qué debe ser el arte en el siglo XIX. 5
Recepcion del Sr. D. Pedro Madrazo en la Real Academia de la Historia. 18
Orientales, coleccion de poesías traducidas directamente del arábigo en verso castellano, por D. Pedro Lahitte Ricard, catedrático sustituto de lengua árabe en la universidad de Granada. 30
Cuentos y Fábulas, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, tomos I y II. 39
Biblioteca selecta de autores antiguos españoles, que escribieron en lengua latina y árabe desde la dominacion romana hasta el siglo XIV de nuestra era. Publícase bajo la direccion de D. Luis García Sanz, etc. 49
Sobre el discurso acerca del drama religioso español, antes y despues de Lope de Vega, escrito por D. Manuel Cañete, individuo de la Real Academia Española, etc.. 57
Sobre el Baltasar de la Avellaneda. 89
De la moralidad en el teatro.. 107
Cartas en defensa del teatro Real. 126
Apología de las corridas de toros.. 148
Sobre la Estafeta de Urganda. 158
Contestacion á Benjumea.. 169
Los Miserables.. 191
Manfredo. 238
De la proteccion de los gobiernos á la literatura dramática. 247
La Universidad de Salamanca. 255
Discurso de recepcion. 262
Cartas á Canalejas. 306
Sobre los discursos leidos por Campoamor. 337
Réplica al Sr. Mateos. 347
Sobre la enseñanza de la filosofía en las universidades. . 361
Sobre la política de *El Contemporáneo*. Cartas al señor D. José Luis Albareda. 400

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ERRATAS MAS NOTABLES.

Tomo I.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
XIV..	»	excaso.....	escaso.
49....	17.....	tal alto.....	tan alto.
71....	12.....	repugnan.....	repugna.
71....	15.....	critiaua.....	cristiana.
182....	30.....	ternura.....	tersura.
201....	»	II.....	I.
233....	29.....	inudable.....	indudable.
239....	30.....	Diopolis.....	Diospolis.
241....	11.....	celosos.....	celoso.
324....	3.....	independencia.	dependencia.
374....	10.....	precentes.....	precedentes.
391....	30.....	la de exaltar...	el de exaltar.
397....	4.....	figura.....	finura.

Tomo II.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
31....	24.....	el otro de.....	el otro la de.
31....	25.....	aparece.....	parece.
59....	9.....	vida.....	vidas.
69....	13.....	su.....	sus.
69....	17.....	mezcla.....	mezclan.
108....	22.....	ha.....	han.
115....	20.....	pecho.....	pecado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS